

Mantén cerca a tus rivales...

La regla Kennedy



Un adictivo romance de *hockey*

K. C. CARMICHAEL

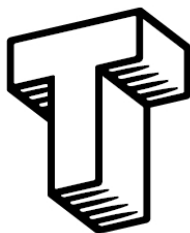
La regla Kennedy

La regla Kennedy



K. C. CARMICHAEL

Traducción de Mónica Campos Pons



TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *The Kennedy Rule*

Editor original: Storm Publishing

Traducción: Mónica Campos Pons

1.^a edición: julio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 by K. C. Carmichael

All Rights Reserved

© de la traducción 2026 by Mónica Campos Pons

© 2026 by Urano World Spain, S.A.U.

López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 979-13-88011-58-0

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

*A todos aquellos que desafiaron las expectativas que el mundo les
había impuesto.*

Calentamiento

UNO

28 DE DICIEMBRE — CHICAGO BROAD WINGS
CONTRA BUFFALO BLIZZARDS

Gavin Marshal

Veinte minutos. Eso es todo lo que tengo para recordarle a Connor Kennedy que, por mucho que lo hayan nombrado Jugador Más Valioso durante las tres últimas temporadas, que ganara el premio al Novato del Año hace seis o que el equipo lo eligiera antes que a mí el año pasado, yo sigo siendo mejor.

Vale. Es más rápido que yo. Lo noto en cuanto el árbitro deja caer el disco para arrancar el tercer período y Connor gana el saque. Una vez más, me veo persiguiendo su musculado trasero por la pista de hielo. Y vale, también mete en una sola temporada tantos goles como yo en toda mi carrera. Pero yo no estoy aquí para marcar. Estoy aquí para impedir que ricachones como él le metan discos a mi portero.

¡Zas! Y también para estamparlos contra las vallas con un buen golpe de cadera.

—¡Ya no te veo bailar con el disco! —le suelto, mientras el árbitro me agarra por las hombreras y me arrastra lejos de un Connor Kennedy furioso que está tendido sobre el hielo.

—Disfruta de tu asiento en primera fila durante los próximos dos minutos, Marshal —dice Connor mientras se incorpora. Me mira con esos malditos ojos de un azul glacial y todavía tiene el descaro de sonreír mientras se sacude el hielo de las caderas y los hombros. A mí, mientras tanto, me llevan de vuelta a mi hogar. Al banquillo de las sanciones.

No, en serio. Este es mi hogar. Aquí me espera una botella de agua con mi nombre. La agarro, me echo un trago y me acomodo en

el banco al que el entrenador Matthews ha bautizado como «el trono». ¿Por qué? Porque aquí, en Búfalo Nueva York, hogar de los Blizzards, mando yo. Mando en el único aspecto del *hockey* en el que Connor Kennedy jamás podrá superarme: los minutos de penalización. De hecho, ni siquiera creo que el niño bonito de la liga haya visto nunca el interior de un banquillo de castigo. Dudo que haya oído a su propia afición corear su nombre mientras lo sacan de la pista para que se «calme», como lleva haciendo la nuestra conmigo desde que lo envié al suelo con ese golpe de cadera.

Los hombres guapos como Connor solo saben lo que es que se enamoren de ellos. ¿Cómo llevaría que, en lugar de admirarlo, le tuvieran miedo? ¿Seguirían brillando igual esos rizos castaños con destellos dorados que asoman bajo el casco? ¿Verían las multitudes sus ojos azules como los veo yo? Fríos y altivos como el hielo sobre el que patinamos. ¿Soportaría que lo odiaran en todas las ciudades salvo en la suya?

Yo diría que no demasiado bien.

Connor Kennedy

—Eso debería hacer que se callaran —le digo a mi compañero James Bryant cuando se enciende la luz roja detrás de la portería. He empatado el partido. Apostaría a que Gavin Marshal ya no está tan contento, ahora que he sabido aprovechar tan bien su ausencia en la pista mientras cumple en el banquillo de castigo por una brusquedad completamente innecesaria.

Su trono. Pongo los ojos en blanco. Hay que tener valor para llamarte a ti mismo «el rey de los minutos de penalización».

—¡Bien hecho, Connor! —oigo gritar al entrenador Chris desde el banquillo—. ¡Ahora trae aquí tu trasero! Lars, entras tú por Kennedy.

—No necesito descansar, entrenador. Puedo jugar otro turno —digo mientras patino junto al banquillo, bloqueando a Lars para que no salte la valla.

—Quizá —responde el entrenador, señalando con la barbilla al otro

lado de la pista. Gavin Marshal espera junto al banquillo de castigo, clavándose la mirada, listo para que lo suelten en cuanto se reanude el juego, como un oso furioso—. Pero no voy a dejarte ahí fuera como si fueras carne de cañón. Ahora siéntate.

—Está bien —cedo, y cambio el sitio con Lars.

Ya sentado, miro de reojo el marcador. Quedan dieciséis minutos y vamos uno a uno. Debería estar ahí fuera. Soy el mejor centro del equipo y nuestra mejor opción de marcar el gol que nos dé la victoria en este partido agotador. Más agotador todavía aquí, en Búfalo, donde la pista está llena de jugadores sucios y las gradas, de aficionados rabiosos y sedientos de sangre. Estoy convencido de que muchos vienen solo para ver a Gavin Marshal repartir golpes y destrozar rivales.

Vuelvo a mirar el reloj. Cinco... cuatro... tres... dos... uno. El árbitro deja caer el disco. Ganamos el saque y Marshal lo despeja como un misil. O, más exactamente, se lo envía directo a James, uno de nuestros extremos derechos, que avanza con él a pocos metros de la portería de los Blizzards. Su portero está preparado. James arma el disparo, y yo me preparo para el choque que viene después. Uno que conozco demasiado bien; que Gavin Marshal te derribe es algo que experimento desde antes incluso de que entráramos en la liga. Ya en *juniors*, acababan colocándonos en equipos enfrentados. Supongo que estábamos destinados a ser rivales. Y ahora ahí está, a punto de descargar toda esa rivalidad sobre mi compañero.

Solo que... no lo hace. En vez de tumbar a James, mete el palo, le roba el disco y se lo envía con un rápido giro de muñeca a un compañero que espera abierto en la banda. Después pivota con rapidez y se lanza a patinar con una energía feroz, acompasado con sus compañeros mientras mueven el disco. La facilidad con la que se entienden, la manera en que adivinan dónde estará el otro, mientras Gavin bloquea cualquier intento de defensa por nuestra parte, nos recuerda exactamente cómo levantaron la copa el año pasado.

Los Buffalo Blizzards son una tormenta desatada sobre el hielo, y Gavin es el viento, apartando a todo el mundo de su camino. Cubre más pista que el propio disco y ni siquiera vuelve a tocarlo. Mientras patina, no pierde de vista su objetivo. En cuanto su centro,

Alexander Tavish, se hace con el disco, Gavin planta su enorme trasero delante de nuestro portero y le tapa por completo la visión.

Funciona, y la bocina del equipo local vuelve a rugir. Los Buffalo Blizzards acaban de marcar. La grada corea el nombre de Gavin aunque no haya sido él quien ha metido el disco. El estruendo en que se convierte su nombre resulta ensordecedor.

Bajo la mirada y sonrío para mis patines. No quiero que nadie vea que me siento orgulloso del hombre al que se supone que debería odiar.

Gavin

—¡Gavin! —grita otro periodista, plantándome un micrófono delante de la cara en el vestuario. Le dedico toda mi atención y fuerzo una sonrisa. Odio esta parte del partido. Quiero quitarme el equipo, ducharme, vestirme. Quiero irme a casa, apoyar los pies en el reposabrazos de mi sofá de mierda y ponerme hielo en los nudillos y en las rodillas. Ya no quiero responder preguntas para que los analistas deportivos y todos los que me miran desde sus sillones, cerveza en mano, en cualquier sitio que no sea Búfalo puedan llamarme «matón» o «bestia»—. Menudo golpe le has dado a Connor Kennedy...

Claro. Eso es lo que le interesa. Eso es lo que siempre les interesa. Da igual que haya sido yo quien hizo posible el gol que sentenció el partido.

—¿Crees que tratar así a tus compañeros puede dificultar tu entrada en el equipo de Estados Unidos para los Juegos Olímpicos de este año?

Me paso una mano por el pelo empapado en sudor y me lo aparto de la cara.

—La lista del equipo estadounidense aún no se ha anunciado. —Me río y le dedico a la cámara mi sonrisa más descarada—. Y dudo mucho que mi nombre vaya a estar en ella.

Y es verdad. Son los Juegos Olímpicos. Por mucho que el director

general quiera ganar, querrá hacerlo con la menor polémica posible. Meterme en la plantilla sería una polémica instantánea.

—¡Más vale que tu nombre esté ahí! —Mi compañero Alexander Tavish cruza el vestuario a toda prisa desde su taquilla y me rodea con un brazo. Canadá no tardó en reclamarlo para su selección, y con razón. Es un delantero increíble y rara vez sale del hielo sin haber marcado un punto al menos. Me despeina con su mano enguantada, haciendo que varios mechones de mi pelo negro, chorreando sudor, me caigan sobre los ojos, y vuelvo a apartármelos. Tavish sonrío y me zarandea por los hombros—. Quiero ver qué tal se le da al resto de la liga enfrentarse a este hombre durante varias semanas.

—¿Eso no te da miedo? —pregunta el periodista.

—No. —Alexander se echa a reír y me aprieta un poco más con el brazo por los hombros—. Somos jugadores de *hockey*. No le tenemos miedo a nada.

A casi nada. Aunque supongo que, en el caso de Alexander, eso puede ser cierto. Cuando no está sobre el hielo, está en casa con su prometida (una relación perfectamente aceptable) y con su cachorro de *golden retriever*. No como yo, que vuelvo a un apartamento pequeño y casi vacío, donde me escondo para que nadie sepa demasiado de mi vida. Cuanto menos conozcan de mis idas y venidas, mejor, y eso incluye a mis compañeros. Soy reservado, y he protegido mi vida y mi pasado lo mejor que he podido para no acabar convertido en protagonista de un artículo lacrimógeno sobre cómo alguien pasa de la pobreza al éxito. O, peor, en el cartel de unas noches del orgullo gay de la liga cada vez más polémicas.

Mientras Alexander sigue bromeando con los periodistas y me mantiene atrapado a su lado, alzo los ojos y me cruzo con la mirada de nuestro director de relaciones públicas al otro extremo del vestuario. Él me hace una seña con la cabeza para indicarme que ya puedo largarme. Seguramente considera que una parte importante de su trabajo consiste en evitar que yo abra demasiado la boca delante de una cámara. Así que murmuro una disculpa, me escurro del brazo de Alex y salgo corriendo hacia las duchas. Mientras cruzo el vestuario, me llueven gritos, vítores, palmadas en la espalda y, al

pasar junto al entrenador Matthews, un gesto de reconocimiento.

—Buen partido —me dice—. Te estás ganando esa «A» de la camiseta.

Los labios se me tensan en algo parecido a una sonrisa. Golpeo dos veces la insignia con el pulgar del puño derecho. Capitán alterno. Es la primera temporada que la llevo, y me sorprendió verla cosida a mi camiseta el primer día del campamento de entrenamiento de otoño. No es habitual que el ejecutor del equipo lleve esa letra. «Dádsela a alguien menos violento», dicen los detractores. «A alguien a quien los niños puedan admirar». Como si todos esos chavales que entrenan en la pista no estuvieran ya practicando cómo quitarse los guantes y agarrar al rival de la camiseta el día que tengan que recordarle que ellos también están ahí para ganar.

Diga lo que diga la gente (o precisamente por eso), estoy orgulloso de esa «A». Puede que incluso más que de mi título de rey de los minutos de penalización. No me malinterpretes: me gusta proteger a mis compañeros. Me gusta asegurarme de que estén a salvo para hacer su trabajo. Me gusta hacer cumplir las normas no escritas del hielo y recordarles a los otros treinta y un equipos de la liga que los Blizzards son el último rival con el que conviene buscarse problemas. Y además, si peleo lo suficiente, si demuestro ahí fuera mi fuerza y mi resistencia, quizá, si algún día sale a la luz el secreto de que soy gay, la gente tenga demasiado miedo como para meterse conmigo por ello. El *hockey* es todo lo que tengo. No puedo perderlo por algo tan trivial e inofensivo como con quién me gusta acostarme.

Connor

—Ha sido una derrota dura, pero hemos peleado hasta el final —digo a los periodistas que se agolpan a mi alrededor en el vestuario después del partido—. Buffalo siempre es un rival complicado.

—¿El equipo o el estadio? —pregunta uno de ellos.

—Ambos —respondo con una risa—. Tú estabas allí. Este es uno

de los estadios más ruidosos de la liga, con unos aficionados especialmente... entregados.

Ha sido una forma amable de decirlo. ¿No?

Puede que no. Mi padre, que además es el director general del equipo, me observa con los brazos cruzados desde detrás del enjambre de periodistas y compañeros.

Trago saliva.

—Pero estaremos preparados para tomarnos la revancha el mes que viene, cuando volvamos a enfrentarnos a ellos en casa.

—¿Y qué me dices del anuncio del equipo olímpico de esta noche? ¿Estás preparado para ver a algún jugador de los Blizzards en esa lista?

Lanzo una mirada fugaz a mi padre. Ha dedicado gran parte de su tiempo libre a intentar influir en esa convocatoria. Como antiguo medallista olímpico y exjugador de la NHL, su opinión siempre cuenta. Aunque todos los que aspiran a uno de esos puestos codiciadísimos consideren que su influencia tiene bastante de corrupta. Y no los culpo. Debería haberse retirado como director general de los Chicago Broad Wings en el momento en que yo pasé a ser elegible para el equipo. Que tu padre pronuncie tu nombre por el micrófono cuando eres la primera elección no es tan emocionante como la gente cree. Es presión con un toque de nepotismo.

Vuelvo a tragar saliva y centro de nuevo toda mi atención en el periodista.

—Tanto si me seleccionan como si no, me sentiré feliz y orgulloso por todos los jugadores que entren en la lista, sin importar en qué equipo jueguen.

—¿Incluso Gavin Marshal?

Maldigo por dentro. ¿De verdad tenía que ir por ahí? Más micrófonos se abalanzan hacia mí y el vestuario entero se sume en el silencio. Se supone que debo odiar a Gavin. Ese ha sido el relato que mi padre y, por extensión, la prensa han alimentado desde la noche previa a la selección, hace ya siete años. Sonrío a la cámara, preparándome para darles justo lo que esperan, aunque se me revuelva el estómago.

—Creía que estábamos hablando de *hockey*, no de artes marciales

mixtas. —Mi padre asiente, satisfecho, y eso me da vía libre para dar media vuelta—. Ahora, si me disculpan, voy a cambiarme.

Ya en las duchas, apoyo la espalda contra la pared de azulejos y exhalo mientras dejo que el agua caliente me caiga encima.

—La próxima vez les ganaremos —dice James, dándome un puñetazo amistoso en el hombro.

—¡Sí! —añade Lars, saliendo de debajo del agua y ciñéndose una toalla a la cintura.

—Claro que sí —respondo, porque es lo que toca decir. Pero no es el partido lo que me tiene de mal humor. En *hockey* se pierden encuentros. La temporada es larga, y nadie los gana todos.

—Gavin Marshal es un gilipollas integral —suelta Johnson al pasar junto a mí.

—Y tanto —dice James, dándole una palmada para dejar claro que está de acuerdo.

Yo no digo nada. Porque tampoco es Gavin lo que me hace sentir así. Sí, es una amenaza en la pista y, sin duda, el delantero-ejecutor más desesperante de toda la liga, pero solo está haciendo su trabajo. Y lo hace muy bien. Se deja el alma sobre el hielo. Lo único es que, en él, todo se ve distinto.

Después de ducharme, me acerco a la cabina que tiene mi apellido encima. No. Espera. La que tiene el apellido de mi padre encima. A veces me pregunto si simplemente siguen usando su antigua placa. A veces también me pregunto si yo estaría siquiera aquí de no ser porque compartimos apellido.

No. No vayas por ahí.

Puede que entrara en los Broad Wings por unas circunstancias concretas, pero no me cabe la menor duda de que me he ganado mi sitio en la NHL. No hay un solo equipo en esta liga que no aceptara ficharme encantado si surgiera la oportunidad de un traspaso. Aunque mi padre no me traspasaría ni en un millón de temporadas. Pero, joder, a veces deseo con toda mi alma que lo hiciera. Aunque solo fuera para no tener que verlo y vivir bajo su sombra cada segundo de mi carrera. Esa es la verdadera razón por la que quiero un puesto en el equipo olímpico. Está claro que viajaría a Milán para ver los partidos, pero no podría estar encima de nosotros. No tendría

acceso a la Villa Olímpica. Ni podría asistir a los entrenamientos. Tendría que mirar desde la grada, como cualquier otro aficionado, y yo, por primera vez en mi vida, podría jugar unos cuantos partidos en paz, sin tener que enfrentarme a él cada vez que salgo del hielo.

—¡Atención todos! —grita mi padre, cruzando el vestuario a grandes zancadas—. ¡Escuchad! —Le hace una seña al entrenador Chris para que suba el volumen de los televisores, que están emitiendo repeticiones de nuestro partido en ESPN mientras los comentaristas diseccionan nuestra derrota jugada a jugada. Entonces me mira y sonrío—. Van a anunciar el equipo.

Gavin

—Connor Kennedy —dice el locutor de la televisión, mientras una foto de Connor y su sonrisa de niño bonito tan típicamente estadounidense ilumina la pantalla.

—Como si eso sorprendiera a alguien —dice Tavish, arrancando las risas de medio vestuario.

—Más te vale quitarle el disco cada vez que se te ponga a tiro —agrega Ander Bouchard, nuestro portero titular.

—¡Puedes apostar lo que quieras! —grita Tavish, justo antes de que el televisor anuncie el nombre de Bouchard.

—¡Sí! —El vestuario estalla en vítores y la mitad del equipo se lanza sobre Bouchard y lo tira al suelo. Menos mal que todavía lleva puesto casi todo el equipamiento de portero.

Cuando consigue liberarse del montón de cuerpos, señala a Tavish con el dedo.

—¡Nos vemos en la pista!

—¡Más te vale no ablandarte conmigo! —le responde Tavish, sonriendo como un crío la mañana de Navidad.

Ojalá pudiera devolverle esa sonrisa. No me malinterpretes: me alegro por ellos. De verdad. Pero, por mucho que haya soltado comentarios despectivos delante de los periodistas, yo también quiero estar en ese equipo. No sé muy bien por qué. Tal vez para

demostrarme algo a mí mismo. O a la liga. O a los aficionados que me odian por destrozar a sus estrellas favoritas. O a los entrenadores y directores generales que siempre están intentando cambiar las reglas para que me suspendan.

Aunque, si soy sincero, me gustaría hacerlo por mi padre. Yo no estaría aquí si él no se hubiera dejado la piel criándome solo. No fue fácil, y quiero que sepa que todo ha merecido la pena. Por desgracia, ahora parece menos probable que eso ocurra. Es rarísimo que elijan a más de dos jugadores del mismo equipo. Incluso aunque uno vaya con Canadá y otro con Estados Unidos, mis opciones de estar en Milán acaban de reducirse bastante.

Supongo que no todo son malas noticias. Solo Dios sabe cómo funcionaría un equipo que tuviera a Connor Kennedy y a mí juntos. Nos odiamos. O, al menos, él me odia a mí. Yo odio la idea que tengo de él. Odio lo que representa: el elitismo de ser hijo de una leyenda, de haber tenido el camino despejado desde que nació. Pero no puedo decir que lo odie de verdad. Apenas lo conozco. De hecho, una vez estuvimos a punto de hacernos amigos. Fue hace muchísimo, cuando coincidimos en un campamento juvenil de *hockey*. Pero aquello duró menos que un disco deslizándose sobre hielo recién pulido. El padre de Connor, un jugador al que admiré desde el día en que ganó el oro olímpico para nuestro país, resultó ser un cabrón de primera. En cuanto descubrió que yo estaba en ese campamento gracias a una recaudación de fondos organizada por mi pista de hielo, en Alaska. Querían enviarme a los cuarenta y ocho estados continentales y darme una oportunidad en la mejor liga juvenil del país.

Connor Kennedy padre me caló en el acto y vio exactamente lo que yo era. Y lo que sigo siendo. Un chico blanco, pobre, de un pueblucho pesquero, que no tenía ningún derecho a jugar al lado de su hijo, el niño bonito.

Él elige personalmente a los jugadores de los Broad Wings. Sería de idiotas pensar que no tiene nada que ver con la decisión de quién entra en el equipo olímpico de Estados Unidos.

O quizá sí. Porque, justo en ese instante, oigo mi nombre salir de la boca del locutor.

—Joder —digo, y me dejo caer de espaldas en el banco frente a mi taquilla mientras el vestuario entero estalla a mi alrededor.

Primer período

DOS

8 DE FEBRERO — CAMPAMENTO DE ENTRENAMIENTO OLÍMPICO DE HOCKEY DE ESTADOS UNIDOS. LAS VEGAS, NEVADA

Connor

Todavía recuerdo, como si fuera ayer, la primera vez que vi a Gavin Marshal. Teníamos dieciséis años y acabábamos de llegar a un campamento de desarrollo de la liga juvenil en Ann Arbor, Míchigan, en pleno verano. Para la mayoría de los jugadores de *hockey* júnior que estábamos en aquella sala, ese era el comienzo oficial del camino hacia una posible carrera en el *hockey*. Los mejores acabaríamos en equipos que nos llevarían a la selección de la liga profesional o que nos abrirían las puertas de la universidad para seguir formándonos. Mi caso era distinto. Mi camino parecía trazado desde antes de nacer, así que ya conocía bien el proceso y también a casi todos los que estaban allí. A todos, excepto a Gavin.

Él era distinto y destacaba entre los demás, como un hombre metido por error en un grupo de chicos. Con dieciséis años, Gavin ya imponía. Sin duda, era el jugador más grande del campamento. Alto, ancho de hombros, con una vieja bolsa de *hockey* y un equipamiento de segunda mano, desprendía una cautela extraña, como si estuviera listo para echar a correr hacia la salida más cercana en cualquier momento. Recuerdo haberme fijado en la sombra de barba que le cubría la mandíbula. Le crecía deprisa. Le marcaba aún más los ángulos de la cara y contrastaba de una manera casi hipnótica con su piel siempre tostada y con los mechones oscuros, algo largos, que le enmarcaban el rostro.

Algunos de mis amigos del grupo, chavales con los que llevaba años cruzándome en el *hockey*, también se habían dado cuenta.

—¿De dónde coño ha salido ese tío?

—Creía que esto era una liga juvenil.

—Joder, parece listo para jugar en la liga de la cárcel.

—No empecéis, chicos —dije, aunque tampoco les faltaba del todo razón. Desde el primer momento resultó evidente que él no encajaba. Para empezar, había llegado solo, mientras que al resto nos habían acompañado nuestros padres. Era un desconocido del que nadie había oído hablar. Pero lo que más me atrajo fue otra cosa: había algo en sus ojos que delataba su verdadera edad. Aquel tío que esperaba junto a la puerta, listo para largarse si hacía falta, parecía nervioso y terriblemente solo bajo toda aquella rudeza.

Me despedí de mis amigos y me acerqué a él.

—Hola. Soy Connor. ¿Es tu primera vez en el campamento?

Me saludó con un leve gesto de cabeza, luego me tendió la mano y dijo que se llamaba Gavin Marshal. Apenas lo oí. Estaba demasiado distraído por lo que sentí al estrecharle la mano. Era áspera, llena de callos, pero no de los callos a los que yo estaba acostumbrado como jugador de *hockey*. Parecía una mano curtida por trabajar la madera, no por el hielo. Demasiado ruda para un chico de dieciséis años. Un detalle que mi homosexualidad, recién descubierta, recibió con un entusiasmo inmediato.

Tragué saliva al soltarle la mano y lo miré a los ojos.

—Déjame adivinar —dije con una sonrisa—. Eres un delantero polivalente, pero suelen usarte como ejecutor.

Él volvió a asentir, aunque esta vez una pequeña sonrisa le curvó los labios.

—Y tú juegas de centro.

—Oh, vamos —me reí—. No puedo ser tan fácil de leer.

—Tú eres Connor Kennedy —dijo, recorriéndome de arriba abajo con la mirada. Cuando sus ojos volvieron a los míos, llevaban una chispa burlona—. Ah. —En su cara apareció una expresión satisfecha, como si acabara de ganar algo—. No pensabas que yo supiera quién eras.

Y no lo había pensado, lo cual decía bastante de lo ingenuo y lo despistado que era. Yo conocía a todos los que estaban en esa sala menos a él, y todos ellos me conocían a mí. Aun así, me sorprendió

que él supiera quién era yo, quizá porque no parecía pertenecer a aquel mundo.

Hizo un gesto abarcando la sala, luego se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la puerta cerrada.

—Sé quiénes sois todos —dijo—. Durante mi larguísimo vuelo desde Alaska me dio tiempo a aprenderme el nombre y la posición de cada uno.

Se me iluminaron los ojos.

—¡Alaska! —Eso explicaba muchas cosas—. Creo que nunca hemos tenido a nadie de allí en este campamento.

—No, nunca lo habíais tenido.

Miré alrededor, buscando a alguien más que no me resultara familiar.

—¿Hay alguien más aquí de tu liga juvenil?

Él soltó una risa amarga.

—Donde yo vivo no hay liga juvenil.

¿No había liga? Intrigado, lo miré entornando los ojos.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Porque la alternativa era esto o un barco pesquero.

Gavin

Cuando salgo al hielo para el primer entrenamiento del equipo, me doy cuenta de que no han cambiado tantas cosas desde la adolescencia. Connor Kennedy sigue en el centro del grupo y yo sigo solo en la periferia, cerca de la portería. Bueno, no del todo solo. Ander Bouchard está conmigo, observando al resto mientras se empujan, se ríen y felicitan a Connor por haber sido nombrado capitán. Algunos incluso le tiran del parche de la «C» que lleva en la camiseta de entrenamiento. Hasta desde aquí resulta evidente que todos están participando en el ritual de adorar al niño bonito. Me pregunto a cuántos les caerá bien de verdad. En la liga siempre han corrido rumores de que sus compañeros de Chicago están hartos del circo de padre e hijo y de lo injusto que resulta todo.

—Me encanta cómo hacen ver que esto no se sabía —dice Bouchard.

—Sí —respondo, encogiéndome de hombros como si me diera igual—. Aunque su padre no fuera el director general, tampoco es que fueran a elegir a otro.

Bouchard me da un codazo con todo el acolchado de su brazo.

—Podrían haberte elegido a ti.

—Todavía me sorprende que me eligieran para estar aquí. Hacerme capitán ya habría sido demasiado.

—Tú, que te tienes tan poca fe, eres el mejor ejecutor de la liga. Habría sido una estupidez no meterte en el equipo.

Lo miro de reojo.

—¿A ti te parece que querían elegirme?

Él sonríe.

—¿Y a ti te parece que querían elegirme a mí? Llevamos aquí diez minutos y nadie se ha enterado de que existo.

—Sí que se han enterado —digo, porque noto las miradas de reojo de nuestros nuevos compañeros mientras patinan con falsa despreocupación y se saludan entre ellos.

Bouchard sonríe otra vez.

—Están intentando decidir si les vas a arrancar algún diente por saludar.

Niego con la cabeza mientras agarro el palo con las dos manos. Me lo paso por detrás del cuello, lo apoyo sobre los hombros y estiro el pecho.

—La tentación está ahí.

Pero no es verdad. O no del todo. Por mucho que parezca un gruñón, yo quiero estar aquí. Igual que quise estar en aquel campamento de *hockey* juvenil aquel verano. Uno pensaría que en nueve años las cosas cambian. Que cambiarían después de casi siete temporadas completas en la liga. Pero no. Sigo siendo un forastero. Un forastero con una Stanley Cup en el historial, sí, pero un forastero al fin y al cabo.

—Oye —dice Bouchard, dándome otro codazo en las costillas—. Que les den. Sabes perfectamente que están mosqueados porque los Blizzards somos los campeones. Ya cambiarán de idea cuando se

den cuenta de que nos necesitan más a nosotros de lo que nosotros los necesitamos a ellos.

—Sí. —Paso el palo por encima de la cabeza y empiezo a jugar con un disco que tengo al lado, haciéndolo girar en pequeños círculos.

El entrenador Chris, de los Chicago Broad Wings, elegido para dirigir a este equipo (vaya casualidad, me pregunto por qué), sale al hielo. Nos hace una seña a Bouchard y a mí para que nos acerquemos al grupo, y obedecemos, patinando despacio hacia los demás. Siendo justos, con toda la armadura que lleva encima, Bouchard no puede destacar precisamente por su velocidad. Pero lo compensa cuando importa: delante de la portería, desviando discos.

—Muy bien, chicos. Veo que ya habéis conocido a vuestro capitán. —El entrenador Chris hace una pausa y levanta una insignia con una «A»—. Todavía me queda esta por entregar. Quien la lleve va a tener que ganársela.

—A diferencia de Kennedy —murmura Bouchard para que solo yo lo oiga. Lo miro y me aguanto la risa.

El entrenador sigue hablando.

—Tenemos una semana para acostumbrarnos a jugar juntos. No es mucho tiempo, pero este grupo está lleno de jugadores de élite y confío en que sabremos encontrar química.

—No pensaba que este campamento fuera de este tipo —susurra Bouchard de nuevo—. No estaba preparado para una paja grupal.

Esta vez no puedo contenerme y me echo a reír.

—¿Te hace gracia algo? —pregunta Connor Kennedy.

Me aclaro la garganta.

—No, en absoluto. —Me aparto un poco de Connor, clavo la mirada en Bouchard, sonrío y le dedico una peineta.

—Y eso me lleva al siguiente anuncio —continúa el entrenador—. Para fomentar la unidad del equipo, esta noche vamos a reducir a la mitad el número de habitaciones. Todos vais a tener compañero. Y no... —hace una pausa mientras nos mira fijamente a Bouchard y a mí—, no podéis compartir con alguien de vuestro equipo habitual. Necesito que empecéis a trabajar juntos. Y rápido. Así que buscad a alguien nuevo con quien pasar el tiempo.

Por todo el grupo se oyen gemidos de protesta. Al menos no soy

el único al que la idea le parece una mierda.

El entrenador hace sonar el silbato.

—Ahora vamos a raspar un poco de hielo.

Connor

Los entrenamientos son muy exigentes. Incluso más de lo que ya me tiene acostumbrado el entrenador Chris. Pensé que aquí tendría cierta ventaja, porque conozco su sistema y los ejercicios que le gusta hacer, pero me equivocaba. Está probando combinaciones nuevas, formaciones distintas y todas las variantes posibles de jugadores. Y luego, sin apenas dejarnos recuperar el aliento, vuelve a pitar y nos reúne para hacer series de velocidad que nos dejan reventados. Todos estamos empapados en sudor. Incluso nuestros dos porteros tienen la cara roja. Aunque no me extraña: entre todos les hemos tirado, como mínimo, un centenar de discos a puerta en estos últimos noventa minutos.

Y, aun así, me lo estoy pasando bien. Muy bien. Incluso sonrío mientras espero junto a la valla a que el entrenador vuelva a pitar y le indique a mi grupo que toca cruzar la pista a toda velocidad en otra carrera infernal. Porque, por primera vez en mi vida, nadie salvo mi entrenador y mis compañeros me está viendo patinar. Estoy seguro de que mi padre debe de estar echando humo porque Chris insistió en que la sesión fuera a puerta cerrada. Y hizo bien. Como dijo en su discurso, no tenemos demasiado tiempo para convertirnos en un auténtico equipo antes de irnos a Milán. Tener público solo dificultaría aún más las cosas.

Así que, por ahora, pienso disfrutar de esta libertad sobre el hielo. Y también pienso disfrutar viendo a Gavin patinar como si toda su carrera dependiera de ello, dejando atrás a todos en su grupo en los ejercicios de velocidad. Es como volver a aquel campamento de *hockey* juvenil. Gavin, el loco de Alaska, patinando con la furia de alguien que siempre ha tenido algo que demostrar. El típico marginado que compensa con fuerza, hambre y violencia todo lo que

le falta en ventajas.

Parece que soy el único que disfruta viéndolo jugar. Bueno, yo y Bouchard, que siempre está ahí para chocarle la mano cuando se detiene cerca de la portería, levantando una nube de hielo sobre la línea roja y hacia las vallas, con ese chirrido seco de la cuchilla. Las miradas de frustración en los rostros de los demás me dicen que todos sienten lo mismo. No hay un solo hombre en esta pista al que Gavin no haya tirado al suelo alguna vez cargando contra él a toda velocidad. Yo incluido. De hecho, el moratón que me dejó en la cadera la última vez que nos enfrentamos no ha desaparecido hasta esta misma mañana. Pero mereció la pena. Aquel partido se lo devolvimos a los Blizzards y lo ganamos.

El entrenador hace sonar el silbato dos veces. Hemos terminado, y todos patinamos hacia el banquillo para dar un trago al agua.

—Buen trabajo, chicos. —Pasea la mirada por los veinticuatro—. Sé que el entrenamiento de hoy no ha sido ninguna broma, pero necesitaba ver de qué estáis hechos.

—¿Ya has decidido quién será nuestro capitán alternativo? —pregunta Bouchard, dándole a Gavin una palmada sonora en el hombro con el guante.

—No —responde el entrenador con una sonrisa ladeada—. Pero tu chico me ha impresionado.

Bouchard agarra a Gavin por los hombros y le da una sacudida juguetona. Y, joder, ¿eso es un rubor en sus mejillas sudorosas? A falta de una palabra mejor, diría que está orgulloso. Pero no orgulloso de una forma arrogante. Más bien con una humildad que no esperaba en él.

Vaya. Eso no me lo había visto venir. Sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que te provoca cuando juegas contra él.

—Bueno, la velocidad no sirve de mucho si te pasas el partido entero en el banquillo —suelta Bradley Warren, uno de nuestros defensas, antes de escupir sobre el hielo.

Gavin responde poniendo en blanco sus enormes ojos marrones y moviendo lentamente la mano como si se estuviera masturbando. Y ahora el que se ruboriza soy yo. Siento que el calor me sube por la cara porque, de pronto, no puedo evitar imaginarme a Gavin

haciendo exactamente eso.

No. No vayas por ahí, Connor. Borra esa idea y métela otra vez en el agujero del que ha salido. Joder. Trágate la. Genial, otra pésima elección de palabras. Deja de pensar cosas sucias sobre Gavin. Es tu rival en el hielo. Bueno, no durante las próximas tres semanas; ahora somos compañeros de equipo. Aunque, de algún modo, eso casi lo empeora todo. Está completamente fuera de mi alcance por demasiadas razones. Primera: probablemente sea heterosexual. Segunda: mi padre me mataría si se descubriera que soy gay. Y tercera: volvería a matarme si, además, me relacionaran con Gavin Marshal, a quien odia incluso más que la idea de que yo sea gay.

—Ya basta —dice el entrenador, metiendo la mano en el bolsillo para sacar un montón de tarjetas de acceso—. Ahora escuchad. Necesito que os emparejéis. Recordad que no podéis elegir a alguien de vuestro equipo habitual. Así que escoged con cabeza. Si vuestro nuevo compañero ronca, no quiero oír quejas. Os apañaís solos. Si al cabo de esta semana no os soportáis, ya lo reconsideraremos cuando repartamos las habitaciones en Milán. Pero tened presente una cosa: si no os lleváis bien en un resort de cinco estrellas, la cosa solo va a empeorar en la Villa Olímpica. En los Juegos se ha mejorado mucho con los años, pero el alojamiento de los deportistas no está entre esos avances. Así que disfrutad de vuestras camas grandes mientras aún podéis.

La mayoría del equipo se ríe y todos empiezan a moverse para formar parejas. Todos menos Gavin. Esa mirada ya la he visto antes. De pronto vuelvo a estar en aquel campamento de *hockey* juvenil, cuando teníamos que elegir compañero de habitación para las seis semanas siguientes. No era culpa suya. Todos los demás ya se conocían. Claro que había chicos apresurándose a emparejarse para no tener que acabar con el nuevo. Al final no quedó nadie para Gavin y terminó solo en una individual. Para alguien que no parece sentir más que desprecio por la gente que lo rodea, cualquiera diría que eso le habría dado igual. Pero entonces yo pensé otra cosa: que quizá, en el fondo, lo que quería era un amigo.

Aquella mirada se me quedó clavada dentro y me ha perseguido desde entonces. Pero a los dieciséis años yo era demasiado joven, y

mi padre ya se había encargado de decidir que compartiría habitación con el hijo de uno de sus antiguos compañeros de equipo.

Miro a mi alrededor, asegurándome de que mi padre no haya encontrado la forma de colarse. No lo ha hecho.

—Hola —le digo a Gavin cuando me acerco a él—. ¿Quieres compartir habitación?

—No.

—Bueno, pues nada. —Le doy un toque a la cuchilla de su palo con la mía—. Aunque no parece que te queden muchas más opciones. —Señalo con el palo a Bouchard, que tiene rodeado con un brazo al portero alternativo del equipo, un jugador de los Utah Cougars—. Y él está intentando ser amable.

—Bouchard es buen tío. —Gavin se inclina hacia delante sobre el palo.

Yo se lo aparto con el mío. Él ni siquiera pierde el equilibrio.

—Mira —le digo—. Estoy intentando ser amable. ¿Te costaría mucho no comportarte como un capullo mientras cogemos una tarjeta?

—Sí —responde, sosteniéndome la mirada.

—Pues nada —digo, y me alejo patinando para buscar otra opción. Pero ya es tarde. Todos los demás se han emparejado.

Suspirando, me acerco al entrenador Chris y cojo el último juego de tarjetas.

—Buena suerte —me dice.

—Gracias. La voy a necesitar.

TRES

Gavin

Esto es raro. No. Esto es exasperante.

¿Por qué tiene que caerme tan bien? Sería muchísimo más fácil odiarlo si fuera un gilipollas, como su padre. Y también sería menos atractivo. Si fuéramos dos desconocidos en un sitio donde nadie supiera quiénes somos, intentaría ligármelo. Es exactamente el tipo de hombre que me vuelve loco: atlético, fuerte, en forma. Y además tiene ese punto competitivo que haría que conquistarlo en la cama fuera todavía más divertido. Pero hay algo más en él. Algo que late bajo la superficie, escondido detrás de esa fachada de niño bonito. Una vulnerabilidad que no suelo ver en los hombres con los que comparto el hielo. A algunos eso podría parecerles debilidad. A mí, en cambio, me despierta algo mucho más primitivo. Ese instinto que dice: «No dejes que le hagan daño». Una idea absurda, si se piensa bien. Porque, hasta que llegamos al campamento, hacerle daño a Connor Kennedy formaba parte de mi trabajo. Solo que esa orden ya no cuenta ahora que somos compañeros de equipo. Mi trabajo oficial consiste en mantenerlo a salvo sobre el hielo para que pueda jugar y marcar, mientras yo atropello a cualquiera que intente joderlo.

Un momento. ¿Está silbando?

Claro que sí. Ahora que ha cerrado el agua de la ducha en nuestra habitación de hotel, ya no hay nada que tape ese silbido inconfundible. No me extrañaría ni un poco que hubiera salido del baño acompañado por un par de criaturas del bosque para que le anudaran la toalla a la cintura.

Me paso las manos por el pelo y tiro de él con frustración. Llevamos quince minutos en esta habitación y ya roza la tortura.

No. Qué coño. Es una tortura en toda regla. Deja de silbar y la puerta del baño se abre, revelando a un Connor Kennedy casi desnudo entre nubes de vapor. Joder. Está el doble de bueno con

solo una toalla puesta.

Siempre he sabido que era guapo. Lo sabe todo el mundo, con ese pelo rubio tan clásico y esos ojos azules brillantes de chico estadounidense perfecto. Pero aquí, de pie, con apenas una toalla cubriéndole el trasero, parece que uno de esos malditos modelos de Abercrombie & Fitch de mi despertar sexual haya salido de una fantasía para plantarse delante de mí.

No. Ni hablar. He conseguido ocultar durante años que soy gay dentro de esta liga. No voy a dejar que Connor Kennedy y sus ridículos abdominales sean lo que me delate.

Aun así, sonrío.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta Connor mientras se seca el pelo con la toalla.

—Me gusta comprobar que tengo dos abdominales más que tú —respondo con una sonrisa torcida.

—Qué tontería —dice, y en sus ojos aparece un brillo desafiante.

Me incorporo desde el borde de la cama y me quito la camiseta, agradeciendo de pronto haber esperado, igual que él, a volver al hotel y acomodarnos en la habitación antes de ducharme. Connor arquea las cejas al descubrir que no estaba bromeando. Sus abdominales son impresionantes, sí, pero los míos son ocho, y el corte en V se hunde mucho más abajo, hasta perderse bajo los pantalones cortos. Además, aunque tiene el pecho y los hombros bien definidos, no hay comparación posible con los míos. Está claro que él no ha pasado la infancia (ni los veranos de temporada baja) cargando y cortando leña para alimentar la chimenea. Supongo que en Chicago no hace falta algo así. No es como si tuviera un bosque entero al fondo de casa.

Le devuelvo la frase.

—¿Te gusta lo que ves?

Él pone los ojos en blanco.

—Siento decepcionarte, Gavin. No soy una de esas chicas que se fijan en ese tipo de cosas.

Interesante. Aunque, bien pensado, quizá no debería sorprenderme. Connor nunca ha salido del armario, como nadie en la NHL, pero mi radar gay suele funcionar bastante bien y él siempre

me ha dado señales. De todos modos, eso no cambia nada. Ya he dicho que es del todo mi tipo. Es más pequeño que yo, del tamaño perfecto para manejarlo como quisiera y dominarlo sin que resulte afeminado. Es masculino, fuerte, compacto (aunque no tanto como yo), y más de una vez me he preguntado qué se sentiría al apretarle los muslos de patinador contra los costados mientras me lo follaba. Pero si no es gay, no tiene sentido seguir fantaseando con eso. Y, aunque lo fuera, acostarnos sería una idea desastrosa. Para ser una liga llena de hombres, la NHL se parece más a un círculo de costura que a otra cosa cuando se trata de cotilleos.

Arrugo la camiseta y la lanzo dentro de la bolsa. Luego saco unos calzoncillos limpios.

—¿No piensas deshacer la maleta? —pregunta Connor.

—Lo dudo —respondo, encogiéndome de hombros. ¿Para qué iba a hacerlo? Somos jugadores de *hockey*. Nos pasamos la temporada viviendo con lo que cabe en una maleta, yendo de un sitio a otro. Incluso cuando termina, casi nunca la deshago, porque vuelvo directo a Alaska para pasar el verano con mi padre.

Connor suspira y coge la bolsa con mi ropa buena, la de los trajes que la liga me obliga a llevar cuando vamos a los partidos. La norma, claro, también ha llegado a los Juegos Olímpicos.

—Por lo menos podrías colgarlos —dice, y se pone a hacerlo él mismo.

Ahí está otra vez. Mi radar gay empieza a pitar de nuevo. Yo los habría colgado tarde o temprano. Quizá. Pero hay algo extrañamente encantador en que lo haga él.

Niega con la cabeza y señala hacia el baño.

—¿No vas a ducharte?

—¿Por qué? —le sonrío—. ¿Vas a invitarme a cenar?

—No —responde entre risas—. Es que... ¿no te hueles? Apestas como una bolsa de *hockey*.

—Tú tampoco olías precisamente a rosas después del entrenamiento, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé. ¿Por qué crees que me metí en la ducha?

—Para recuperarte de haber estado tan cerca de mí. —Le guiño un ojo.

—No ha sido por eso —dice, ruborizándose y poniéndose visiblemente nervioso.

Que Dios me ayude como siga siendo tan divertido burlarme de él. Quizá compartir habitación no vaya a ser tan horrible después de todo. Podría pasarme horas entreteniéndome a su costa, haciéndolo sentir incómodo, empujándolo poco a poco hasta que, para el martes, se arrepienta de haber propuesto este trato y le suplique al entrenador Chris que le cambie el compañero en Milán.

Empieza a deshacer la maleta y a guardar cosas; unas en los cajones, otras colgadas en el armario. De vez en cuando alza una prenda como si la examinara con atención y luego la combina con otra, hasta dejar un conjunto completo extendido sobre la cama.

—¿Tienes una cita importante? —le pregunto mientras saco de la bolsa el cepillo de dientes, la pasta, el desodorante y el champú dos en uno.

—Ojalá. —Suspira y mira el reloj que lleva en la muñeca. Debe de costar una fortuna, y veo que tiene un estuche pequeño con varios más. Nunca me ha llamado la atención ese tipo de cosas, pero entiendo el atractivo: en su muñeca queda de fábula.

—En realidad, llego tarde —dice—. Mi padre ha reservado mesa en el asador con vistas al casino.

No conozco en persona a Connor Kennedy padre, pero la opinión que tengo de él hace que prefiera una cirugía sin anestesia después de recibir un disco en la cara antes que sentarme a cenar con ese hombre. Connor hijo parece pensar algo parecido. Se le han tensado los labios mientras se metía por dentro la camisa azul claro y se ajustaba los pantalones grises, que se ciñen a sus muslos y a su trasero de una forma obscenamente tentadora.

Verle esa expresión seria mientras termina de vestirse me hace sentir como si estuviera invadiendo algo que no me corresponde, así que me coloco las cosas del baño bajo el brazo. Antes de entrar, le dedico una última mirada de arriba abajo. Va elegantísimo, pese al miedo que se le adivina en los ojos.

—No te ofendas si no estoy aquí cuando vuelvas —le digo. Tengo pensado salir a cenar con Bouchard, pero Connor no necesita saberlo.

Él me mira por encima del hombro, con una ceja arqueada, y una chispa juguetona sustituye la tristeza que llevaba un momento antes en la cara.

—Solo si prometes no ofenderte tú si no te espero despierto.

Connor

Llego diez minutos tarde al restaurante después de salir de nuestra habitación y cruzar el casino. Este sitio es enorme, y ni siquiera la luz tenue consigue suavizar la decepción en el rostro de mi padre ni la indiferencia con la que mi madre bebe de su copa de vino. Curioso: con todo el miedo que me daba cenar con mi padre, me había olvidado por completo de que mi madre había decidido acompañarlo en este viaje. Seguramente lo haya usado como excusa para llenarse la agenda de tratamientos de *spa* y algún que otro retoque discreto.

—Siento el retraso —digo mientras me siento—. El entrenamiento se alargó, luego tuve que ducharme y, además, este hotel es gigantesco. Debo de haber caminado tres kilómetros para llegar hasta aquí. —Mierda. Estoy desvariando. Siempre lo hago cuando estoy nervioso. Para obligarme a callar, doy un sorbo al agua.

—Dime que lo que he oído no es verdad —dice mi padre.

Hay tantas cosas a las que podría referirse que no sé ni por dónde empezar a negarlas. Solo espero que, otra vez no, no me hayan pillado haciendo algo que no debía con alguien con quien no debía estar. No estoy seguro de soportar otra ronda de pagos y acuerdos de confidencialidad porque algún imbécil con el que me acosté decidiera grabarlo y luego chantajearme con ello, como ocurrió durante mi temporada de novato.

Intento apartar ese recuerdo, pero el miedo a que se repita nunca termina de irse. El corazón se me acelera y las manos empiezan a sudarme. Las seco deprisa con la servilleta, bajo la mesa. No sé por qué estoy entrando en pánico. No he estado con otro hombre desde aquello, así que no imagino que mi padre vaya por ahí. Pero después

de cómo reaccionó al vídeo que le enviaron a su despacho con exigencias de pago, y del modo en que se empeñó en aplastar cualquier rumor sobre mi sexualidad, no puedo evitar ponerme paranoico cada vez que me mira así, con las fosas nasales dilatadas y la rabia contenida.

Doy otro sorbo de agua y trago saliva para deshacer el nudo de la garganta.

—¿A qué te refieres?

—A Gavin Marshal —escupe entre dientes, con todo el desprecio del mundo—. ¿Por qué demonios te ofreciste voluntario para compartir habitación con él? Ya sabes lo que yo... lo que la liga piensa de él.

Ah, claro. Eso. Debería haberlo supuesto. Me muerdo la lengua para no poner los ojos en blanco. En vez de eso, me termino el vaso de agua de un trago. Me calma un poco, pero no demasiado. En realidad, dudo que alguna vez deje de estar tenso cuando estoy con mi padre. Nunca ha sido un hombre ante el que pueda bajar la guardia.

—Toma, bebe un poco de vino —dice mi madre, y me acerca una copa que acaba de servirse de la botella de la mesa.

Mi padre me la quita antes de que llegue a rozarla.

—Está trabajando —gruñe.

—Por favor —replica mi madre—. Cuando tú jugabas, bebías como un cosaco. Deja que el chico se tome una copa si piensas someterlo a tu versión particular de la Inquisición.

De pronto, agradezco muchísimo que mi madre esté aquí y le dedico una sonrisa de gratitud. En el fondo sé que ese comentario tiene más que ver con llevarle la contraria a mi padre que con defenderme a mí, pero aun así me reconforta. Llevan toda la vida relacionándose así.

—Está bien. —Mi padre me devuelve la copa—. Puede tomarse una.

«Dos», estoy a punto de decir. Pero no lo hago. Ya estoy deseando abrir el minibar cuando vuelva a la habitación para aplacar los nervios.

—Ahora, volviendo a Gavin Marshal —dice mi padre—. Nunca

deberían haber permitido que entrara en el equipo.

—Lo eligieron igual que a mí —respondo. Y eso basta para que me lance una mirada furiosa que me hace empezar a atropellarme con las palabras—. Y además crea mucho juego. El mejor de la liga, si quieres que sea sincero. Deberías haberlo visto hoy sobre el hielo. Nos ha pasado por encima a todos. Va a ser un activo importantísimo en los partidos.

—¿Un activo? —se burla mi padre—. Los Juegos Olímpicos consisten en enviar el orgullo de un país a representar a su nación, no a sus matones. Y mucho menos a su basura.

Aprieto los labios. La sangre empieza a hervirme.

—No es basura, papá. Es tan millonario como cualquiera de nosotros.

—Me cuesta creerlo —dice mientras llama al camarero. Levanta el menú, señala con el dedo y hace el pedido—. El solomillo para mi esposa, y un filete de lomo para mi hijo y para mí.

Lo miro, atónito. Ni siquiera me ha dado tiempo a abrir la carta. Y, para colmo, esta noche no me apetece carne. Preferiría pescado. Salmón, por ejemplo. Pero el camarero ya se ha ido. Típico de Connor padre. En cuanto siente que algo se le escapa de las manos, aprieta con más fuerza todo lo que todavía puede tocar y controlar. A mí. Siempre a mí.

—Hablaré con el entrenador Chris —dice—. Conseguiré que te cambie de compañero de habitación.

—¡No quiero otro compañero! —salto, alzando demasiado la voz y sonando como un niño malcriado. O, a juzgar por la expresión de mi padre, como un maricón. Que para él viene a ser bastante peor. El tono me ha salido demasiado afeminado para su gusto en este restaurante lleno de gente.

Mi padre se inclina sobre la mesa, me agarra de la muñeca y aprieta.

—Deja de discutir conmigo. Estoy haciendo lo mejor para ti.

—No, no lo estás haciendo —respondo entre dientes, bajando la voz—. Estás haciendo lo mejor para ti y para tu imagen.

—Ahí te ha dado —dice mi madre antes de beber un sorbo de vino. Cuando traga, me tiende la copa.

No sé en qué estaba pensando. No debería haber dicho eso. Solo va a enfurecerlo más, y cuanto más enfadado esté, más controlador se volverá.

Mi padre la fulmina con la mirada, pero a ella le da exactamente igual. Se sirve el resto de la botella en la copa y luego le hace una seña al camarero para que traiga otra.

—Por favor, papá, déjalo ya —digo, soltándome de su mano. Me froto la muñeca con la otra, calmando el dolor de la piel irritada—. No te metas. No me importa compartir habitación con Gavin. De hecho, es lo mejor. Que me den un trato especial por ser tu hijo no ayuda al equipo. No te metas.

—Está bien —concluye. Tiene la mandíbula tan tensa que casi parece tallada en piedra, y me mira con dureza—. Pero, como intente alguna de sus tonterías, no tendré ningún problema en echarlo del equipo.

Gavin

Por supuesto, Bouchard ha elegido para cenar el asador del hotel. No me quejo. La comida está cocinada de maravilla y, después del entrenamiento, necesito proteína.

El problema es que, desde la barra donde estamos sentados, puedo ver a Connor. Está al otro lado del restaurante, cenando con sus padres en lo que tiene toda la pinta de ser una velada de mierda. Se lo ve incómodo. No para de jugar con el reloj y apenas toca la comida. Resulta curioso ver que alguien tan imponente sobre el hielo parezca un crío cuando se sienta frente a su padre.

La escena me aprieta la garganta y me arranca un gruñido que apenas consigo contener. No me importa lo nuevo que sea todo esto. Es mi compañero de equipo. Y eso significa que tengo que protegerlo, aunque solo sea durante las próximas tres semanas. Si no estuviéramos en este restaurante lleno hasta los topes, cruzaría la sala y le reventaría la cara a Kennedy padre.

Sería una maravilla. Nunca ha sido ningún secreto que ese hombre me cae como una patada en los huevos. Si soy sincero, tampoco me caía bien el hijo, pero casi todo lo que he sentido contra él siempre ha nacido del padre. Él es el verdadero cabrón. Él es quien nos ha enfrentado desde que apenas éramos unos críos hasta hoy.

Qué decepción más grande acabó siendo ese hombre. Y pensar que mi padre me llevaba al bar del pueblo, en Alaska, para ver sus partidos, porque con la antena cutre que teníamos en casa no pillábamos casi nada. El día que pudimos permitirnos la televisión por cable y ver más *hockey* fue todo un acontecimiento para nosotros. Aun así, Connor Kennedy padre y los Chicago Broad Wings siguieron siendo nuestro equipo favorito durante mucho tiempo.

Pero ya lo dicen: nunca conozcas a tus héroes.

Bouchard chasquea los dedos delante de mi cara.

—Eh, Marshal, ¿te han dado hoy un golpe en la cabeza o qué?

Niego y vuelvo a centrarme en él.

—¿Eh?

—Te has ido a otro planeta, tío. —Da un trago a la cerveza y me señala con la botella mientras termina de tragar—. Tienes esa mirada tuya de estar perdido en la niebla.

Me froto los ojos con el dorso de la mano y luego agarro mi cerveza sin alcohol para dar un sorbo.

—Supongo que estoy cansado —digo, y vuelvo a mi plato: un salmón de Alaska que está increíble.

—Entonces entiendo que esta noche no te vienes conmigo al club de *striptease*.

—No. —Me río por motivos que él no sospecha ni de lejos—. Claro que no. Pero tú vete y pásalo bien.

Se encoge de hombros.

—No tiene tanta gracia ir solo.

Eso es algo que jamás entenderé de los heteros. A un grupo de tíos les incomoda ver a dos hombres besarse, pero están encantados de ir en manada a un club de *striptease* y empujarse entre ellos, hombro con hombro, mientras se ponen cachondos. Hay algo muy homoerótico en todo ese ritual, y esta noche no estoy para soportarlo.

—Seguro que encuentras a alguien más del equipo que quiera ir contigo —digo mientras corto otro trozo de salmón.

—Puede ser —responde Bouchard con la boca llena. Lo acompaña con otro trago de cerveza—. Aunque la mayoría de estos tíos están casados. ¿Lo sabías?

—¿En serio? —No me lo había planteado. Pero, para ser justos, las únicas vidas que me interesan de verdad son las de mis compañeros en los Blizzards. Y sí, muchos de ellos están casados, aunque eso nunca me ha parecido raro. Los jugadores de *hockey* suelen acabar con la novia de la universidad o incluso con la del instituto. La mayoría tiene hijos antes de los veinticinco y está encantada con ello. Yo siempre he temido que alguien se pregunte por qué no voy por ese camino. Y, más aún, por qué no tengo una cadena infinita de novias como algunos de nuestros compañeros solteros.

—Sí —dice Bouchard—. Este equipo está lleno de padres de familia. Tendrías que haber visto a Olsen en nuestra habitación, hablando por FaceTime con su mujer y con su hijo de dos años. Da miedo verlo tan empalagoso con esa charla de bebé.

Le sonrío con picardía.

—¿Con su mujer o con el niño?

Bouchard se echa a reír.

—Con los dos. —Se termina la cerveza de un trago y le pide otra al camarero con un gesto. El camarero me mira a mí también, pero niego con la cabeza.

—Aunque, siendo sincero —continúa Bouchard—, parecía feliz.

—Vaya. ¿Eso que oigo es envidia?

—Vete a la mierda —responde entre risas—. Pero, hablando en serio, quizá ya va siendo hora de que encuentre a alguien con quien sentar la cabeza.

—Sí. —Le señalo con la barbilla—. Después de todos los golpes que te has llevado, más vale que tengas a alguien que te cuide cuando seas viejo.

—¿Eso se lo dices a todos los que dejas inconscientes?

—¡Eh, a ti nunca te he dejado inconsciente!

—No. —Vuelve a reírse y le da un trago a la cerveza recién servida—. Y gracias a Dios. He visto cómo aplastas a la gente. Prefiero que

me disparen varios discos a ciento cuarenta y cinco por hora a la cabeza antes que recibir un empujón tuyo, animal.

Le hago un gesto con la mano para que se calle.

—Con toda esa armadura que llevas encima, ni lo notarías.

—Puede que no —dice, y vuelve a su comida.

Aprovecho para mirar otra vez hacia Connor. Parece a punto de echar a correr mientras juguetea con la comida en el plato. Frunzo el ceño.

—¿Y esa cara? —pregunta Bouchard.

Mierda. Otra vez me ha pillado. Asiento con la cabeza hacia la mesa de Connor.

Bouchard se gira para mirar.

—¿Qué le pasa?

—Parece triste.

—A saber por qué. Ese niño mimado no tiene ninguna razón para estar triste.

Se me seca la boca, y ahora ojalá le hubiera dicho al camarero que me trajera otra zarzaparrilla.

—El cabrón es el padre.

—Pues entonces será algo aprendido.

—Quizá. —Me encojo de hombros, aunque en el fondo no me lo creo—. ¿Nunca te has preguntado si eso de ser un padre obsesionado con el *hockey* igual no es la mejor idea del mundo?

—¿Lo dices en serio? —Bouchard se endereza un poco y sonríe—. Creo que una de mis razones para casarme sería poder tener una versión en miniatura de mí mismo con la que patinar. Un crío vestido de portero, dando vueltas en una noche familiar.

—No le digas eso a tu futura mujer. —Me río.

—Venga ya. No me dirás que nunca lo has pensado. Estoy seguro de que hay un montón de mujeres por ahí que estarían encantadas de casarse contigo y criar a un equipo entero de leñadores-jugadores de *hockey*.

Lo miro como si fuera idiota.

—Nadie quiere eso. Ni siquiera yo.

Y es verdad. No tengo ningún plan de tener hijos, por demasiadas razones. La menos importante es que soy gay y nunca voy a tener

uno de forma natural. La más importante es que este mundo no necesita a otro como yo. Ya le cuesta bastante soportar al que tiene delante.

—Atención —dice Bouchard—. Tu compañero de habitación se mueve. —Me dedica una sonrisa traviesa—. ¿Invitamos a él y a su viejo a tomar algo?

Casi me atraganto. Estoy a punto de decirle que es una idea de mierda cuando Bouchard ya está gritándoles y haciéndoles señas para que se acerquen.

A Connor padre parece que vaya a salirle humo por las orejas cuando se vuelve a mirarnos. El hijo, en cambio, tiene cara de querer estar en cualquier otro lugar del planeta. Aun así, es él quien cede primero y se acerca. Su lado amable gana la partida entre la mala educación y la cortesía con los compañeros de equipo.

—Connor —dice su padre, poniéndole una mano en el hombro cuando se aproxima a nosotros—. No tenemos tiempo para esto.

Bouchard se ríe y les dedica una peineta, pero yo no soy capaz de seguirle el juego. Sobre el hielo, sí. Ahí participaría encantado en las provocaciones e intentaría sacar de quicio a Connor si nuestros equipos estuvieran enfrentándose. Pero aquí no. Ahora no. Este no es el momento.

—Déjalos en paz —le digo a Bouchard mientras le aparto la mano—. Resérvalo para la pista.

CUATRO

Connor

Resulta que Gavin Marshal duerme como un tronco. No sé por qué me sorprende. Quizá porque yo no he dormido bien una sola noche en toda mi vida. Sea cual sea la razón, envidio la calma que transmite, tumbado boca arriba, con un brazo musculoso extendido con descuido por encima de la cabeza. No consigo apartar la mirada del movimiento lento y constante de su pecho al subir y bajar, apenas cubierto y salpicado por la cantidad exacta de vello oscuro como para resultar tentador. Ni demasiado, ni demasiado poco. Justo la medida perfecta para ese Ricitos de Oro gay que vive en mi cabeza y siempre anda buscando el equilibrio ideal entre lo que le gustaría acariciar con los dedos.

También me doy cuenta de que he terminado acompasando mi respiración con la suya. No ronca, lo cual es un alivio, pero también una sorpresa. Supongo que había dado por hecho que un hombre de ese tamaño tenía que roncar como un trueno.

Pues no. Me equivoco. Otra vez. Parece que con Gavin siempre me equivoco.

¿O no?

Hay algunas cosas en las que creo haber acertado. Como en que se siente solo. Aunque tampoco es que lo esconda demasiado bien. Basta con mirar más allá de toda esa coraza áspera para encontrar ese destello de aislamiento en sus ojos. Casi parece algo que lo persigue. Me pregunto qué habrá visto. Dónde habrá estado. Qué clase de vida ha llevado.

Una vez me dijo que tenía que elegir entre la NHL y un barco pesquero, y da la impresión de haber escogido el *hockey* como quien patina con todas sus fuerzas para huir de un destino ya escrito. Me pregunto cuándo fue la última vez que volvió a casa. Me pregunto si tiene familia y, si la tiene, si vendrán a animarlo a Milán.

También me pregunto cómo debe de sentirse al ser, en cierto modo, un desconocido. No es que no sea famoso. Cualquiera que siga el *hockey* sabe quién es. Pero eso es prácticamente todo lo que se sabe. No hay pistas sobre dónde vive; supongo que en Búfalo, pero vete a saber. No hay rastro de familia, y puedo asegurar que nunca he visto una foto suya en un blog de cotilleos ni una publicación en redes donde aparezca en una cita. Nunca. Y eso es absurdo. Todos los demás jugadores superestrella de la liga (dejándome a mí fuera, por razones obvias) se han hecho virales alguna vez por una foto borrosa en la que besan a una mujer cualquiera en un rincón oscuro.

Mi padre mataría por una foto así de mí. De hecho, ha intentado organizarla más de una vez, aunque siempre he conseguido frustrarle el plan.

Ayuda que no soy especialmente sociable. Claro que salgo a celebrar las grandes victorias con mis compañeros, pero casi siempre soy el primero en marcharme a casa o al hotel cuando estamos de gira. Me gusta la paz. Me gusta el silencio. Me gusta no sentirme obligado a desplegar encanto ni a montar un espectáculo para nadie. Solo puedo hacerlo cuando estoy solo. O, al parecer, cuando estoy en esta habitación con Gavin, que no me hace sentir como si tuviera que ser perfecto en todos los sentidos. Quizá porque él tampoco tiene ningún problema en mostrarse imperfecto. Tiene tanta seguridad que le da igual que todos lo vean como ese tío duro e inaccesible que creen que es.

Esa actitud, y su forma de estar en el mundo en general, le regalan algo muy valioso: privacidad. Parece capaz de ocultarse a plena vista. Podría ser incluso un asesino en serie y nadie lo sabría. No. No vayas por ahí, Connor. Todavía tienes que compartir habitación con este tío. Un tío que, de pronto, se da la vuelta y se orienta hacia mí en la cama del otro lado de la habitación. Cierro los ojos de golpe para que no se dé cuenta de que lo estaba mirando.

Sigo con los ojos cerrados y escucho cómo se levanta. Abre la cremallera de la bolsa, rebusca algo dentro, vuelve a cerrarla y cruza la habitación hasta el cuarto de baño, cerrando la puerta tras él.

Mientras está dentro, vuelvo a abrir los ojos y alcanzo el teléfono.

Son las cinco de la mañana. Mierda. Aún es muy temprano. Todavía podríamos dormir un par de horas antes de reunirnos para el desayuno del equipo y después ir a entrenar.

Dejo el teléfono en la mesilla justo cuando él sale del baño.

—Hola —dice con un gesto de cabeza.

—Hola —respondo, esperando que vuelva a la cama. Pero se ha puesto unos pantalones cortos que, aunque holgados y largos, dejan adivinar el volumen de unos muslos que tensan la tela, y una camiseta negra ajustada que se le pega a los pectorales y a los abdominales. Tiene pinta de irse directo al gimnasio. Interesante.

Gavin se pone los auriculares y coge el teléfono.

—¿Te vas? —le pregunto.

—Sí —gruñe—. Voy al gimnasio.

—Pero hoy tenemos entrenamiento.

—¿Y?

—Bueno... —No sé cómo seguir. Él me mira, esperando. Hay una razón por la que tiene ese cuerpo. Una razón por la que es tan sólido como un árbol con patines y parece una pared de ladrillo cada vez que choca contigo. Trago saliva—. Que tengas un buen entrenamiento. El desayuno del equipo es a las ocho.

Me hace el saludo militar.

—Sí, capitán. —Alarga la última palabra, sonríe con esa burla suya destinada a pincharme y se marcha. Esa forma de decirlo me deja incómodo. Soy el capitán del equipo, como él mismo acaba de recordarme con tanta puntería, y aquí sigo, metido en la cama, mientras él ya está levantado y camino del gimnasio.

Aprieto los labios, preguntándome si nombrarme capitán no habrá sido un error.

Gavin

Lo mejor de los hoteles de Las Vegas es que, a las cinco y media de la mañana, el gimnasio siempre está vacío. Y mejor aún: casi siempre tienen máquinas de última generación que apenas nadie ha

tocado, lo que me permite mantener mi rutina intacta. Y eso, para mí, es fundamental. A veces pienso que esa es una de las razones por las que nunca me he acomodado del todo en Búfalo y por las que mantengo mi apartamento con lo mínimo indispensable. Me resulta más fácil mantener la cabeza en orden cuando no me quedo quieto. Es haciendo ejercicio, pasando horas en el gimnasio y sobre el hielo, cuando más tranquilo estoy. También ayuda que la rutina sea tan exigente, porque así puedo caer rendido por la noche y dormir sin que la vida que tenía antes del *hockey* se me cuele en la cabeza.

El *hockey* nos salvó a mi padre y a mí. No quiero ni pensar qué habría sido de nosotros si no me hubiera metido en este deporte cuando era pequeño. Lo más probable es que ahora fuera un chaval de veinticinco años enganchado a las pastillas, con la espalda hecha polvo y saltando de un barco a otro por Alaska, y que mi padre quizá ni siquiera siguiera vivo. Pero aquí estoy, a punto de representar a mi país en el escenario más grande del mundo. Quiero aprovechar esta oportunidad al máximo. Y para hacerlo necesito disciplina, rutinas estrictas, control.

Recordando el aspecto que tenía Connor cuando volví anoche, me pregunto si a él no le vendría bien algo parecido. Parecía necesitar despejarse. Pero no quise invitarlo a venir conmigo esta mañana. Ese sería el primer paso para empezar a preocuparme por él, y eso es exactamente lo que no debería hacer.

Anoche me dormí pensando en la cara que puso cuando regresé a la habitación, hacia las once. Después de dar unas vueltas y de ver a Bouchard perder hasta la camisa en el casino, nos despedimos y subí, esperando que Connor hubiera cumplido su promesa de no esperarme despierto.

Pues no. Seguía muy despierto cuando entré. Aunque «despierto» quizá no sea la palabra más precisa. Tenía los ojos abiertos y miraba la pantalla del televisor, donde ESPN repetía los mejores momentos del día, pero estaba claro que no estaba viendo nada.

Se sobresaltó cuando la puerta se cerró sola detrás de mí. En cuanto me vio, abrió mucho los ojos, como si le sorprendiera encontrarme allí.

—Lo siento —se disculpó, sin motivo alguno, y apartó la mirada. Esta vez la clavó en la ventana, en las luces brillantes de Las Vegas, en vez de en la televisión.

Me quité los zapatos.

—¿Estás bien?

—*iSip!* —Una sonrisa falsa le apareció en la mitad de la cara que yo alcanzaba a ver.

Fruncí el ceño y me froté la nuca. Estaba claro que le pasaba algo, pero tenía que decidir hasta qué punto me importaba. Y, para mi desgracia, me importaba más de lo que me convenía. Es una idea que sigue rondándome por la cabeza mientras levanto peso. Sobre todo después de ver cómo se comportaba en el restaurante, durante la cena con su padre.

—¿Estás seguro?

Seguía sin mirarme, pero asintió.

—Sí, estoy seguro.

Como no me lo creía, insistí.

—Siento lo de Bouchard. No siempre sabe cuándo retirarse.

Connor terminó por girarse hacia mí y me sostuvo la mirada. Me estudió el rostro como si intentara adivinar mis intenciones. Pero no había ninguna.

—De verdad, Gavin. Estoy bien. Solo ha sido un día largo.

Asentí y lo dejé correr. Después fui a lavarme los dientes y me quedé en calzoncillos para acostarme. Cuando salí del baño, el televisor y la lámpara de su mesilla ya estaban apagados. También se había girado, dándome la espalda, pero supe que seguía despierto. No dije nada más. Me metí en la cama y cerré los ojos.

Me costó dormirme más de lo normal. En los viajes con los Blizzards suelo compartir habitación con Tavish, que ronca y habla dormido. Uno pensaría que eso sería bastante peor. Pero el silencio del lado de Connor me inquietaba. Era una quietud incómoda. De esas que llegan entre tormenta y tormenta, cuando una acaba de pasar y otra se anuncia a lo lejos con el rumor apagado de los truenos.

Sabía, por supuesto, que no tenía nada que ver conmigo. Pero incluso ahora, mientras cargo en la máquina otra serie de discos de

veintitrés kilos para hacer sentadillas, me pregunto si debería haber insistido un poco más. O si, directamente, habría sido mejor no volver a la habitación.

Lo cual es absurdo. Además, no tenía alternativa. Tengo que dormir en alguna parte y, por mucho que todos crean saber quién soy, sigo prefiriendo una cama a cualquier suelo. Ya no soy aquel crío salvaje de Alaska. Ahora soy un hombre civilizado, al fin y al cabo.

Connor

Soy el primero en llegar a la sala de conferencias que el equipo ha reservado para desayunar, reunirse y ver vídeos. No es el lugar ideal, pero han hecho un buen trabajo para volverlo funcional. Hay tres filas de mesas rectangulares con sillas, aunque apostaría lo que fuera a que, a lo largo de la semana, acabaremos rompiendo la mayoría. Los jugadores de *hockey* no destacamos precisamente por ser delicados con lo que nos rodea.

Por suerte, el hotel sí supo entender qué hacía falta con la comida. Hay de todo para el desayuno: beicon, huevos, galletas, patatas con ajo y romero, fruta fresca, zumo de naranja y café a raudales, además de cajitas individuales de cereales y algunos bocadillos para llevar. Estoy tentado de empezar a comer ya mismo, pero prefiero esperar a que lleguen los demás, que van apareciendo poco a poco.

La mayoría tiene pinta de haber pasado una noche terrible. O, más exactamente, una mañana terrible después de una noche muy divertida en Las Vegas. No voy a fingir que me sorprende. Cuando anunciaron que el campamento sería aquí, me temí exactamente esto. Era lo lógico. Somos un grupo de hombres, la mayoría por debajo de los treinta, el perfil perfecto para desmadrarse en Las Vegas. Incluso el entrenador Chris parece haber abusado anoche de Dios sabe qué. ¿Comida? ¿Bebida? ¿Juego? Las opciones para pecar son infinitas.

Supongo que cenar miserablemente con mi padre tuvo al menos

alguna ventaja. Y además, como capitán del equipo, me toca dar el ejemplo. Eso es justo lo que intento hacer mientras los saludo a todos.

—¡Que te jodan, Skipper*! —me gruñe Bradley Warren cuando le doy los buenos días. Entra arrastrando los pies, apestando a cerveza y con unas gafas de sol que ni siquiera consiguen ocultar la purpurina que lleva pegada a la cara, sobre todo alrededor de la boca.

—Ni caso —dice Bouchard, que no tiene mucho mejor aspecto, aunque al menos hoy está siendo amable conmigo... por una vez. Me pregunto si Gavin tendrá algo que ver con eso—. Hace unas horas lo encontré tirado en el Strip's Strip.

Eso explica la purpurina.

—No te hagas el santo. —Bradley le pasa un brazo por los hombros a Bouchard y le revuelve el pelo mojado con los nudillos. Al menos uno de los dos se ha duchado—. Si Franklin no nos hubiera metido en un taxi, seguiríamos allí.

Max Franklin, un extremo izquierdo de Seattle, niega con la cabeza. El simple movimiento lo deja verde.

—No vuelvo a salir con vosotros dos, degenerados.

—Créenos —dice Bouchard—. Nosotros tampoco queremos volver a salir contigo. —Mira a Bradley y los dos, al unísono y con dramatismo, imitan lo que parece ser la voz de Max—: Mi mujer va a matarme.

Max les dedica una peineta y luego se sirve una taza de café, negro y sin azúcar.

—Vaya, vaya, vaya. Mira a quién ha traído el gato —dice Bouchard. Me giro para comprobar a quién se refiere, aunque ya lo sé. Gavin.

—Y tanto —responde Gavin, repasando a Bouchard de arriba abajo—. ¿De qué caja de arena te han sacado?

—Del Strip's Strip —aclara Bradley mientras se deja caer en una mesa con un plato de comida. Se quita las gafas de sol y se masajea las sienes.

—Deberías venir con nosotros la próxima vez —dice Bouchard.

—No, no debería —replica Bradley, empezando a comer—. Si viene él, no liga nadie. Asustará a todas las chicas.

Frunzo el ceño y me aparto de la conversación para servirme el desayuno. Lo entiendo. Las fiestas, los clubes de *striptease* y todo lo demás forman parte del ambiente. Sé perfectamente cómo funciona. Siempre hay un grupo en cada equipo incapaz de resistirse a ese tipo de diversión. Pero, por alguna razón, me molesta imaginar a Gavin entre ellos. No encaja en ese cuadro.

—No —dice Gavin, colocándose a mi lado en la fila para servirse. Irradia calor y huele a sudor—. No quiero meterme entre vosotros dos. Todos sabemos lo desesperados que estáis por follar. —La sala estalla en carcajadas y noto cómo se me aflojan los hombros. Quizá me he equivocado con él.

—Pero en serio —insiste Bouchard—. ¿Dónde acabaste anoche?

—No te gustaría saberlo —responde Gavin, metiéndose una uva en la boca.

Pongo los ojos en blanco. Acabó en la cama a una hora decente, como debería haber hecho el resto.

—Venga, suéltalo. ¿Quién era? —sigue pinchando Bouchard—. Un hombre de tu tamaño no pasa desapercibido si anda merodeando por el casino a las cinco de la mañana.

Un momento. Yo creía que había ido al gimnasio. La incomodidad de sentirme fuera de lugar vuelve a apoderarse de mí y me deja casi sin color. ¿Se ha escapado para ver a alguien?

—Nadie. Fui al gimnasio —dice Gavin, metiéndose otra uva en la boca.

El alivio me invade de inmediato y siento cómo me vuelve el color a las mejillas.

—Mentira, Marshal —dicen Bouchard y Bradley a la vez.

—No puedes esconderte de nosotros, Gavin —continúa Bouchard—. Ya descubriremos tus secretos.

—No hay nada que descubrir. —Gavin se ríe y va a sentarse al fondo de la sala, lejos de todos. Su expresión permanece tranquila, casi indiferente, mientras se llena la boca de beicon y huevos como si las preguntas no le importaran lo más mínimo.

—¡Muy bien! —exclama el entrenador Chris antes de dar un sorbo a su café—. ¡Escuchad!

Termino de llenarme el plato y voy a sentarme delante, en el sitio

que corresponde al capitán. El asiento a mi lado sigue vacío, reservado para quien sea elegido capitán alerno. Espero que el entrenador se decida pronto, porque empiezo a sentir que voy a necesitar toda la ayuda posible con este grupo. Aquí hay varios capitanes de sus propios equipos que, estoy seguro, serían buenas opciones. Jugadores a los que Bradley, al menos, no llamaría «Skipper».

El entrenador recorre la sala con la mirada, asegurándose de tener nuestra atención.

—Diría que, visto el lamentable estado en el que os encontráis, queda claro que necesitamos imponer un toque de queda.

Toda la sala protesta, salvo yo y, para mi satisfacción, Gavin. Lo veo asentir desde el fondo mientras sigue desayunando. Es lo correcto. Estamos aquí para trabajar, no para divertirnos. Esto no es un descanso de mitad de temporada. Si acaso, me atrevería a decir que las próximas semanas van a ser más exigentes de lo que cualquiera de nosotros está acostumbrado.

—Aquí tenéis vuestro nuevo horario —continúa el entrenador Chris—. Desayuno a las nueve, entrenamiento sobre hielo a las nueve y media. Haremos una pausa de una hora al mediodía para comer y ver vídeo, y luego más hielo de una a cuatro. La cena corre por vuestra cuenta. Y todos tenéis que estar en vuestras habitaciones a las diez. Así que id sacando libros de la biblioteca, chicos, y acostumbraos a leerle un cuento a vuestro compañero antes de dormir. Si tenéis cualquier molestia, acudid enseguida a los preparadores físicos. —Mientras habla, señala la mesa del equipo médico, y todos ellos levantan la mano a modo de saludo. A diferencia de mis compañeros, esos hombres sí tienen pinta de haber llegado aquí a trabajar, con ropa deportiva a juego y el logotipo del equipo de Estados Unidos—. ¿Alguna pregunta? —concluye Chris.

La sala responde con silencio.

—Bien —dice, y da otro sorbo al café—. Porque me está estallando la cabeza.

Gavin

Sé que el equipo se ha pasado toda la mañana quejándose del toque de queda, pero verlos ahora intentando patinar con resaca resulta francamente deprimente. Todos evitan el contacto como si quemara, y aunque esto sea un entrenamiento y no debemos estar estampándonos contra el hielo, sí necesitamos chocar un poco, sentirnos, convertirnos en un equipo de verdad. Y Connor es el único capaz de meterle un gol a nuestro portero, que bastante hace con mantenerse en pie y detener algo.

El entrenador hace sonar el silbato y nos indica que paremos. Warren se dobla sobre la valla y vomita el desayuno en una papelera. En momentos como este agradezco más que nunca no beber.

Connor me mira y se acerca patinando. A diferencia del resto, tiene los ojos vivos y parece lleno de energía sobre el hielo. Nada que ver con la imagen que daba anoche. Yo, por mi parte, me lo estoy pasando en grande persiguiéndolo y robándole el disco. Después del último ejercicio llega casi sin aliento, con el pelo mojado por el sudor y rizándose bajo el casco.

—Esto es un desastre —dice al detenerse—. Somos los únicos capaces de hacer algo útil.

Con el palo, arrastro el disco que le acabo de robar.

—Yo soy el único capaz de hacer algo útil —digo, dejándole que el disco se acerque a él solo para recuperarlo antes de que lo toque.

—Capullo —dice, aunque una sonrisa le arruga los ojos.

Le doy otro toque al disco y lo recupero antes de que él pueda atraparlo.

—Llamar «capullo» a un subordinado no parece muy propio de un capitán —le digo, alzando una ceja.

—Vete a la mierda —responde entre risas, y me roba el disco sin que lo vea venir.

Intento recuperarlo, pero se gira con rapidez y, con un simple golpe de muñeca, lo envía deslizándose sobre el hielo hasta colarlo en la portería vacía. Luego se vuelve hacia mí sonriendo.

Echo un vistazo alrededor. Nadie, ni siquiera el entrenador, parece en condiciones de reanudar el entrenamiento. Estiro el palo hasta la valla y recojo otro de los discos desperdigados.

—¿Crees que podrías repetirlo si voy detrás de ti?

Se muerde el labio inferior y lanza una mirada rápida alrededor. Parece estar calculando si el entrenador podría echarnos la bronca por esto. Claro que le preocupa. Apostaría a que Connor no ha desobedecido a nadie en toda su vida. No es que esto llegue a ser una falta, pero hay algo en esa preocupación que me resulta tan irritante como enternecedor.

Patino a su alrededor, guiando el disco delante de él. Lo miro fijamente mientras muevo el palo entre las manos.

—Un auténtico capitán no dudaría en tomar el mando ahora mismo —le digo, a modo de desafío.

Me mira con fastidio, pero enseguida se le dibuja una sonrisa. Sin dejar de sostenerme la mirada, aparta el disco de mi alcance y sale disparado.

—¡Pequeño cabrón! —le grito antes de lanzarme tras él, aunque ni siquiera llego a acercarme. Envía el disco directo a la portería.

—¡Presumido! —grita Bradley, chocando las manos con varios del equipo, que bastante tienen con mantenerse en pie.

La satisfacción se borra de la cara de Connor en el acto.

Si estuviéramos en un partido de verdad, aprovecharía para empotrar a Bradley contra la valla por hablarle así a nuestro capitán. Siempre ha sido uno de mis blancos favoritos cuando nuestros equipos se cruzan en temporada. Es un bocazas. Se pasa los partidos enteros soltando pullas e insultos. De ese tipo de jugador que desquicia al rival y le vacía la cabeza no por cómo juega, sino por cómo habla.

—Llegar al entrenamiento preparado para jugar no es presumir —le digo a Bradley. Él me dedica una peineta, aunque se le nota un punto de vergüenza. Recojo otro disco con el palo y se lo paso a Connor. Él me lo devuelve, y empezamos a intercambiarlo entre nosotros.

—¿Otra vez? —lo reto en cuanto lo recupero.

Él levanta el palo.

—¿Estás intentando compensar algo?

—Estoy intentando sudar un poco. —Señalo toda la pista con el palo y finjo un bostezo. Luego alzo la voz—. Está claro que aquí no hay nadie más con ganas de aceptar un reto.

—En serio, ¿cómo he acabado en un equipo con los dos mayores gilipollas de la liga? —dice Bradley.

—Oye —lo empuja Bouchard—. ¿A quién llamas gilipollas?

—¡A tu chico! ¡A él! —grita Bradley, y le devuelve el empujón.

—¡Pues yo creo que el gilipollas eres tú! —Bouchard vuelve a empujarlo, y esta vez lo envía al hielo.

Connor suelta el palo y se acerca patinando, con los brazos abiertos a ambos lados, intentando separarlos.

—¡Aparta, niño bonito! —Bradley le da un empujón. Connor logra mantener el equilibrio, pero eso basta. En un segundo, la pista entera se convierte en una pelea absurda en la que todos reparten y reciben golpes por igual.

Yo me quedo quieto, apoyado sobre el palo. El espectáculo es digno de ver, y normalmente este tipo de broncas son de mis favoritas. Pero hoy, con todos mis supuestos compañeros metidos en ella, me parece ridículo. Hay algo en esta pelea, y en la violencia que se les sale por todos los poros, que me hace pensar que aquí hay algo más que una simple resaca compartida. El ambiente está cargado de resentimiento, de viejas cuentas pendientes. Incluso Connor está recibiendo golpes, y eso no me parece bien. Sí, durante los partidos suelo dedicarme a bajarlo del pedestal. Pero esto es distinto. Esto tiene algo más mezquino, y verlo así me revuelve.

Estoy a punto de patinar hacia ellos para intentar separarlos cuando, por fin, el entrenador hace sonar el silbato.

—¡Ya basta! —grita por encima del alboroto. Aparta a Connor del tumulto con un gesto de cabeza y luego se gira hacia el resto—. ¡Se supone que sois un equipo y os estáis comportando como una panda de críos! —Patina alrededor del grupo y se detiene a mi lado—. ¡A las duchas! ¡Se acabó por hoy! —Me da una palmada en el hombro mientras todos, Connor incluido, se alejan sobre el hielo con cara de niños regañados—. ¡Una cosa más! —añade, recuperando su atención—. Aseguraos de felicitar a vuestro nuevo capitán alerno.

Marshal es el único adulto que hay aquí.

Nadie, salvo Bouchard, parece alegrarse de la noticia. Él se acerca a toda velocidad y me planta un abrazo sudado, levantándome unos centímetros del hielo.

—Con cuidado, amigo —le digo con sorna—. No vayas a lesionarte.

—Que te jodan —responde entre risas, y me suelta un puñetazo amistoso en el brazo con el guante.

—Por cierto, buen tiro contra Warren —le murmuro, inclinándome hacia él.

—Ese tío es un gilipollas integral. No me puedo creer lo mucho que me emborraché anoche con él.

—Deberías haberte ido a dormir cuando te lo dije.

—Y tú deberías haber salido conmigo. —Me dedica una sonrisa burlona—. Igual era nuestra última oportunidad de echar un polvo ahora que estamos enclaustrados.

—Creo que sobreviviré.

—Yo no —dice, alejándose ya patinando.

—Enhorabuena. —Connor aparece a mi lado. Se está frotando la mandíbula, que empieza a amoratarse. Debió de llevarse un golpe en plena cara durante la pelea. No voy a decir que el moratón le favorezca, porque no sería verdad, pero sí le da un aire más áspero. Hay algo extrañamente estimulante en verlo menos impecable de lo habitual. Me da una palmada en el hombro—. Te mereces esa «A» —dice—. Quizá incluso más de lo que yo merezco ser capitán.

—No me tientes a quitártela —le digo mientras se aleja patinando.

Y podría hacerlo. Sería fácil. Pero entonces, ¿qué sería yo? Alguien que no es mejor que su padre.

* Apodo que se utiliza para referirse al capitán del equipo. Proviene del neerlandés *schipper*, que significa «capitán o persona al mando de un barco». (N. de la T.)

CINCO

Connor

Lo único que viaja más rápido que un disco de *hockey* sobre el hielo es el cotilleo. Es lo que se me pasa por la cabeza mientras veo ESPN después del entrenamiento, sentado en la habitación de hotel que comparto con Gavin. El panel de analistas deportivos está hablando de la «pelea no confirmada» que, según les ha llegado, ha estallado hoy durante la práctica. Nadie sabe cómo se han enterado, porque el entrenamiento era a puerta cerrada y, probablemente, seguirá siéndolo hasta que aprendamos a comportarnos como un grupo de hombres civilizados. A mí ya me va bien. Cuanto más tiempo consigamos mantener a mi padre lejos de la pista, mejor.

No es que no se haya enterado de la pelea. Lo sabe, y no ha dejado de llamarme desde que subimos al autobús de vuelta al hotel. Ahora mismo no me veo capaz de contestarle, y sé que más tarde me pasará factura. Pero no confío en mi capacidad para no decirle algo que no debería, así que sigo enviando sus llamadas directamente al buzón de voz.

Sin embargo, no puedo esquivarlo del todo, porque ahora mismo está saliendo por televisión. Aparece de pie en la sala de reuniones del equipo de este hotel, junto al entrenador Chris y su cuerpo técnico. La noticia de la pelea ha salido justo a tiempo para el resumen vespertino de todos los canales deportivos. Los reporteros del plató están deseando analizar hasta la última palabra de lo que Chris tenga que decir sobre el entrenamiento de hoy. Cuando llegamos, las cámaras y los periodistas ya estaban apostados en el hotel.

—Miren —dice el entrenador Chris—, aquí hay muchas celebridades. Harán falta unos cuantos entrenamientos para que todos se acostumbren a compartir el hielo y el protagonismo. No estamos más que lidiando con la dificultad de reunir a las

superestrellas de cada equipo.

—¿Y qué hay de los rumores de que anoche todos estuvieron de fiesta? —pregunta un periodista fuera de cámara.

El entrenador niega con la cabeza y se ríe.

—Estamos en Las Vegas, no en el Vaticano, y todo el mundo quiere divertirse un poco. Pero hemos establecido un toque de queda que confiamos en que todos respeten a partir de ahora. — Consulta su reloj y luego mira por encima de un hombro a su equipo. Al otro lado está mi padre, de pie, con la espalda tesa y los brazos cruzados. Luego se vuelve otra vez hacia los periodistas fuera de cámara—. Ahora, si me disculpan, mi equipo y yo tenemos que hablar del entrenamiento de mañana.

—¡Una pregunta más! —grita un periodista.

El entrenador se detiene y espera. De pronto me doy cuenta de que estoy tan inclinado hacia delante en la cama que estoy a punto de caerme. Me echo un poco hacia atrás y noto cómo se me acelera el corazón. Por algún motivo, me asusta lo que ese periodista está a punto de preguntar. A mi padre también, por lo visto: ha entornado los ojos y mira con fijeza a quienquiera que esté hablando fuera de plano.

—¿Es cierto que ha elegido a Gavin Marshal como capitán alternativo?

Me muerdo el labio inferior mientras observo cómo la ira le cruza el rostro a mi padre. Dudo que nadie más lo perciba, pero yo sí. A mí no se me escapa esa mínima grieta en su actitud estoica: el instante en que las aletas de la nariz se le ensanchan y la mandíbula se le tensa antes de volver a cerrar el gesto y convertir la cara en una máscara impenetrable. Una leve sonrisa me curva los labios. En teoría, no debería alegrarme tanto de que el nombramiento de Gavin como capitán alternativo lo haya enfurecido. Sé que nada bueno va a salir de esto, pero aun así siento que he ganado algo. Él no quería a Gavin en el equipo; que haya conseguido la «A» debe de haberle sentado como una bofetada en plena cara. Quizá esperaba que Gavin provocara la pelea para poder usarlo como excusa y echarlo del equipo.

—Es cierto —responde el entrenador Chris, con un matiz de orgullo en la voz—. Gavin Marshal ha demostrado hoy madurez y

capacidad para mantener la calma bajo presión.

—¿No ha sido él quien provocó la pelea?

—No —dice el entrenador Chris con un tono que no deja espacio para ninguna pregunta más.

La emisión vuelve al estudio, donde los analistas empiezan a destriparlo todo otra vez.

—¿De verdad cree alguno de nosotros que el rey de los minutos de penalización será capaz de mantener la calma bajo presión?

Todos se ríen en el plató.

—Ni de broma —dice uno de ellos—. Es más probable que el entrenador haya nombrado a Marshal capitán alerno para castigar al resto.

—No lo sé —dice otro—. Lleva la «A» de los Blizzards. Quizá pueda hacer el mismo trabajo aquí.

—No veo cómo —interviene un cuarto—. No hay ni un solo jugador en ese equipo al que Marshal no haya dejado estampado contra el hielo.

La pantalla cambia a un montaje con las jugadas más violentas de Gavin Marshal. Una de ellas es contra mí, cuando jugábamos el uno contra el otro el día en que se anunció la alineación de este equipo. En otra, literalmente lanza a mi alero derecho por encima de la valla y lo devuelve a nuestro banquillo.

Oigo el pitido de la puerta al desbloquearse y, al volverme, veo a Gavin entrar. Se queda apoyado en ella cuando se cierra.

—¿Qué tal por ahí? —le pregunto.

—Un desastre —responde, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones de chándal. Ha vuelto demasiado pronto y no está sudado, así que supongo que la carrera que dijo que iba a salir a hacer nunca llegó a producirse—. Este sitio está plagado de periodistas. No podemos ir a ninguna parte.

—¿Cómo se han enterado de la pelea?

Se aparta de la puerta, cruza la habitación hasta el escritorio y se deja caer en la silla.

—Y yo qué cojones sé. —Coge el menú del servicio de habitaciones y lo sacude en el aire—. ¿Tienes hambre? Esta noche no hay forma de que podamos comer tranquilos en ningún sitio.

Asiento. Me muero de hambre. No he comido nada desde el almuerzo y salir de la habitación me da pánico.

Suena su teléfono y contesta.

—Hola —dice—. Dame un segundo. —Se aparta el teléfono de la boca, lanza el menú al borde de mi cama y señala el aparato antes de echar a andar hacia el baño—. Tengo que coger esta. ¿Puedes pedirme una hamburguesa?

—Sí —asiento—. ¿Algo de beber?

—Zarzaparrilla, si tienen.

—¿No te apetece una cerveza después del día que hemos tenido? —le pregunto con una sonrisa, porque a mí ahora mismo me parece una idea excelente.

Él niega con la cabeza.

—No bebo.

Interesante.

—Pero no dejes que eso te impida tomarte una a ti —añade, antes de cerrar la puerta del baño.

Empiezo a mirar el menú. Son todas las típicas opciones básicas del servicio de habitaciones, así que me decido por una hamburguesa, por simplificar. Estoy a punto de coger el teléfono para hacer el pedido cuando me distrae la voz de Gavin al otro lado de la puerta.

Por falta de una palabra mejor, parece una conversación amistosa. No debería escuchar a escondidas, pero no puedo evitar la curiosidad.

—Perdona por no haber llamado antes —dice Gavin—. He estado intentando encontrar un poco de privacidad, pero con tanto periodista no hay un solo sitio decente. —Hace una pausa—. Estoy bien —añade con una risa—. Aunque parezca increíble, fui el único que no soltó un puñetazo... Lo sé. Quién lo diría, ¿eh? —Su risa se aligera todavía más. Está claro que la persona con la que habla es alguien con quien puede relajarse.

Se me tuercen los labios. El tono de esa conversación suena al que tendría alguien que habla con su novia. Puede que no esté tan solo como yo pensaba. Eso debería alegrarme, y en parte lo hace. No quiero que esté solo. Pero la parte egoísta de mí, esa que ya debería

saber que no sirve de nada suspirar por un chico heterosexual, se siente fatal.

Me aprieto las sienes con las palmas. Esto es una estupidez. No necesito enamorarme de este hombre. De un hombre al que, si no fuera porque compartimos equipo olímpico, me encantaría seguir machacando el resto de la temporada y en las eliminatorias. Volveríamos a ser rivales, no compañeros de equipo ni capitanes durante un puñado de semanas. Y, desde luego, no compañeros de habitación.

De eso va este estúpido enamoramiento que me ha dado. Compartimos espacio, y eso para mí es extraño. Me descoloca. Él sigue siendo mi rival, aunque estas próximas semanas tengamos que trabajar juntos. Y sé que, cuando termine febrero y volvamos a casa con nuestras medallas de oro colgadas al cuello, este breve destello de afecto que siento por el rey de las sanciones de la liga no habrá sido más que eso: un destello.

—¿Connor? —le oigo decir. Estoy a punto de responder, hasta que caigo en que sigue dentro del baño. Se me calientan las mejillas al comprender que está hablando de mí. Aguzo el oído.

—Es un buen chico... Agradable, la verdad. Nada que ver con el gilipollas de su padre.

¿Es una sonrisa lo que se cuela en su voz? No seas idiota, Connor. No está sonriendo. Está sentado en el váter, escondiéndose de ti con el teléfono para tener esa privacidad que tú no le estás dando.

Sacudo la cabeza para despejarme, cojo el teléfono de la habitación y pulso el botón del servicio de habitaciones. Cuando contestan, hago nuestro pedido. Después intento volver a concentrarme en ESPN en vez de seguir pendiente de la conversación de Gavin. No hay manera.

—¿Has averiguado si puedes venir a Milán?

Giro la cabeza hacia la puerta. ¿Con quién cojones está hablando?

—Me gustaría que vinieras. Creo que podría estar bien.

Fuerzo el oído, como si de pronto pudiera utilizar algún tipo de superpoder.

—No me están avergonzando. Pero entenderé que no puedas venir.

¿Vergüenza? ¿Qué cojones? Nada de esto tiene sentido, y lo único que consigo es dejarme con más preguntas.

—Sé que nunca quieres que te dé dinero, pero déjame invitarte a esto... Está bien. Dime al menos que te lo pensarás.

Vale. Así que hay alguien en su vida. Alguien a quien quiere llevar a los Juegos Olímpicos para que nos anime. Lo cierto es que nunca he oído que tenga a nadie. Incluso lo he buscado, aunque puede que Gavin sea lo único que no aparece en Google. Frunzo otra vez el ceño. Vale, quizá lleve enamorado del rey de las sanciones desde hace tiempo. ¡Que me parta un rayo!

—Lo siento —dice Gavin, esta vez dirigiéndose a mí cuando sale del baño. Se quita las zapatillas y se sienta en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero—. ¿Has hecho el pedido?

Lo miro y asiento.

—Sí. No debería tardar —digo.

—Gracias —responde con un leve gesto de cabeza, mientras cruza los tobillos y levanta los brazos para colocarlos detrás de la nuca. El movimiento le sube un poco la camiseta y deja a la vista unos centímetros de abdomen, junto con un rastro de vello oscuro que me entran ganas de seguir hasta encontrar el premio.

Me mira con una ceja arqueada.

—¿Necesitas algo, Connor?

Joder. Me arden el pecho y las mejillas. Me ha pillado mirándolo fijamente. Y ahora me mira como si supiera perfectamente que me gusta lo que veo. Capullo engreído.

Por suerte, un golpe en la puerta me salva. Salto de la cama y corro a abrir para que el botones entre con la comida.

Gavin

Me hace gracia lo fácil que resulta poner nervioso a Connor. Parece un flan mientras se apresura hacia la puerta. Me pregunto si ese rubor se le extiende por todo el cuerpo o si se le queda atrapado solo en las mejillas. Yo apostaría a que le prende en todas partes. A

que el pecho se le tiñe de rosa y se le pone caliente. Si no fuera mi compañero de equipo, me tentaría averiguar hasta dónde le sube el color cuando está a punto de correrse. Si fuera temporada baja, si lo hubiera conocido en un lugar que no tuviera nada que ver con el *hockey* y fuéramos dos desconocidos, haría todo lo posible por descubrirlo.

Dudo que me costara demasiado. Como ya he dicho, siempre me ha lanzado señales directas a mi radar gay. Me pregunto si ocultarlo es cosa suya o de su padre. Lo más probable es que sea de su padre. Aunque, claro, también podría ser una decisión propia. Al fin y al cabo, quién soy yo para juzgar. Yo tampoco voy por ahí proclamando que soy gay. Pero, en mi caso, no se trata tanto de esconderlo como de dejar que la gente saque sus propias conclusiones y no molestarme en corregirlas. Así mantengo el asunto fuera de foco. Y, sinceramente, no quiero ese tipo de atención. No es asunto de nadie hasta que yo decida que lo sea. Con los demás funciono igual. Si Connor quiere convertirlo en asunto mío y confirmar lo que sospecho, es cosa suya. Yo no voy a presionarlo. Además, no es que satisfacer mi curiosidad sobre el color que le toma la piel cuando alguien se lo folla vaya a ayudar mucho a preparar al equipo para los Juegos Olímpicos. Meter ese nivel de tensión en nuestra dinámica solo serviría para complicarlo todo cuando toque volver a la temporada regular. Siempre acabo encariñándome con mis compañeros, incluso con los que apenas aguanto, y adoptando ese papel de protector del grupo que algunos dicen que me tomo demasiado en serio. Añadir deseo sexual a la mezcla solo puede acabar en desastre.

Pero, joder, la tentación está ahí. La idea de conseguir que un chico bueno haga cosas malas (siendo yo esa cosa mala) me pone muchísimo.

Así que, en vez de pensar demasiado en ello, me dedico a observar cómo el chico bueno en cuestión coloca la comida sobre la mesita redonda junto a las ventanas, con vistas a la avenida. Lleva la sudadera con capucha y el pantalón de chándal del equipo de Estados Unidos, igual que yo, aunque a él le quedan mejor. Ese pelo dorado, demasiado oscuro para ser rubio y demasiado claro para ser

castaño, y esos ojos azules son exactamente lo que todo el mundo imagina cuando piensa en un atleta olímpico estadounidense. Desde luego, no imaginan a alguien como yo: alto, corpulento, de pelo oscuro y ojos todavía más oscuros, cargados de melancolía. Connor parece amable, accesible. Yo parezco el portero menos querido de la discoteca a la que todo el mundo quiere entrar y a la que a nadie dejan pasar.

—La comida está lista —dice Connor, sentándose y volviéndose hacia la televisión, donde vuelven a mostrar la furia de su padre al enterarse de que me han nombrado capitán alerno. Si el entrenamiento no hubiera sido a puerta cerrada, sospecharía que fue él mismo quien filtró la noticia de la pelea. Ese hombre siempre me ha odiado. Un altercado dentro del equipo es justo el tipo de cosa que le encantaría usar en mi contra.

—Gracias, cariño —le digo, guiñándole un ojo.

Mi burla obtiene su recompensa con otro rubor en sus mejillas. Y eso ha sido un error, porque ahora me entran ganas de besarlo y sentir el calor de su piel encendida bajo mis labios.

—Vete a la mierda —dice, aunque luego me dedica una sonrisa burlona—. Lo has pagado tú.

—Capullo. —Me río mientras me siento y levanto la tapa de mi comida.

Tiene una pinta increíble, y las patatas fritas todavía sueltan vapor. Cojo una y me la llevo a la boca. Luego abro la cerveza que venía con el plato y se la paso a Connor antes de destapar mi zarzaparrilla.

—Gracias —dice—. ¿Seguro que no te importa?

Niego con la cabeza y doy un mordisco a mi hamburguesa. Noto que Connor me observa desde el otro lado de la mesa.

—Pregunta —le digo mientras trago—. Sé que te mueres de ganas.

Se muerde el labio inferior.

—No quiero meterme donde no me llaman.

—No vas a hacerlo. —Me encojo de hombros—. Estamos encerrados aquí juntos. Más vale que nos conozcamos un poco. —Además, eso funciona en las dos direcciones. Tarde o temprano, sus secretos acabarán saliendo a la luz y pienso disfrutarlos—. Y esa

mierda de ahí va a quedarse vieja enseguida. —Señalo la televisión con la barbilla.

—Eso sí es verdad —dice con una risa, y luego da un sorbo a su cerveza. La deja sobre la mesa y me mira con el ceño levemente fruncido—. Sé que no es asunto mío, pero... ya sabes.

—Beber forma parte de la cultura del *hockey*.

—Por algo los aficionados que ayudan a mantener limpia la pista la llaman «liga de la cerveza».

Doy otro mordisco a mi hamburguesa y lo observo mientras mastico.

—Quizá habrían llegado a ser algo más que encargados del hielo si hubieran dejado la bebida.

—*Touché*. —Sonríe—. ¿Eso fue lo que hiciste tú?

—No. Yo siempre me he mantenido lejos de eso.

—¿Nunca has bebido?

—Sí. —Doy un largo trago a mi zarzaparrilla y veo cómo me sigue la nuez con la mirada mientras trago—. Pero, cuando creces donde lo hice yo, el alcohol pierde muy pronto su encanto.

—Ah —dice, mirándome como si ya se arrepintiera de haber preguntado.

Decido facilitarle la salida.

—Es algo bastante típico en Alaska. Estamos acostumbrados.

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—Yo diría que el alcoholismo no es exclusivo de Alaska.

—No. —Me río—. No lo es. Pero beber hasta morir porque tu novio o el padre de tu hijo se pasa tres semanas al mes en un barco pesquero... eso sí que es bastante específico de Alaska.

Las palabras me salen disparadas antes de que pueda detenerlas. Trago saliva y lo miro fijamente.

Él arquea las cejas y se queda tan pálido que parece un fantasma.

Me recuesto en la silla, apoyando el codo en el reposabrazos. Eso sí que le ha borrado la sonrisa de la cara. Nunca le he contado esta historia a nadie del mundo del *hockey*, y no sé si de verdad quiero empezar ahora. Pero Connor me está mirando como si fuera a desintegrarse si no continúo.

Me limpio la boca con la servilleta y doy otro trago al refresco.

—No todo es malo —digo al final, decidiéndome a seguir—. Si mi madre no se hubiera matado bebiendo, yo nunca habría jugado al *hockey*.

Connor pasa oficialmente a ser un cadáver.

Joder. Por eso no le cuento estas cosas a la gente. Siempre reaccionan como si se hubieran muerto ellos. O peor: se les pone esa expresión de compasión que me entran ganas de partirles la cara.

—Tu madre... murió... —dice con la voz quebrada.

Le lanzo una mirada seria.

—Eso es lo que acabo de decir, ¿no?

—Sí, pero... esperaba que lo dijeras en sentido figurado.

—En fin. —Respiro hondo. Ya no hay vuelta atrás—. Como te decía, se mató bebiendo mientras mi padre estaba trabajando en un pesquero. Los detalles son un poco confusos, porque yo tenía cinco años.

Se queda con la boca entreabierta, y yo tengo que contener la risa. La situación es absurda. Pero al menos no se inclina sobre la mesa para decirme cuánto lo siente.

Le señalo la cerveza con la barbilla, animándolo a que beba un poco. Va a necesitarla si pretende sobrevivir a la siguiente parte.

Cuando traga, continúo:

—Mi padre volvió un día y me encontró solo en el salón del apartamento, rodeado de cajas de cereales vacías, y a mi madre inconsciente en su dormitorio. Nadie supo decir cuánto tiempo llevaba muerta, pero calcularon que unos tres días.

Abre la boca para hablar.

Lo señalo con un dedo.

—Ni se te ocurra. Estoy bien y no quiero tu compasión. Fue hace mucho tiempo y, al final, todo salió más o menos bien. Mi padre y yo dejamos ese apartamento y nos fuimos a vivir con una tía abuela suya, para que pudiera cuidarme cuando él salía al mar; algo que, a partir de entonces, hizo con menos frecuencia y durante menos tiempo que cuando mi madre vivía. Significaba menos dinero, pero nos teníamos el uno al otro. Fue entonces cuando empezó a llevarme a la pista de hielo del pueblo, y entre él y su tía abuela me

enseñaron a patinar. Pensaron que sería bueno para mí, y tenían razón. El resto ya te lo puedes imaginar.

Me dejo caer contra el respaldo de la silla y me termino la zarzaparrilla.

Connor me mira como si estuviera tratando de decidir qué demonios se supone que debe decir. Tiene muchas opciones, y estoy seguro de que la mayoría son cosas que no quiero oír. Pero al final parece escoger una, porque sus labios se curvan en una sonrisa traviesa, aunque todavía teñida de tristeza.

—¿Eran varios tipos de cereales o te llegaste a zampar siete cajas de Cheerios?

Me atraganto, toso y luego me echo a reír. No era en absoluto lo que esperaba, y ya puedo decir que jamás volveré a contar esta historia, porque nadie va a mejorar esa respuesta.

Él se ríe conmigo, y la forma en que se le ilumina la cara es todo un espectáculo. Es como si esa pregunta hubiera disipado parte de la tensión que flotaba en la habitación; quizá incluso parte de la que lleva suspendida sobre Las Vegas desde que llegamos.

Me meto una patata frita en la boca y lo miro.

—Eran Froot Loops —digo—. Y su olor todavía me da ganas de vomitar.

Asiente con solemnidad.

—Tomo nota.

—Gracias. Te lo agradezco. —Sigo comiendo y, entre bocado y bocado, levanto una ceja—. Te toca.

Se limpia la boca con la servilleta.

—¿Cómo que me toca?

—Tú ya sabes algunas cosas sobre mí. Ahora cuéntame algo sobre ti.

—Oh. —Se inclina un poco hacia delante—. ¿No tienes ningún otro trauma relacionado con cereales que quieras compartir?

—Hoy no. —Me río, aunque después de todo lo que acabo de contar me siento un poco demasiado expuesto—. Pero recuérdame que algún día te explique por qué odio los Krispies. Ahora, por el amor de Dios, dime algo de ti.

Mira por la ventana mientras se lo piensa. Aprovecho para

observar cómo arruga la nariz cuando reflexiona. Tiene una nariz bonita, perfectamente centrada en la cara. O nunca se la han roto o tiene un cirujano plástico excelente. He visto a su madre. Podría ser la segunda opción, aunque ella empieza a parecerse sospechosamente a un lagarto.

Vuelve a mirarme.

—Esto es mucha presión.

Le sonrío mientras sigo devorando las patatas.

—¿Por qué?

Se inclina otra vez hacia mí.

—¿Has tenido alguna vez una prueba para entrar en un equipo y que el chico que salió antes lo hiciera tan bien que te dejara completamente fuera de combate? ¿Ese momento en el que supiste que, por mucho que te esforzaras, nunca podrías compararte con el tío que acababa de clavar un gol perfecto desde la parte alta del círculo?

—¿Me estás diciendo que mi trauma infantil puede compararse con uno de tus goles milagrosos?

—Cállate —dice, riéndose—. Sabes perfectamente a qué me refiero.

—Sí. A que estamos compitiendo para ver quién tiene la vida más jodida.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Siempre estamos compitiendo. No pongas cara de sorprendido.

Connor

Ahora es él quien me mira con los ojos entrecerrados.

—No hace falta competir por esto —dice. Luego añade, con un guiño—: Además, no tienes ninguna posibilidad.

Me recuesto en la silla y me río un poco más. Me inquieta que sigamos soltando carcajadas incluso después de que él haya compartido algo así conmigo. Supongo que será verdad eso de que la risa es la mejor medicina. Pero debajo de esa risa sé que hay algo

más. Quiero saberlo todo. Y odio quererlo. Odio que haya conseguido dejarme ver algo de él que normalmente permanece oculto. Era mucho más fácil ignorar mi atracción cuando solo éramos rivales. Cuando no alcanzaba a ver destellos de quién es de verdad ni de lo que hace que esos ojos marrones, tan profundos, parezcan llenos de algo oscuro e insondable.

Al final, cuando por fin dejamos de reír y vuelvo a poder respirar, ladeo la cabeza y lo miro.

—Deja de pensártelo tanto —dice, dándole otro mordisco a su hamburguesa—. No vas a librarte.

No. Supongo que no. Noto cómo la sangre vuelve a subirme a las mejillas mientras intento encontrar la forma de decir lo que llevo tanto tiempo callándome. Eso que siempre he querido decir en voz alta y que mi padre me ha dejado clarísimo que debe permanecer enterrado.

—Estamos esperando.

—Oh. —Miro alrededor de la habitación—. ¿Hay público?

—Sí —insiste Gavin, mirándome fijamente—. Suéltalo.

Trago saliva. Siento como si el estómago se me hubiera desplomado hasta el suelo. Nunca he dicho esto en voz alta, y Gavin es la última persona a la que debería decírselo. ¿Cómo se supone que voy a saber si puedo confiar en él?

—Vamos, Connor. Es lo justo.

No aguanto más la presión de su mirada.

—Soy gay —susurro por fin.

Se ilumina como el Luxor de Las Vegas. Me señala.

—¡Lo sabía, joder! —grita, aplaudiendo.

Me quedo boquiabierto y levanto las cejas.

—¿Qué?

—Nunca me equivoco —dice, negando con la cabeza.

Recobro la compostura y lo miro fijamente.

—¿Nunca te equivocas en qué? —pregunto, mientras el corazón me golpea el pecho como un martillo. Porque, hasta donde yo sé, la mayoría de los hombres heterosexuales no se dedican a especular sobre esto. Y ha habido varios momentos en los últimos dos días que me han hecho preguntarme ciertas cosas sobre él. Momentos

que se parecían muchísimo al coqueteo.

Me sostiene la mirada.

—En quién es gay y quién no.

—¿Y por qué te interesa tanto? —pregunto, arqueando una ceja.

Se encoge de hombros y se mete en la boca el último trozo de hamburguesa.

—Porque siempre ando buscando a alguien que quiera que lo empotre contra la valla, ya me entiendes.

Se me seca la boca. Porque sí, lo entiendo. Y también puede que haya fantaseado con ello.

—¿Lo has hecho? —le pregunto.

—¿Que si he hecho qué?

—¿Has empotrado a alguien de la liga contra la valla?

—Sí —dice con una risa—. A todos.

—No así, idiota. Como acabas de insinuar.

Niega con la cabeza.

—No.

—Entonces no hay nadie más como nosotros.

—Puede que sí. —Se encoge de hombros—. He notado ciertas vibraciones aquí y allá, pero nadie me ha dado un sí definitivo ni ha sido sincero al respecto.

Pongo los ojos en blanco. Me siento derrotado de una forma inexplicable.

—Entonces, nadie es tan obvio como yo.

—No eres obvio.

No le creo para nada.

—De verdad, Connor. Lo ocultas bien. Pero no puedes ocultármelo a mí.

—Genial —digo, dejándome caer contra el respaldo—. No se lo digas a mi padre, a menos que quieras sacar tajada. Al único hombre con el que he estado le pagó generosamente para que mantuviera la boca cerrada.

La expresión de Gavin se vuelve dura. Aprieta los labios y en sus ojos se enciende una rabia feroz.

—Tu padre es un auténtico cabrón.

—Siendo justos, solo le pagó porque el tipo me estaba

chantajeando con un vídeo que grabó de nuestra aventura de una noche.

Gavin gruñe y niega con la cabeza.

—Retiro lo dicho. Tú ganas. Esto es mucho más jodido que mi trauma con los cereales.

Se me forma un nudo en la garganta que trato de tragar mientras le ofrezco una sonrisa triste.

—Solo porque no puedo decir que me estuviera comiendo un bol de Frosties mientras mi padre le extendía el cheque a ese imbécil.

Eso consigue suavizarle la expresión. Respira hondo.

—Supongo que no tienes a ningún novio esperándote en Chicago.

—Claro que no —respondo, soltando una risa que devuelve algo de luz a la habitación y hace que él también se relaje. Aun así, lo que acaba de decir hace que el corazón me dé un vuelco. Tal vez no soy el único al que se le revuelve el estómago cuando imagina que el otro tiene a alguien. De repente, aquella llamada de antes vuelve a parecerme todavía más intrigante. Tuerzo los labios hacia un lado.

Él asiente levemente.

—¿Qué significa esa cara?

Ladeo la cabeza, sin dejar de mirarlo. Ahora tengo que saberlo. ¿A quién le estaba asegurando que no lo estaban avergonzando? ¿Era otro hombre? ¿Tiene un novio secreto al que no le da miedo reconocer? Ahora me corroe incluso más que cuando pensaba que hablaba con una mujer.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Hemos llegado demasiado lejos. Dispara.

Me seco las manos en el pantalón. Están sudorosas.

—No era mi intención escuchar antes, pero... no pude evitarlo.

Se recuesta y cruza una pierna sobre el muslo.

—Supongo que es lo que pasa cuando compartes un espacio tan pequeño. Aquí no hay mucha privacidad.

—Desde luego que no —respondo, y respiro hondo antes de lanzarme—. ¿Era tu novio a quien intentabas convencer de que fuera a Milán?

Se echa a reír.

—¡Por Dios, no! —dice—. Estaba hablando con mi padre.

—¡Oh! —Levanto las cejas y noto que las mejillas vuelven a encendérseme.

Se inclina sobre la mesa y me aprieta la mejilla derecha con el pulgar, áspero y calloso.

—Eres muy mono cuando te pones nervioso. Lo sabes, ¿verdad?
No, señor. No lo sabía.

SEIS

Gavin

Al despertarme a la mañana siguiente, me concedo unos minutos para observar a Connor mientras duerme. Me parece un lujo. Algo que no debería convertir en costumbre, aunque ya sé que será exactamente eso mientras sigamos compartiendo habitación. Si tuviera un poco de juicio, pediría que me cambiaran de compañero en Milán. Por desgracia, a estas alturas ya puedo admitir que no lo tengo. Y también me inquieta la idea de que él termine compartiendo habitación con otra persona.

Es un pensamiento extraño, y no se me habría pasado por la cabeza antes de la conversación de anoche. Pero estaría mintiendo si dijera que no me preocupa lo que algunos de nuestros compañeros podrían decir o hacer si descubrieran que Connor no es heterosexual. A mí no me importa lo que digan de mí. Los que siempre me han preocupado son los peces gordos de la liga. Los que pueden cargarse mi carrera. Gente como Kennedy padre, que lleva años buscando una excusa para deshacerse de mí. ¿Pero el acoso dentro del equipo? ¡Bah! Eso no me quita el sueño. Hasta podría ser divertido ver cómo lo intentan. Les enseñaría enseguida lo que significa eso de «El que busca, encuentra».

Eso no quiere decir que fueran a llevarse la misma lección si se metieran con Connor. Y, además, la parte del «encuentra» que les tocaría a ellos sería un castigo bastante desproporcionado.

Ese siempre ha sido mi problema. Tengo el instinto de venganza demasiado desarrollado. Una necesidad enfermiza de corregir agravios que no sé controlar. Me hierva la sangre. Pero también es lo que me convierte en el jugador más agresivo de la liga. Me gusta defender a mi equipo. Me llena de orgullo. No es el título de rey de los minutos de penalización lo que me hace sentir así, sino lo que esos minutos significan para mí: el tiempo que paso protegiendo a

mis compañeros, haciendo cumplir el código del *hockey*. Y, de paso, soltando un poco de toda la rabia que llevo dentro.

Connor ha despertado ese instinto en mí. Lo siento con una intensidad enorme, lo que todavía no me ha pasado con el resto del equipo. Ellos aún no se lo han ganado. Excepto Bouchard, que recibe trato preferente por ser de los Blizzards.

—Sé que me estás mirando —dice Connor desde el otro lado de la habitación, con los ojos todavía cerrados.

Me doy la vuelta y me froto los ojos.

—No, no lo sabes —respondo con una sonrisa.

—¿Vas al gimnasio? —pregunta con esa voz baja y somnolienta.

—Sí.

—¿Te importa si te acompaño?

Mi sonrisa se ensancha sin que pueda evitarlo. Giro la cabeza para mirarlo. Ahora es él quien me observa, aunque con los ojos entrecerrados, aún pesados de sueño.

—No me importa. Pero que sepas que ser guapo no va a hacer que te tenga compasión.

La penumbra de la habitación no basta para ocultar el rojo que le sube a las mejillas.

—No seas capullo.

—Te he hecho un cumplido. —Me río—. ¿Eso me convierte en un capullo?

—No deberías meterte conmigo tan temprano —dice, aunque esa sonrisa lenta que se le forma en la boca me dice otra cosa. Me dice que quizá le guste que lo provoquen por la mañana. Y no solo por la mañana.

—No te estoy provocando —me defiendo, incorporándome y dejando que las sábanas resbalen por mi pecho hasta caer sobre mi regazo.

—Ahora sí que me estás provocando. —Ni siquiera intenta disimular que me está mirando el pecho.

Repito las palabras de la primera noche que compartimos esta habitación.

—¿Te gusta lo que ves?

—Sabes que sí.

—¿Ah, sí? —pregunto—. Aún no hemos hablado de qué tipo de hombres nos gustan. Igual prefieres osos, *twinks* o chicos muy femeninos. Puede que hasta veas *Reinas del drag*.

—¡No, por Dios! —exclama, y parece ofendido de verdad.

Me río de él. ¿Por qué es tan fácil burlarme de Connor? Y peor aún, ¿por qué es tan divertido?

—Capullo —repite, riéndose.

—Vamos —le digo, poniéndome en pie. Le tiendo la mano—. Anda. Él me la coge, y yo tiro de él para sacarlo de la cama.

Connor

Puede que entrenar con Gavin esta mañana haya sido un error. Para empezar, está tan fuerte que me distrae. Cada vez que me enseña un ejercicio nuevo para hacerlo juntos, dejo de escuchar lo que dice porque me quedo embobado mirando cómo la tela de los pantalones cortos y la camiseta se le pega al cuerpo cuando se le tensan los músculos. Lo cual es ridículo. No necesito que nadie me enseñe a levantar pesas. Tengo mi propio entrenador en Chicago. A estas alturas, estoy convencido de que lo hace para torturarme. Para que lo mire mientras se le marcan los muslos con cada sentadilla, mientras el pecho se le ensancha y se le contrae cada vez que levanta peso, mientras los bíceps se le ponen duros como piedras con cada repetición. Y yo se lo permito. Una y otra vez.

—¿Cuánto pesas? —me pregunta, arrancándose de mi estupor mientras lo veo cargar una barra con discos de diez kilos.

—¿Qué?

—¿Cuánto pesas? ¿Unos ochenta kilos? —pregunta, señalándose. Buena estimación. Asiento.

—Más o menos.

Él sonríe y sigue colocando discos en la barra.

—Peso pluma.

—Lo siento —digo, riéndome—. No todos tenemos constitución de árbol. Ni juego en una posición donde me haga falta.

—«Ni juego en una posición donde me haga falta» —repite, riéndose y adoptando un gesto altivo de cabeza y hombros que en él resulta completamente ridículo—. ¿Siempre hablas como un aristócrata?

Le doy un codazo mientras me siento en el banco.

—¿Tú sabes siquiera lo que es un aristócrata?

—Sí. —Se ríe un poco más y el brillo travieso le enciende los ojos—. Es una forma elegante de llamar a los ricos que dicen cosas como «ni juego en una posición donde me haga falta» cuando intentan ganar una discusión.

No puedo evitar sonreír.

—Perdona. Algunos hemos evolucionado más allá del lenguaje primitivo de gruñidos y gemidos.

La picardía de sus ojos se vuelve de pronto algo más oscuro. Más audaz. Y a mí se me revuelve el estómago.

—No me pongas a prueba, Connor. Puedo hacerte gruñir y gemir en un santiamén.

Siento cómo se me encienden las mejillas, y él vuelve a sonreír mientras se humedece los labios. Luego me da un golpecito en la mejilla con el dedo.

—Me refería al press de banca, pero me gusta que tu cabeza haya ido por ahí.

Entrecierro los ojos. ¿Está flirteando conmigo?

—No te hagas el inocente. Sabías perfectamente cómo sonaba eso.

—Sí. —Señala la barra con una mano—. Que vas a gruñir y gemir mientras levantas esto. Vamos, Kennedy. No perdamos el tiempo.

Me tumbo en el banco y él se coloca junto a mi cabeza, ofreciéndome una vista perfecta de su cuerpo, desde la entrepierna hasta la barbilla. Menos mal que ahora mismo lleva ropa. Aunque eso no impide que imagine lo bien que podríamos pasarlo en esta postura si no la llevara. Son pensamientos que no debería permitirme. Debería concentrarme en levantar estas pesas y, sobre todo, en prepararme para los Juegos Olímpicos. Para eso estamos aquí. Estoy aquí para entrenar y ganar el oro, no para babear por el matón del equipo mientras pongo en práctica mis torpes habilidades

de coqueteo.

Él coloca las manos cerca de la barra, listo para ayudarme cuando levante el peso. Luego me mira y sonrío.

—¿Disfrutando de las vistas?

—Que te den —digo, agarrando la barra. ¿Cómo es posible que me conozca tan bien?—. Uf. —Gruño mientras intento sacarla de los soportes.

—Buen gruñido —dice entre risas, ayudándome a bajarla hasta el pecho—. Ahora solo me falta el gemido.

—¿Cuánto le has puesto a esta cosa? —pregunto entre dientes mientras la empujo hacia arriba.

—Ciento sesenta kilos.

—¡¿Qué?! —exclamo mientras la bajo otra vez con ayuda de sus manos, que me guían en el movimiento. Gruñendo al levantarla de nuevo, añado—: Mi entrenador me hace levantar ciento veinticinco.

Me ayuda a bajarla hasta el pecho otra vez.

—Tu entrenador se equivoca. Deberías levantar el ochenta por ciento de tu peso corporal.

Suelto el aire mientras vuelvo a empujar la barra.

—No creo que tus cálculos estén bien. Eso me parece una barbaridad.

Se encoge de hombros.

—He redondeado.

—Capullo —murmuro mientras la bajamos otra vez. Me arden los músculos y siento que la presión me sube por todo el cuerpo.

—Dame una más —dice.

Respiro hondo y empiezo a empujar por última vez.

Un gruñido me retumba en el pecho y me sube por la garganta mientras hago fuerza.

Él vuelve a dejar la barra en los soportes sin aparente esfuerzo y luego me da una palmada en el hombro.

—Ya está —dice—. Te dije que podía hacerte gruñir.

Me río de él entre jadeos.

—Tiene que haber una forma más fácil de conseguirlo.

—Sí —dice, pero entonces se le borra la sonrisa—. Pero eso es algo que no deberíamos hacer.

La decepción me cae encima de golpe porque sé que tiene razón. Y hasta anoche eso podría haberse quedado sin decir. Pero ahora que los dos sabemos que el otro es gay y que explorar ese camino existe, al menos en teoría, oírlo en voz alta lo vuelve mucho peor.

Gavin

Mientras miro a Connor descansar sobre el banco, solo puedo pensar en que estoy jugando con fuego. Llevo toda la vida en el *hockey* y jamás he estado tan cerca de decir en voz alta quién soy de verdad. Joder, anoche fue la primera vez que le conté a alguien cómo fue mi infancia en Alaska.

La imagen que tiene la liga (y los aficionados) de mí ya me viene bien. Un tío bruto y gruñón. Un chico blanco, pobre y salido de Alaska, ese sitio de mierda. Así es como me ven, como me entienden y como me necesitan. Descubrir que soy gay haría saltar esa imagen por los aires. Lo cual es ridículo. Ser gay no cambia el hecho de que sigo siendo, efectivamente, un bruto gruñón. Pero eso no encaja con el estereotipo de hombre gay que la sociedad ha decidido aceptar. Incluso quienes más dicen apoyarnos suelen imaginarnos como tíos superficiales, delicados y afeminados.

Es una estupidez. Por experiencia propia, puedo decir que no hay nada más masculino que dos hombres follando. Es lo más masculino que puede hacer un hombre, esté en el lado que esté. Y aquí estoy yo, de pie junto a Connor Kennedy, pensando en cuánto me gustaría agarrarlo, doblarlo sobre un banco y follármelo hasta dejarlo sin sentido. Gruñendo y gimiendo con él hasta el éxtasis.

Lo irónico es que Connor podría salir del armario y los aficionados seguirían adorándolo. Tengo la sensación de que incluso le gustaría hacerlo, si no fuera porque su padre, que lo controla hasta extremos enfermizos, jamás se lo permitiría. En cambio, el Departamento de Relaciones Públicas de la NHL lo abrazaría encantado. Connor, con su encanto y su pinta de chico bueno, sería aceptado por los aficionados sin demasiado esfuerzo. Y eso, a su vez, haría que los

peces gordos de la liga también lo aceptarían. Para ellos, todo vale si aumenta los beneficios. Aun así, no significa que yo le recomendara hacerlo. Los vestuarios de toda la liga se convertirían en un infierno para él. Y los abucheos que recibiría sobre el hielo serían horribles.

En resumen, si esto saliera mal, él y yo nos enfrentaríamos a dos clases de infierno opuestas. Al menos, en su caso, todo el mundo lo quiere lo suficiente como para que siga cobrando.

Sí: estamos jugando con fuego, y este coqueteo en el que nos hemos metido es una idea pésima. Por desgracia, la manera en que me mira con esos ojos enormes cuando lo ayudo (sin que lo necesite en absoluto) a incorporarse del banco confirma que estoy condenado a seguir equivocándome.

El hechizo se rompe cuando se abren las puertas del gimnasio. Nos soltamos en cuanto entran dos chicas de nuestra edad, perfectamente peinadas y maquilladas. Connor da un paso atrás y se aparta de mí, entreteniéndose en quitar los discos de la barra.

—¿Hemos terminado? —pregunta al volverse hacia mí. La esperanza sigue ahí, pero habla más de las ganas de poner distancia con lo que estaba a punto de pasar que del deseo de que cedamos a ello.

—Sí. —Le lanzo una toalla para que se seque el sudor—. Hemos terminado.

—¡Molly! ¡Mira! —dice una de las chicas. La falsa sorpresa en su voz se nota a kilómetros—. ¡Es Connor Kennedy!

Connor me mira y me lanza una mirada que dice: tenemos que salir de aquí. No podría estar más de acuerdo.

Las dos se acercan despacio. La que ha hablado no aparta los ojos de Connor. La otra me mira a mí, evaluándome, como si intentara decidir si merezco la pena. Este tipo de chicas nunca sabe quién soy porque están demasiado obsesionadas con jugadores como Connor. La verdad es que me resulta bastante gracioso. Connor es el premio gordo de la liga para cualquiera de ellas que quiera echarle el guante. Marca goles, juega siempre el All-Star y sale en los programas deportivos cada dos por tres. Es fama y dinero instantáneos, que es, siendo sinceros, lo que este tipo de mujeres suele ir buscando. La triste realidad es que, por lo general, les

funciona. Siempre que el jugador estrella al que persiguen no sea gay.

«Hoy no, chicas. Habéis venido a por los dos hombres más equivocados de toda la liga».

La que tiene los ojos clavados en Connor le desliza un dedo por el pecho.

—No sabíamos que estabais aquí.

—Venga ya —suelto yo, y Connor se sonroja.

Ella me ignora y da por hecho que el rubor es culpa suya.

—Soy una gran admiradora tuya —le dice—. Veo todos tus partidos.

—Gracias —responde Connor. Usa la toalla que le he dado para secarse el cuello, que vuelve a estar perlado de sudor. ¿Le ponen nervioso estas chicas? Sonríe. Es adorable.

—También tengo tu camiseta. Duermo con ella —le susurra al oído, sin el menor pudor, al ponerse de puntillas.

Casi me atraganto de la risa. Su amiga se da cuenta y me lanza una mirada asesina.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta.

Connor da un paso atrás para poner distancia entre él y la chica que intenta echarle el guante. Luego me pone una mano en el hombro.

—Este es Gavin Marshal. Delantero de primera línea y capitán alterno de los Buffalo Blizzards.

—¡Oh! —dice la otra, iluminándose de pronto—. No me había dado cuenta.

—Entonces supongo que no duermes con mi camiseta —le digo con una sonrisa.

Esta vez es Connor quien apenas consigue contener la risa. La disimula mirando el reloj.

—Ha sido un placer conoceros, señoritas —dice—. Pero tenemos que irnos. Como podéis imaginar, tendremos una agenda bastante apretada mientras estemos aquí.

—Por supuesto —dice la chica interesada en Connor. Y, sin pestañear, añade—: Quizá podamos vernos luego. Podrías subir a mi habitación y firmarme la camiseta.

—Sí, Connor. ¿Por qué no vas a firmarle la camiseta? —le digo, dándole un codazo.

Me lanza una mirada, y al dilatarse sus fosas nasales se le arruga el puente de la nariz.

—Muy tentador —le dice a ella—, pero tengo que mantenerme concentrado. Si quieres que te firme la camiseta, puedo hacerlo en el vestíbulo del hotel esta tarde, cuando volvamos del entrenamiento. —Le sonrío—. Incluso podría firmároslo todo el equipo. —Me da una palmada en la espalda y luego me empuja con tanta fuerza que, si yo fuera un hombre más pequeño, me habría estampado contra el suelo—. Vamos, Marshal. O llegaremos tarde al desayuno.

Agito una mano hacia las chicas y les guiño un ojo.

—Adiós, chicas.

—Eres un capullo —dice Connor, ahogando una risa cuando llegamos a la puerta.

—Y a ti te gusta —respondo, poniéndole las manos en los hombros para empujarlo hacia fuera.

—Tienes razón. —Se sonroja otra vez—. Me gusta.

Y sí, como no consiga controlarme, voy a meterme en un problema muy serio.

SIETE

Connor

El entrenamiento resulta rarísimo, y no tiene nada que ver con Gavin ni con este coqueteo imprudente en el que nos hemos metido. De hecho, hasta es posible que nos esté convirtiendo en los patinadores más eficaces sobre el hielo. Nadie más parece tener ganas, y esta vez no puedo echarle la culpa a la resaca. Quizá sea por la pelea de ayer y toda la mala prensa que nos ha traído. O quizá solo seamos un grupo de jugadores brillantes en sus propios equipos que se han vuelto demasiado engreídos para funcionar juntos. Sea como sea, hay algo que tengo claro: a todos nos vendría bien un cambio de actitud.

—¡Buen trabajo, chicos! —intento animarlos mientras hacemos ejercicios, pasando el disco de un lado al otro de la pista antes de rematar a portería—. ¡Si queremos ganar, vamos a tener que patinar más rápido que nadie!

—Ya vale, Skipper —dice Bradley Warren.

¡Dios! Espero que ese apodo no se quede.

Lanza un tiro de bofetada que pasa muy por encima de la red y va a estrellarse contra el cristal con un golpe seco.

—Oye. —Gavin le da un codazo leve en el hombro cuando se detiene a su lado—. Un poco de respeto para tu capitán.

—Exacto. —Bradley le devuelve el golpe, aunque casi pierde el equilibrio en el intento. Gavin, como siempre, ni se inmuta—. Como si tú respetaras a ese lameculos.

Gavin usa el palo para arrastrar un disco hacia él y luego me lo envía.

—Te aseguro que lo respeto más que a ti.

—Sí, claro —responde Bradley—. He visto cómo le demuestras ese respeto. Lo has dejado tirado como a un animal atropellado y encima te has reído.

—Me parece que aquí alguien está celoso —dice Gavin.

Le devuelvo el disco. Él lo hace girar un segundo antes de pasármelo a ciegas.

—¿De ti? —se burla Bradley—. Ni de broma.

Gavin recoge un segundo disco y lo lanza con desgana hacia una portería vacía. Después se queda quieto, mirando a Bradley.

—De Connor —dice.

Le devuelvo el disco con el que llevábamos jugando, y él también lo envía a la red, subrayando sus propias palabras.

Se aleja patinando de Bradley, dejándolo rojo de rabia, y se dirige hacia el centro del hielo.

—¡De hecho, creo que ese es el problema de todo el mundo aquí! —grita Gavin—. Ninguno es capaz de dejar el ego a un lado y admitir que Kennedy es el mejor jugador del equipo.

Un murmullo de descontento recorre al grupo. El entrenador me mira y señala a Gavin con la barbilla, como diciendo que cree que tiene razón. No quiero admitirlo. Este equipo está lleno de jugadores de talla internacional. Todos somos estrellas en nuestros respectivos clubes. Pero incluso si Gavin estuviera en lo cierto, yo debería haber sido capaz de verlo. Soy el capitán. Frunzo el ceño.

—¿Desde cuándo te gusta tanto Kennedy? —se burla Nichols, un centro de Dallas.

Trago saliva. Espero que esta tensión en el hielo no tenga nada que ver con que el equipo haya notado que Gavin y yo llevamos un tiempo tonteando. Hasta donde yo sé, lo hemos mantenido fuera de la pista. Sin roces innecesarios, sin miradas demasiado largas y, desde luego, sin insinuaciones sexuales cuando nos provocamos. Bueno. No más de las que surgen de forma natural entre jugadores de *hockey*.

—Desde que tenemos unas medallas de oro olímpicas que ganar —responde Gavin—. ¿O ya se os ha olvidado por qué estamos aquí?

Eso provoca más protestas, aunque nadie lo mira directamente.

Coge un disco y lo lanza hacia la portería que defiende Bouchard. Este lo detiene, y Gavin le dedica una sonrisa antes de volverse otra vez hacia el grupo.

—Vamos a hacer una cosa —dice—. Por cada gol que le metáis a

Bouchard, él os deberá una caja de cerveza.

—¡Eh! —grita Bouchard entre risas—. ¿Qué clase de trato de mierda es ese?

—¡El trato que va a conseguir que dejes de defender la portería como si fuera un queso suizo! —le devuelve Gavin a gritos.

Bouchard levanta la mano enguantada en un gesto obsceno. Supongo que le está dedicando el dedo.

—¡Muy bien! —grita Gavin, pasándose otro disco a sí mismo. Lo hace girar un momento y luego me lo envía. Los dos patinamos hacia Bouchard. El resto del equipo nos persigue y, cuando entramos en su zona, empiezan a defender para arrebatarnos el disco y aprovechar la oportunidad de marcar.

Pero no pueden quitárnoslo. Yo soy demasiado rápido y Gavin es demasiado fuerte. Nos vamos pasando el disco con una facilidad casi insultante. Es como si los dos supiéramos de manera instintiva dónde va a estar el otro. Justo esto era lo que esperaba encontrar al venir aquí. Nunca había tenido un compañero en quien pudiera confiar así, y Gavin Marshal era la última persona de la que lo habría esperado.

Me envía el disco por última vez después de ganárselo a dos jugadores junto a la valla. Con un rápido giro de muñeca, lo levanto por encima del hombro de Bouchard y lo clavo dentro de la red.

El entrenador hace sonar el silbato.

—¡A correr, chicos! —grita, haciéndole señas al equipo para que vuelva al otro extremo de la pista. Luego señala a su asistente—. Apúntalo. Eso es una caja de cerveza para el capitán.

—¡Más vale que Kennedy esté dispuesto a compartir! —grita Bouchard desde el otro lado del hielo—. ¡Porque ese va a ser el último gol que me marquen hoy!

Golpea los postes con el palo y luego se agacha, concentrado, mientras veinte matones se preparan para lanzarse contra él y bombardearlo a tiros.

El entrenador recoge un disco con el palo y lo envía hacia la primera línea azul al mismo tiempo que vuelve a pitar. Salimos disparados, todos peleando por colocarnos y alcanzar el disco con el palo. Lo atrapo, pero enseguida me tiran al suelo. Me levanto de un

salto. Después de la pelea de ayer, nada de esto me sorprende. Este equipo sabe jugar duro. A los pocos segundos estoy otra vez metido en la jugada, y casi de inmediato me vuelven a derribar.

Gavin patina en círculo a mi alrededor. Sus ojos me preguntan si estoy bien mientras me incorporo.

Asiento e intento volver con el grupo, pero el silbato del entrenador me detiene.

—¡Ese gol no vale! —grita, señalándonos el otro extremo de la pista—. Vamos otra vez. No paramos hasta que alguno de vosotros marque otro.

—¡Eh! ¡Ten un poco de fe en mí! —protesta Bouchard.

—¡La tengo! —le responde el entrenador—. ¡Por eso mismo digo que va a ser una noche larga!

Gavin

El entrenador vuelve a hacer sonar el silbato y lanza el disco al centro de la pista. Todos salimos disparados, pero yo no estoy pendiente del disco. Tengo los ojos clavados en Connor. Lo tiraron dos veces en la última jugada, y no creo que fuera casualidad. Ambos golpes parecieron deliberados, y se me erizó la piel nada más verlo. Hay una diferencia entre chocar con otro jugador tratando de llegar al disco y lanzar a un compañero contra el hielo durante un entrenamiento. En un partido siempre habrá juego duro, pero intentar hacer daño a propósito a alguien de tu propio equipo es una línea que no puede cruzarse.

Joder, incluso en temporada regular lo último que quieres es lesionar de verdad a otro jugador. Golpes, hematomas, magulladuras... claro. Pero una lesión que le arruine a alguien la temporada o, peor aún, su carrera, ni hablar.

Y eso es exactamente lo que veo cuando Bradley Warren engancha la cuchilla del palo en la rodilla de Connor. El movimiento le dobla el tobillo de mala manera antes de que caiga al suelo. Patino hacia él y le ofrezco la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí. —Aparta mi mano de un manotazo y se pone en pie enseguida—. Estoy bien.

Me alejo de él y voy directo hacia Warren. Le clavo el palo en la espalda y lo estrello contra la valla.

—Vuelve a intentarlo y te reviento —le gruño.

Hay cientos de jugadores que matarían por el sitio de Bradley. No existe un solo tío en la liga que no diera cualquier cosa por representar a su país en unos Juegos Olímpicos. Si alguno de ellos tuviera que ocupar su lugar, por mí perfecto.

Sí. Sé exactamente lo que acabo de pensar.

Pero meterte con tu propio compañero es imperdonable. El trabajo del ejecutor es recordarles a tus rivales cuáles son las reglas. El del capitán alternativo es mantener a raya a los tuyos. Aunque eso signifique enviar al banquillo a un jugador tóxico.

El entrenador vuelve a pitar.

—¡Otra vez! —grita, y todos regresamos al inicio.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunto a Connor cuando llego a su lado.

Él sonríe y asiente.

—Estoy bien. Ahora vamos a enseñarles a estos idiotas cómo se hace.

—Hecho. —Le devuelvo la sonrisa y me preparo para el silbato.

En cuanto suena, arrancamos a toda velocidad. Connor llega primero al disco, y yo juego como si fuera su guardaespaldas, manteniéndolos a todos lejos de él, dándole el espacio justo para que haga magia. Se mueve a la izquierda, luego a la derecha, luego otra vez a la izquierda, obligando a Bouchard a desplazarse de lado a lado hasta dejar libre el poste derecho. Connor desliza el disco con precisión milimétrica y lo mete dentro mientras sigue patinando a toda velocidad.

El entrenador vuelve a pitar, y yo golpeo con mi palo la cuchilla del de Connor, que él ha levantado por encima de nuestras cabezas.

—¡Ya basta por hoy, chicos! —dice el entrenador—. ¡Bouchard! Espero que dos cajas de cerveza lleguen a la habitación de Kennedy y Marshal antes del toque de queda.

—De hecho —interviene Connor—, yo pondré otras dos, y podemos llevarlas a la sala de reuniones esta noche para compartirlas entre todos. Creo que nos las hemos ganado.

Bouchard le da una palmada en el casco con la mano enguantada y niega con la cabeza.

—Trato hecho. Ya iba siendo hora de ver al niño bonito agarrarse una buena borrachera.

Connor

—¡Que lo paséis bien, chicos! —dice el entrenador Chris, dejando unas cuantas cajas más de cerveza en la sala del equipo.

Abre una lata y le da un trago largo.

—He pedido cena para todos, pero el toque de queda sigue en pie. A las diez, en vuestras habitaciones. ¡Sin excusas!

Mis compañeros se lanzan enseguida a por las cervezas. Gavin mete la mano en una caja y me lanza una lata. La atrapo, la abro y doy un sorbo mientras lo veo quedar atrapado en una conversación con los demás, empujado de un lado a otro entre risas y bromas. Max Franklin le ofrece una cerveza, pero Gavin ni siquiera se la acerca a la boca. Poco después veo a Bouchard quitársela con total naturalidad y cambiarla por la lata vacía que acaba de terminarse. El gesto tiene algo de ensayado, y me pregunto si soy la única persona a la que Gavin le ha contado la historia de su madre. O quizá Bouchard simplemente lo conoce lo bastante bien por ser un Blizzard y sabe que no bebe. Sea como sea, resulta enternecedor ver cómo hace el cambio con tanta discreción que ninguno de los dos llama la atención.

Lo raro es que, mientras bebo cerveza y picoteo la comida que ha mandado subir el entrenador, tengo demasiado tiempo para pensar. Me apoyo en una de las mesas del fondo y observo al equipo. Ríen, bromean, se empujan unos a otros. Por momentos parecen el tipo de grupo que de verdad podría llegar a jugar unido y, con suerte, ganar. De vez en cuando Gavin me busca con la mirada y, cada vez

que lo hace, parece más preocupado. Se le marca ese pliegue entre las cejas.

Acaba apartándose del grupo y viene hacia mí.

—Ven con nosotros.

Niego con la cabeza.

—Si quisieran que me acercara, me lo habrían dicho.

Él frunce el ceño y se apoya en la mesa a mi lado. Nuestros brazos se rozan.

—Yo quiero que vengas.

—¿Ah, sí? —Siento que se me calientan las mejillas, y él me da un pequeño empujón con el hombro.

—Sí, claro. Muchísimo. —Frunce un poco más el ceño, se separa de la mesa, me agarra del hombro y tira de mí—. Vamos. Acércate al equipo. Se relajarán si te ven relajado a ti.

—¿Estás intentando aprovecharte de mí? —lo provoco.

—Jamás —susurra, inclinándose apenas hacia mí.

Esa palabra me recorre entero. ¿Es cosa mía o ese «jamás» suena a que ninguno de los dos se aprovechará del otro? Que siempre será algo que queramos los dos. Y vaya si yo lo quiero.

Gavin me quita la lata vacía de la mano y la tira a una papelería cercana. Está a punto de darme otra cuando Bouchard aparece y se mete entre nosotros. Contengo el aliento, sin saber qué esperar, pero me sorprende ofreciéndome una cerveza nueva. La acepto.

—Gracias.

—No me puedo creer que me hayas colado dos hoy —dice.

—No ha sido fácil —admito.

Es un gran portero, rapidísimo de reflejos incluso en sus días malos. Si no lo fuera, no estaría aquí.

—Sí, bueno, tampoco fue culpa mía. —Inclina la cabeza hacia mí—. Sé que la cosa se puso fea ahí fuera.

—No pasa nada —digo, dedicándole una sonrisa conciliadora—. Forma parte del juego, ¿no?

—Sí. —Se ríe y luego señala a Gavin con la barbilla—. Quizá deberías decírselo a tu chico, porque dejará a algunos de esos jugadores fuera de combate hasta la próxima temporada si vuelven a intentar algo parecido.

Intento ocultar el vuelco que me da el corazón al oír a Bouchard llamar a Gavin «mi chico». Ni siquiera lo ha dicho con esa intención, pero me gusta muchísimo más de lo que debería. Miro a Bouchard y abro la lata para darle un trago.

—Piensa lo mal que lo pasaríamos si no estuviera en nuestro equipo.

—Por suerte, eso es algo que nunca me ha tocado imaginar —dice con una carcajada—. Llevo toda mi carrera jugando con él y sé de primera mano que se toma muy en serio proteger a sus compañeros.

Se me encoge el estómago al recordar que eso es exactamente lo que hace Gavin. Protege a su equipo, no solo a mí.

—Es verdad —digo, levantando la cerveza en dirección a Gavin—. Tenemos suerte de tenerlo.

Gavin me guiña un ojo con discreción, y un escalofrío me recorre la espalda. Eso no se lo hace a nadie más. Es algo que me pertenece solo a mí. Doy otro sorbo y repaso el entrenamiento en mi cabeza. Sé que lo que he sentido hoy no ha sido imaginación. Gavin y yo funcionamos bien juntos. Anticipamos los movimientos del otro sobre el hielo. Siempre estuvimos donde el otro nos necesitaba. Y marcamos los dos únicos goles contra Bouchard.

Pero fue mucho más que eso. Aunque mis propios compañeros me estaban haciendo la vida imposible, me sentí seguro sobre el hielo cuando Gavin patinaba conmigo. Nunca había tenido esa sensación. Soy un gran patinador. Sé defenderme solo. Pero siempre he tenido que ser mejor que todos para mantenerme a salvo. Con Gavin es distinto. Con alguien capaz de seguirme el ritmo y cubrirme las espaldas, siento que no hay demasiado que no pueda hacer. Gavin me hace bien. Me da seguridad. Confianza. Algo que, por mucho que todo el mundo en la liga piense lo contrario, necesito desesperadamente. Juntos podemos unir al equipo. Juntos podemos ganar el oro.

Gavin

—Vamos, capitán —le digo a Connor mientras tiro de él para levantarlo de una de las sillas. Lleva varios minutos con los ojos cerrados. Deberíamos haber terminado esta fiesta hace por lo menos una hora—. Faltan diez minutos para el toque de queda.

—¿Ya se ha ido todo el mundo a dormir? —pregunta entre bostezos.

—Más o menos. —Le señalo la sala.

Solo quedan unos pocos, y Bouchard está acompañándolos hacia la puerta. Me señala y vocaliza en silencio:

—¿Estás bien?

—Estoy bien —le respondo del mismo modo, asintiendo.

Le paso un brazo por la cintura. Tengo que inclinarme un poco para hacerlo, pero Connor parece muerto de cansancio. Va a ser un trayecto largo hasta la habitación como no empiece a colaborar.

—¿Vas a llevarme a la cama? —pregunta, alzando la mirada hacia mí con esos ojos soñolientos que parecen todavía más azules de lo brillantes que están.

—No. —Niego con la cabeza al llegar a la puerta cerrada—. Más te vale caminar. Lo último que necesitas es que nos saquen una foto conmigo cargándote.

Me mira entornando los ojos.

—¿Y por qué no es eso también lo último que necesitas tú?

Lo sujeto para que no se caiga mientras intento decidir si está borracho, agotado o ambas cosas. Se tambalea un poco hacia mí y bosteza. Sí, probablemente ambas. Le agarro la cara con las manos y obligo a que me mire. Una sonrisa lenta le curva los labios, y odio tener que decir lo que voy a decir, porque sé que va a borrársela.

—Porque, a diferencia de ti, yo no tengo un padre que me haría la vida imposible si me viera llevando a otro hombre a mi habitación.

Tal y como esperaba, la sonrisa desaparece. Pero sus ojos se abren, grandes y curiosos.

—¿A tu padre no le importa que seas gay?

—No.

Tampoco es que hablemos del tema. Pero, siendo sinceros, sospecho que tampoco hablaríamos de mi vida sentimental aunque yo fuera hetero. Así funcionan las cosas en Alaska. Allí se vive bajo

la norma de «Lo tuyo es tuyo y lo mío es mío». A mi padre le da igual con quién salga (o si salgo con alguien) mientras sea feliz y no vuelva de una campaña de pesca para encontrarme muerto por culpa del alcohol. Son expectativas bastante bajas, pero a nosotros nos bastan.

—Qué bien —dice Connor—. Me gustaría conocerlo.

—A mí también —respondo, porque es verdad.

Mi padre no se parece en nada al suyo. Le haría bien a Connor ver la diferencia. Le dedico una sonrisa torcida.

—Incluso podríamos presentárselo al tuyo.

Connor adopta una expresión grave.

—No me gustaría hacerle eso a tu padre.

—Mi viejo sabe cuidarse solo —le aseguro, mientras echo mano al pomo—. ¿Preparado? Nos quedan cinco minutos para llegar a la habitación.

Las comisuras de sus labios se levantan apenas.

—¿Hacemos una carrera?

—Cuando quieras, Kennedy.

Abro la puerta con una mano y con la otra en la espalda lo guío con suavidad.

Connor

No fue exactamente una carrera hasta la habitación. Más bien una larga serie de tropiezos. Pero Gavin hizo un trabajo excelente impidiendo que me estampase contra el suelo.

Cuando llegamos, voy medio colgado de uno de sus hombros y él lleva una de sus enormes manos apoyada con firmeza en la parte baja de mi espalda. La ha tenido ahí durante casi todo el trayecto desde la sala del equipo hasta nuestra habitación del hotel, y mentiría si dijera que no me encanta cómo me hace sentir. Es una mano fuerte, ancha y cálida. Tranquilizadora. Segura. Me empuja suavemente hacia el interior cuando abre la puerta y me deja sentado en mi cama.

En cuanto me siento, se arrodilla frente a mí y empieza a desatarme los cordones antes de quitarme los zapatos. Luego se pone en pie otra vez y se queda mirándome.

—Vamos. Quítate la camiseta.

Levanto la mirada hacia su rostro anguloso y hacia la bondad tranquila de sus ojos oscuros.

—Pensé que no ibas a aprovecharte de mí. —Le guiño un ojo. O al menos eso intento.

—Voy a acostarte. —Se le escapa una risa baja—. Vamos, quítatela. Sé que te gusta dormir con pantalón de deporte.

—Y a ti te gusta dormir en calzoncillos.

—La verdad... —sonríe con una malicia casi diabólica— es que me gusta dormir desnudo.

—¿De verdad? —Abro mucho los ojos y noto cómo me sube el calor a la cara.

—No. —Se ríe otra vez y me acaricia la mejilla con un dedo—. Pero sabía que eso te haría sonrojarte.

—Capullo —murmuro, dejándome caer sobre la cama.

Me coge de la mano y me obliga a incorporarme de nuevo. Después, con dedos cuidadosos, engancha el dobladillo de mi camiseta y empieza a subírmela. No me resisto. Perdería esa pelea, y además no es una que quiera ganar. Quiero que él me desnude. Quiero que haga conmigo lo que quiera. Y, sobre todo, quiero vivir en un mundo donde eso sea posible.

—¿Qué es esto? —pregunta, mientras sus dedos recorren mis costillas. Inclina la cabeza para mirar mejor.

Levanto el brazo y sigo su mirada. Sobre la piel tengo un hematoma morado oscuro, grande y feo.

Niega despacio.

—Eso parece hecho con el mango de un palo. ¿Te han dado hoy en las costillas?

Lo miro mientras me muerdo el labio.

—Puede.

—¿Dónde más te golpearon?

—No estoy seguro.

Frunce el ceño y baja la mirada por mi torso mientras me pasa las

manos por los brazos. Se detiene en el pequeño moretón que llevo en la mandíbula desde la pelea de ayer. Le sonrío, con la esperanza de aliviar la preocupación que se le dibuja en la cara.

—Ese ya lo conocías.

—No me gusta lo duros que están siendo contigo.

—Es *hockey*. Forma parte del juego.

—Sí. —Asiente, encogiéndose apenas de hombros, y me gira un poco para examinarme la espalda—. Pero no así.

Vuelve a ponerme de frente y señala mis pantalones.

—¿Puedo confiar en que esto te lo quites tú solo?

Me reclino sobre las manos en la cama.

—Preferiría que lo hicieras tú.

Juraría que de su pecho sale un gruñido grave mientras mira mis pantalones.

—No podemos —dice al fin, lanzándome los de chándal—. Me encantaría. Pero no podemos.

—Lo sé.

Se queda mirándome y toma aire despacio. Cuando exhala, cierra los ojos. Y cuando vuelve a abrirlos, ahí está otra vez esa sombra de soledad que siempre le veo. No debe de ser tan fácil para él como aparenta. Nos estamos jugando los Juegos Olímpicos, lo que queda de temporada regular y quizá una clasificación para las eliminatorias. Lo que pondríamos en riesgo sería todo aquello por lo que hemos trabajado desde niños. Y aunque ceder a esto ahora mismo nos haría sentir bien, a largo plazo no nos traería más que arrepentimiento. Eso, con suerte. En mi caso, lo más probable es que además terminara en algo peor.

En un corazón roto.

El primer pinchazo de ese dolor me alcanza justo cuando él cierra la puerta del baño detrás de sí.

OCHO

Gavin

Gracias a Dios, mañana tenemos el día libre. Ha sido una semana de entrenamientos largos y muy exigentes, y al equipo le vendrá bien parar un poco y recuperarse antes de viajar a Milán dentro de dos días. Connor es quien más lo necesita. Nunca lo reconocerá, pero está agotado, y no tiene nada que ver con el esfuerzo que hace sobre el hielo.

Desde que vi aquel moratón hace unas noches, no he dejado de echarle miradas furtivas al final de cada entrenamiento, antes de que se meta en las duchas. Ese ya empieza a desaparecer, pero otros han ido ocupando su lugar. Es jodido verlo tan machacado por sus propios compañeros. Como si todos estuvieran apretando un poco más de la cuenta con él y supieran exactamente cómo esconder los golpes sucios. Creía que estábamos mejorando como equipo. Creía que éramos mejores que esto.

Puede que solo estén siendo competitivos, pero da la sensación de que hay algo más. Y la cosa no ha hecho más que empeorar ahora que los entrenamientos están abiertos a la prensa... y también al padre de Connor.

¡Dios! Ese tío es un imbécil. Sinceramente, me sorprende que su presencia no haya conseguido que los demás aflojen un poco con Connor. Ha tenido el efecto contrario, quizá porque todos hemos visto a padres como él en las ligas juveniles: tíos autoritarios que gritaban a sus hijos a través del cristal. Había un chico con el que jugaba en Alaska que apenas lograba disimular los ataques de pánico en el vestuario después de un mal entrenamiento. Dejó el *hockey* antes de cumplir los trece años.

Yo tuve suerte. Puede que no tuviéramos un céntimo y que casi todo mi equipo fuera de segunda mano o donado, pero al menos mi padre nunca me jodió con la manera en que yo jugaba. Iba a todos

los partidos y entrenamientos que podía cuando no estaba pescando, y siempre se sentaba en el mismo sitio: en el centro de la fila más alta, desde donde podía ver toda la pista. Si era día de partido, se daba el lujo de comprarse un perrito caliente malísimo y acompañarlo con un café todavía peor, rebajado con crema en polvo. Claro que tenía puestas todas sus esperanzas en mí. Quería que yo escapara de lo que Alaska podía hacerle a alguien. Pero, por encima de todo, le encantaba verme jugar.

Eso no es lo que transmite el padre de Connor. Se queda detrás del cristal, con los brazos cruzados, criticándolo cada vez que puede. Desautoriza al entrenador Chris, y no dejo de preguntarme cómo no le partió la cara ya en Chicago, si lleva aguantando esto desde que Connor llegó a los Broad Wings. Tampoco se molesta en ocultar el desprecio que siente por el resto del equipo. Se burla de todos y deja claro que, en su opinión, ninguno de nosotros debería compartir el disco con su hijo. Sobre todo yo.

Así que, cuando el entrenador pita el descanso, le lanzo un tiro de bofetada directo en su dirección. Tiene suerte de que el cristal esté ahí, porque el disco impacta con un golpe seco a apenas unos centímetros de su cara. Da un respingo y yo le guiño un ojo al pasar patinando junto a él. Le habría dejado un moratón precioso.

—Ese tío es un auténtico gilipollas —dice Bouchard desde la portería, a unos metros de mí.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—Nos hemos dado cuenta todos. —Levanta la botella de agua que deja encima de la red durante los entrenamientos y me la ofrece, como hace en Búfalo.

Abro la boca.

—Gracias. —Trago, me limpio la boca y el sudor de la frente con el dorso del guante, me acerco y me apoyo en su portería—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes, pero igual no te gusta la respuesta.

Suelto el aire.

—¿Van a por él?

Se echa el casco hacia atrás, hasta que la rejilla deja de cubrirle la cara, y me mira a los ojos.

—No creo que quieran lesionarlo de verdad, pero están frustrados. Ya sabes cómo va esto. —Me da un leve codazo con el acolchado del brazo y luego bebe un trago—. Todos saben que no están a la altura del niño bonito de la liga. Y tener aquí a su padre recordandoselo a cada minuto no ayuda precisamente.

Frunzo el ceño. Sé lo que es eso. Yo mismo soy culpable de haber ido a por Connor en temporada regular. Pero ahora es mi compañero. Y yo nunca ataco a un compañero si no se lo ha ganado. Va contra el código.

—Y ya te digo que esto solo va a empeorar cuando lleguemos a Milán. Connor tiene rivales repartidos por todos los equipos. Quitarlo de en medio en los Juegos sería como marcar un triplete —añade Bouchard.

Aspiro hondo y dejo que eso me cale.

—Aumentarían sus posibilidades de llevarse el oro... y también las de meterse en las eliminatorias de sus ligas.

—Y luego está la Stanley Cup —dice Bouchard—. Suponiendo, claro, que no tengan que cruzarse con nosotros. —Me enseña el antebrazo y yo lo golpeo suavemente con el mío.

—¿Alguna idea de cómo arreglarlo?

—Sacar a su padre de aquí sería un buen comienzo.

—Sí. —Hago una mueca—. Pero no creo que eso vaya a pasar. Estoy bastante seguro de que me expulsarían del equipo si lo saco en camilla.

—Aunque sería divertidísimo verlo.

Sonríe al decirlo, como si ya estuviera montándose la escena en la cabeza.

Miro hacia el resto del equipo. Todos están desperdigados junto a la valla o los banquillos, bebiendo agua de sus botellas. Todos menos Connor, que está hablando con un periodista al lado de su padre, que se ha apartado ya de la marca negra que mi disco dejó en el cristal. La mayoría finge que no los está observando. Ojalá el entrenador hiciera sonar el silbato y reanudara la sesión, pero sospecho que la experiencia le ha enseñado que eso solo empeoraría las cosas.

Vuelvo a mirar a Bouchard.

—Puedo mantener a raya a nuestros rivales en los Juegos, pero solo si no tengo que estar pendiente de que mis propios compañeros no intenten sabotear la carrera de Connor.

—Creo que, una vez que estemos allí, el orgullo y las ganas de ganar van a pesar más que la antipatía.

—Sí, pero si de verdad queremos ganar, necesito conseguir que quieran jugar bien con él.

—Haz como los porteros.

—¿Cómo? —pregunto, alzando una ceja—. ¿Obligando a todo el grupo a hacer estiramientos de mariposa? No creo que eso sirva de mucho.

—No, idiota. —Se ríe—. ¿Nunca te has preguntado por qué los porteros compartimos habitación cuando viajamos?

—Porque sois todos unos frikis —le suelto—. Y nadie más quiere aguantaros.

—También —dice, encogiéndose de hombros—, pero no iba por ahí. —Me ofrece otro trago de agua y abro la boca; luego bebe él—. En cada equipo hay dos porteros frikis, según tus propias palabras, ¿no?

—Sí. Sé cómo funciona una plantilla, listo.

—Ya sabes cómo va la rotación para vosotros, los jugadores de campo. Pero con los porteros es distinto.

—Vale. —Levanto las manos—. Ilumíname.

—Funciona así —empieza—. Vosotros os vais turnando durante el partido. Acaba vuestro relevo, os sentáis en el banquillo y sale la siguiente línea. Y así una y otra vez. Al final, todos jugáis, ¿qué?, ¿dieciocho minutos más o menos?

—Más o menos. —Me encojo de hombros.

—Exacto. Todos compartís el hielo. Pero eso con nosotros no pasa. En cuanto el entrenador decide que esa noche la portería es tuya, es tuya durante todo el partido... salvo que todo se vaya al infierno.

—Sigo sin ver la lección.

—Ya voy. —Me clava la mirada y luego señala con el palo a Olsen, que está al otro lado de la pista haciendo sus estiramientos y rituales supersticiosos de siempre. De algún modo, sus miradas se cruzan desde una punta a otra y los dos levantan una mano enguantada a

modo de saludo—. Todas las parejas de porteros de la liga tienen que encontrar la forma de competir y apoyarse a la vez. No beneficia a ninguno de los dos ni al equipo que nos llevemos mal. Nos jugamos esa portería cada día en los entrenamientos, pero tenemos que ser lo bastante humildes como para alegrarnos por el otro cuando el entrenador decide que esa noche será su red, no la tuya. Si no nos llevamos bien, si no somos capaces de aparcar el ego y las chorradas, todo el equipo lo paga.

—O sea, tengo que conseguir que entiendan que no están compitiendo con Connor. Que hay hielo de sobra para todos.

—Exacto. —Da otro sorbo de agua—. Y también ayudaría que sacaras a Connor un poco de su caparazón.

Miro hacia él. Ya ha terminado con su padre y el periodista, y ahora habla animadamente con el entrenador Chris junto al banquillo.

—¿Tú crees que es tímido?

—No es tímido. —Bouchard niega con la cabeza—. Es cauto. Como tú. Solo que él no es un matón enorme que intimida a medio mundo para que le haga caso. Se esconde detrás de esa fachada de niño bonito.

—Interesante.

—Veo que no niegas lo de que eres un matón.

—Claro que no. —Me río—. Lo hago a propósito.

—Ya. —Me da otro codazo—. En el fondo eres un blandengue.

—Que te den. —Se la devuelvo y luego me giro hacia él de golpe—. Espera. ¿Cómo sabías que iba a preguntarte por Connor?

—Tío, llevo siete años jugando contigo. Y la mayor parte del tiempo te he estado viendo apalear jugadores desde mi casa en la portería. ¿Te crees que no me doy cuenta cuando se te activa el instinto protector? Persigues a Connor como si fuera un cachorro, comprobando a cada rato que sigue entero.

Joder. No me había dado cuenta de que era tan evidente. Aunque, al menos, Bouchard no parece pensar que sea nada fuera de lo normal en la forma en que trato a mis compañeros.

El entrenador hace sonar el silbato y nos llama a colocarnos.

—Disfruta persiguiéndolo —me suelta Bouchard en tono burlón

mientras vuelve a bajarse el casco.

Patino hacia atrás, le hago una peineta y me uno al resto del equipo para seguir con los ejercicios.

Connor

Respiro hondo antes de salir del vestuario. Sé perfectamente quién me espera al otro lado de la puerta y, por un momento, desearía haberme quedado más rato bajo la ducha. Pero Gavin no ha dejado de mirarme ahí dentro, y no de una forma *sexy*. Bueno. No solo de una forma *sexy*. Me ha estado repasando con la mirada de arriba abajo, como lleva haciendo toda la semana, buscando señales de nuevas lesiones que me gustaría que me lamiera y me curara.

Vale. Quizá eso último sí tenga bastante de *sexy*.

Precisamente por eso necesitaba salir de las duchas cuanto antes. Nadie, y mucho menos el gay del equipo, quiere que lo pillen con una erección delante de un vestuario lleno de compañeros desnudos. Todavía me pregunto cómo lo hace Gavin. Mi sistema es sencillo: entrar primero y salir primero. Y, cuando no puedo, prefiero asearme en la habitación. Pero Gavin ha perfeccionado el arte de ducharse con calma y bromear con los demás mientras se enjabona, como si no estuviera a un paso de revelar su secreto. Es exasperante.

Por eso me sobresalto cuando noto sus enormes manos posándose sobre mis hombros por detrás. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya había salido de las duchas y se había vestido. Así de experto soy en mantener baja la mirada en el vestuario.

Me aprieta los hombros y casi se me doblan las rodillas. Tengo que contenerme para no dejarme caer hacia atrás, contra su pecho, aunque es exactamente lo que quiero hacer. La idea de que me rodee con los brazos y me sostenga resulta demasiado tentadora.

—Te acompaño —dice, y su voz grave me envuelve como una manta caliente.

—Quizá deberías pensártelo mejor —murmuro, tragándome el

suspiro que amenaza con escapárseme.

—¿Por qué? ¿Te preocupa que envíe a tu padre a la mierda y le diga que se busque otra víctima?

No puedo evitar soltar una risa.

—La verdad es que estaría bastante bien.

—Perfecto. —Me da una palmada en el hombro, luego me apoya una mano firme en la espalda baja y me empuja hacia delante—. Porque eso es exactamente lo que pienso hacer.

—No —digo, pero ya es tarde.

La puerta se abre de golpe y nos encontramos con la mirada expectante de mi padre y un pequeño enjambre de cámaras y periodistas.

—¡Connor, por aquí! —grita mi padre por encima del ruido.

—Lo siento, papá —dice Gavin, recargando de veneno esa última palabra—. Pero Connor esta noche está ocupado.

—Gavin, por favor —le digo en voz baja, mientras veo cómo a mi padre se le dilatan las fosas nasales.

Gavin me aprieta el hombro con una mano y me empuja por la espalda con la otra mientras me aleja de allí.

—¡La cena de los jugadores corre por mi cuenta! —grita, guiándome por delante de mi padre y por el pasillo hacia la salida de los jugadores.

Los *flashes* empiezan a saltar. Se oyen gritos, vítores, el estruendo de la prensa al otro lado de la puerta del vestuario, mientras el resto del equipo sale detrás de nosotros.

Sonriendo, miro por encima del hombro y veo que Bouchard es el último en salir. Al pasar junto a mi padre, le dedica un saludo de dos dedos y, acto seguido, cruza una mirada con Gavin y le hace una seña con la cabeza.

¿Pero qué demonios traman esos dos?

Gavin

Montar una cena improvisada con pizza y cerveza fue una gran idea.

Es impresionante lo rápido que un restaurante de Las Vegas puede encontrar sitio para treinta hombres hambrientos con tan poca antelación.

En cuanto salimos de la pista y pude echar mano del móvil, llamé a la famosa pizzería y les advertí de nuestra llegada inminente. Ni se inmutaron. Me dijeron que nos montarían una mesa larga y que harían todo lo posible por darnos cierta privacidad.

Bueno. Tan privada como puede ser una cosa así. No voy a mentir: elegí este sitio sabiendo perfectamente que no podríamos escondernos de verdad. La gente suele fijarse en un grupo de hombres que, con suerte, parecen recién salidos de un barco vikingo y, con menos suerte, de un taller mecánico. El restaurante es mundialmente famoso por su chef, sí, pero también está lleno de familias de vacaciones. Y pocas cosas unen más a un equipo de *hockey* que un enjambre de aficionados a su alrededor. Sobre todo si son niños.

Saco un puñado de discos que me llevé de la pista y se los lanzo a los chicos para que los repartan entre los críos, y luego le pido al anfitrión todos los bolígrafos que pueda prestarme. Cuando por fin llegamos a las mesas que han unido para nosotros, el ambiente ya ha cambiado. Todo el mundo está más suelto. Incluso Connor parece respirar de verdad por primera vez en todo el día.

—Gracias por esto —me dice, inclinándose hacia mí.

Le revuelvo el pelo y luego dejo que mis manos bajen hasta sus hombros para empujarlo con suavidad, a modo de broma.

—No me lo agradezcas todavía. —Le sonrío—. Nos queda una noche muy larga.

Él niega despacio con la cabeza.

—No. No lo será.

Sonriendo, le devuelvo el gesto.

—Sí que lo será. —Y, para subrayarlo, le lleno un vaso de cerveza con una de las jarras desperdigadas entre las bandejas de pizza.

—Es una pésima idea —dice.

Choco mi botella de zarzaparrilla contra su vaso.

—Es una idea excelente.

Me pongo en pie y carraspeo, llamando la atención de todos los

que están alrededor de la mesa.

—Muy bien, chicos. Llevamos una semana encerrados. ¡Vamos a soltar un poco de presión!

Connor

Soltar presión se parece sospechosamente a irse de fiesta. Y eso es justo lo que llevamos haciendo durante horas. Miro el reloj mientras estoy sentado junto a Bouchard en una de las mesas exclusivas que hemos ocupado en la discoteca más de moda de Las Vegas, en la última planta del hotel. Ya ha pasado la medianoche y, después de una semana entera encerrados por el toque de queda, parece tardísimo. Al parecer soy el único que se ha dado cuenta, porque el resto sigue como si tuviera cuerda hasta el amanecer.

Bouchard me rodea con el brazo. Va borracho perdido y grita por encima de la música mientras le cuenta una historia al grupo de compañeros apiñados alrededor de la mesa.

—Y entonces este tío... —me atrae más hacia él y se inclina hacia delante conmigo para meterme en el corro—, en los primeros treinta segundos del partido, iba y me rompe la racha sin encajar ni un solo gol! —Me da una fuerte palmada en la espalda—. ¡Y ahora tengo que jugar en el mismo equipo que él! ¡Una locura! ¡Vamos a ser el equipo a batir en los Juegos!

Todos se ponen a aporrear la mesa con los puños y luego se beben una ronda de chupitos que Gavin ha ido sirviendo. Yo también. Cuando dejo el vaso, lo busco con la mirada, pero ya ha desaparecido otra vez.

Me ha costado toda la noche seguirle el rastro. No para de aparecer y desvanecerse. Llega, deja una ronda de chupitos o unas cuantas botellas más de cerveza, y vuelve a esfumarse. Es desesperante.

Max Franklin se levanta al otro lado del reservado y se sienta a mi lado.

—Me alegro de tenerte en el equipo, tío —me dice—. Sé que

algunos te lo han puesto difícil.

—No. —Niego con la cabeza, aunque llevo toda la noche apoyándome sobre el lado derecho para evitar presionar demasiado la cadera izquierda, que tengo amoratada y sensible por una caída en el entrenamiento—. Solo están de broma.

Max se ríe y señala el club a nuestro alrededor. Luces estroboscópicas. Música vibrando en el pecho. Y delante de nosotros, una marea de gente moviéndose como si fuera un océano.

—¡Esto es una broma! —grita—. ¡Lo del hielo es trabajo!

Y con esa despedida desaparece entre la multitud rumbo a la pista.

Intento localizar otra vez a Gavin y creo verlo en la barra, inclinado hacia delante mientras habla con el camarero. Estoy a punto de levantarme para ir a buscarlo cuando Bradley Warren se cruza entre nosotros.

—¿Buscas a tu papi? —pregunta, con el desprecio rezumándole en la voz.

—¿Y qué si lo hiciera? —respondo.

Obviamente no estoy buscándolo a él, pero ¿qué más le da a Bradley? Mi padre es problema mío. Yo soy el que tiene que lidiar con él.

—Es que nunca te veo sin él. Va pegado a ti como una sombra.

Doy un sorbo a mi bebida.

—No porque yo lo quiera precisamente.

Se ríe.

—Por eso nadie puede seguirte el ritmo. ¿Cómo vas a capitanear este equipo si ni siquiera sabes capitanear tu propia vida?

La verdad es que yo mismo me lo he preguntado más de una vez.

—Oye —interviene Bouchard, alargándole un chupito a Bradley—. Anímate un poco, ¿quieres? Estamos celebrando algo. —Me sonrío, me da una palmada y me pasa otro a mí—. ¡Salud!

Los tres nos los bebemos de un trago y, por fin, Gavin se acerca lo suficiente como para que pueda tocarlo. Me rodea la cintura con la mano.

—Tranquilo, capitán —dice.

Sus dedos largos se cierran sobre mi costado y se quedan ahí un

segundo más de la cuenta antes de apartarse.

—¿Dónde te metes? —le pregunto—. No hay forma de seguirte.

—Por ahí. —Se encoge de hombros, como si no tuviera importancia, y luego bebe un largo trago de la botella de agua que lleva en la mano.

No puedo dejar de mirar cómo se le mueve la nuez al tragar. Tampoco ayuda la camiseta ajustada de cuello en V que lleva puesta, marcándole el torso de una manera indecente. Si no estuviéramos rodeados de nuestros compañeros, estaría tentado de lamerle cada centímetro.

Me inclino hacia él para hablarle al oído.

—¿Socializando? ¿Eso quiere decir que esperas conocer a alguien?

Me mira como si pudiera leerme de punta a punta.

—No necesito conocer a nadie —me dice al oído.

La manera en que lo dice es tan directa que me hace sonrojarme. Él sonríe y articula en silencio la palabra «adorable» antes de rozarme la mejilla con un dedo. Solo eso basta para incendiarme la piel.

Bouchard y Calhoun, uno de nuestros aleros derechos, nos interrumpen.

—¿Cómo es posible que el sobrio sea el mejor montando fiestas salvajes? —le grita Bouchard a Gavin.

—¡Porque el sobrio es el que tiene que gestionar todas vuestras estupideces! —responde Gavin por encima de la música.

—¡Igual que en el hielo! —Bouchard alza su vaso hacia él, y Gavin le lanza la botella de agua.

—¿Me das un sorbo? —le pido.

Le quita el tapón y me la pasa. Doy un trago largo. Después de horas de cerveza y chupitos de *whisky*, el agua me sienta como una bendición. Tendría que haberme tomado una hace una hora.

—Esta fiesta es increíble —dice Calhoun. Es joven, está en su primer año, y en Minnesota ya apuntan alto con él—. ¿Sabes? Yo crecí idolatrando a tu padre.

Me río, intentando que no se note el sabor amargo que me deja eso, y doy otro trago al agua de Gavin.

—Le encantaría oírte decir eso.

—Creo que paso. Me da miedo.

«A mí también», me gustaría decirle. En lugar de eso, opto por algo más neutro.

—Puedo presentártelo, si quieres.

—No, gracias. —Niega deprisa—. Pero tengo que preguntarlo. ¿Cómo fue crecer con él?

—Exactamente como está siendo esta semana —respondo—. Agotador.

—No te envidio nada. Antes de venir sí, pero ahora... joder. Es intensísimo.

—Ya te digo. —Y esta vez sí me río de verdad.

Él choca su lata de cerveza contra mi botella de agua.

—Pero tú molas, tío —dice—. Me hace ilusión compartir el hielo contigo.

—Gracias. —Sonrío—. Me alegra oírlo.

Y, después de escuchar lo mismo en boca de otros tres compañeros a lo largo de la noche, por fin entiendo lo que ha hecho Gavin. Ha conseguido hacerme más humano frente al equipo.

—¿Qué hacemos aquí parados? —pregunta Nichols, acercándose para empujarnos a Calhoun y a mí hacia la pista—. ¡Está lleno de chicas deseando bailar!

Me río de lo ridículo de la frase. Bailar con mujeres no me interesa en absoluto. Pero cuando veo que Bouchard arrastra también a Gavin, descubro que bailar con él sí me interesa. Muchísimo.

Gavin

Vale. Puede que Connor vaya bastante borracho. Porque, por mucho que lo intento, no consigo evitar que siga intentando bailar conmigo. Y cada vez que mueve las caderas cerca de las mías me cuesta más no agarrarlo y pegarlo a mi cuerpo. Daría lo que fuera por girarlo, dejar que se frotara contra mí, sujetarlo con una mano en la cadera y la otra en el pecho, apretándolo con fuerza. Pero no puedo. Y lo sé. Así que, para frustración suya y mía, lo que hago en su lugar es

seguir desviando hacia él a cualquier chica nueva que se cruza por nuestro camino y observar cuánto tarda en fruncir el ceño y escabullirse de sus garras. Se está volviendo bastante bueno en ello.

—Eres un capullo —me dice, divertido, la siguiente vez que consigue acercarse.

—Y tú un provocador —le respondo, apartándome y colocando a otra mujer entre los dos.

Me fulmina con la mirada, aunque debajo de ese enfado veo el desafío. Esto se ha convertido en un juego para él. El problema es que no puedo darle el premio que quiere: a mí.

Puedo admitirlo ya: estoy metido en un buen lío. Aquí hay hombres guapos de sobra. Y a mí nadie me está reconociendo tanto como a otros del equipo. Si quisiera, podría ligar sin que nadie se enterase. Pero cada vez que miro a Connor intentando abrirse camino de vuelta hacia mí, ni se me pasa por la cabeza hacerlo.

Tampoco puedo ceder a lo que deseo. Ni siquiera besarlo, porque probar el sabor de su boca no quedaría sin consecuencias. Sería la primera ficha de dominó cayendo. Y yo sé perfectamente lo que vendría después. Sé cómo soy. Puedo tener una aventura de una noche, sí. Pero Connor no encaja en eso. Nunca podría hacerlo. Lo conozco. Y, peor todavía, me está importando de verdad. Más allá de que sea mi compañero de equipo. Todo el odio que una vez sentí por él ha desaparecido. Ha prendido algo dentro de mí, y no solo cuando compartimos el hielo y me incita a jugar el mejor *hockey* de toda mi vida. Lo siento en todas partes. Todo el tiempo. Y cada día me cuesta más contenerlo.

Miro hacia la terraza del club y me escapo en esa dirección, esperando que nadie me vea salir. Necesito un minuto. Solo uno. En cuanto cruzo la puerta, aspiro el aire fresco del desierto. Aquí fuera reina un silencio extraño, roto solo por el temblor lejano de la música retumbando a través de las paredes.

Encuentro un rincón apartado y apoyo los brazos en la barandilla, contemplando el Strip de Las Vegas desde lo alto. Esto no se parece en nada al lugar del que vengo. Yo solía subir a las montañas detrás de las casas destartadas de mi barrio y mirar, desde arriba, los árboles a un lado y el océano inmenso al otro. Ahora, mire donde

mire, solo hay edificios y luces. Ambas cosas tienen su encanto, supongo, pero ahora mismo echo de menos mi casa. Echo de menos el silencio. La intimidad. Si Connor y yo estuviéramos en Alaska, podría hacer exactamente lo que quiero hacer y nadie tendría por qué enterarse jamás.

Lo noto acercarse antes incluso de que hable. Se apoya en la barandilla a mi lado.

—Pensaba que estabas intentando huir de mí.

Me río por lo bajo.

—No. De ti es imposible huir.

Me da un codazo y luego, con una sutileza que me desarma, deja que sus dedos rocen los míos sobre la barandilla.

—No hace falta que lo intentes.

—Yo creo que sí. —Me obligo a no mirarlo y aprieto más fuerte la barandilla—. Porque si me dejo llevar contigo, no voy a saber disimularlo.

—No lo creo. —Se ríe—. Ser gay es probablemente el secreto mejor guardado de la liga.

—Tú y yo juntos dejaríamos de guardarlo.

—No tiene por qué ser así. Los dos sabemos ocultarnos bastante bien.

—No tanto. —Al final giro la cabeza y lo miro.

Bajo el resplandor del Strip se le ve guapísimo. Fuerte y seguro de sí mismo mientras pide lo que quiere.

—Lo nuestro está justo debajo de la superficie. Y Bouchard ya se ha dado cuenta de que contigo se me ha despertado el instinto protector. Si cedo a esto, va a ser todavía más evidente. Yo no soy el tipo de hombre que se toma a la ligera lo que considera suyo.

Como era de esperar, se sonroja. Y yo estoy peligrosamente cerca de rendirme. Aun así, solo le rozo la mejilla con los nudillos.

—¿Lo ves? —murmuro—. No puedes ocultarlo. —Me humedezco los labios—. Y yo no puedo resistirme.

—Pues de momento lo estás haciendo bastante bien —dice, antes de apartarse un poco—. Pero entiendo lo que quieres decir.

Dejo que nuestros dedos se entrelacen sobre la barandilla, escondidos por lo cerca que estamos.

—Créeme, Connor. Si pudiera, ahora mismo te haría mío.

—Me encantaría —responde él.

Apoya el hombro contra el mío. Debería apartarme. No lo hago. Puedo permitirme este pequeño lujo si no voy a tener nada más.

—¡Eh! —grita Bouchard, y los dos nos separamos al instante.

Está al otro lado de la terraza, junto a las puertas del club, mirándonos con expresión sospechosa.

—¿Qué hacéis vosotros dos?

—¡Cosas de capitanes! —le grito—. ¡No lo entenderías!

Connor se echa a reír y me mira con una ceja levantada.

—¿Cosas de capitanes?

Me encojo de hombros.

—Suená mejor que la verdad. —Me aparto de la barandilla y le hago un gesto para que venga—. Vamos. Deberíamos entrar.

No se mueve.

—Creo que ya es hora de que me vaya a la cama.

La verdad es que yo también quiero hacer exactamente eso. Pero sé muy bien que, si subo con él ahora, voy a acabar cayendo en sus brazos.

—Sí —digo—. Ojalá pudiera acompañarte, pero será mejor que no.

Asiente despacio y deja escapar un suspiro. A regañadientes, me doy la vuelta y sigo a Bouchard al interior. En cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, se planta frente a mí con una expresión imposible de leer.

—¿Cosas de capitanes? ¿En serio?

—¿Qué? —pregunto.

—Nada. —Niega con la cabeza y se ríe. Luego me pasa un brazo por los hombros—. Venga. Volvamos a la pista.

Pero es justo el último lugar al que me apetece ir.

NUEVE

Connor

A la mañana siguiente me siento como si Gavin me hubiera arrollado, y no precisamente de la forma en que me gustaría. El dolor de cabeza y las náuseas me recuerdan las veces que me ha golpeado y dejado inconsciente en mitad de un partido. Aunque, la verdad, ahora casi preferiría sentirme así por eso y no por la resaca. Al menos significaría que he tenido algún tipo de contacto físico con él, que es lo que de verdad deseo.

Daría cualquier cosa por saber qué se siente al tenerlo pegado a mi cuerpo durante más tiempo que un simple choque en el hielo. Cómo se vería sobre mí, con los dos sudando entre las sábanas en vez de dentro de nuestras camisetas. Quiero saber cómo se sienten sus labios sobre los míos. ¿Serán suaves o firmes? Ya sé cómo es su polla. Le he echado un par de miradas furtivas en el vestuario. Es perfecta, por supuesto. Tentadora, incluso cuando está blanda. Todavía no la he visto dura, pero sé que no me decepcionaría. Me pregunto si él habrá mirado la mía. ¿Se habrá quedado despierto pensando en chupármela igual que yo lo he hecho con él?

Lanzo un vistazo rápido a su cama. Está vacía. Lo oí levantarse temprano para ir al gimnasio. También lo oí volver anoche a la habitación. En ambas ocasiones fingí que estaba dormido, porque soy un cobarde y ahora mismo no puedo enfrentarme a él.

Anoche, cuando volvió, intentó llamar mi atención. Yo estaba tumbado con los ojos cerrados, escuchándolo decir que le gustaría poder hacerlo, pero que era mejor para mí que no lo hiciera.

No me lo creo. Durante la última semana él ha mejorado mi vida muchísimo, y ni siquiera nos hemos besado todavía. Me aferro a ese «todavía». Lo necesito para poder seguir adelante. Necesito saber que existe la posibilidad de un solo beso para no volverme loco por la frustración de no poder explorar esta conexión que estamos

creando. Nuestra química sobre el hielo es perfecta. Tiene sentido pensar que también lo sería en la cama.

Miro el reloj que llevo en la muñeca. Fue la primera cosa bonita que me compré con mi propio dinero. Un Heritage Grand Seiko con una esfera de color azul hielo. Son las ocho y media. Tengo que reunirme con mis padres para desayunar a las nueve en su *suite*. No me han dado alternativa. Papá me envió un mensaje con la hora y las instrucciones para estar allí antes de que ayer saliera el autobús del equipo desde la pista de entrenamiento. Incluso en ese mensaje se notaba que estaba furioso porque Gavin había arruinado sus planes para cenar conmigo. Esta mañana me lo hará pagar.

Cuando me levanto de la cama, me enfrento a una decisión: ducharme y llegar tarde, o arreglarme tal y como estoy y llegar puntual, que para mi padre significa presentarme al menos cinco minutos antes.

Siempre ha sido así. Incluso cuando era pequeño y me metía en una sesión de disco, tiros y patinaje antes de ir al colegio. Si el entrenamiento sobre hielo empezaba a las seis, más me valía estar allí a las cinco y cincuenta y cinco, con los patines ya atados y esperando con impaciencia junto a las vallas a que terminaran de repavimentar la pista. Tampoco es que tuviera otra opción. Él diseñaba mi horario y me lo imponía. Cuando yo era adolescente y se retiró, me encendía la luz del dormitorio a las cuatro y media de la mañana, me decía que levantara mi perezoso trasero de la cama y me daba un batido de proteínas que sabía a tiza. Como ya no tenía que preocuparse por su propia carrera, se dedicó por completo a vigilar la mía como un halcón. En cuanto estuvo disponible cada día, mi régimen de entrenamiento se volvió todavía más exigente.

Cuando salgo de la habitación del hotel que comparto con Gavin, espero verle aparecer por el ascensor. Sé que dice que no podemos dar el siguiente paso, y respetaré sus deseos. Sin embargo, si pudiera verlo aunque solo fuera un momento, quizá podría soportar mejor este desayuno. Suena ridículo, y sé que parezco un niño en vez de un hombre de veinticuatro años cuando se trata de lidiar con mi padre, pero me ha tenido bajo su control durante tanto tiempo que me resulta imposible liberarme. Gavin es la primera persona que

conozco que no tiene ningún problema en decirle que no. Cuando lo hace, me hace sentir como si yo también pudiera hacerlo. Algún día. Aunque no creo que ese día sea hoy.

Llamo a la puerta de la *suite* de mis padres y dejo escapar un suspiro largo y sonoro. Mi madre abre, vestida con ropa deportiva carísima, como si estuviera a punto de irse a una clase de yoga en vez de desayunar. Muy propio de ella.

Me besa en la mejilla.

—Tengo que irme, cariño —dice—. He encontrado un profesor privado de yoga estupendo. Es una maravilla.

«Seguro que sí».

—Diviértete, cariño —dice mi padre con tono mecánico, sin levantar la mirada de la tableta que tiene entre las manos.

Está sentado a la mesa preparada para el desayuno, junto a las puertas abiertas del balcón de la *suite*, que dan al Strip.

A veces me pregunto por qué siguen casados. No tienen absolutamente nada en común. El interés de mi madre por el *hockey* desapareció en cuanto dejé de quedar adorable en las fotos que nos hacían juntos al otro lado del cristal durante los entrenamientos. Después volvió unos años a ser conejita de *Playboy*, pero ya era demasiado mayor para eso y, desde entonces, se ha dedicado a encadenar entrenadores personales y ahora, al parecer, profesores de yoga. Mientras ella trabajaba en su «físico», nuestro chófer, Harris, era quien me llevaba casi siempre de los entrenamientos a mis propios partidos y a los de mi padre. Seguramente pasó más tiempo en las gradas que cualquiera de mis progenitores antes de que mi padre se retirara.

—Siéntate. —Mi padre me hace un gesto para que me siente a su lado.

Obedezco y me sirvo una taza grande de café de la jarra. Delante de mí, en un plato, hay una tortilla de espinacas y pollo, acompañada de fruta en lugar de patatas y, por supuesto, ni rastro de tostadas. Es lo último que me apetece comer en este momento.

Me mira por encima de la tableta y luego la deja entre ambos, con la pantalla todavía encendida. Bajo la mirada por puro reflejo. Es un blog deportivo. Reconozco el logotipo sobre el titular: «EL EQUIPO DE

HOCKEY DE EE. UU. ARRASÓ EN LAS VEGAS. ¿LO ESTÁN CELEBRANDO DEMASIADO PRONTO?». Debajo hay una foto borrosa de mí bailando con una desconocida que Gavin plantó delante de mí cuando yo intentaba bailar con él.

Mi padre me mira y sonrío, aunque no hay nada amable en esa sonrisa. Apaga la pantalla.

—Al menos por fin hay una foto tuya con una mujer en la prensa —dice—. Es lo único bueno que puedo sacar de esto.

Doy un sorbo al café mientras noto que me empiezan a latir las sienes.

—Es un blog deportivo sin importancia que solo busca clics.

—Y vosotros, idiotas, se lo habéis servido en bandeja. Deberían estar hablando de lo bien que jugáis juntos. En cambio, tienen fotos vuestras de fiesta, como si fuerais un grupo de imbéciles de los suburbios de escapada con los colegas.

«Colegas». Qué palabra tan curiosa. Solo llevamos una semana jugando juntos, pero algunos de estos chicos ya me parecen más amigos que mis compañeros de equipo en Chicago. Y se lo debo a Gavin. En siete días ha conseguido unirnos. No a todos, claro. Bradley Warren y algunos otros siguen mostrándose fríos conmigo, pero con otros como Bouchard, Franklin, Calhoun y Nichols siento que podríamos llegar a ser algo más que simples compañeros.

—¿Qué tiene de malo hacer amistad con ellos?

—No estás aquí para hacer amigos. Estás aquí para jugar al *hockey*.

—¿Tan malo es querer hacer ambas cosas?

—Sí. No necesitas a estos chicos como amigos. En diez días, todos regresaréis a vuestros equipos y volveréis a ser rivales.

Frunzo el ceño. No quiero enemistarme con ninguno de ellos. Y mucho menos con Gavin. ¿Será eso a lo que se refiere cuando dice que no podemos dar el siguiente paso? ¿Está pensando en el futuro, en que cuando acaben los Juegos Olímpicos volveremos a enfrentarnos sobre el hielo? En cualquier caso, yo no tengo ninguna posibilidad real contra él. Un golpe de cadera mío apenas le haría cosquillas. Uno suyo, en cambio, podría acabar con mi carrera. Aun así, descubrir aquí lo que se siente al tener amistades dentro del

equipo me hace preguntarme si eso no será justo lo que nos ha faltado para ganar la Stanley Cup en Chicago desde que llegué. Nunca conseguimos superar ese último bache ni asegurar esos dieciséis partidos que te llevan al campeonato.

—Mira —dice, más calmado que hace un momento—. Lo entiendo. Yo era como tú hace años, pero no me convertí en una leyenda de este deporte siendo el mejor amigo de todo el mundo. Tienes que dejar tus sentimientos a un lado si este año quieres ganar el oro olímpico y la Stanley Cup.

Ahí está. Espera que yo haga las dos cosas, como hizo él. Pero yo no puedo hacerlo solo. El *hockey* es un deporte de equipo, y un equipo funciona mejor cuando sus jugadores se soportan. O, mejor aún, cuando se caen bien.

Me obligo a sostenerle la mirada.

—No creo que los Broad Wings puedan ganar la Copa este año.

—Eso es ridículo. —Lo descarta con un gesto de la mano—. Según los análisis, somos el equipo que tiene más opciones.

—Los análisis no tienen en cuenta la dinámica del grupo —digo—. Hay divisiones importantes dentro del equipo.

Llevo tiempo sintiéndolo, aunque no tenía la experiencia necesaria para identificar el problema. No fui capaz de ver el cuadro completo hasta que llegué aquí. Y Gavin me lo dejó clarísimo.

Mi padre, y por extensión los Broad Wings, siempre han dado por hecho que yo sería el elegido para hacer ganar la Copa a este equipo. Los análisis solo miran los números. No tienen forma de detectar el resentimiento acumulado dentro del vestuario porque el centro de la primera línea se ha convertido en el ejemplo perfecto del *hockey* de la liga. Los Blizzards, que ganaron la Copa el año pasado, son un ejemplo clarísimo. Quedaron octavos en su competición y luego arrasaron en las eliminatorias, destrozando a todos los demás equipos. Durante semanas no fui capaz de entender cómo lo habían conseguido, pero ahora creo que lo sé. Al trabajar con Gavin y Bouchard, se me hizo evidente que en su equipo se caen bien de verdad.

—Esto sí que es nuevo para mí —dice mi padre, mientras vuelve a encender la tableta. Abre la aplicación interna del equipo—. ¿Tengo

que organizar un traspaso?

—¡No! —«A menos que sea el mío», me gustaría añadir.

Aprieto los puños y luego los aflojo.

Mi padre, imperturbable ante mi reacción, sigue desplazándose por la lista.

—Tenemos tiempo. Aún faltan tres semanas para el cierre del mercado de fichajes.

Pongo la mano sobre la tableta, tapándole la pantalla.

—¿Podemos olvidar lo que acabo de decir? No es nada importante.

No quiero ser responsable de que la vida de alguien se ponga patas arriba porque me asusté y hablé más de la cuenta durante un desayuno con mi padre.

Él me mira, con las fosas nasales dilatadas de irritación.

—¿Cuál es tu problema? Si hay un problema en el equipo, yo lo arreglaré.

—No hay ningún problema.

—Acabas de decir que no podemos ganar la Copa. Yo diría que eso es un problema muy grande. —Vuelve a agarrar la tableta—. ¿Es Lars? Apostaría a que podría conseguir un buen intercambio por él. No lo necesitamos. Hace lo mismo que tú, pero ni de lejos tan bien.

—¡No es Lars! —grito—. ¿Podemos dejar ya este tema, por favor?

—¡Por Dios, Connor! —Me mira y niega con la cabeza—. Actúas como si fuera a traspasarte a ti.

Ojalá lo hiciera. Las palabras están en la punta de mi lengua. Ojalá pudiera decirlas. Ojalá pudiera decirle la verdad. Que no puedo seguir viviendo así con él.

Me da una palmada en el brazo, más fuerte de lo que se consideraría una broma en un vestuario.

—Tienes que volverte más duro. No te crie para que fueras débil.

Gavin

Después de entrenar, me dedico a vagar por las instalaciones del hotel para no tener que volver todavía a la habitación. Necesito más

tiempo para aclarar mis ideas. Normalmente lo consigo en la sala de pesas, pero ni siquiera batir mi récord personal en sentadillas, alimentado por la frustración, ha bastado para calmar la avalancha de pensamientos que no dejan de exigirme que reconsidere mi decisión sobre Connor.

Todo esto sería mucho más fácil si él pudiera ser una simple aventura. Pero sé que no es así. Cumple demasiadas cosas de mi lista. Tiene un cuerpo precioso, delgado y musculoso, con un trasero que me dan ganas de morder como si fuera una manzana. Es trabajador, orientado a objetivos y no se achanta ante los desafíos. Es amable hasta lo absurdo y tiene una paciencia infinita. Entiende el *hockey*. No solo el deporte, sino todo lo que exige a tu vida y a cualquier pareja que puedas tener: los entrenamientos, los viajes, las horas interminables, el olor del equipo. En la habitación es tranquilo, constante y no le cuesta nada respetar el toque de queda. Eso me hace pensar que durante la temporada debe de ser bastante parecido a mí. Parece cómodo dentro de una rutina. La calma que proyecta en medio del caos me hace desear algo nuevo. Un lugar tranquilo al que volver con él, lejos de todo.

Y esa, precisamente, es mi idea de futuro. No quiero estar solo para siempre. Quiero a alguien en quien pueda confiar, alguien que siga ahí cuando abra los ojos por la mañana. Alguien que no desaparezca cuando yo tenga que pasar media temporada fuera. Alguien en quien pueda apoyarme tanto cuando las cosas vayan bien como cuando vayan mal. Durante la temporada y también fuera de ella.

Pero ahí está el problema. Cuando terminen los Juegos Olímpicos, no podremos tener eso juntos. Volveremos a nuestras ciudades y a nuestras rutinas, sin el otro. Sé que él lo entiende porque vive exactamente lo mismo. Igual que yo. Y eso es justo lo que hace imposible que esto funcione a largo plazo. Vivimos en dos ciudades distintas y jugamos en dos equipos diferentes. No podremos volver a casa después de entrenar y relajarnos juntos, como estamos haciendo ahora. No podremos sentarnos uno al lado del otro y analizar los altibajos del partido que acabamos de jugar. Lo que en realidad estoy haciendo, aunque no sé si él lo entiende, es

ahorrarnos el dolor de regresar a nuestras vidas después de los Juegos cargando con la angustia inevitable de perder a alguien que te entiende dentro y fuera del hielo. Porque, si cruzamos la línea que he trazado, esto solo podrá acabar mal. Y eso en el mejor de los casos.

En el peor, nos descubrirán. Él conservará su carrera. Yo no. Él está mucho más protegido que yo. Sí, no tengo ninguna duda de que el vestuario tampoco sería especialmente amable con él y los aficionados se lo comerían vivo, pero la liga ha invertido millones en Connor. Pase lo que pase, querrán proteger esa inversión.

A mí, en cambio, me harían pedazos. Los de arriba, tíos como Kennedy padre, por fin tendrían la excusa perfecta para echarme de su preciada liga. Ya soy una molestia para ellos incluso creyendo que soy heterosexual. No tengo una red de seguridad. No tengo ningún otro sitio al que ir. Lo único que tengo es el *hockey*. Sin eso, no sería más que la basura de Alaska que todos insisten en ver. Toda la estabilidad que he construido, no solo para mí sino también para mi padre, desaparecería.

—¡Eh, Marshall! —grita Bouchard a mi espalda—. ¡Espera!

Me detengo y me vuelvo hacia él. Viene corriendo hacia mí a paso torpe, como alguien que se ha pasado la noche bebiendo.

—¿Hoy te está costando?

Se detiene a mi lado y me pone una mano en el hombro para apoyarse mientras se inclina hacia delante, intentando recuperar el aliento.

—No tienes ni idea —dice—. Anoche me quedé dormido en una tumbona junto a la piscina.

—¡Dios mío! —Me río—. Supongo que debería haberme asegurado de que llegaras a tu habitación.

—No hace falta. —Se incorpora—. Hay gente más importante en el equipo de la que tienes que ocuparte.

—¡Oh, no! ¿Quién la lio anoche?

—Nadie. —Niega con la cabeza y luego me mira arqueando una ceja. Toma aire como si fuera a decir algo, pero al final pone una cara rara, como si estuviera procesando un pensamiento—. ¿Quieres desayunar?

La verdad es que sí. Desayunar me dará, como mínimo, una hora más antes de tener que volver a la habitación y enfrentarme a Connor y a esa mirada suplicante con la que me pide que ceda.

—Claro —digo—. Me vendría bien comer algo.

—Bien. Y pagas tú, porque no encuentro la cartera.

—¿En serio, tío? —Me río—. No estás haciendo mucho por convencerme de que no necesitas una niñera.

Me da un codazo mientras caminamos hacia el restaurante.

—Lo tengo todo bajo control. Ya he cancelado las tarjetas. Solo me falta encontrar el pasaporte.

—Tío, ¿qué cojones te pasa? —digo, exasperado.

Él me dedica una sonrisa.

—Es broma. El pasaporte está en mi equipaje.

En el restaurante me abre la puerta y entramos. La camarera recoge dos menús y, por suerte, nos lleva a una mesa que hay al fondo. Nos sentamos y, después de pedir café, Bouchard vuelve a sonreírme como el gato de *Alicia en el país de las maravillas*.

—Deja de hacer eso. Me estás dando escalofríos.

—¿Ya te lo has follado?

La pregunta me pone la piel de gallina.

—Perdona... ¿qué?

—Tío, no pasa nada si lo has hecho. A mí me da igual.

Por mucho que me choque esa confesión, se me escapa una risa seca e incómoda mientras me tiro del cuello de la sudadera del equipo olímpico de Estados Unidos. De pronto, me parece demasiado apretada.

—No sé de qué estás hablando.

—Y una mierda. —Se ríe justo cuando la camarera nos trae el café.

Aprovecho la interrupción para hacerle un par de preguntas sobre la carta. Pido un sándwich BLT con una ración de tortitas de patata crujientes.

Cuando ella se aleja, Bouchard da un sorbo ruidoso al café y me mira por encima del borde de la taza.

—No tienes que mentirme.

—¿Cómo voy a mentirte si ni siquiera sé de qué estás hablando?

—Marshal, soy portero, no árbitro. Lo último que soy es ciego. —

Hace una pausa y me señala con énfasis—. Llevas una semana entera comiéndote con los ojos a Connor Kennedy. Fóllatelo de una vez.

—No me lo he comido con los ojos —susurro, inclinándome hacia delante para acercarme a él y asegurarme de que, con un poco de suerte, nadie de las mesas cercanas pueda oír esta conversación que no quiero tener. Lo último que Connor y yo necesitamos es que nuestros secretos salgan a la luz porque Bouchard no sabe bajar la voz.

Vuelve a señalarme, pero al menos parece captar la indirecta sobre el volumen.

—Claro que sí —dice, mucho más bajo—. No sé cómo no me había dado cuenta antes.

Como sé que he perdido, dejo de negarlo.

—Bueno, tampoco es que vaya anunciándolo a los cuatro vientos.

—Mi hermano tampoco, y eso no hace que sea menos gay —dice, encogiéndose un poco de hombros.

—No sabía que tu hermano era gay.

—Nadie lo sabe. Ese es justo el punto.

—¿Y por qué no ha salido del armario?

—Por la misma razón por la que tú no lo has hecho, idiota. —Se inclina sobre la mesa y me da un golpecito en la nuca.

Le hago una peineta.

—Sí, pero tu hermano no juega en la liga.

—Eso no significa que no quiera hacerlo. Joder, está comprometido con St. Louis. Solo está esperando a que lo llamen desde el equipo universitario.

—¿Y crees que lo harán?

—Probablemente. Tiene unas manos de seda.

—¿Y qué va a hacer?

—No lo sé. Ser un capullo amargado como tú, supongo.

Lo miro fijamente.

—No soy un amargado.

—Claro que lo eres. La gente feliz no acaba siendo el rey de los minutos de penalización.

—¡Oye! Estoy orgulloso de mi corona.

—¿Ah, sí?

La pregunta me deja sin respuesta. Yo pensaba que sí.

—Mira —dice cuando por fin nos traen la comida. Espera a que la camarera se haya marchado y le da un bocado al desayuno antes de seguir—: Eres un delantero y ejecutor increíble. No te cambiaría por nadie. Pero has cambiado desde que te pusieron en el mismo equipo que Connor.

Le doy un mordisco al sándwich.

—No creo que haya cambiado.

—Sí que lo has hecho. —Me señala con el tenedor, del que cuelga un trozo de tortita empapado en sirope—. No digo que te hayas vuelto blando, porque no es eso. Pero estás jugando con más corazón y con menos gruñidos y mordiscos. —Se mete el tenedor en la boca y mastica—. Y también mola verte sonreír de vez en cuando.

Sin embargo, ahora mismo, sonreír es lo último que querría hacer.

—Aunque eso fuera verdad —digo, antes de darle otro mordisco al sándwich—, no puedo hacer nada al respecto.

—¿Por qué no?

—Porque sea lo que sea esto, tiene fecha de caducidad. Y está cada vez más cerca.

—No tiene por qué. —Se encoge de hombros mientras se mete más tortita en la boca.

—Eso son tonterías.

—¿Por qué? La liga no tiene ninguna norma sobre esto.

—Solo porque nunca se les pasó por la cabeza que hiciera falta una. —Me río.

—Sigo sin ver el problema. Está clarísimo que os gustáis. No te voy a mentir, es jodidamente raro. —Hace una pausa y vuelve a señalarme—. Y no porque sea gay, así que ni se te ocurra salir con tonterías homófobas. Es raro porque se supone que os odiáis, y está clarísimo que ya no es así.

Dejo el sándwich en el plato y suelto un suspiro. Tiene razón. No odio a Connor. Nada de nada.

—No creo que Connor sea capaz de odiar a nadie.

—Ojalá odiara a su padre. Ese tío es un auténtico gilipollas.

—Ya me lo dirás. —Inclino la cabeza en su dirección mientras

vuelvo a coger el sándwich—. Ese es un problema aparte.

—Déjame adivinar... ¿No tiene ni idea de que a su niño bonito le gusta chupar pollas?

Dejo caer el sándwich en el plato y alzo las manos.

—Tío, venga ya.

—Lo siento —dice—. Es que Connor padre se volvería completamente loco si se enterara de que tú y su hijo estáis follando en la Villa Olímpica.

—Es una observación muy aguda.

—Joder, tío, ¿has estado recibiendo clases de dicción con él o qué? ¿Desde cuándo dices cosas como «aguda»?

Sonrío.

—Desde que tú has dicho «dicción».

Suelta una carcajada.

—Vale. Ahí me has pillado.

Niego con la cabeza y los dos volvemos a concentrarnos en la comida. La conversación deriva hacia temas más generales de *hockey*, como quién creemos que será el rival más duro en los Juegos Olímpicos. Los dos coincidimos en que Canadá será el más difícil, aunque Finlandia y Chequia también van a dar guerra. Al final, con el estómago lleno y los platos vacíos, cumplo mi promesa, pago la cuenta y salimos juntos.

—Me ha sentado de maravilla —dice mientras vamos hacia los ascensores. Pula el botón para subir.

—¿Vuelves a la habitación? —pregunto.

—Sí. —Bosteza—. Necesito una siesta con urgencia. Igual duermo hasta que salga nuestro vuelo mañana.

Se abren las puertas y entramos. Él pulsa la planta del equipo y subimos en silencio. Cuanto más subimos y más me acerco a Connor, más rápido me late el corazón. En parte, Bouchard tiene razón. Quizá le estoy dando demasiadas vueltas. Quizá exista una manera de que esto funcione cuando volvamos a nuestras vidas normales, fuera de la burbuja olímpica. Pero, incluso con el respaldo de Bouchard, sigo sin ver cómo. Hay demasiado en juego y demasiadas minas alrededor.

¿Seguirá Connor sintiendo lo mismo por mí cuando todo esto

acabe y cada uno vuelva a casa? ¿Podremos jugar el uno contra el otro cuando nuestros equipos se enfrenten? No dudo de que él sería capaz de hacer ese cambio, pero yo no podría hacer lo que haría falta para que ganara mi equipo. Si cedo, ya no podré verlo como un objetivo, como un obstáculo que debo apartar del camino hacia nuestro segundo campeonato consecutivo.

Las puertas del ascensor se abren en nuestra planta y siento la absurda necesidad de volver a bajar y subir unas cuantas veces más. Necesito saber cómo demonios debo comportarme cuando vea a Connor en nuestra habitación. Con un poco de suerte, quizá ni siquiera esté allí. Tal vez haya salido para evitarme.

Bouchard sale al pasillo.

—Vamos, idiota —dice, alejándose mientras me hace una peineta con las dos manos a los lados de la cabeza—. Tienes cosas de capitán que hacer.

Se detiene de golpe y yo casi me lo llevo por delante. Se le dibuja una sonrisa traviesa.

—Por si no lo sabías, «cosas de capitán» es un eufemismo para «sexo».

—Sí. —Lo empujo con fuerza—. Ya lo sé.

Connor

He vuelto a la habitación hace una hora y sigo sentado en la cama viendo ESPN, deprimido después del desayuno con mi padre. Me ha arruinado por completo el día libre.

No sé por qué me sorprende. Ese hombre no me ha dejado disfrutar de un solo fin de semana en toda mi vida. Incluso nuestras vacaciones familiares giraban de alguna manera en torno al *hockey*. O me llevaba a campamentos, o a pruebas para la liga juvenil, o a recorrer ligas extranjeras buscando estrellas europeas para ficharlas para la NHL.

Es culpa mía. Debería haber tomado las riendas hace mucho tiempo. Debería haberle dicho que no me seleccionara para el

equipo. Siempre fue su sueño que yo jugara en los Chicago Broad Wings. A mí nunca me importó para quién jugar. Solo quería llegar a la liga y hacerlo porque, a pesar de todo, amo este deporte con todo mi corazón.

Dejo escapar un suspiro tembloroso. Supongo que en algo tiene razón. Soy débil. Si no lo fuera, nunca me habría metido en este lío.

Quizá debería dejar el equipo olímpico. La presión no deja de crecer y siento que voy a estallar. Todavía están a tiempo de sustituirme. Podría tomarme un respiro para pensar y, sobre todo, alejarme de Gavin. Por muy irritante que haya sido esta mañana con mi padre, en una cosa tiene razón: cuando terminen los Juegos Olímpicos, todos volveremos a la normalidad. Y no sé si podré soportar volver a enfrentarme a Gavin sobre el hielo. Solo ha pasado una semana, pero saber que él me apoya ha sido lo único que me ha mantenido en pie después de cada golpe bajo de unos compañeros que no están precisamente encantados de que yo esté aquí.

Como si quisiera darme la razón sobre mi propia debilidad, noto que se me humedecen los ojos.

—Maldita sea —murmuro, presionándome los ojos con las palmas—. No necesito esto ahora.

Oigo abrirse la puerta y me vuelvo justo a tiempo para ver entrar a Gavin. Me muerdo el labio inferior e intento decidirme. ¿Estoy dispuesto a decirle qué? ¿Que lo entiendo? ¿Que tener algo entre nosotros es una idea terrible? ¿O que me da igual y que no puedo pasar ni un minuto más en esta habitación sin saber qué se sentiría teniéndolo encima de mí?

En cuanto me ve, su expresión se suaviza.

—A la mierda —dice.

Cruza la habitación a grandes zancadas, me sujeta la cara con las dos manos y me besa con más fuerza que una caída de bruces contra el hielo.

DIEZ

Gavin

Besar a Connor Kennedy ha sido el mejor error de toda mi vida. Después del impacto inicial, me lo está dando todo. Mucho más de lo que alguna vez imaginé que podría tener.

Me deja tomar el control. Abre la boca para mí en cuanto mis labios se lo piden y me permite deslizar la lengua sobre la suya. Gime cuando le atrapo el labio inferior entre los dientes y se deja tender sobre la cama con toda la fuerza que me da mi tamaño.

Me rodea el cuello con los brazos y no se resiste cuando le sujeto la pierna derecha y me la llevo hasta la cintura para acomodarme entre sus caderas y frotar mi dura polla contra la suya. Gime dentro de mi boca en cuanto me coloco encima. Es increíble lo fácil que le resulta soportar todo mi peso. Son ciento diez kilos de músculo y, aun así, me atrae hacia él como si no fuera suficiente. Como si todavía necesitara más de mí.

Y tiene razón. No es suficiente. Yo también necesito más de él. Necesito sentir su piel. Necesito respirar su olor. Necesito verlo desnudo, saborear cada centímetro de su cuerpo y oírlo jadear, gemir y gritar mi nombre mientras lo hago mío.

Rompo el beso y desciendo por su cuello, hundiendo la nariz en la piel que hay bajo su mandíbula antes de lamerla. Su olor a limpio resulta embriagador. Puedo saborear la frescura de su piel y notar las sutiles notas especiadas de su jabón.

Ese aroma me recuerda que no me he duchado después del entrenamiento de esta mañana. Mientras él está aquí, tumbado debajo de mí, limpio y listo para ser devorado, aunque esa no fuera su intención. Y yo lo tengo bajo mi cuerpo, descontrolado, con el deseo empujándome a acercarme cada vez más.

Deslizo una mano entre su espalda y el colchón, creando el espacio suficiente para subirle la camiseta.

—Quítatela —murmuro, apartando apenas la boca de la suya—. Ahora.

Connor

Es imposible desobedecer a Gavin Marshal. No cuando me habla con ese tono. Es profundo, urgente, y me sube como una vibración por toda la columna.

Mientras me quito la camiseta, contengo el aliento. Él vuelve a arrebatármelo con esos ojos oscuros, cada vez más profundos, como pozos negros que engullen todo cuanto miran. Su mirada me recorre el cuerpo y se humedece los labios como si llevara demasiado tiempo sin probar bocado. Con una mano vuelve a sujetarme la cara para mantenerme quieto mientras me besa. Con la otra me empuja hacia atrás y deja caer todo su peso sobre mí. No mueve las caderas, pero mantiene su polla, que incluso a través de la tela se adivina enorme, firmemente presionada contra la mía. Quiero que se mueva. Quiero sentirlo frotándose contra mí. Pero algo me dice que Gavin, a pesar de la urgencia de sus besos, es un hombre al que le gusta demorarse.

Así que lo dejo hacer. Dejo que me bese una y otra vez y disfruto del roce de su barba incipiente contra mi piel. Dejo que su áspera mano dibuje el contorno de mi cuerpo, que se deslice bajo mi espalda y me atraiga todavía más hacia él. Dejo que me mordisque la clavícula, que me lama y me huela el cuello. Dejo que su aroma me invada por completo. Ese olor a sudor, testosterona y deseo resulta embriagador. Demasiado. Si pudiera, lo embotellaría y me bañaría en él para oler siempre a Gavin Marshal. Una forma nada discreta de decirle al mundo que, aunque solo fuera una vez, durante un solo día, fui suyo. Que, en un instante de felicidad dentro de mi vida reprimida, pude tenerlo. Salvaje y libre. Así que dejo que me haga suyo.

Detiene el asalto a mi cuello y se aparta lo justo para mirarme. Mientras me aparta un mechón de la frente, veo ternura en sus ojos.

—¿Adónde has ido? —pregunta.

No me había dado cuenta de haberme marchado a ninguna parte. A no ser que se refiera a mis pensamientos.

—A ningún sitio —respondo, y deslizo las manos entre nuestros cuerpos para meterlas bajo su sudadera. Necesito tocar su piel.

Gavin

Me inclino de nuevo y lo beso. Esta vez más despacio, para anclarlo al presente. Eso lo derrite, y siento cómo se desprende por fin de sus pensamientos. Lo premio con un pequeño empuje de caderas. Gime contra mis labios, así que repito el movimiento.

Vuelvo a incorporarme, me quito la sudadera y acerco el torso al suyo, dejando que nuestra piel se encuentre mientras sigo besándolo. Está caliente, y su piel es una capa suave que recubre unos músculos firmes y definidos. No me canso de sentirlo contra mí.

Esto es un placer que nunca me permito. Para mí, el sexo suele ser casi siempre utilitario. Una forma de llegar a un fin. Una necesidad parecida a masturbarse. Pero con Connor, tal y como sabía que ocurriría, quiero más. Muchísimo más. No solo de este encuentro, sino de cada momento que pueda tener con él a partir de ahora. Él no es una necesidad. Es alimento.

Bouchard tenía razón. Connor ha despertado algo en mí. Algo primitivo que mantengo bien encerrado por mi propia supervivencia. Por algún motivo, él tenía la llave para liberarlo. El instinto protector que despierta en mí va mucho más allá de lo que siento por mi equipo. Iría hasta el fin del mundo por los Blizzards. Pero por Connor arrasaría con todo si así pudiera mantenerlo a salvo. Si pudiera hacerlo mío. Es aterrador. Puede que me lo arrebaten y, entonces, ¿qué me quedará? Hundirme todavía más en mí mismo y naufragar como un barco destrozado por un mar vengativo.

Pero ahora mismo es mío, y voy a saborear este instante suspendido, como si el tiempo hubiera dejado de moverse.

Interrumpo el beso y vuelvo a entregarme a su piel. Desciendo por su pecho, deteniéndome en cada pezón para encerrar entre los labios el pequeño brote rosado y tensarlo con la lengua. Gime, y yo sigo hasta la cinturilla de sus pantalones de chándal. Alzo la mirada hacia él.

Se muerde el labio inferior, hinchado por mis besos, y se ruboriza.

—Tú primero —dice con timidez.

Le sonrío. Luego me incorporo, me quito los pantalones de chándal y también los calzoncillos. Me inclino sobre la cama y le doy un beso mientras me sujeto la polla con la mano y le doy una lenta caricia.

Ojalá supiera lo que está pensando.

Connor

Sé exactamente dónde quiero que meta esa polla.

Gavin

Entreabre los labios y se le escapa un «guau» apenas audible.

—Te toca —digo.

Duda un instante y luego señala mi entrepierna.

—No me esperaba... todo eso.

—Casi nadie se lo espera.

Sonrío y uso las manos para girarlo y dejarlo boca abajo. Vuelvo a perderme en su piel. Toda ella. Desde la nuca hasta la parte baja de la espalda, donde tiene dos hoyuelos perfectos, uno sobre cada nalga. Los beso ambos y luego le agarro la cintura de los pantalones de chándal para bajárselos hasta los muslos.

Me detengo al ver el gran moretón violáceo de su cadera izquierda. Lo beso con delicadeza y lo grabo en mi memoria para recordar que debo ir con cuidado ahí si empiezo a perder el control. Le separo las nalgas con las manos. La piel se le eriza y oigo cómo

se le corta el aliento. Deslizo una mano por su espalda y le aprieto la nuca con suavidad, en un gesto tranquilizador. Recuerdo que apenas tiene experiencia y que la poca que tiene no ha sido buena.

Me recorre la rabia y se me instala entre las sienes, pero respiro hondo. No voy a arruinarle esto. No quiero que salga de aquí odiándome por lo que hagamos. Quiero que se sienta bien y que lo recuerde siempre. Quiero que esto marque el mínimo de lo que acepte de cualquiera que venga después de mí. Porque, por mucho que quiera reclamarlo como mío, sé que al final nunca podrá serlo.

—No te preocupes —murmuro, dejando que mi mano descienda—. Voy a cuidar de ti.

Lamo la hendidura entre sus nalgas desde los testículos hasta la base de la espalda. Se estremece y deja escapar un gemido.

Lo hago otra vez. Y otra. Después concentro la atención en su entrada, dejando que la lengua trabaje en círculos lentos y suaves para relajarlo. Funciona. Gime un poco más. Oigo sus respiraciones hondas y las palabras ahogadas que se le escapan.

—Dios mío —murmura—. Qué sucio eres.

Aparto la boca.

—Y tú estás jodidamente delicioso.

No me canso de él.

Le bajo del todo los pantalones y luego apoyo las manos detrás de sus rodillas para guiarlo con cuidado, levantándole un poco más las caderas y liberando su erección del colchón. A partir de ahí vuelvo a trabajar con la lengua mientras lo acaricio despacio con la mano, sujetándolo con suavidad y dejando que mi palma áspera resbale sobre la piel aterciopelada de su polla.

La punta está húmeda de líquido preseminal. Me permito probarlo con una lenta pasada de lengua que nace en su ano, cruza el perineo, sus tensos testículos, asciende por el miembro y termina girando alrededor del glande.

—Delicioso —repito antes de tragar.

Cuando vuelvo a lamerlo, ya se ha rendido por completo. Todo su cuerpo está relajado, salvo la polla, que se yergue dura entre mis dedos.

Me mira por encima del hombro y encuentro el deseo en sus ojos.

Sin apartar la mirada, le doy otra lenta y profunda lamida antes de separarme lo justo para darle la vuelta, subir por su cuerpo y besarlo. Quiero que pruebe su propio sabor en mis labios, en mi lengua.

Mientras nos besamos, nuestras pollas duras se encuentran y se deslizan una junto a la otra. Ambos gemimos al contacto, a ese roce glorioso de una erección contra otra. Es algo simple, pero pocas cosas se sienten mejor que la firmeza de otro hombre contra tu propia dureza.

Le sujeto una pierna por detrás y le acerco la rodilla al costado para que apoye el tobillo en mi espalda. Debe de pasar demasiado tiempo con el entrenador de porteros, porque se deja manejar con una facilidad increíble. Dejo de besarlo, lo miro a los ojos y empujo las caderas.

—¿Así está bien?

Sus labios se abren en otro jadeo y las pupilas se le dilatan.

—Me lo tomaré como un sí.

Vuelvo a empujar. El placer me recorre entero.

Connor

Me sostiene la mirada mientras marca el ritmo, deslizando su erección arriba y abajo contra la mía. No puedo apartar los ojos. La intensidad con la que me mira me deja clavado en el sitio, aunque no de una forma que me haga sentir como una presa, pese a que me tiene encerrado entre sus brazos. Su cuerpo lo abarca todo, y yo me siento completamente vulnerable debajo de él. Debería asustarme, pero no es así. Es reconfortante. Intenso. Y, sobre todo, me hace sentir a salvo. Por fin puedo rendirme a mis deseos y a mis necesidades sin miedo.

—Joder, qué bien me haces sentir —digo, y apenas reconozco mi propia voz de lo ronca que sale.

Él sonríe y se inclina para besarme con voracidad. Cuando se aparta, escupe en la palma de la mano y la desliza entre los dos

para agarrar nuestras pollas, apretándolas con más firmeza. Flexiono los dedos y echo la cabeza hacia atrás, ofreciéndole el cuello mientras empieza a moverse más deprisa. Una sacudida me recorre todo el cuerpo. Y, aunque me preocupa no estar haciendo lo suficiente, confío en que Gavin sabrá llevarnos a los dos hasta el final. A diferencia de mí, todo en él resulta escandalosamente seguro.

Me lame el cuello mientras, poco a poco, incrementa el ritmo. Siento que se me encienden el pecho y las mejillas. Se aparta lo suficiente para contemplarme y sonríe, satisfecho al ver mi piel enrojecida.

—Perfecto —dice.

Pasa el pulgar por las puntas de nuestras pollas, recogiendo el líquido preseminal que se ha acumulado. Eso hace que su mano resbale todavía mejor mientras sigue frotándose contra mí. Luego me mira con unos ojos cálidos y cargados de lujuria.

—Eres perfecto.

Apenas ha terminado de decirlo cuando vuelve a inclinarse para besarme, arqueando el cuerpo lo justo para dejar espacio entre nosotros y seguir moviendo la mano.

Se toma su tiempo. No hay nada precipitado en la forma en que nos acaricia a ambos. El ritmo está pensado para alargar el placer sin romperlo. Se mueve despacio, con firmeza, y resulta devastador. Solo interrumpe los besos para decirme lo buen chico que estoy siendo. Sus palabras me incendian por dentro.

Él se da cuenta. Sonríe con malicia y me acaricia la mejilla con la mano libre. Yo me inclino hacia esa caricia, y entonces acelera.

Eso es todo lo que necesito. Después de unas cuantas embestidas más, deslizando nuestras pollas juntas dentro de su mano, me corro sobre mi pecho mientras gimo su nombre entre jadeos rotos.

—Joder.

La palabra le sale como un gruñido mientras baja la cabeza hacia mi pecho y pasa la lengua por mi semen. Es obsceno, y me encanta. Suelta mi polla exhausta y aprieta el puño alrededor de la suya, acelerando el ritmo mientras sigue lamiéndome. Luego alza la mirada hacia mí.

—¿Puedo correrme encima de ti?

—Por favor.

Y lo hace, con un par de gruñidos graves. Cuando su mano se detiene, se inclina sobre mí y me besa despacio, dejando que me pruebe a mí mismo en su lengua.

Segundo período

ONCE

16 DE FEBRERO — LOS JUEGOS OLÍMPICOS. MILÁN,
ITALIA

Gavin

La Villa Olímpica es todo un espectáculo. Hay luces, banderas y gente por todas partes. Los anillos olímpicos están en exhibición y la antorcha arde en lo alto, sobre toda la villa. Todo parece nuevo. Los edificios, las calles, incluso las farolas, como si las hubieran sustituido o pulido hasta dejarlas perfectas. El estadio en el que jugaremos está en el centro de la villa. Es la joya de toda la experiencia. No es que me sorprenda. Son los Juegos Olímpicos de Invierno, donde los deportes sobre hielo son los reyes. Se nota. Nos reciben como héroes cuando nuestro autobús se detiene frente a los dormitorios en los que nos alojaremos.

Hay una multitud esperando nuestra llegada junto a la entrada. Puedo oírlos a través de las ventanas tintadas del autobús mientras nos rodean y tratan de mirar dentro.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Connor.

Está sentado a una distancia prudente de mí, asegurándose de que no parezcamos dos hombres que hace veinticuatro horas estaban unidos por los labios y las caderas.

—¿Salgo yo primero y tú vienes unas cuantas personas detrás?

—Ni lo sueñes. No voy a perderte de vista —digo. Luego sonrío—. Pero prometo mantener las manos quietas.

Se le enrojecen las mejillas y me dedica una sonrisa pícara.

—Ojalá no lo hicieras —murmura.

—Te compensaré cuando estemos solos —le susurro al oído.

—Muy bien, capitanes —dice Bouchard mientras se levanta del asiento detrás de nosotros y nos pone las manos en los hombros.

No le he confirmado que Connor y yo nos hayamos liado, pero sé que lo sabe. Sinceramente, me alegro de no tener que decirle nada. De hecho, si no tuviera que explicarle nada a nadie sobre nosotros, lo preferiría. No es cuestión de esconderse en el armario. Es más bien cuestión de por qué demonios todo lo mío tiene que convertirse en un circo de tres pistas, cuando todos los demás pueden salir con quien quieran sin que se monte un espectáculo.

—¿Estáis listos para guiarnos en la batalla?

Lo miro por encima del hombro.

—Yo siempre estoy listo.

—Bien. Porque vamos a necesitar tu gran trasero para abrirnos paso. ¿Has visto cuánta gente hay ahí fuera?

—¡Señores! —grita el entrenador Chris mientras se levanta y se da la vuelta en la parte delantera del autobús.

Está impecable con su traje negro. La dirección del equipo de *hockey* de Estados Unidos ha decidido mantener durante los Juegos Olímpicos el mismo código de vestimenta que impone la liga en los viajes.

Y no es la única tradición que conservamos. También seguimos la regla de la barba de las eliminatorias. No nos afeitaríamos hasta ganar el oro o quedar eliminados del torneo. Ni siquiera son dos semanas enteras, pero bastan para que a la mayoría nos crezca bastante. Estoy deseando sentir la barba de Connor entre mis muslos. Apostaría a que es suave, no áspera.

—Vuestras habitaciones están en la octava planta —continúa el entrenador—. Veréis vuestros nombres en las puertas. Las llaves están dentro. Y, como ninguno de vosotros os habéis matado en el campamento, los compañeros de habitación siguen siendo los mismos. ¿Alguna pregunta sobre la asignación de habitaciones?

—Sí —dice Bouchard—. ¿Por qué has dicho «vuestras habitaciones»? ¿Nos estás diciendo que no te vas a quedar con nosotros?

—Gracias a los dioses del *hockey*, no. Estaré en el Four Seasons. —Levanta un dedo y su expresión se vuelve dura—. Pero no se os ocurra pensar que podéis portaros mal solo porque yo no esté ahí para vigilaros. El toque de queda sigue en pie. A las diez de la

noche, todas las noches, a menos que el partido se alargue. ¿Entendido?

—Sí, entrenador —respondemos al unísono.

—Bien. Me aseguraré de que estéis todos instalados antes de irme a descansar, que buena falta me hace. Os recomiendo que hagáis lo mismo, muchachos. —Mira su reloj—. Ahora pongámonos en marcha. La ceremonia de apertura empieza a las cinco. Tenéis que estar de vuelta en este autobús a las cuatro. Dejaré atrás a cualquiera que llegue tarde. Así que no os entretengáis firmando autógrafos por ahí. —Nos hace un gesto para que nos levantemos. Lo hacemos. Luego se aparta de la puerta—. ¡Salid en fila, muchachos! ¡Capitanes, liderad la marcha!

En cuanto se abre la puerta del autobús y la gente ve salir a Connor, se vuelven locos. Gritan su nombre y le tienden rotuladores, camisetas y trozos de papel para que los firme. Hay niños que intentan conseguir su firma en palos y cascos. Él se lo toma con calma e intenta complacer a tantos como puede, con una sonrisa amplia y amable en el rostro. Se detiene menos ante los adultos y esquivo a las mujeres que intentan tocarlo mientras se abre paso entre la multitud.

Mientras estábamos en Las Vegas, casi había olvidado cuánto lo quieren. Claro que tuvimos algún encuentro con aficionados, pero nada parecido a esto. Esto es una multitud de verdad, y todos quieren un trocito de él.

Lo vigilo mientras firmo algunos autógrafos a los pocos niños que se han reunido a mi alrededor. Hay algunos pequeños matones en este grupo. Uno de ellos luce un impresionante ojo morado, así que lo felicito. Sonríe con orgullo. Incluso le falta un diente. Le doy una palmada y dejo que su padre nos haga una foto juntos.

—Es tu mayor admirador —me dice su padre.

Le digo al chico que estaré pendiente de él en la liga. Por la cara que pone, parece que le he alegrado el día. Eso espero.

Vuelvo a dirigirme hacia Connor, ya que la multitud nos ha separado. Me alegra oír que también llaman a mis otros compañeros cuando bajan del autobús. Si solo Connor hubiera recibido toda esa atención, podríamos haber perdido parte de la camaradería que

conseguimos forjar en el campamento de entrenamiento.

—Parece que tengo competencia —le digo a Connor, inclinándome para hablarle al oído.

Delante de nosotros hay un grupo de mujeres con bikinis de la bandera estadounidense, a pesar del frío invernal. Llevan el número de Connor pintado en el pecho.

Connor me mira y finge tener náuseas. Así que le cubro las espaldas como si estuviera defendiendo la portería, manteniendo al otro equipo lejos de la red, y lo meto por las puertas correderas de cristal. Un relativo silencio vuelve a apoderarse de nosotros. Bueno, tanto silencio como puede haber dentro de un edificio cuando hay una multitud gritando fuera.

—¡Eh, Kennedy! —grita Bouchard mientras las puertas se cierran detrás de él.

Le revuelve el pelo a Connor.

—¿Te importa si intento convertir a esas chicas de ahí fuera en aficionadas de Bouchard?

—Son todas tuyas —responde Connor riendo mientras se alisa el pelo.

Entran otros jugadores y seguimos a los guardias de seguridad hasta los ascensores. Lo cual resulta cómico, porque yo soy más corpulento que los dos hombres asignados para acompañarnos hasta la octava planta.

—¿Están contratando? —les pregunto.

Los dos se ríen y, por un instante, rompen su actitud seria.

Las pesadas puertas de acero se cierran y el ascensor empieza a subir.

—¿Siempre va a ser así? —pregunta Connor.

—Es la mayor multitud que hemos visto hasta ahora —dice uno de los guardias de seguridad con un marcado acento italiano.

—Lo mantendremos bajo control —añade el otro.

Connor y yo intercambiamos una mirada. Discretamente, le pongo una mano en la parte baja de la espalda. De todos modos, estamos aplastados contra la pared, detrás de todos los demás, pero quiero que sepa que estoy ahí para él.

Cuando el ascensor llega a la octava planta, el teléfono empieza a

vibrarme en el pantalón. Lo saco del bolsillo.

—Hola, papá. Sí, acabamos de llegar. Esto es un caos total.

Connor me mira con expectación. Durante la última semana, ha estado escuchando conversaciones a medias en las que yo intentaba convencer a mi padre para que me dejara pagarle el viaje y viniera hasta aquí. Aunque ahora lo aceptara, ya no llegaría a tiempo para nuestro primer partido de mañana.

—Sí, ya sé que lo puedes ver por televisión —le digo.

—Maldita sea —murmura Connor, frunciendo el ceño.

Me encojo de hombros, intentando transmitirle que no pasa nada. Así es mi padre. Es un hombre sencillo y, aunque sé que quiere verme patinar en este enorme escenario, hacerlo no es tan fácil. Nunca me ha pedido nada y nunca ha aceptado mi ayuda para hacerle la vida más fácil. No me sorprende ni me ofende que ahora rechace mi oferta. Solo me gustaría que me dejara darle esto para agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Sé que no fue fácil sacar todo adelante prácticamente solo. Aun así, gracias a él superé las adversidades. Nadie de mi tierra ha formado parte de algo parecido. Las tierras y las personas de Alaska que todo el mundo prefiere fingir que no existen, mientras comen el cangrejo, el fletán y el salmón que hombres como mi padre pescan para que ellos se den un festín en sus elegantes fiestas, no suelen tener cabida en los Juegos Olímpicos.

—Llámame si cambias de opinión —le digo—. Te conseguiré un asiento barato y un perrito caliente todavía más barato.

Mi padre se ríe y yo también.

—De acuerdo. Hablamos pronto.

Cuelgo y me detengo junto a Connor, que está plantado frente a la última puerta del pasillo. Gracias a los dioses del *hockey*, solo compartimos pared con un grupo de compañeros de equipo. Más vale que sean Bouchard y Olsen. Miro los nombres de la puerta y suspiro aliviado al verlos.

—¿Aún no viene? —pregunta Connor mientras abre la puerta.

—No. Pero se nota que la idea le tienta. Quizá, si llegamos a semifinales, consiga convencerlo de que coja un avión.

—Seguiremos intentándolo —dice, como si traer a mi padre hasta

aquí fuera un problema de los dos y no solo mío.

Eso hace que me caiga todavía mejor.

Cierra la puerta y se apoya en ella mientras contemplamos nuestro nuevo hogar para las próximas dos semanas. Es diminuto. Ridículamente pequeño. Y está organizado en torno a dos camas individuales.

Me acerco a ellas.

—Esto no vale —digo.

Luego me agacho y empujo una cama hacia la otra. Las observo un instante.

—Mucho mejor.

—¡Gracias! —dice Connor—. Ahora, ¿dónde piensas dormir tú?

Suelto una estridente carcajada y me dirijo de nuevo a él con dos grandes zancadas. Grita cuando lo levanto y me lo echo al hombro. Lo llevo hasta la cama y lo dejo caer sobre ella.

—¡Oh, no! Estás muy equivocado. Esta es mi cama y tengo la intención de deshonorarte en ella —le digo, mirándolo con descaro desde arriba.

Se incorpora apoyándose en los codos y me devuelve una mirada cargada de deseo.

—¿Eso cuenta como descanso?

—Sí —respondo mientras me desato la corbata.

Connor

—Vamos a tener que tomárnoslo con calma en la cama —digo mientras vuelvo a meterme en ella con Gavin, después de asearme en nuestro cuarto de baño, que es poco más que un armario—. Creo que he oído crujir la madera.

Me rodea con los brazos y me acerca a él, saciado y satisfecho tras unas rápidas mamadas.

—No hay trato. Contigo no puedo contenerme —me susurra al oído.

—Ya me he dado cuenta —respondo riendo.

Me abraza con más fuerza.

—No. En serio, Connor. No puedo parar.

—¿Te parece que te lo estoy pidiendo? —vuelvo a reír, aunque empiezo a ponerme nervioso.

Todavía no hemos dado el siguiente paso. Todavía no hemos cruzado el verdadero punto de no retorno: el sexo con penetración. Él dentro de mí. Es lo que quiero. Es lo que necesito. Y también resulta aterrador. Porque, en algún momento, no solo él, sino nosotros, tendremos que parar.

Y eso es lo último que quiero.

Pero me temo que no voy a tener elección. ¿Cómo va a funcionar esto cuando volvamos al mundo real?

—No —dice, riéndose con sueño contra mi cuello—. Para mí eres una completa zorra.

—Lo dices como si no fueras tú quien no podía esperar a que se cerrara la puerta para meterse mi polla en la boca.

Vuelve a gemir.

—Es una buena polla.

—Apuesto a que se lo dices a todos —lo provoco.

Él responde abrazándome con más fuerza y besándome en el cuello.

—No. Solo a ti.

—Mentiroso. —Me río—. Eres tan gay como yo. Todas las pollas son buenas pollas.

Su risa perezosa hace vibrar la cama.

—Algunas pollas son malas. Pero la tuya es la mejor.

—¿Estás diciendo que mi polla es mejor que la tuya?

—Sí.

Me acaricia el cuello con la nariz e inspira profundamente. Siento que su respiración se vuelve más lenta a mi espalda. Está a punto de quedarse dormido, y no le culpo. Las últimas veinticuatro horas han sido un torbellino, y eso sin contar el viaje alrededor del mundo. Así que cierro los ojos y hago lo mismo. Me relajo y disfruto del momento. Quién sabe cuántos días más podré disfrutarlo así.

Gavin

Sé que se supone que debemos tomarnos en serio la ceremonia inaugural, pero a nadie debería sorprenderle que no lo hagamos. Sobre todo a mí.

No me malinterpretes. Lo entiendo. Sé por qué a la gente que forma parte de la multitud, o que lo ve desde casa, le gusta tanto esto. Para la mayoría es inspirador. Para mí es una pérdida de tiempo. Prefiero jugar al *hockey*. O, mejor aún, volver a mi habitación con Connor y reventarlo con mis manos, mi boca y mi polla. Eso sí suena divertido. Esto, en cambio, parece el desfile de egos más aburrido del mundo.

Los jugadores de *hockey*, en general, no estamos hechos para la pompa y la solemnidad. Estamos hechos para ser unos gamberros, más aptos para una pelea multitudinaria que para presentaciones ordenadas y saludos corteses. Nuestra rudeza, con codazos, empujones y golpes bajos esquivados por los pelos, nos gana miradas de desaprobación por parte de todo el mundo.

Hay otros que se toman a sí mismos demasiado en serio. Por suerte, nadie ha visto la petaca que algunos jugadores se pasan discretamente entre ellos. Aunque quizá sea porque yo estoy haciendo de bloqueador.

Miro a Connor, que, a diferencia del resto de nosotros, está intentando mantener la compostura. Está increíble con la camiseta del equipo de Estados Unidos. Lleva el pelo perfectamente peinado y una sonrisa preparada para las cámaras. Lo cual es bueno. Porque hay cientos de cámaras apuntándolo y transmitiendo su imagen a todo el mundo. Y, lo que es peor, a los ojos críticos de su padre.

Estoy deseando llevarlo a nuestra habitación y sacarlo de todo esto.

Pero, de momento, tengo que mantenerme alejado. No confío en mí mismo cerca de él ahora que ya he abierto la caja de Pandora. Si estuviéramos uno al lado del otro, sería demasiada tentación. Tocarlos. Susurrarle al oído. Besar esos labios carnosos.

—¡Eh! ¡Marshal! ¡Bouchard!

Una voz familiar, que no había oído en más de una semana, me llama a la espalda. Me giro y veo a Alexander Tavish. Bouchard se apresura a darle un abrazo.

—Vale, déjale respirar —digo mientras aparto a Bouchard de él.

Me alegra verlo.

Tavish me mira con los brazos abiertos.

—¡No me digas que me han sustituido!

Bouchard se ríe y yo le doy una patada en las espinillas antes de abrazar a Tavish con fuerza, levantándolo del suelo.

—¿Qué coño es esto? —me pregunta señalando mi cara cuando nos separamos—. ¿Desde cuándo sonríes?

—No te conviene saberlo —dice Bouchard.

Le doy un golpecito juguetón con el hombro y le hago perder el equilibrio. Tropieza riendo y casi choca con una patinadora artística que está cerca y que lo mira con desagrado.

Tavish nos observa a ambos.

—No han pasado ni dos semanas y ya estáis compartiendo bromitas. ¿Dónde ha quedado la lealtad?

—Oh, él es leal —dice Bouchard sin dejar de reír.

Lo fulmino con la mirada.

—Si sigues con los comentarios sarcásticos, voy a jugar la carta del capitán alternativo y pedirle al entrenador que ponga a Olsen en la portería en el partido inaugural de mañana.

—No te atreverías —me desafía Bouchard.

—Mañana jugáis contra Eslovaquia, ¿verdad? —pregunta Tavish.

—Sí —respondo—. Debería ser un partido fácil.

—Solo ten cuidado con Mrazek —dice Tavish—. El resto de sus jugadores son mediocres, en el mejor de los casos.

—¿Cuándo te veremos sobre el hielo? —le pregunta Bouchard.

—Si por mí fuera, no hasta la final —responde Tavish con una sonrisa.

—Parece que eso es lo que buscan —digo—. Una final por la medalla de oro entre Canadá y Estados Unidos.

Tavish me da un empujón en el hombro.

—Eso suponiendo que tu chico de ahí —hace una pausa y señala a Connor con la barbilla— supere la prueba.

—Genial —gruño—. Así que tu equipo también lo está buscando.

—Tío, todo el mundo lo busca —dice Tavish, como si fuera lo más obvio del mundo.

—Te lo dije —canturrea Bouchard.

—Las dos próximas semanas —dice Tavish— van a ser como las eliminatorias de la Stanley Cup, pero peor en lo que se refiere al juego sucio.

Bouchard se inclina hacia delante y sonrío.

—No estamos muy preocupados. Kennedy ha desbloqueado una nueva evolución de Gavin.

—¿Qué? ¿Como si fuera un Pokémon enfadado?

—La verdad es que justo lo contrario —dice Bouchard.

Le lanzo otra mirada de advertencia.

—¡Oh, no! —dice Tavish—. No me digas que Marshal nos ha dado la espalda y se ha convertido en el perro guardián de ese chico guapo.

—Es una forma de verlo —responde Bouchard.

—¡Eh! —los interrumpo antes de que esto vaya más lejos—. ¿No prometimos los tres que daríamos lo mejor de nosotros mismos? —Le doy un manotazo amistoso a Tavish en el pecho—. Si no recuerdo mal, fuiste tú quien nos dijo que no nos ablandáramos contigo.

—Es verdad —dice, sonriendo—. Estoy deseando enfrentarme a ti en el hielo. Solo asegúrate de que, cuando volvamos a la temporada regular, vuelvas a cubrirme las espaldas y a machacar a Kennedy.

—Qué atrevido por tu parte suponer que no lo está machacando ya —murmura Bouchard.

Lo ignoro y, en lugar de eso, choco la mano con Tavish.

—Trato hecho —digo en voz alta.

Volver a cubrirle las espaldas será fácil. La otra mitad del trato es la que sé que no podré cumplir. Y me preocupa lo que eso pueda significar para los dos.

DOCE

Connor

Mientras el árbitro sujeta el disco en alto, siento que todas las miradas del estadio están puestas en mí. Es el primer saque oficial de los Juegos Olímpicos y tengo la intención de ganarlo. Mi palo está en posición y mis reflejos, listos. Por el rabillo del ojo, veo que Gavin está concentrado en el jugador más grande de Eslovaquia, Mrazek, que juega en Dallas. Gavin lo mira fijamente, como un perro esperando la orden de atacar. Típico de Gavin. Mi idea de un comienzo exitoso es ganar la primera posesión del disco. La suya es dar el primer golpe. Me hace sonreír.

El árbitro levanta la mano izquierda. Ahí viene. Mantengo la mirada fija en el hielo, listo para cuando caiga el disco.

En ese instante, el tiempo se detiene. Me aílo del ruido de la multitud y me concentro en el golpe del disco al caer sobre el hielo, seguido del chirrido de mi palo al chocar con él, y lo envío más allá del nudo de jugadores hacia Max Franklin. Patino tan rápido como puedo hacia él y me coloco a unos metros para que podamos pasarnos el disco mientras avanzamos hacia la portería.

Me devuelve el disco y oigo a Mrazek cerca de mí, gritándome obscenidades en eslovaco que no entiendo. Hasta que suelta un sonido que sí reconozco.

—¡Arghhhh!

Es lo que dicen todos cuando Gavin los estrella contra el hielo.

—Cada vez que te acerques a él —gruñe Gavin—, ¡estaré ahí para dejarte fuera de combate!

Franklin me pasa el disco y yo disparo. El disco sobrevuela el hombro izquierdo del portero y entra directo en la red. Suena la bocina y el público enloquece. El primer gol de los Juegos Olímpicos llega en menos de dieciocho segundos. Mi equipo está eufórico. Gavin más que nadie. Está en el hielo, rodeado de mis compañeros,

que me envuelven en un fuerte abrazo. Cuando por fin me sueltan, patino hasta el banquillo y choco los guantes con el resto del equipo, que grita y golpea sus palos contra la valla para celebrarlo.

El entrenador me dedica su habitual gesto de aprobación con la cabeza. El mismo que siempre me hace cuando marco con los Broad Wings. Como entrenador, no puede celebrarlo como nosotros. Tiene que mantenerse concentrado.

—¡Muy bien! —grita—. Ya basta. Todavía quedan cincuenta y nueve minutos por jugar. ¡Mantened la cabeza en el partido!

Gavin

El gol de Connor encendió la chispa en el equipo de Eslovaquia. Marcaron al final del primer período y ahora, en el segundo, se han dedicado a bloquear nuestro ataque. No dejan de quitarles el disco a nuestros delanteros y, cuando eso no les funciona, empiezan a golpear con más agresividad.

Por mí, perfecto. Porque el entrenador me ha dado luz verde para salir.

—Lánzalos contra el cristal —me dice mientras me empuja hacia la pista para mi siguiente turno.

Salgo disparado y patino directo hacia Mrazek justo cuando está a punto de cargar contra Connor. Mala suerte para él. Llego antes y lo estrello contra el cristal, tal y como me ha ordenado el entrenador.

—¡Creí haberte dicho que te mantuvieras alejado de él!

Pero mientras le grito a Mrazek, uno de sus defensas golpea a Connor. Cae al hielo, pero se levanta enseguida y sale tras el disco. Lo recupera y yo patino a su lado para convertirme en su sombra, derribando a los jugadores eslovacos como si fueran boyas en un puerto helado.

Connor avanza por la pista y le pasa el disco a Bradley Warren, que nos sigue el ritmo por el otro lado del hielo. Lo controla con el palo y lo envía directo a la portería, por encima de la mano enguantada del portero.

Suena la bocina, se encienden las luces y Bradley levanta el palo por encima de la cabeza para celebrarlo. Todos los que estamos en la zona nos abalanzamos sobre él y lo empujamos contra la valla, dándole palmadas en la cabeza y echándole los brazos por encima de los hombros.

—¡Buen tiro! —dice Connor, chocándole los cinco.

—¡Buena asistencia! —responde Bradley, y lo abraza.

Nunca pensé que vería este día, pero supongo que Bouchard tenía razón. Cualquier resentimiento que pudiera haber en el equipo hacia Connor se olvidó en cuanto llegamos aquí y empezamos a ganar.

Connor

Maldición. Todos cometimos el error de pensar que este partido iba a ser una victoria fácil. Un calentamiento antes de la verdadera lucha por el oro. Pero, cuando suena la bocina y el equipo eslovaco vuelve a marcar para empatar a mitad del tercer período, todos empezamos a echarnos la bronca a nosotros mismos.

Bouchard es quien peor lo lleva. Acaba de golpear con fuerza el travesaño de su portería con el palo.

—¡Eh! —le digo, y le doy un golpecito en el casco con el guante—. Memoria de pez. Todavía queda mucho partido por delante.

Me mira fijamente. La intensidad de su mirada dura solo un segundo, justo hasta que veo cómo se recompone.

—Su portero —dice con tono serio. Nunca le había oído hablar de otra forma que no fuera jovial—. Llevo todo el partido observándolo. Es débil entre las piernas. Mete el disco por ahí.

Le doy un toque a su guante con el mío y patino hacia el centro de la pista, preparándome para el siguiente saque. Cuando el disco toca el hielo, lo atrapo con el palo y salgo como una flecha directo hacia la portería. Gavin va pegado a mí, apartándolos a todos. Amago hacia la izquierda, como si fuera a lanzar por encima del guante del portero. Él pica el anzuelo. Abre por completo las piernas, tal y como predijo Bouchard. Lanzo el disco justo por ahí, donde la falta de

flexibilidad de su cadera ha dejado el hueco perfecto.

Gavin

Abrazo a Connor con tanta fuerza que llego a levantarlo del hielo. Estoy tan desbordado por la alegría y el orgullo que me siento tentado de besarlo ahí mismo, en plena pista. Claro que no lo hago. Pero la tentación está ahí.

—Esta noche vas a tener el mejor polvo de tu vida —le susurro al oído a través del casco.

—Tranquilo —dice él—. Todavía quedan cinco minutos en el reloj. No empecemos a planear la celebración.

—Sí, capitán —respondo con una sonrisa.

Me empuja, sonriendo de oreja a oreja.

—Ve a darle una paliza a alguien, ¿quieres?

—Con mucho gusto —contesto, y voy a ocupar mi posición para el siguiente enfrentamiento, clavando otra vez la mirada en Mrazek.

Cuando cae el disco, salimos con todo. Los compañeros que compartimos pista estamos decididos a mantener la ventaja. Todos queremos ganar este partido. Nadie piensa rendirse.

—¡Jugad limpio, chicos! —nos grita el entrenador desde el banquillo.

Tiene razón. Si expulsaran a cualquiera de nosotros ahora mismo, nos quedaríamos en inferioridad numérica. Y eso es exactamente lo que quieren nuestros rivales.

Siguen intentando provocarme, pero no voy a darles esa satisfacción. Me mantengo justo en el límite del reglamento, lo que parece frustrarlos todavía más. Están empezando a patinar de forma descuidada.

Connor también se da cuenta y, un minuto después, le pasa el disco a Franklin, que lo lanza a la escuadra derecha. La bocina vuelve a sonar y lo celebramos.

El fuego que alimentaba a los eslovacos se ha apagado. Están acabados y lo saben. Lo único que nos queda es agotar el tiempo y

mantener el disco lejos de nuestra zona.

En cuanto se acaba el partido, Bouchard sale disparado de la portería para reunirse con el resto del equipo mientras nos felicitamos unos a otros junto al banquillo. Me lanzo sobre él, como hacíamos en Búfalo, y le doy tres puñetazos amistosos en la espalda. Ha trabajado muchísimo esta noche, bloqueando más de treinta y ocho tiros a puerta y dejando pasar solo dos. Pero lo conozco bien y sé que se está castigando por ello.

—Ha sido un partido duro —digo.

—Y esto solo va a ir a peor —responde.

Señala a Connor, al que todos los compañeros están empujando y zarandeando en celebración. Por fin está consiguiendo el respeto del grupo que se merece.

—Esta noche se ha dejado la piel.

—Sí, eso es verdad —coincido.

Bouchard me da un codazo.

—Tú también. Y solo has pasado cuatro minutos en el banquillo. Todo un récord para ti.

—No podía arriesgarme a dejarlo sin vigilancia.

Bouchard niega con la cabeza, pero sonrío.

—¿Y qué vamos a hacer con tu trono en Búfalo?

—Pulirlo. Volveremos a casa dentro de dos semanas listos para patear algunos traseros en nuestra propia pista.

—Ajá —dice Bouchard, como si no terminara de creérselo.

—¿Qué? —le pregunto. No entiendo ese tono.

—Me pregunto si has pensado cómo vas a volver a ser su rival en el mundo real.

Siento frío en las mejillas. Sí que lo he pensado. Mucho. En los momentos de calma, cuando estoy solo y solo me acompañan las preocupaciones por lo que vaya a venir. Intento imaginar cómo sería volver a jugar contra él y no puedo. Se me revuelve el estómago. Así que, en vez de eso, me dedico a disfrutar de su presencia, a respirar su aroma y a pensar en todas las maneras posibles de retrasar lo inevitable.

Solo nos queda un partido más de temporada regular contra los Broad Wings. Pero después de eso, lo normal es que nos crucemos

con ellos en las eliminatorias. Los Blizzards son el número uno del Este y ellos, del Oeste. Es casi inevitable que terminemos enfrentándonos en la final de la Stanley Cup. Puede que yo no juegue en temporada regular. Podría apartarme un tiempo para alejarme de él y de lo que siento. Pero en la eliminatoria no puedo hacerlo. Y, siendo sincero, soy demasiado leal a mi equipo como para ponerlo en una situación difícil por culpa de mis sentimientos. No puedo convertirme en un jugador inservible por no ser capaz de jugar duro contra mi novio.

Todos estos años he vivido preocupado por que los de arriba en la liga encontraran una excusa para librarse de mí, y resulta que aquí podría estar la definitiva: enamorarme de su niño bonito. Es irónico de cojones. Me odian por mi fuerza y agresividad, y al final sería mi lado más humano el que les daría la oportunidad de joderme. En algún momento tendré que elegir. O Connor o mi carrera.

Connor

—¿Estás bien? —le pregunto a Gavin durante nuestra fiesta improvisada en la habitación de Bouchard y Olsen después de la victoria.

Es casi un milagro que hayamos conseguido meter aquí a todo el equipo. El entrenador Chris nos mataría si nos viera ahora mismo. Pero todos necesitábamos relajarnos después del partido, y Bouchard y Olsen han puesto su reserva de alcohol de contrabando y una baraja sobre la mesa para que lo celebremos en su habitación.

La fiesta ya está terminando y la gente empieza a retirarse poco a poco a sus habitaciones. Pero yo no pienso irme hasta que Gavin esté listo. Nosotros tenemos nuestra propia manera de celebrarlo.

Él me sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Estoy bien. —Deja una carta sobre la mesa cuando le toca jugar —. Solo estoy cansado.

—Podemos volver a la habitación —sugiero.

Asiente y juega otra carta.

Lo observo en silencio. La mirada que tiene ahora mismo es la del Gavin que conocí al principio. Solitario. Encerrado en sí mismo. Preocupado por lo que sea que le esté rondando por la cabeza. Siempre lo negará, pero sé que le da demasiadas vueltas a todo. Tiene motivos de sobra. Su madre muerta. Su padre. La necesidad de demostrar que no es el pobre desgraciado de Alaska que todos creen que es. Proteger a su equipo. Guardar sus secretos mientras intenta seguir en la liga. La lista continúa. Y estoy seguro de que incluye cosas que todavía ni siquiera conozco.

Pero este me parece un momento extraño para que vuelva a encerrarse en sí mismo. Estamos en los Juegos Olímpicos. Acabamos de ganar nuestro primer partido en la lucha por el oro. Y me tiene a mí a su lado durante todo el proceso.

Se me revuelve el estómago. Quizá ese sea justo el problema. Quizá esté replanteándose lo nuestro. Dijo que no deberíamos dar el siguiente paso. Intentó advertirme de que sería una mala idea, pero yo seguí insistiendo porque no podía resistirme a lo que me hace sentir. Seguro. Comprendido.

Me muerdo el labio inferior y lo veo tirar su última carta. Se levanta y les agradece a Bouchard y Olsen que hayan dejado al equipo usar su habitación para la celebración.

—No os olvidéis del entrenamiento de mañana —les dice a los pocos compañeros que aún quedan allí.

—El autobús sale a las nueve —añado.

Bouchard nos despide con la mano.

—Sí, sí, capitanes —dice, riéndose por lo bajo mientras recoge las cartas.

Cuando volvemos a nuestra habitación, lo que fuera que atormentaba a Gavin parece haber desaparecido. O casi. Todavía queda un rastro en sus ojos cuando me sujeta la cara con ambas manos antes de cerrar los ojos y besarme. Pero al menos aquí, a solas, parece tranquilo. Centrado. A gusto en este pequeño rincón del mundo que hemos construido temporalmente para nosotros.

—He estado deseando hacer esto toda la noche —dice cuando se aparta de mi boca.

—Nadie lo habría adivinado.

Me besa otra vez.

—Casi lo hice después de que marcaras el primer gol —añade.

—Habría sido un momentazo —digo, sintiendo cómo me invade un alivio inmenso cuando vuelve a besarme.

Esta vez más a fondo. Con más urgencia. El tipo de beso que llevo esperando toda la noche. Me relajo. Estamos bien. No tengo que preocuparme por nada. Al menos, no ahora mismo.

—Quítate la ropa —me ordena.

Obedezco.

—Ahora tumbate en la cama.

Doy un paso atrás y me dejo caer sobre el colchón, mirándolo mientras se quita la sudadera. No aparta los ojos de mí mientras se desnuda. Cuando termina, se agarra el miembro y se acaricia despacio un par de veces.

—¿Quieres esto?

Me humedezco los labios y le hago una seña para que se acerque.

—Sabes que sí.

Sus ojos brillan de deseo, borrando ese resto de soledad que había visto antes. Se sube a la cama y cae sobre mí. Está por todas partes. Sus labios en los míos. Su mano derecha en mi mandíbula. Su mano izquierda levantándome la pierna derecha y alineándola con su torso para acomodarse encima de mí, alineando también nuestras erecciones. Y, aun así, sigue sin ser suficiente. Necesito tenerlo todavía más cerca.

—Joder —le susurro al oído entre largos besos.

Se queda quieto. Se aparta un poco para mirarme a los ojos. En el fondo oscuro de los suyos solo veo ternura.

—¿Estás seguro?

Se me encoge el corazón. Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida. Estoy más seguro de esto que de cualquier otra cosa, incluso del *hockey*. Necesito a Gavin. Todo él. Y quiero satisfacer esa necesidad de la única forma que sé imaginar.

—Estoy seguro —digo—. Por favor, Gavin.

Se inclina y me besa otra vez. Largo. Profundo. De esos besos que me hacen vibrar entero.

—Date la vuelta —dice cuando se separa.

Yo obedezco y él se coloca detrás de mí.

Una vez boca abajo, me abre las piernas con esas manos enormes y siento cómo me separan las nalgas. Tiemblo de placer cuando me besa y recorre mi piel con la boca. Como la primera vez, se toma su tiempo conmigo. Todo en él es lento, generoso, deliberado. Cada caricia hace que mi cuerpo se encienda un poco más.

Pero no me basta. Necesito más. Estoy desesperado de verdad.

—Por favor, Gavin. Necesito...

—¿Qué? —me interrumpe con la voz ronca.

Vuelve a besarme y yo gimo.

—¿Qué necesitas?

Su mano me recorre con firmeza, calmándome y volviéndome loco al mismo tiempo.

—¿Necesitas esto? —pregunta. Y luego, más bajo—: ¿O necesitas algo más?

—Más —jadeo, casi suplicando—. Te necesito.

—Me tienes —responde.

Esta vez me río, porque entre lo que me hace sentir y esas palabras, ya no puedo más. La necesidad que tengo de él, mi deseo y todo lo que siento, están peligrosamente cerca de salir a la superficie. Estoy al límite y, sinceramente, creo que ya ni me importa.

—Por favor, Gavin. Necesito más de ti. Lo necesito todo.

Me da la vuelta con ambas manos y luego se arrastra sobre mi cuerpo para besarme.

—Lo que sea por mi capitán —murmura.

Después se aparta un momento y se inclina hacia la cama. No veo lo que hace, pero oigo una cremallera y el roce de la tela. Cuando vuelve, lleva un preservativo y un bote de lubricante.

Miro el preservativo. Sé que es lo responsable, que no debería cambiar nada. El otro chico con el que estuve también lo usó. Pero él no era Gavin. Y ahora mismo lo que quiero es sentirlo del todo.

Me muerdo el labio inferior y sus ojos se suavizan. Sigue mi mirada y parece entender enseguida lo que estoy pensando.

—Soy negativo —dice—. Me hice la prueba antes de que empezara la temporada y no he estado con nadie desde entonces. No tenemos

por qué usarlo. Pero es tu decisión. Yo no voy a tomarla por ti.

Cojo el preservativo de su mano y lo dejo caer al suelo.

Sus labios se curvan en una sonrisa hambrienta. Después me sujeta por detrás de las rodillas y me empuja hacia arriba y hacia delante. Tras dejar completamente expuesta la parte más vulnerable de mi cuerpo, vuelve a inclinarse sobre mí y se dedica a prepararme con paciencia, con una concentración casi reverente.

Cuando por fin está satisfecho y yo apenas puedo dejar de gemir contra las sábanas, se detiene, abre el lubricante y vierte una cantidad generosa en su mano. Lo noto extendiéndose por mi piel, despertando cada terminación nerviosa con la mera anticipación. Luego se prepara a sí mismo, despacio, sin apartar la mirada de mí.

Me mira con una ternura que me desarma.

—¿Estás listo?

Asiento y le hago un gesto para que se acerque.

Me levanta las caderas con cuidado, colocándolas sobre sus rodillas flexionadas, y guía la punta de su polla hacia mi entrada. Se detiene un instante. Después empuja despacio. Primero solo me roza. Luego presiona de verdad, abriéndose camino poco a poco.

El calor me inunda de golpe en el momento en que me penetra. El rubor me prende bajo la piel y me acelera el corazón. Su mano libre me recorre el pecho, sube por mi cuello y acaba descansando en mi mejilla.

—Precioso —gime.

Sigue avanzando hasta el fondo.

Se queda inmóvil durante un segundo, con los ojos cerrados. Respira hondo. Lo veo tragar saliva.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Sonríe y vuelve a mirarme.

—Debería preguntártelo yo.

La verdad es que estoy más que bien. Sí, su polla es grande. Mucho más de lo que alguna vez imaginé que podría soportar. Y sí, de algún modo duele, pero también siento que es lo correcto. Como si encajara justo donde debe estar. Como si siempre hubiera pertenecido a mi cuerpo. Pero no digo tal cosa.

—Estaría mejor si empezaras a moverte —respondo en su lugar.

Se ríe y da una embestida de cadera. El movimiento arranca un gemido de mi garganta. Sigo aferrado a las sábanas mientras él mantiene un ritmo todavía suave, pero cada vez más firme.

Me recoloca las piernas para que pueda rodearle el torso con los tobillos. Luego se inclina hacia delante y me besa mientras empieza a moverse con más profundidad, con más fuerza. Está sudando, gruñendo, ardiendo entero, y nunca me ha parecido tan increíble.

Mi erección, atrapada entre nuestros cuerpos, reclama atención. Pero tengo miedo de tocarme. Sé que, si lo hago, voy a correrme demasiado rápido y todo esto se acabará antes de lo que desearía. Así que la ignoro y concentro toda mi atención en él. En la forma en que entra y sale. En cada embestida. En el peso de su cuerpo. En el grosor que me llena. Quiero memorizarlo todo. Quiero seguir sintiéndolo durante días. Quiero que me cambie para siempre.

Empieza a acelerar. Se acerca al clímax y supongo que es hora de perseguir el mío. Pero cuando bajo la mano entre nuestros cuerpos, él me aparta con cuidado y se incorpora lo justo para agarrarme él mismo. Coordina el movimiento de su mano con el de sus caderas. Todo se vuelve más rápido. Más intenso.

—Gavin, joder —gimo—. Voy a...

—Hazlo —dice, casi gruñendo—. Córrete para mí, Connor.

Y lo hago.

Él grita cuando me corro y da unas cuantas embestidas más antes de que sus caderas empiecen a perder fuerza, moviéndose dentro de mí a un ritmo mucho más lento mientras se abandona a su propio orgasmo.

Está bellísimo cuando se corre. Fuerte, masculino, con el sudor resbalándole por el cuello. Cuando cae sobre mí, beso esa piel húmeda y saboreo el rastro salado que deja.

—Esto ha sido... —empiezo, sin saber cómo seguir.

—Todo —dice él por mí.

TRECE

Gavin

Un pequeño dato sobre mí que no sorprendería a nadie es que, antes de Connor, nunca había compartido la cama con nadie. Ni una sola vez. Jamás. Claro, me he acostado con bastantes hombres, pero siempre he salido corriendo cinco minutos después de quitarme el condón. Y, desde luego, nunca le he pedido a ninguno que se quedara en mi casa. Demonios, ni siquiera he invitado a nadie a entrar en ella.

Por varias razones. Una, no soy tan idiota como para ligar en mi propia ciudad. Y dos, la idea de invitar a alguien a ver cómo vivo me parece una pesadilla. Me harían demasiadas preguntas. Y mi vida se reduce a lo estrictamente necesario.

Pero aquí, tumbado con Connor, abrazando su cuerpo y con el pecho pegado a su espalda, nunca me he sentido más feliz. Y nunca he estado más jodido, porque sé que jamás encontraré a nadie que pueda sustituirlo. El cuerpo de otro hombre no encajaría aquí. El olor de otro hombre no sería tan relajante. Y que otro hombre murmurara «Buenos días» mientras se estira, tensando la espalda y el trasero contra mí, me parecería un crimen.

—Buenos días —respondo. Mis labios le rozan la nuca—. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre.

—Puedo bajar a la cafetería a por algo y traértelo si quieres.

—Mmm —murmura, y relaja los brazos y las piernas, fundiendo todavía más su cuerpo con el mío—. ¿Qué hora es?

Le cojo la muñeca y miro su reloj, lo que le arranca una risa.

—Supongo que podría haberlo hecho yo.

—Son poco más de las siete. Tenemos tiempo para relajarnos antes del entrenamiento.

Bosteza.

—¿Querías hacer ejercicio?

—No. Ahora mismo tenemos una agenda muy apretada. Quizá le dé un descanso a mi cuerpo y deje las pesas por unos días — respondo.

Es una buena idea. Entre los entrenamientos diarios y los partidos por la noche, y sin un solo día libre a menos que perdamos, no tengo tiempo para hacer mis propios ejercicios sin sacrificar otra cosa. Otra cosa como quedarme en la cama con Connor. Solo me quedan unos pocos días así antes de que tengamos que parar y volver a nuestras respectivas ciudades y equipos. Además, el sexo diario con él ya es ejercicio suficiente. Y no me canso.

—Puedo acompañarte a desayunar —dice.

—No. Quédate aquí. —Le beso el cuello y le acaricio el cuerpo desnudo con la mano—. Así está bien. Quiero que seas mi postre.

—¿Desde cuándo se sirve postre con el desayuno?

—Desde ti. —Le doy una pequeña palmada en el costado derecho—. Prepara el siguiente episodio de *Sierra Six* en el portátil. Lo veremos cuando vuelva.

Connor

Su lado de la cama todavía está caliente y yo lo estoy disfrutando. Su aroma lo impregna todo y empiezo a entender su obsesión por olerme. Es cálido y embriagador. ¿Quién iba a decir que algo así podía ser tan maravilloso?

Supongo que yo. Siempre he querido algo así, pero esta vida, esta carrera, mi padre... ninguno me ha permitido disfrutar de este placer tan simple. Compartir la cama con un hombre. Quizá debería sugerirle a Gavin que nos quedemos aquí para siempre, en esta cama doble improvisada, con la separación en medio que intentamos evitar para no caernos dentro.

Sonríó al oír sus pasos acercándose a la puerta. Ha sido rápido, y me alegro. Estoy hambriento. Hambriento tanto de comida como de él.

Me sorprende oír que llaman.

—Debería estar abierta —digo, sin ganas de levantarme de la cama y abandonar la comodidad en la que me he derretido.

Además, estoy desnudo y estas habitaciones están heladas. No debieron de invertir demasiado en calefacción cuando reformaron este edificio a toda prisa para convertirlo en una residencia.

Él abre la puerta y yo me incorporo para saludarlo. Mi expresión se ensombrece al instante cuando veo entrar a mi padre. El pánico me invade mientras tiro de las sábanas para cubrir mejor mi cuerpo desnudo.

—¿Qué haces aquí?

Pero enseguida el pánico se transforma en ira.

—¿Y cómo has subido? Estos dormitorios son solo para deportistas.

Me lanza una mirada de disgusto.

—Estas residencias son para alojar a deportistas como tú, no para excluir a gente como yo.

La sangre se me hiel a bajo la piel y me deja pálido como un cadáver. ¿Cómo he podido ser tan estúpido como para bajar la guardia?

—Más vale que esto no sea lo que parece —dice señalando la cama.

Cansado, acorralado y sabiendo que no existe una mentira lo bastante buena, intento reunir la poca dignidad que me queda. Lo miro a los ojos y enderezo los hombros.

—¿Y qué pasa si lo es?

—¡Maldita sea, Connor! Me niego a creer que seas tan estúpido. —Coge una camiseta que cuelga del cajón superior de la cómoda y me la lanza—. Vístete. Vas a venirte conmigo.

Me la pongo, pero solo porque es de Gavin y él no se da cuenta hasta que ve el logotipo de la Asociación de Pescadores de Cangrejos de Alaska estampado en el pecho. Puedo ver cómo la ira se enciende dentro de él. Y, sinceramente, también empieza a arder en mí. Él ha controlado siempre mi vida y me ha privado de tener a alguien como Gavin. No voy a dejar que me arruine esto ahora.

—¿Qué es lo que más te molesta? —pregunto, apretando la

mandíbula—. ¿Que comparta la cama con uno de mis compañeros de equipo o que sea Gavin?

No responde a mi pregunta.

—¿Por eso jugaste tan mal anoche?

Ah. Ya veo. La verdadera razón de su visita. Encontrarme desnudo en la cama fue tan inesperado para él como para mí.

Cojo mi ropa interior del pie de la cama y me levanto para ponérmela. Si vamos a tener esta discusión, quiero que sea cara a cara, no con él mirándome desde arriba como si yo fuera un niño.

—¡No he jugado mal! ¡Hemos ganado!

—¡Has regalado dos goles que deberían haber sido tuyos! —me grita—. ¡Podrías haber marcado un triplete!

—¡Hice lo correcto al pasar! ¡No soy como tú! ¡No juego de forma egoísta!

Se me acelera el corazón. Nunca le contesto a mi padre. No así. Pero no puedo dejar que siga pisoteándome.

Se le dilatan las fosas nasales.

—¡Ser egoísta me convirtió en el mejor! —Me señala el pecho con el dedo, justo entre los ojos del cangrejo del logotipo—. ¡Tú eres demasiado débil! ¡Siempre lo has sido!

—¡No soy débil! —grito.

—¡Sí lo eres! —me grita él. Se inclina hacia mí—. Y estás distraído. —Me mira con desprecio—. No puedo creer que ese pedazo de basura de Alaska te haya convertido en una zorra.

—Eh —oigo la voz de Bouchard al otro lado de la puerta, seguida de unos golpes con los nudillos.

Asoma la cabeza. Cuando me ve, arquea una ceja y esboza una sonrisa. Casi puedo oírle preguntarme si quiero que acompañe a mi padre afuera.

—Se está armando un poco de jaleo aquí dentro —dice en su lugar.

—Métete en tus asuntos —le espeta mi padre.

Bouchard inclina la cabeza hacia él.

—En teoría, señor, yo estaba ocupándome de mis asuntos —dice, esbozando una sonrisa—. Pero usted ha decidido tener esta conversación a gritos. —Entra en la habitación y se queda mirando

fijamente a mi padre. Incluso sin el equipamiento de portero, Bouchard es mucho más grande que él. Siempre ha parecido una auténtica montaña bajo la portería—. Ahora, a menos que quiera que el resto del equipo le oiga, le sugiero que baje la voz. Y, si es inteligente, se irá de esta planta antes de que Marshal regrese.

Me lanza una última mirada, preguntándome en silencio si estoy bien. Asiento, porque, por primera vez en mi vida, lo estoy.

Bouchard se dirige hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo y mira a mi padre.

—Nos vemos, señor Kennedy.

Gavin

Cuando salgo del ascensor en nuestra planta, cargando el desayuno en ambas manos, veo a Bouchard salir de mi habitación. Me ve y señala la suya, que está justo al lado. Lo sigo hasta el interior.

—¿Qué cojones está pasando? —pregunto cuando cierra la puerta.

—Tienes visita —dice.

Durante una fracción de segundo me emociono, pensando que quizá haya venido mi padre. Pero entonces veo la gravedad en la mirada de Bouchard y sé exactamente quién está ahí dentro. Con Connor. A solas. Me entran ganas de atravesar la puñetera pared.

Bouchard me quita las bandejas de las manos y las deja sobre su cama. Entonces me doy cuenta de que no estamos solos. Olsen sale de su minúsculo cuarto de baño.

Levanta las manos.

—Hola, tío. A mí me da igual. Vosotros haced lo que queráis.

Le hago un gesto con la cabeza y vuelvo a mirar a Bouchard. Tengo el corazón desbocado.

—¿Lo sabe toda la planta?

—No lo sé, tío. La cosa se puso fea, pero intervine antes de que llegara a ese punto.

Busco confirmación en Olsen.

—Lo más probable es que solo lo sepamos nosotros —dice,

encogiéndose de hombros.

—Vale, entonces no es tan grave.

La verdad es que, ahora que lo tengo delante, no me importa que mis compañeros sepan que soy gay. ¿Qué van a hacer? ¿Echarme del equipo? No tienen poder para eso. Pero Connor... Me importa mantener su secreto. Y, desde luego, me importa protegerlo de cualquier otra reacción violenta por parte de su padre.

—Yo no diría eso —dice Bouchard, negando con la cabeza—. Después de lo que ha pasado, ese hombre no va a ganar precisamente el premio al padre del año.

—No me digas. —Suelto una risa amarga mientras la sangre me sigue hirviendo.

—En cualquier caso —dice Olsen, sentándose en su cama—, si el resto del equipo hubiera oído cómo le hablaba a Connor, habrían irrumpido en tu habitación y le habrían dado una paliza.

—Qué curioso —respondo—. Porque eso es exactamente lo que quiero hacer ahora mismo.

Bouchard me pone las manos sobre los hombros y me mira a los ojos.

—No lo hagas —dice—. Connor es un chico grande y esta no es tu pelea.

—En cierto modo sí lo es —respondo. Yo fui quien lo besó. Yo fui quien empezó todo esto—. Tengo que entrar ahí.

Me aparto de él y me dirijo hacia la puerta.

—Gavin. —La mano de Bouchard vuelve a apoyarse en mi hombro—. Si entras ahí, solo vas a empeorar las cosas.

—Al menos han dejado de gritarse —dice Olsen.

Tiene razón. Al otro lado de la pared no se oye nada.

Bouchard arquea una ceja y señala con el pulgar por encima del hombro, hacia la pared que separa nuestras habitaciones.

—Es lo más tranquilo que ha estado desde que llegamos.

Lo miro entrecerrando los ojos, con expresión plana.

—Es verdad —añade Olsen.

—¿Entonces ya lo sabías antes de esta mañana? —le pregunto.

Se encoge de hombros otra vez.

—Como ya he dicho, no es asunto mío.

Vaya con los porteros. Son los verdaderos guardianes de todos los equipos.

Oigo cerrarse la puerta de mi habitación mientras los tres permanecemos en silencio, seguida de unos pasos que resuenan por el pasillo.

—Tengo que irme —le digo a Bouchard, y recojo las bandejas de comida—. Gracias por venir esta mañana.

—No hay de qué —responde.

Mira a Olsen.

—¿Tienes hambre?

—Sí —dice él—. Podría comer algo.

Bouchard me abre la puerta y me despide mientras ellos se van a desayunar. Equilibro las bandejas en una mano y entro en nuestra habitación. Espero encontrar a Connor enfadado. Las discusiones con su padre suelen dejarlo hecho polvo. Sin embargo, parece tranquilo. Está un poco sonrojado por el esfuerzo, pero tranquilo, como si acabara de sonar el silbato que marca el final de un primer tiempo especialmente tenso.

—Bonita camiseta —digo con una pequeña sonrisa. Verlo con ella puesta derrite lo poco que me quedaba de rabia.

—Gracias. —Se sonroja, tira del dobladillo mientras la mira y se ríe por lo bajo—. Deberías haber visto la cara de mi padre cuando vio el logotipo después de tirármela y ordenarme que me la pusiera.

Aparta la mirada de la camiseta y vuelve a mirarme. Tiene una sonrisa traviesa y una chispa en los ojos.

Como necesito tocarlo, dejo la comida sobre la cama y le acaricio la mejilla enrojecida con los nudillos.

—¿Estás bien?

Asiente.

—Creo que sí.

—Debería haber estado aquí. —Le acaricio la cara con la palma de la mano.

Él niega y se inclina hacia mi caricia.

—No. Eso lo habría empeorado.

—Aun así —digo—, se supone que debo protegerte.

En sus ojos brilla una batalla, pero no está dirigida hacia mí.

—Resérvala para el hielo —dice—. De él tengo que ocuparme yo solo.

Asiento. Lo entiendo. La guerra entre Connor y su padre lleva gestándose más tiempo que cualquier rivalidad entre equipos de la NHL. No puedo librar esa batalla por él.

Sin embargo, sí puedo besarlo. Así que me inclino y presiono mis labios contra los suyos. Cuando me aparto, hay palabras en mi boca que necesito tragarme. Palabras que nunca pensé que le diría a nadie. Palabras hechas para nombrar el amor.

En lugar de hablar, vuelvo a besarlo con más urgencia, para impedir que esas palabras salgan a la superficie.

CATORCE

Connor

He llevado al partido de esta noche toda la rabia que siento por la pelea con mi padre. Me está dando fuerzas de una manera que ya conozco. Como cuando era niño y él me gritaba durante todo el trayecto de vuelta a casa después de un partido perdido. Entonces, en el siguiente encuentro, llevaba toda mi ira y todas las palabras que no podía decirle a la pista de hielo y patinaba como si me fuera la vida en ello. Él, por supuesto, interpretaba aquella ferocidad como una prueba de que su particular forma de motivarme había funcionado. Nunca se le ocurrió pensar que era mi odio hacia él lo que me empujaba a darlo todo.

El rencor es una gran fuente de motivación.

Y eso es exactamente lo que siento cuando me sacan del banquillo.

—Gracias por mantenerme el trono caliente —dice Gavin mientras se aleja patinando con una sonrisa enorme.

Salgo tras él. O, más exactamente, tras el disco que acaba de recuperar en nuestra zona ofensiva. Él sabe que voy detrás. En el poco tiempo que llevamos jugando juntos, ya hemos aprendido a entendernos sobre el hielo. A confiar el uno en el otro. A saber instintivamente dónde estará el otro.

Gira con el disco y me lo cede a ciegas. Luego bloquea el paso, tapándole la visión al portero para dejarme un tiro limpio. Aprovecho la oportunidad y lanzo. El disco pasa rozándole la oreja al portero y entra en la portería.

Suena la bocina y el equipo se me echa encima para celebrarlo entre golpes en el casco, puñetazos amistosos y abrazos.

—¡Cabrón astuto! —me dice Bradley Warren, dándome un toque en el casco. Me dedica una sonrisa amplia—. No me apetece nada cruzarme contigo en la postemporada si vas a venir con esta

energía.

—Prometo tener cuidado contigo —digo guiñándole un ojo.

—Ni se te ocurra —responde, dándome otro golpecito en el casco antes de alejarse patinando.

De pronto, Gavin aparece a mi lado.

—Parece que has hecho un amigo.

—Parece que nos has convertido en un equipo —respondo con una sonrisa.

—No podría haberlo hecho sin ti, capitán —dice, golpeando la «C» de mi camiseta con el lateral del puño.

Se aleja patinando hacia atrás, sin apartar la mirada de mí, con una despreocupada sonrisa en los labios. Todo el cariño que siento por él bulle en mi interior. Ya no puedo imaginarme sin tenerlo en mi equipo y a mi lado.

Gavin

—¡Así se gana, chicos! —grita el entrenador Chris cuando regresamos al vestuario.

Sujeta el disco del partido en la mano y mira a su alrededor.

—Muchos de vosotros os lo habéis ganado hoy, pero tengo que dárselo a vuestro capitán.

El vestuario estalla en aplausos. Como era de esperar, Connor se pone rojo como un tomate e intenta hacerle gestos al entrenador para que se calle.

—Ni hablar, hijo —dice el entrenador Chris, dándole una palmada en la espalda—. Te lo has ganado, sin ninguna duda. —Nos mira al resto—. ¡Daos prisa y meteos en la ducha! La prensa está esperando a que la dejen entrar.

—¡Uf! —resoplamos todos al unísono.

—Lo sé, lo sé —dice el entrenador—. Tenéis cinco minutos antes de que lleguen.

O menos, al parecer. La puerta se abre. Pero no es la prensa quien entra. Es peor.

Connor Kennedy padre irrumpe en el vestuario y va directo hacia su hijo. Sonríe, pero su sonrisa resulta falsa, calculada, como si estuviera jugando con la mente de alguien.

—¡Eso es lo que me gusta ver en mi hijo!

Connor se echa hacia atrás cuando su padre se le acerca e intenta abrazarlo. El ambiente de la sala se vuelve tenso al instante. Su llegada ha borrado de un plumazo la alegría que todos compartíamos.

Bouchard me mira desde su sitio, donde está sentado desatándose las enormes espinilleras. Pero no es el único que ha notado la tensión. Todo el mundo parece haberse encontrado de repente con algo mucho más interesante a lo que prestar atención.

Desde el otro lado del vestuario, cruzo la mirada con Connor. Me está mirando por encima del hombro de su padre. Siento que el corazón se me acelera y doy un paso hacia él. Me detiene con un leve gesto de cabeza. Me quedo junto a mi taquilla y lo observo mientras me seco el sudor del pelo con una toalla.

Podría oírse caer un alfiler en la habitación. Ese es el grado de silencio que se ha apoderado de todos, salvo por la conversación entre Connor y su padre. Su presencia ha cambiado por completo el ambiente. O no se da cuenta, o le da igual. Me inclino a pensar que es lo segundo, porque no deja de felicitar efusivamente a Connor por su actuación mientras ignora a todos los demás que estamos aquí.

Y sí, Connor ha jugado como un animal. Todos lo hemos visto y todos lo sabemos. Verlo sobre el hielo esta noche ha sido una barbaridad. Era imparable. Y también generoso. En cada jugada, siempre que podía, colocaba a sus compañeros y soltaba el disco, creando ocasiones para que Franklin, Nichols y Calhoun marcaran sus propios goles. Ni siquiera ha sido un partido ajustado. Hemos barrido a Finlandia con un seis a uno final. Eso no significa que haya sido fácil. Finlandia tiene muchísimo talento, cuatro jugadores de su selección juegan con nosotros en la NHL, pero esta noche no han podido hacer nada contra la furia de Connor.

En otro día quizá habrían tenido más opciones. Pero Connor había salido a demostrar algo en este partido, y nada iba a frenarlo.

Vuelvo a mirarlo. Está escuchando a su padre, pero tiene la mirada dura y los labios apretados. Me mata no poder apartarlo de él. Pero esta no es mi pelea. Es la única batalla de la que no puedo salvarlo, aunque sea lo único que quiero hacer. Aun así, parece que se sostiene bien por sí solo. La confianza que le ha dado ganar este partido se nota. Es evidente que esta noche ha patinado como si se enfrentara a su padre sobre el hielo, aunque Connor padre no fuese nuestro rival. Y ahora está llevando esa misma energía al vestuario. Tiene los hombros echados hacia atrás y la mandíbula tensa, listo para responder a cualquier crítica sobre su forma de jugar o sobre el equipo.

Lo entiendo. Bueno, no del todo. Yo nunca he tenido que jugar contra las expectativas de mi propio padre, pero sí contra las del padre de Connor. Ese hombre nunca quiso que yo ganara. Ni ahora ni la primera vez que me vio, cuando tenía dieciséis años.

—Marshal.

La voz del entrenador me saca de mis pensamientos. Levanto la mirada desde el banco donde me estoy desatando los patines. Tiene una expresión cansada.

—Ven a mi despacho.

Connor mira al entrenador y después a mí. Yo me encojo de hombros. Al pasar junto a su padre, atrapo su mirada. Sonríe como el matón que es, y en sus ojos solo veo desprecio. No sé qué va a decirme el entrenador, pero puedo apostar lo que sea a que Connor padre tiene algo que ver.

—Cierra la puerta y siéntate, Gavin —dice el entrenador una vez detrás de su escritorio.

—Si son malas noticias, prefiero quedarme de pie.

Se recuesta en la silla con los labios apretados mientras me observa. Luego me hace un gesto para que me siente. Lo hago.

—Para mí no son malas noticias —dice—. Pero que a mí no me importen no significa que a ti tampoco deban importarte. —Su tono rezuma cansancio y resignación.

—Ah. —Suelto el aire de golpe y me deshincho como un globo—. Así que es esto. Me han descubierto. Y no hace falta que adivine quién ha sido.

Aun así, me sorprende que Connor padre haya decidido mover ficha así. Me descubrió con su hijo, no con cualquier desconocido. Es una jugada demasiado arriesgada como para haberla hecho sin pensarlo. Connor padre no mueve una pieza si no cree que va a ganar. Mi reacción, por tanto, tiene que estar igual de calculada. Quiere que salte. Quiere que haga una estupidez que le permita echarme del equipo y enviarme de vuelta a Alaska sin pasar siquiera por Búfalo. Le han puesto en bandeja la excusa perfecta para sacarme no solo de este equipo, sino de la liga. Está contando con que yo haga el movimiento imprudente.

Respiro hondo. Así que esto es lo que toca. ¿Cómo me defiendo sin perder a Connor y sin perder también todo por lo que llevo luchando toda la vida?

—No hay ninguna fuente oficial —dice el entrenador, mirando hacia la puerta cerrada. O más bien intentando atravesarla con la mirada para ver quién está al otro lado—. Hace unos minutos alguien se lo filtró a la prensa de forma anónima.

—¿Y qué dijo exactamente esa fuente anónima?

—Solo que te encontraron desnudo en la cama con otro hombre al que habías metido a escondidas en la residencia y en tu habitación.

Inclino la cabeza.

—Bueno, eso es mentira.

—Ya —dice el entrenador. Y por su tono me queda claro que sabe la verdad.

—Entonces, ¿qué consecuencias puedo esperar?

No llega a contestar enseguida, porque al otro lado de la puerta estalla un gran revuelo. Se levanta, echa la llave y, al volver al escritorio, se detiene a mi lado, me da dos palmadas en el hombro y se sienta con un suspiro profundo.

—Por mi parte, ninguna. Al menos, no dentro del equipo. Y si alguno de tus compañeros tiene algo que decirte (aunque lo dudo, porque la mayoría te tiene bastante miedo), tendrán que vérselas conmigo.

—Me da igual lo que digan mis compañeros.

Y, en realidad, solo hay un compañero cuya opinión me importa ahora mismo, y es imposible que le moleste que yo sea gay. Por

razones bastante obvias.

El entrenador se ríe.

—No esperaba que te importara.

—Pero en serio, entrenador, ¿cuáles van a ser las consecuencias? Esa fuente «anónima» ha hecho esto por algo.

Saca una botella de *whisky* del escritorio y me ofrece un poco en silencio. Niego con la cabeza. Él asiente y se sirve en una taza de café vacía, aunque sucia.

—Creo que esa fuente espera que salgas huyendo muerto de miedo. Lo cual es una estupidez. A ti no te da miedo nada y cualquiera pensaría que él ya lo sabe a estas alturas.

No es del todo cierto. Lo que más miedo me da es que me echen de la liga. Aun así, asiento.

—También creo que esa fuente espera que esto te haga apartarte del hombre con el que te has estado acostando —añade antes de darle un sorbo al *whisky*.

—Te aseguro que eso no va a pasar.

—Gracias a Dios —dice el entrenador con un suspiro hondo—. No puedo permitirme perder a Connor ahí fuera. Si perdemos o, peor aún, si se lesiona y se pierde lo que queda de temporada, me quedo sin trabajo cuando volvamos al mundo real.

—¿En serio? —pregunto, arqueando las cejas.

Chris lleva más de una década entrenando, y antes fue jugador. Entre una cosa y otra ha ganado cuatro Stanley Cup y una plata olímpica. Es una leyenda de la NHL, igual que el padre de Connor. Supongo que ni siquiera él está a salvo del alcance de Connor Kennedy padre. No sé por qué me sorprende.

Me mira y vuelve a beber de la taza.

—Trabajo bajo el mando de Connor padre desde que el hijo entró en la liga. Mi puesto siempre está en peligro.

—Eso es ridículo. Eres un entrenador excelente.

—Gracias. —Alza la taza hacia mí en una especie de brindis y da otro sorbo. Luego se queda mirándome un momento y añade—: Si te soy sincero, puede que ya haya perdido el trabajo solo por haberte avisado. —Lanza una mirada hacia la puerta. Del vestuario nos llegan muchas voces, aunque ninguna se entiende con claridad.

—Quizá le hayas hecho un favor —digo—. Tenderme una emboscada con la prensa no habría sido una buena idea.

Se ríe otra vez, pero es una risa hueca.

—Pagaría por verte noquearlo.

—Serían los mejores cinco minutos de banquillo de mi vida.

Se termina el *whisky* y vuelve a servirse.

—Si tuviera otra puerta, te sacaría por ahí ahora mismo. —Suspira largamente—. Pero, por desgracia, no la tengo. Y la prensa no va a marcharse hasta que te vea.

—¿Puedo tener un minuto para pensar cómo voy a lidiar con esto?

—Marshal, puedes tomarte todo el tiempo que necesites —dice.

Luego se bebe el *whisky* de un trago, deja la taza sobre la mesa, se levanta, rodea el escritorio y me da una palmada en el hombro antes de dirigirse a la puerta.

Connor

Cuando se abre la puerta del despacho del entrenador, contengo la respiración esperando ver salir a Gavin. Por la expectación que muestran los ojos de mi padre, sé que él también lo espera. Una fugaz decepción cruza su rostro al ver que quien sale es el entrenador Chris y no Gavin.

Mi padre ha estado aguardando este momento a mi lado, disfrutando de cómo la prensa desplegada en la sala va preguntando a todo el equipo qué opina sobre los rumores relacionados con Gavin Marshal.

Bouchard está mirando a mi padre con un odio palpable cuando el entrenador se mete en medio del caos.

—¡Entrenador Chris! —grita uno de los periodistas, plantándole una cámara delante de la cara—. ¿Sabía lo de Gavin Marshal?

Chris permanece erguido y sereno, con las manos en los bolsillos, y responde con un fastidio nada disimulado.

—Yo no suelo controlar con quién se acuestan mis jugadores. No es asunto mío ni vuestro.

—Pero esto es una gran noticia —insiste otro periodista.

—¿De verdad? —lo corta el entrenador—. Creo que todos vosotros estáis buscando una historia donde no la hay. —Señala a su alrededor—. Estos chicos casi han destrozado a Finlandia esta noche. De eso deberíais estar informando, no perdiendo el tiempo con algo que no afecta a los partidos.

Trago saliva. En cierto modo sí que les afecta. Pero no de una forma negativa. Desde que Gavin y yo estamos juntos, jugamos el mejor *hockey* de nuestras carreras. No puede ser casualidad. Sacamos lo mejor el uno del otro, dentro y fuera del hielo.

Miro a mi padre y hago un gesto con las manos hacia la tormenta mediática que ha desatado.

—¿Por qué has hecho algo así? —le pregunto, procurando que solo él me oiga.

Se inclina hacia mí.

—Para doblegarte —dice.

Y en sus ojos y en su voz percibo una oscuridad inconfundible.

Aprieto los puños a los lados del cuerpo. De eso va todo esto. De controlarme. Como si ya no lo hubiera hecho bastante.

—¡Connor Kennedy! —grita un periodista, enfocándose con la cámara—. ¿Crees que es bueno para el equipo que Marshal siga siendo capitán alternativo? ¿No sería mejor que el entrenador Chris eligiera a otro jugador, como Warren o Franklin?

—No —respondo, aflojando la mandíbula, aunque no los puños—. Gavin hace bien su trabajo. Se podría decir que incluso mejor que yo. Él unió a este equipo durante la concentración y va a seguir haciéndolo ahora.

—¡Bouchard! —grita otro—. Tú juegas con Gavin Marshal en Búfalo. ¿Ya sabías algo sobre sus inclinaciones?

—Como ha dicho el entrenador Chris, no es asunto mío con quién se acuesta nadie en este vestuario. —Se desabrocha las hombreras, se las quita y las deja caer al suelo con un estruendo seco—. Gavin Marshal siempre ha tenido mi respeto y va a seguir teniéndolo. ¿Por qué no os largáis, buitres, y buscáis una historia en otra parte? Esto son los Juegos Olímpicos. No debería costaros tanto encontrar una.

Si no estuviera tan pendiente de Gavin y de todos los periodistas y

cámaras que lo acechan, cruzaría la sala ahora mismo para abrazar a Bouchard. Pero no es el único. El resto del equipo también empieza a cerrar filas a su alrededor. La mayoría repite que a nadie le importa que Gavin Marshal sea gay.

Está funcionando. Los periodistas parecen perder fuerza. Pero no soy tan ingenuo como para creer que esto termina aquí. Gavin aún no ha salido. Y mentiría si dijera que no estoy aterrorizado por lo que pueda pasar cuando lo haga. Ojalá pudiera hablar con él. Ojalá pudiera ayudarlo a trazar un plan. Al fin y al cabo, esto es culpa mía. Si me hubiera enfrentado a mi padre hace años, nada de esto estaría ocurriendo. La sexualidad de Gavin seguiría siendo un asunto privado y nosotros podríamos estar juntos tranquilamente. Podríamos estar buscando la manera de hacer que nuestra relación funcionara más allá de los Juegos Olímpicos, en el mundo real, en lugar de intentar contener el incendio aquí.

Gavin no es ningún idiota. Tiene que saber que ha sido mi padre, y que lo ha hecho tras medir muy bien los pros y los contras de revelar la identidad de mi amante, pero no la mía.

La sala se queda en silencio y, por un segundo, soy lo bastante ingenuo como para pensar que los periodistas por fin han decidido marcharse al darse cuenta de que aquí no encontrarán la historia que buscan. Pero entonces veo a Gavin salir del despacho del entrenador.

Todavía lleva los patines puestos, aunque desatados y colgándole flojos de los tobillos. Se ha quitado la camiseta y las hombreras, pero sigue con la parte inferior del uniforme. La Dry Fit que lleva debajo está empapada de sudor. Debe de estar deseando darse una ducha.

Los periodistas se abalanzan sobre él como tiburones. Él se planta delante de ellos con ese aire aburrido e indiferente que, por desgracia para mí, me parece endemoniadamente *sexy*.

—Gavin Marshal, ¿tienes algo que decir sobre las acusaciones de que metiste a un hombre a escondidas en tu habitación?

Él dirige una sonrisa burlona a mi padre.

—¿Quién ha dicho que lo metiera a escondidas?

Trago saliva. No va a delatarme, ¿verdad? No haría eso. Lo más

probable es que solo le esté dejando claro a mi padre que sabe perfectamente que ha sido él. Pero ¿es justo que deje que cargue solo con todo esto?

—¿Estás diciendo que se trataba de otro deportista?

—Lo que digo es que, si yo fuera heterosexual, esto no sería ningún problema, y deberíais tratarlo del mismo modo.

Se sienta y empieza a quitarse los patines.

—¿Crees que esto va a afectar a tu rendimiento? —pregunta otro periodista.

Gavin niega con la cabeza y se ríe. Mira directamente a la cámara.

—Llevo bastante tiempo acostándome con hombres y nunca ha afectado a mi forma de jugar.

La sala vuelve a quedarse en silencio. Sé que le caerá una buena multa por hablar así delante de la prensa, pero no parece importarle.

Se quita el otro patín y los coloca en la taquilla junto con el resto de su equipo. Después levanta la mirada hacia la multitud de periodistas que lo rodea.

—¿Alguien más tiene alguna pregunta ridícula?

—Solo una. —Una periodista da un paso al frente—. ¿De verdad merece la pena arriesgar tu carrera por él?

Gavin la mira fijamente.

—Sí —responde—. Merece la pena.

QUINCE

Gavin

El entrenador echa del vestuario a todo el mundo, excepto al equipo y al padre de Connor, que me mira como si hubiera ganado algo. No lo sé. Quizá sí. Como mínimo, me ha acorralado. Pero no voy a delatar a su hijo para quitarme algo de presión. Incluso si Connor decidiera dar un paso al frente (lo cual, por cómo se muerde el labio inferior mientras me observa desde el otro lado del vestuario, parece estar planteándose), le diría que no lo hiciera. Esto que hay entre nosotros, por maravilloso que sea, tiene fecha de caducidad.

No hay forma de que podamos continuar con esto cuando volvamos a casa. Al menos, no públicamente. ¿Cómo iba a funcionar siendo rivales sobre la pista de hielo? Nadie lo aceptaría. Y menos aún el padre de Connor.

—Escuchad todos. —El entrenador se planta en medio de la sala, aunque todas las miradas siguen clavadas en mí—. Creo que no hace falta decir que esto no cambia nada dentro del equipo. Ignorad a la prensa en todo lo relacionado con este asunto. Si alguno de vosotros acaba soltando alguna estupidez en ESPN, se quedará en el banquillo. ¿Ha quedado claro?

—¡Sí, entrenador! —gritan todos, excepto Connor y yo.

—Bien. Ahora terminad de ducharos. El autobús sale en treinta minutos. Y voy a cancelar el entrenamiento de mañana. Creo que nos hemos ganado una mañana libre.

El entrenador vuelve a entrar en su despacho y cierra la puerta de un portazo. Solo puedo imaginar la cantidad de *whisky* que se está sirviendo ahora mismo. Si yo bebiera, le acompañaría.

Miro a Connor. Sigue mordiéndose el labio. Veo con claridad la guerra que se libra en su cabeza. Tiene el ceño fruncido por la preocupación, formando un surco profundo en el centro. Me gustaría alisárselo con el dedo y luego besarlo con los labios. Pero ahora no

es el momento. No con todos mis compañeros alrededor.

—¿Ya has mirado tu teléfono? —pregunta Bouchard, deslizándose por el banco hasta sentarse a mi lado.

—No. ¿Debería? —Ni siquiera se me había ocurrido.

Se encoge de hombros y no consigue contener una sonrisa.

—Creo que no deberías mirar las redes sociales durante un tiempo. Ni los blogs deportivos. Ni YouTube. Ni ESPN.

—En otras palabras, que no mire el móvil.

Se encoge de hombros otra vez, pero la sonrisa sigue ahí.

—Al menos revisa tus mensajes.

Con cautela, alargo la mano y cojo el móvil de la balda superior de mi taquilla. Está lleno de notificaciones. Pero las más importantes son estas dos.

Alexander Tavish

Que le jodan al cabrón que te haya vendido, pero más te vale no usarlo como excusa para largarte de la ciudad. Quiero enfrentarme a ti en la final, aunque sé que entonces estarás el doble de enfadado. Todos los equipos con los que te cruces a partir de ahora van a morir.

Entrenador Matthews

Estás jugando un *hockey* increíble. No dejes que esto te distraiga. Y no te preocupes, siempre tendrás un sitio en la plantilla aquí en Búfalo. Te apoyamos.

Leer esos mensajes refuerza mi determinación. Lo que ha hecho Connor padre no significa nada. Al menos, no para mí. Aunque creo que, en el fondo, lo hizo más para controlar a Connor que para herirme a mí. Joder mi existencia privada y escurridiza solo ha sido un beneficio extra.

Connor

Llevo horas deseando quedarme a solas con Gavin en nuestra habitación. Pero la prensa sigue esperando fuera del vestuario, por supuesto, y eso impide que lleguemos al autobús con rapidez. Con Gavin al frente, el equipo se abre paso con la cabeza alta, evitando

mirar a nadie. Una vez dentro del autobús, soltamos un suspiro de alivio colectivo. Pero la tensión sigue ahí, pegada a todos nosotros, y el silencio se instala mientras el vehículo se aleja del estadio.

Todo el equipo se ha visto sacudido por esto. Evidentemente, no en la misma medida que Gavin, pero todos estamos sintiendo las consecuencias de vernos envueltos en un escándalo innecesario. Somos deportistas. Hemos venido aquí a jugar al *hockey* y a ganar la medalla de oro. Ninguno de nosotros estaba preparado para lidiar con la salida del armario de un compañero gay.

Gavin está sentado a mi lado, con la mirada perdida en la ventana. Veo su reflejo en el cristal. Parece incapaz de ver nada más allá del borrón de las calles mientras cruzamos la ciudad de vuelta a la residencia. Sus oscuros ojos parecen agotados. Una vez más, percibo destellos del Gavin de dieciséis años que conocí hace tanto tiempo.

Deslizo la mano entre nuestros asientos y busco la suya, que descansa sobre su muslo. Entrelazo mi meñique con el suyo y uno nuestras manos. Él tira un poco de mi dedo y luego cambia la posición para colocar la suya sobre la mía y apretarla. Le devuelvo el apretón, intentando recordarle que no está solo. Afrontaré con él todo lo que venga, tan en silencio o tan ruidosamente como quiera.

Cuando el autobús se detiene frente a nuestro edificio, Gavin me da un último apretón antes de soltarme la mano.

—Joder —murmura, sin apartar la mirada de la ventana.

Hay más prensa y cientos de aficionados esperando fuera para verlo.

Aunque quizá «aficionados» no sea la palabra adecuada. Es cierto que algunos lo animan y que podemos oírlos a través del cristal. Pero bajo ese mar de vítores corre un murmullo de abucheos, constante y desagradable.

Bradley Warren se gira en el asiento de delante y mira directamente a Gavin.

—No les hagas caso —dice, y luego extiende el puño para que Gavin lo choque.

Gavin lo hace. Después se levanta, hace girar el cuello y echa los hombros hacia atrás. Me aparto para dejarle paso. Ha dejado muy

claro que no piensa quedarse atrás ni en medio del grupo. Va a ir al frente, en el centro, y no le va a dar a nadie lo que quiere, que es verlo perder los nervios. Erguido y orgulloso, baja del autobús, se abre paso entre la multitud y entra directamente en el edificio con la cabeza alta y la mirada vacía.

No se relaja hasta que entramos en el ascensor. Los hombros se le hunden un poco y la espalda deja de estar rígida.

Bouchard se acerca, se coloca frente a él y apoya su frente contra la de Gavin. Como jugador de *hockey*, estoy acostumbrado a ver esta muestra de afecto, pero suele hacerse con los cascos puestos. Sin ellos resulta mucho más íntima. Sin moverse, sin apartar la mirada, Bouchard le habla en voz baja.

—¿Estás bien?

Gavin asiente.

—Estoy bien.

Bouchard le da dos golpes con el puño en el pecho y luego se vuelve justo cuando las puertas del ascensor se abren en la octava planta. Salimos todos y dejamos que el ascensor vuelva a bajar a por el resto del equipo, que ha tenido la delicadeza de dejar subir primero a Gavin mientras ellos hacían guardia en silencio.

El trayecto por el pasillo se me hace eterno. El corazón me late con fuerza en la garganta. Lo oigo en los oídos. Lo único que hará que se calme será quedarme a solas con Gavin y hacer lo único que llevo queriendo hacer desde que empezó esta pesadilla. Besarle y decirle que él también merece la pena para mí.

—¿Tienes hambre? —me pregunta mientras busca algo en el teléfono en cuanto cerramos la puerta.

Me sobresalto. Es lo último que esperaba oír.

—La verdad es que no —respondo—. Pero puede que sea porque mi estómago sigue tirado en el suelo del vestuario, donde lo dejé hace una hora.

—Entonces, más para mí —dice con una risa breve. Pulsa varios botones y se lleva el teléfono a la oreja—. Voy a pedir una pizza para los dos. ¿Te parece bien?

—Supongo que sí. —Levanto las manos y lo miro fijamente mientras espera a que alguien responda al otro lado de la línea. Me

estoy comiendo con los ojos ese rostro tan escandalosamente atractivo—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo ahora mismo? ¿Por qué no estás furioso? ¿Por qué no estás gritando? Yo lo estaría.

Cuando termina el pedido, arroja el teléfono sobre la cama y me mira.

—¿Qué?

—¡¿No vamos a hablar de lo que acaba de pasar?! —grito, exasperado, no con él, sino con el mundo. Con mi padre.

—Ven aquí —dice, acercándose a mí y rodeándome con los brazos. Aspira hondo el olor de mi pelo.

—Esto no es hablar —le susurro al oído.

—Lo sé. Es grabarte en mi memoria.

El pánico se apodera de mí.

—¿Memoria? ¿Por qué?

Me aprieta más fuerte y vuelve a inhalar.

—Cuando esto empezó, sabíamos que no podía continuar después de los Juegos Olímpicos.

—No, no lo sabíamos —digo con la voz quebrada.

Última hora: mi estómago perdido ha aparecido y ahora se ha instalado en mi garganta.

—Sí, lo sabíamos. —Se aparta un poco, retira una mano de mi espalda y la desliza por mi hombro hasta llegar a mi cara. Me la sostiene con firmeza para obligarme a mirarlo a los ojos. Sus ojos marrones vuelven a mostrarse tristes, solitarios y, sobre todo, heridos. No esconden nada—. Nos quedan diez días más así —dice, acariciándome el labio con el pulgar—. Y pienso aprovecharlos al máximo. Espero que tú también.

Me aparto de él.

—Pero dijiste que yo valía la pena.

—Y la vales —dice, agarrándome del brazo para atraerme de nuevo hacia él—. Pero yo no.

Me dejo caer en el suelo, al lado de nuestra improvisada cama.

Él se sienta conmigo y me rodea los hombros con un brazo, acercándose a su costado. Apoyamos la espalda en el horrible armazón de madera de la cama.

—Eso no es verdad —le digo.

—Sí lo es, Connor. Tú tienes mucho más que perder que yo.

—Pero no puedo perderte. —De pronto agradezco que ya no estemos mirándonos, porque los ojos empiezan a escocerme. Los cierro con fuerza, intentando contener las lágrimas.

—Cariño —dice con una risa suave, más tierna de lo que ahora mismo puedo soportar—, vamos a perdernos de todos modos.

—No tiene por qué ser así —insisto, porque lo creo de verdad—. Podemos hacer que funcione. Podemos tener una relación a distancia y pasar los veranos juntos.

—Y luego volver a separarnos en otoño. —Hace una pausa e inspira hondo—. Connor, créeme cuando te digo que es tentador. Mucho. Pero no es suficiente. Y en nuestro caso sería imposible. ¿Cómo íbamos a soportar jugar el uno contra el otro?

—¿Y cómo vamos a soportarlo de todos modos? —pregunto, perdiendo la batalla contra las lágrimas acumuladas. Me seco deprisa con el dorso de las manos—. ¿De verdad crees que importará que hayamos roto o no?

El suelta una risa triste y entrecortada, y luego sorbe por la nariz.

—Puede que no.

—Entonces nos debemos a nosotros mismos intentarlo. —Me vuelvo hacia él y me subo a sus piernas para sentarme a horcajadas en su regazo. Le sujeto la cara con ambas manos y aprovecho que así puedo mirarlo desde arriba—. Prométeme que no te rendirás. Dime que lo intentarás. Podemos hacer que funcione.

Él sonríe y noto que me arden las mejillas. Me acaricia la piel. Me recorre el pómulos con el pulgar y luego me pasa el nudillo por debajo de los ojos.

—Podemos intentarlo —dice, rodeándome la cintura con los brazos. Me atrae hacia él y me besa.

Sonrío cuando nos separamos, pero sigo sin sentirme tranquilo. No se equivoca. Todo se va a volver mucho más difícil cuando regresemos al mundo real. La distancia. Los viajes. Los problemas dentro del equipo. Las eliminatorias. Mi padre. Las consecuencias de que Gavin haya salido del armario.

Es como si me leyera el pensamiento.

—Prométeme una cosa —dice.

—Lo que sea.

—No se lo digas a nadie. Al menos, no por ahora. Mantengamos esto entre nosotros hasta el final de la temporada. Démonos una oportunidad de hacer que funcione antes de que la prensa lo descubra.

Asiento. No me gusta, pero sé que tiene razón. Si yo resultara ser el hombre misterioso del que todo el mundo habla, estaríamos cavando nuestra propia tumba. La prensa se daría un festín y el estrés, sumado al hecho de vivir bajo un microscopio todavía más grande, nos condenaría incluso antes de empezar. Por muy bien que jugáramos, aunque ganáramos el oro, esta sería la única historia que le importaría a todo el mundo. No tendríamos un período de adaptación tranquilo para encontrar nuestro camino. Y eso sin contar la tormenta de mierda que se nos vendría encima con respecto a mi padre.

Los ojos vuelven a escocerme por la frustración. Gavin me pasa otra vez los nudillos por la piel de debajo.

—No tiene por qué ser para siempre —dice—. Podemos hacer un plan para que salgas del armario como mi novio cuando estés listo.

Oírle llamarme «su novio» me arranca una tímida sonrisa.

Me acaricia la mejilla con un dedo.

—Eres adorable —dice, sonriendo con la misma timidez que yo—. Sabes que no puedo resistirme cuando te sonrojas.

Pongo los ojos en blanco.

—No juegas limpio.

—¿Ah, no?

—Sabías lo que iba a pasar en cuanto me llamaras «tu novio».

Gavin

—Quizá. —Me encojo de hombros y le dedico una sonrisa culpable—. Y volveré a hacerlo.

Lo atraigo hacia mí para besarlo otra vez. Esta vez despacio, durante mucho tiempo, saboreando el gusto de la fruta prohibida

que representa. Es una pésima idea. Debería haber dicho que no. Pero no he podido. No con la forma en que me miraba, con toda esa esperanza y todo ese fuego en los ojos. Me he derretido. Igual que él se derrite en este beso.

Le rodeo la espalda con una mano y uso la otra para impulsarnos y levantarnos del suelo. Lo tumbo sobre la cama, acomodándole la cabeza en las almohadas, y me coloco encima de él. Busco la única parte de su cuerpo que ahora mismo está dura. Su polla. Froto la mía contra la suya e intento no frustrarme por todas las capas de ropa que nos separan y me impiden sentir su piel contra la mía.

—¿Sabes lo perfecto que eres? —pregunto.

—No soy perfecto —responde.

—Lo eres —repito, antes de inclinarme para besarle el cuello.

Tendría que serlo para que yo estuviera dispuesto a arriesgarlo todo. Lo he pensado bien. Esto no va a terminar bien para ninguno de los dos. Lo más probable es que acabemos rompiéndonos el corazón.

—Podemos hacer que esto funcione —dice Connor—. Quiero hacerlo por nosotros.

Me pone una mano en el hombro y me empuja para apartarme de él. Luego hace palanca y nos da la vuelta. La verdad es que me dejo hacer, en lugar de usar mi fuerza para mantenerlo atrapado debajo de mí.

—Quiero hacer esto por ti —dice.

Empieza a deslizarse por mi cuerpo. Cuando llega a la hebilla de mi cinturón, la desabrocha y luego hace lo mismo con el botón de mis pantalones.

Levanto una ceja.

—¿Seguimos hablando de darle una oportunidad a esta relación?

—Sí. —Sigue concentrado en sacar mi polla de su encierro.

Me apiado un poco y levanto las caderas para facilitarle la tarea de bajarme los pantalones. Cuando mi erección queda al descubierto, la rodea de inmediato con la mano y baja la cabeza para lamer la punta.

—Joder —gimo—. Si hubiera sabido que esto era lo que pasaría por llamarte «novio», lo habría hecho en Las Vegas.

Su piel se sonroja y me mira con mi polla todavía en su boca. Se me corta la respiración. El poder que tiene sobre mí en este instante, mientras parece tan vulnerable, es digno de análisis. Es casi insoportable.

Le acerco una mano a la cara y deslizo el pulgar por su piel. Siento mi polla dura contra su mejilla.

—Eres tan bueno —digo cuando recupero algo de aire—. Demasiado bueno.

Le paso la mano por el pelo y entrelazo los dedos entre sus sedosos mechones mientras vuelve a ocuparse de mí con la mano y la boca. Siempre he sido un hombre con control sobre su cuerpo, pero ahora mismo, si sigue así, voy a correrme antes de estar listo siquiera. Antes de haber tenido ocasión de devolverle el favor.

—Quítate la ropa —ordeno.

Aparta los labios de mi polla, aunque sigue acariciándome con la mano.

—No. Esto es para ti.

Me río mientras una ola de placer me recorre el cuerpo.

—Si esto fuera de verdad para mí, te bajarías los pantalones y te subirías aquí para sentarte a horcajadas sobre mi cara.

Sus ojos se abren de golpe, como si esa posibilidad no se le hubiera ocurrido. Con la mano libre, empieza a liberarse torpemente de los pantalones.

Cuando su polla queda al descubierto, se me hace la boca agua. Eso es exactamente lo que quiero. Le hago un gesto para que se acerque y lo ayudo a colocarse hasta que sus piernas quedan a ambos lados de mi cabeza y su erección, suspendida sobre mi boca. Lamo la punta, recogiendo con la lengua la gota de líquido preseminal que se ha acumulado en la hendidura.

Connor jadea.

—No es justo.

—¿Qué es lo que no es justo? —pregunto, y vuelvo a lamerle la punta.

—Quería hacer esto por ti. Quería que supieras que estamos juntos en esto.

—¿Crees que no lo sé?

Está loco si cree lo contrario. Por la forma en que me ha mirado desde que salí del despacho del entrenador Chris, sé que está dispuesto a todo por mí. Solo tendría que darle luz verde y él se lanzaría de cabeza a las llamas que ha encendido su padre.

Pero no quiero que lo haga. Quiero que se proteja. Todavía no es demasiado tarde para él. No necesita meterse en este lío. Al menos, no públicamente.

—Connor. —Le coloco las manos en la cintura y lo inclino hacia delante para que sus labios rocen mi polla, que está dura como una piedra. Vuelve a rodearla con la mano y empieza a moverla—. No tienes que demostrarme nada.

Deslizo las manos por su cuerpo hasta sus caderas y luego uso mi fuerza para bajarlo, guiando su polla hasta mi boca abierta y expectante. La tomo por completo, aspirando el olor del suave vello de la cara interna de sus muslos. Lo mantengo ahí con las manos mientras hago girar la lengua alrededor de su duro miembro.

Al final él vuelve a meterse mi polla en la boca. Esta vez no puedo contenerme. Mis caderas empiezan a moverse. La forma en que desliza la mano arriba y abajo por toda mi extensión y el calor húmedo de su boca son una locura. No hay nada tan bueno como esto.

Saco su polla de mi boca para gemir.

—Joder, Connor. Qué bien se te da esto. Así. Justo así.

Él hace vibrar los labios alrededor de mi polla. Yo empujo más fuerte y más rápido, persiguiendo el orgasmo. Estoy cerca. Pero antes tengo que llevarlo a él también hasta el límite. Así que vuelvo a meterle la polla en la boca y me concentro. Con cada giro de mi lengua sobre la punta de su miembro, gime. Y, finalmente, sus caderas también empiezan a moverse, frotándose contra mi cara.

Con una mano, lo animo a ir más deprisa. Él obedece y se deja llevar. No tarda en llenar mi lengua con el sabor salado de su líquido preseminal, y en cuanto lo trago, se corre en mi boca. Caliente, espeso y delicioso. La piel se me enciende mientras me lo trago hasta el final y, en cuanto termina, gimo en su polla, que ya está menos dura, y me corro en su boca hambrienta.

Connor

Lo único que puedo pensar mientras trago su semen es que sabe increíble. Empiezo a entender por qué está tan obsesionado con lamirme hasta dejarme limpio.

Me sujeta por las caderas y me da la vuelta para dejarme boca arriba. Después se coloca encima de mí. Desde aquí veo cómo la lujuria se le va apagando tras el orgasmo y deja paso a un afecto profundo que vuelve pesados sus ojos.

—¿Qué me has hecho? —pregunta, y luego me besa con pasión.

Me recorre un escalofrío al imaginar que los restos de nuestras eyaculaciones se mezclan en nuestras lenguas.

—¿Que qué te he hecho? —pregunto—. ¿Qué me has hecho tú a mí? Estoy jodido.

—No —dice con severidad—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Sonrío y vuelvo a mirarlo a los ojos, esperando encontrar en ellos su felicidad. En cambio, veo tristeza. Levanto la mano y le acaricio la mejilla con la palma. Él cierra los ojos y se inclina hacia mi caricia. Cuando vuelve a abrirlos, la tristeza ha desaparecido y me sonrío con ternura.

En algún lugar de la cama, a nuestro lado, suena su teléfono. A tientas, lo busca y lo encuentra cerca de mis rodillas.

—Lo más probable es que sea el repartidor de pizza —dice en cuanto lo coge.

Me da otro beso y luego mira la pantalla. Me agarra con el otro brazo, nos levanta a los dos de la cama y nos pone en pie con un movimiento rápido.

—¡Mierda!

—¿Qué? —pregunto, sintiendo cómo el pánico vuelve a invadirme. ¿Y si es otro rumor sobre él? ¿Y si mi padre ha vuelto a decir algo? ¿Y si alguien que conocemos me ha delatado? Acabamos de prometer que lo intentaríamos y sería una crueldad que ahora pasara algo así—. Gavin, ¿qué ocurre?

Me sonrío.

—Mi padre. Está de camino.

DIECISÉIS

Gavin

—Papá, ya está todo arreglado, y así es más fácil —le digo por teléfono desde mi asiento en el vestuario—. Sí, sé que lo odias, pero, por el amor de Dios, súbete al maldito coche. —Me froto la frente—. Él tiene tu entrada... No, no están en primera fila. Te he conseguido unos asientos baratos. Lo más probable es que haya una viga delante de ti... Lo único que tienes que hacer es venir... Está bien. Nos vemos después del partido.

Connor se ríe entre dientes al otro lado del vestuario y niega con la cabeza.

—¿Se ha subido ya al coche?

—Más le vale —refunfuño.

Mi padre debe de ser el único hombre del planeta que se resiste a que un coche de lujo lo recoja gratis en el aeropuerto y lo lleve directamente al partido de *hockey* de su hijo en unos Juegos Olímpicos.

—Vendrá —dice Connor mientras se pone las hombreras.

—Lo sé. —Y así lo creo. Le di al conductor instrucciones muy claras de que lo metiera en el coche y lo trajera al estadio atado con bridas si hacía falta.

Sacudo la cabeza, sonriendo para mis adentros, guardo el teléfono y vuelvo a concentrarme en atarme los patines. Solo quedan quince minutos para que salgamos a la pista a calentar. Con un poco de suerte, mi padre llegará antes del primer saque.

Ahora que he colgado, no puedo evitar fijarme en lo silencioso que está el vestuario. Miro a mi alrededor. Todos tienen ya esa cara de guerra que aparece justo antes de saltar al hielo, y la mayoría parecen listos para arrasarlo todo. Letonia está a punto de ser destrozada ahí fuera. Han sido veinticuatro horas larguísimas, no solo para mí, sino para todo el equipo. Creo que puedo decir, sin

miedo a equivocarme, que a todos nos encantaría darle al mundo del deporte algo de lo que hablar que no tenga nada que ver con quién me llevo a la cama. No solo necesitamos una victoria. Necesitamos cambiar el relato. Porque el actual, repetido una y otra vez en todos los canales deportivos, es una auténtica mierda.

«¿Toda la rabia que he mostrado en la pista se debía a que no había salido del armario?».

No.

«¿Mi presencia en el vestuario arruinará la dinámica de los Blizzards?».

No.

«¿Revelar mi orientación sexual empaña los Juegos Olímpicos?».

Lo más probable es que sí, pero no me importa. No soy ni mucho menos el primer deportista gay que pisa una pista de hielo en unos Juegos. Es como si todo el mundo se hubiera olvidado de que existe el patinaje artístico masculino.

Al final, Bouchard rompe el silencio.

—Sabes lo que necesitamos, ¿no? A un esquiador loco que se marque un cuádruple salto mortal hacia atrás o alguna barbaridad así.

Me giro en mi asiento para mirarlo.

—Lo dices como si tu loco trasero no se ganara la vida recibiendo discos a ciento treinta kilómetros por hora.

Me dedica una sonrisa.

—Lo dice el tío que se gana la vida patinando a toda velocidad contra hombres adultos. Lo cual... —se encoge de hombros y una expresión curiosa le cruza la cara— ahora que lo pienso, quizá te guste más de lo que creía.

—Vete a la mierda. —Me río y le lanzo un rollo de cinta de *hockey*. Lo atrapa al vuelo y me lo devuelve.

Max Franklin levanta la mano desde donde está sentado al otro lado del pasillo.

—Como víctima de los placajes de Gavin, puedo confirmar que el loco no es Bouchard. El año pasado me hizo plantearme la jubilación.

—Estoy de acuerdo —dice Nichols—. Después de que mi equipo

jugara contra los Blizzards en Navidad, fui incapaz de recordar mi cumpleaños durante una semana.

—Estáis exagerando —digo—. No pego tan fuerte.

Connor me mira y arquea una ceja.

—No te hagas el inocente, rey de las sanciones.

Le sonrío con sorna. En eso no le falta razón.

—¡Eh, eh! —interviene el entrenador Chris.

Levanto la mirada y me lo encuentro mirándome fijamente.

—No te preocupes. Tengo una botella de agua ahí con tu nombre. Solo asegúrate de que cada minuto que pases esta noche en el banquillo le cueste más a Letonia que a nosotros.

Asiento y termino de vestirme.

Connor

Este partido habría sido una carnicería incluso aunque Gavin no hubiera acabado expulsado. Letonia juega sucio. Todos lo sabemos y, en un día normal, podría habernos ganado. Pero hoy no. Nuestro equipo está cabreado y Letonia, por pura mala suerte, se ha convertido en nuestro saco de boxeo.

Y eso les está saliendo caro.

Siguen intentando golpear a Gavin entre las piernas con las cuchillas de los palos y ya lo he visto recibir dos veces un golpe en las costillas con el mango. Él mantiene la calma. Bueno, toda la calma que puede mantener alguien como Gavin, que en este momento está provocando a un delantero letón gigantesco mientras se abre paso por la pista.

No oigo lo que le dice el jugador letón, pero veo cómo Gavin se agacha lo justo para embestirlo con el hombro. El golpe es brutal. El otro patinador cae al hielo y los árbitros pitan de inmediato, justo cuando Gavin y otro letón se arrancan los guantes. Los árbitros los separan antes de que la pelea estalle de verdad y se llevan a cada uno en una dirección distinta.

—¡Repítelo! —grita Gavin desde el otro lado de la pista—. Repítelo

una vez más y te dejo elegir con qué mano te reviento.

Trago saliva.

Empiezo a entender por qué a Gavin le preocupa que tengamos que jugar el uno contra el otro cuando todo esto termine.

Porque ahora mismo estoy cachondo.

El jugador letón responde con un gesto obsceno, simulando una paja con la mano.

—Sí, eso es justo lo que debería haber hecho tu padre en vez de engendrarte —le suelta Gavin desde el área.

Paso patinando junto a él y le guiño un ojo antes de colocarme para el siguiente saque.

Gavin

¡Ah, sí! Mi hogar. Qué bien se está aquí.

Este partido es exactamente lo que necesitaba para liberar el exceso de energía y la rabia que todavía llevo dentro. Me fastidia admitirlo, pero esto está funcionando mejor que el sexo que tuve anoche con Connor.

No es que el sexo no fuera bueno. Lo fue. Increíble, incluso. Pero con Connor no puedo soltar esta furia acumulada. Para eso está el hielo. Para eso están los giros afilados y profundos sobre una superficie lisa e impecable. Para eso está destrozar al equipo contrario hasta borrarlo del mapa. Casi siento lástima por ellos.

Casi.

Siguen siendo Letonia y todos los tíos de ese equipo son unos capullos, pero no tenían ni idea de dónde se estaban metiendo cuando han salido a la pista.

Seguramente pensaron que sería una victoria fácil. Que nos distraería la tormenta de mierda que ha provocado mi salida del armario. Quizá contaban con que mi homosexualidad abriera una grieta en el equipo. Se equivocaban. Si acaso, nos ha unido todavía más. Nadie tiene ganas de aguantar más basura.

De hecho, tanto Max Franklin como Bradley Warren ya han

recibido varios minutos de penalización por callar a sus rivales con golpes de palo y placajes demoledores. Y Letonia no ha conseguido aprovechar ni una sola superioridad numérica. Bouchard está centradísimo esta noche. Poseído de una forma que no le había visto nunca.

Connor

Ni siquiera es un partido ajustado. Estamos llegando al final del tercer período y ya hemos marcado seis goles. Letonia no ha metido ni uno. Tal y como están las cosas, a Bouchard le quedan cuatro minutos para asegurarse la primera victoria por blanqueada de estos Juegos Olímpicos. Está concentrado y bloquea tiros con la misma tenacidad con la que el resto bloqueamos los chistes homófobos de los jugadores letones.

Bouchard hace otra parada impresionante con el guante y lanza el disco al hielo. Giramos dentro de nuestra zona defensiva mientras los árbitros preparan otro saque.

Miro a Gavin, que está frente a mí en el círculo. Tiene la cara enrojecida por el esfuerzo y el pelo oscuro, empapado en sudor, se le escapa por los lados y por la nuca del casco. En el hombro de la camiseta lleva una mancha de sangre.

No es suya.

Es del delantero letón que creyó que llamar maricón a Gavin era una buena idea.

En general, Gavin lo ha hecho bastante bien esta noche. Sí, romperle un diente a ese jugador le costó una segunda expulsión, pero, tal y como pidió el entrenador, a Letonia le salió bastante más caro que a nosotros, porque su delantero estrella no ha vuelto a pisar el hielo desde entonces.

El árbitro levanta la mano y todos nos preparamos. Cuando deja caer el disco, gano el saque y lo saco del círculo directo hacia Max Franklin. Salimos disparados por la pista, con Gavin detrás de mí, cubriéndome cada vez que intento avanzar con el disco. Cuando nos

acercamos a la portería de Letonia, veo la oportunidad. Giro hacia la izquierda y le dejo espacio para moverse por mi derecha. Lo miro. Le guiño un ojo. Luego le paso el disco.

Gavin lo coloca justo en el hueco que el portero ha dejado abierto en el lado derecho de la portería al creer que yo iba a tirar hacia la izquierda.

La luz roja se enciende. Suena la bocina.

Gavin se vuelve hacia mí con los brazos alzados por encima de la cabeza y una sonrisa enorme, brillante, de pura euforia.

Ahora mismo me muero por besarlo.

Gavin

Cuando salgo de la pista al final del partido, sigo alucinando con haber marcado ese gol. Connor me lo puso facilísimo. Era imposible fallar. Todo el mundo está como loco y yo también estoy radiante. Ha sido una noche increíble. Esta victoria es justo lo que necesitábamos.

El equipo entero está eufórico. Gritamos, nos empujamos, nos damos palmadas en la espalda, chocamos hombros y nos abrazamos en broma mientras recorremos el túnel que lleva al vestuario.

—¡Un partido menos! —grita Bradley Warren, chocando la mano con Connor al pasar.

—¡Letonia no ha tenido ninguna opción esta noche! —dice Max Franklin, revolviéndole a Bouchard el pelo sudado con la mano enguantada.

—¡No solo Letonia! —añade Connor—. ¡Podemos ganar estos Juegos!

Bradley le sonríe.

—Eso es lo que quiero oír —dice, y le golpea el casco con el suyo antes de sentarse delante de su taquilla.

—¡Así se hace, chicos! —grita el entrenador cuando entramos en el vestuario.

Una vez estamos sentados, levanta el disco del partido.

—Todos os lo merecéis, pero voy a dárselo a Bouchard. —Se lo lanza y él lo atrapa—. Ha sido una actuación increíble.

—Gracias, entrenador —responde Bouchard, inclinando la cabeza en agradecimiento por el reconocimiento y por los aplausos, vítores y gritos del resto del equipo.

Se pone en pie, levanta el disco para que todos lo vean y niega con la cabeza.

—Pero no me lo merezco.

El equipo empieza a protestar. Él alza una mano pidiendo silencio y cruza el vestuario en mi dirección.

—Esto es para ti, amigo.

Niego con la cabeza.

—Lo único que he hecho ha sido ganar un par de peleas y romperle un diente a un tío.

—Y marcar un gol. Seguro que es la primera vez que te pasa.

Sonriendo, le doy un puñetazo en el brazo.

—Sabes que eso no es verdad.

—Quédatelo —le digo antes de abrazarlo—. Es tuyo.

Los vítores de mis compañeros dejan claro que están de acuerdo. Cada uno encuentra su manera de felicitarlo mientras vuelve a su sitio para quitarse el equipamiento. Ese disco se lo ha ganado. Los partidos en los que el rival no marca ni un solo gol ya son raros de por sí. Uno como este, todavía más.

—Siento interrumpir la fiesta —dice el entrenador—, pero ya sabéis cómo funciona esto. La prensa estará aquí en cinco minutos.

—Me mira directamente—. Marshal, ven a mi despacho.

—¿Por qué? —Me río, todavía sonriendo de oreja a oreja por la victoria—. Ya me han descubierto. ¿Qué más puede pasar?

Él me devuelve la sonrisa.

—Hay alguien ahí dentro que quiere verte.

Me levanto enseguida y voy hacia la puerta. El entrenador ya me hizo un gran favor ayudándome a conseguir unas entradas para mi padre. Debería haber imaginado que también encontraría la forma de colarlo en el vestuario después del partido.

—Buen partido, chico —dice mi padre cuando entro en el despacho. Se acerca a mí y me envuelve en un abrazo fuerte—.

Joder, qué alegría verte jugar.

DIECISIETE

Connor

El padre de Gavin, Garrett, se parece muchísimo a él. Me cae bien desde el primer instante. Tienen la misma altura, la misma complexión, los mismos ojos marrones oscuros y el mismo pelo largo y espeso. Podrían pasar por gemelos si no fuera evidente que entre ambos hay décadas de diferencia. El rostro de Garrett Marshal está surcado por arrugas profundas. Su barba, más tupida, más larga y bastante menos cuidada que la de Gavin, está salpicada de canas. Lo más llamativo es que, aunque tiene la misma envergadura que su hijo, posee el físico de un padre y no el de un deportista profesional. También es más brusco que Gavin. No creía que eso fuera posible, pero resulta fácil ver que, a pesar de esa brusquedad, adora a su hijo. No deja de darle palmadas en el pecho cada vez que alguien elogia su forma de jugar o le pregunta si siempre ha sido así de fuerte.

Pero cuando los periodistas bajan al vestuario, queda clarísimo en qué se parecen más. Garrett Marshal no está dispuesto a contestar ni una sola de sus preguntas. Se coloca detrás de Gavin con los brazos cruzados sobre el pecho, tapando parte del logotipo del equipo estadounidense de la camiseta oficial que lleva puesta, una con el nombre y el número de Gavin en la espalda.

—¿Crees que tu reputación de matón es un buen ejemplo para los jóvenes homosexuales? —pregunta uno de los periodistas.

—Qué interesante —responde Gavin, impasible—. Todos me hicisteis la misma pregunta cuando me seleccionaron para este equipo en enero, solo que entonces os preocupaba la influencia que pudiera tener sobre todos los chicos, no solo sobre los homosexuales. Mi respuesta sigue siendo «no». El ejecutor tiene un papel importante en cualquier equipo. Da igual la sexualidad de quien ocupe ese puesto.

—¿Y qué pasa con los entrenadores de la liga que preferirían prescindir de jugadores como tú? —pregunta otro periodista—. ¿Te preocupa que utilicen tu sexualidad como excusa para echarte de la liga?

Gavin entrecierra los ojos.

—Les reto a que encuentren la página del reglamento donde dice que follar con hombres significa que no puedo jugar al *hockey*.

Detrás de él, Garrett Marshal esboza una sonrisa amenazadora. Ya he visto esa mirada antes. Muchas veces. En su hijo, sentado en el banquillo de castigo, esperando a que lo suelten para terminar sobre el hielo lo que ha empezado. Y surte efecto. Todos los periodistas dan un pequeño paso atrás.

Sin embargo, eso no los detiene. Ahora las preguntas empiezan a repartirse por el resto del equipo. Al otro lado del vestuario, veo a Bouchard respondiendo con su habitual descaro a las preguntas sobre su increíble actuación de esta noche. Es sociable por naturaleza, pero incluso para él esto ya es demasiado. Aun así, está haciendo todo lo posible por desviar la atención de Gavin. Le hago un gesto de agradecimiento con la cabeza.

Un instante después, una cámara aparece delante de mí y un periodista me planta un micrófono en la cara.

—Podrías haber marcado ese último gol y completar un triplete, pero preferiste pasarle el disco a Gavin Marshal. ¿Alguna razón en particular?

Me paso la mano por el pelo y le dedico mi mejor sonrisa.

—No jugamos de forma egoísta. Él estaba ahí y tenía la portería a tiro. Así de sencillo.

—A Gavin Marshal no se le conoce precisamente por ser un goleador. ¿Merecía la pena arriesgarse?

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco. ¿Quién es este tío? ¿Un amigo de mi padre? Pero en vez de morder el anzuelo y enfadarme, me río por lo bajo y vuelvo a apartarme el pelo de la frente.

—Ganábamos por seis goles y, aunque no hubiera sido así, se lo habría pasado igual. Él tenía un mejor tiro —respondo.

El periodista acepta mi respuesta, pero no se va.

—Quedan cuatro partidos. ¿Crees que podéis mantener esta energía hasta ganar el oro?

—Sí —respondo con seguridad—. Este es un equipo de élite. Todos estamos jugando con el alma.

—¿Las revelaciones sobre Gavin Marshal no te han distraído?

Ahora sí que me enfado. Siento cómo se me dilatan las fosas nasales, pero me obligo a relajarme enseguida, porque detesto hacer cualquier cosa que me recuerde a mi padre. A diferencia de Gavin, que obviamente recibió una buena influencia del suyo, yo llevo toda la vida intentando no convertirme en el mío.

Respiro hondo. Pienso en Gavin. Y entonces respondo como si en realidad estuviera hablándole a mi padre a través de la cámara. Lo más probable es que esté en su palco viendo esto, estrechando manos de leyendas del *hockey* y dignatarios de medio mundo.

—Las revelaciones que se han hecho sobre Gavin nos han convertido en un equipo más fuerte. No hay ni un solo jugador en esta pista que lleve la camiseta de Estados Unidos y no esté dispuesto a recibir un golpe por él. Quienquiera que haya hecho esto se ha metido con el equipo equivocado.

Cuando termino, cruzo la mirada con Gavin. Él sonríe, asiente una vez y se inclina para terminar de desatarse los patines.

Gavin

—Me caes bien —dice mi padre, pasándole a Connor un brazo por los hombros.

La sonrisa de Connor es tímida y radiante a la vez, como si estuviera contento por haber causado una buena impresión, pero demasiado humilde para volverse arrogante por ello. Todavía no he tenido ocasión de explicarle a mi padre lo que Connor significa para mí, pero me alegra ver que se llevan bien.

La verdad es que mi padre se lleva bien con todo el mundo. Y ahora que ya estamos todos duchados y hemos arrastrado al equipo entero hasta un palco privado para ver el partido entre Canadá y

Alemania que han programado después del nuestro, por fin podemos celebrarlo como toca.

Le pido al camarero dos botellas de zarzaparrilla y una cerveza, y después me acerco a Connor y a mi padre. Se las entrego y ambos las aceptan.

—No puedo creer que sea hijo de ese gilipollas de Kennedy —dice mi padre tras apartar el brazo de los hombros de Connor y darle un trago a su zarzaparrilla.

Connor y yo nos reímos.

—Sin ánimo de ofender —añade mi padre, chocando su botella con la de Connor.

—No pasa nada —responde Connor antes de dar un sorbo a su cerveza—. Nadie es más consciente que yo de lo gilipollas que puede llegar a ser.

—En serio, Connor —dice Bouchard acercándose a nosotros—. ¿Cómo puedes jugar para ese hombre?

Connor se encoge de hombros.

—No es que haya tenido mucha elección.

—¿Cuándo termina tu contrato? —pregunta Bouchard.

—Nunca —responde Connor con una risa amarga—. Pero, en teoría, al final de la próxima temporada. Aunque sé que mi padre me presionará este verano para que firme una prórroga y asegure mi contrato.

Lo miro, estudiándole el rostro. Sigue sonriendo, pero sus ojos han perdido parte de su brillo. Veo cómo algo en él se encoge, como si estuviera contemplando toda su vida desplegada delante de sí y no le gustara nada lo que ve.

—¿Quieres quedarte en Chicago? —le pregunto.

Se me acelera el corazón mientras espero su respuesta. No sé por qué no se me había ocurrido antes. Mi contrato también termina al final de la próxima temporada. Quizá podamos encontrar la manera de jugar en el mismo equipo. Quizá podría convencerlo para que viniera a jugar con los Blizzards.

—Lo ideal sería que no —dice Connor—, pero no sé si eso va a ser posible.

—Deberías venir a jugar con nosotros —interviene Bouchard, y

luego me da un puñetazo en el brazo—. Sé que a Gavin le encantaría.

Mi padre me lanza una mirada curiosa antes de mirar a Connor, cuyas mejillas se tiñen de un rojo intenso. Connor aparta la mirada de ambos. Mi padre vuelve a mirarme a mí, sonriendo. Niega con la cabeza y se echa a reír.

—Mierda —dice Bouchard—. ¿Acabo de delataros delante de tu padre?

—¡No es que estén haciendo un gran trabajo ocultándolo! —añade Max Franklin desde unos metros más allá.

—O que no oyéramos el otro día a Kennedy padre perdiendo los estribos por eso —dice Bradley Warren.

—Genial. Así que lo sabe todo el mundo —digo, y miro a Connor.

Ha levantado las cejas con preocupación y vuelve a morderse el labio inferior. Le hago un gesto para que se acerque y le paso un brazo por los hombros. En cuanto lo hago, su postura se relaja dentro de mi abrazo, y me doy cuenta de lo nuevo que es todo esto para él. No solo que la gente sepa que es gay, sino, mucho más importante, que la gente que lo rodea lo acepte.

—Tío —dice Bouchard—, llevas empalmado desde el primer día y apunta directamente a Connor.

—Vete a la mierda. —Le hago una peineta con la mano que tengo apoyada sobre el hombro de Connor. Él suelta una carcajada.

—Es verdad —dice Nichols, chocando su botella de cerveza contra la mía.

—¡Y a ninguno de nosotros nos importa una mierda! —grita Calhoun desde el otro lado de la sala, donde está viendo el partido a través de los ventanales del palco.

—Gracias a Dios —respondo, y aprieto a Connor en un abrazo más firme. Me gustaría que dijera algo, pero entiendo perfectamente que prefiera dejar que sea yo quien hable. Lo importante es que sepa que lo apoyo—. Porque, sinceramente, me daba mucha pereza tener que daros una paliza si alguno iba a decir alguna estupidez.

—Sí —dice Bradley—. Ninguno de nosotros es tan tonto.

Connor

Bueno. Supongo que el secreto ya ha salido a la luz, pero a nadie parece importarle. O, como ha dicho Bradley, ninguno de ellos es tan estúpido como para expresar en voz alta una opinión negativa.

Es extraño saber que todos lo saben y que han decidido no hacer de ello un problema. Si soy sincero, me emociona. Y eso es raro para mí, después de tantos años con mi padre tratando mi homosexualidad como si fuera una mancha sobre su reputación. Ver la reacción de nuestros compañeros me da esperanzas de que Gavin y yo podamos encontrar la manera de estar juntos a largo plazo.

Claro que esta es solo la reacción del equipo. El mundo del deporte en general, como he visto en lo que le está pasando a Gavin, no será ni de lejos tan indiferente. Si mi padre se sale con la suya, utilizará esto para expulsar a Gavin de la liga y luego hará todo lo que esté en su mano para obligarme a volver al armario. Y apenas he asomado la cabeza fuera de él. Solo los que están en esta sala lo saben, pero mi padre se asegurará de que esta parte de mí no vea la luz mientras yo siga jugando al *hockey*.

Tal y como es nuestra relación, puede que intente impedírmelo hasta el día en que me retire. No permitirá que tener un hijo gay manche su reputación con su mera existencia.

Pero ahora mismo no quiero pensar en eso. Ahora que el ambiente se ha relajado, resulta agradable volver a estar bajo la órbita de Gavin. Me aprieta el hombro y siento que por fin puedo respirar.

—Debería haber sabido que era él —dice el padre de Gavin, sonriendo.

—¿Por qué? —pregunto, intrigado. ¿Qué hay en mí para que diga algo así?

Garrett se inclina hacia mí.

—A Gavin le gusta un tipo muy concreto —dice en tono conspirador.

—No es verdad —protesta Gavin, dándole a su padre un puñetazo juguetón en el hombro.

Esto es nuevo para mí. Pero supongo que nunca hemos hablado

de nuestras exparejas. No es que yo tenga ninguna, aparte del tío que me chantajeó, claro.

—Sí que lo es —insiste Garrett.

—Papá, nunca he salido con nadie, y mucho menos te he presentado a alguien con quien haya pasado una noche —dice Gavin.

—No hace falta —replica Garrett—. Eres mi hijo. Te conozco.

—Eso sigue sin explicar por qué él es mi tipo.

Intrigado, miro de uno a otro como si estuviera viendo un partido y yo fuera el disco, rebotando de un lado a otro.

—Eres un ejecutor —dice Garrett—. Te gusta proteger a la gente. Era solo cuestión de tiempo que alguno de tus compañeros despertara ese lado tuyo hasta el punto de que ya no pudieras ignorarlo. —Clava la mirada en Gavin y da un sorbo a su zarzaparrilla.

Me sonrojo al oír eso.

—No sé si debería sentirme ofendido —admito.

—Claro que no —dice Garrett—. Eres exactamente lo que siempre he querido para mi hijo. Alguien capaz de ver el corazón enorme que tiene.

—Papá, ¿qué cojones está pasando? —dice Gavin con una emoción en la voz que nunca le había oído.

Me acerca más a él y me besa el pelo. Podría derretirme allí mismo.

—Solo digo que os apoyo a los dos. Hacéis buena pareja. —Entonces fija en mí toda su atención—. Eso sí, tengo que advertirte de una cosa, Connor. Gavin no es el único Marshal con instinto protector. Si veo a tu padre, puede que le dé un puñetazo.

—Tomo nota —respondo.

Y entonces, por supuesto, mi padre elige justo ese momento para entrar por la puerta con mi madre colgada del brazo.

Gavin

Joder. ¿Por qué está aquí?

Supongo que no debería sorprenderme. El tío se pasea por todas partes como si fuera el dueño del lugar, y eso incluye los palcos privados de los Juegos Olímpicos reservados para los equipos que quieran celebrar algo. ¿Acaso no tiene ya su propio palco donde pasar el rato con otros gilipollas ricos y privilegiados?

A mi lado, los labios de mi padre se curvan por las comisuras mientras entrecierra los ojos.

—Hablando del rey de Roma. Ahí está ese gilipollas.

Miro a Connor. Se ha quedado pálido. Sale de debajo de mi brazo y se acerca a sus padres. Su padre tiene la cara roja. Su madre, en cambio, parece completamente ajena a lo que ocurre a su alrededor y a la batalla que se está librando entre su marido y su hijo.

—¡Cariño! —Su madre lo besa en ambas mejillas—. Me he perdido el partido. ¿Has ganado?

Connor se mete las manos en los bolsillos.

—Sí, hemos ganado. Ha sido una victoria aplastante.

—¡Qué bien, cariño! Voy a por una copa para celebrarlo —dice ella, y se aleja tambaleándose hacia la barra.

—¿Esto es lo que significa la expresión «desastre total»? —murmura mi padre.

Si no fuera tan triste, me haría gracia.

La situación está empeorando a pasos agigantados. La madre de Connor parece ser la única persona de la sala que no se da cuenta. Hay que reconocerles una cosa a mis compañeros: todos intentan actuar con naturalidad, pero veo cómo de vez en cuando sus miradas vuelan hacia Connor y su padre. El ambiente se ha vuelto a tensar. La alegría que estábamos disfrutando hace apenas unos minutos ha desaparecido por completo.

—¿Es esta mi oportunidad para darle un puñetazo al padre de tu novio? —pregunta mi padre.

—Quizá —respondo—. Pero solo si yo no lo hago antes.

Él me apoya una mano en el hombro.

—Déjame esto a mí, hijo. Tengo mucho menos que perder.

Le dedico una sonrisa ladeada.

—No estés tan seguro de eso. Esto no es Alaska. No sé nada sobre

cómo sacar a alguien de una cárcel europea.

—Es Italia. Lo más probable es que me sirvan un plato de pasta y luego me ofrezcan trabajo.

Los dos nos echamos a reír y, claro, eso llama la atención.

Connor padre se acerca. Lleva los hombros echados hacia atrás con orgullo, pero tiene las fosas nasales dilatadas y la mandíbula tensa. Entonces, en un gesto sorprendente, le tiende la mano a mi padre.

—¿Quién eres?

Mi padre se la estrecha. La retiene un segundo más de lo debido, y veo tensarse los tendones de su mano mientras aprieta más fuerte de lo que sería educado.

—Nos conocemos.

Connor padre retira la mano al instante.

—¿Ah, sí? No recuerdo haberte visto antes.

¡Dios! Menudo gilipollas condescendiente. Sinceramente, me cuesta creer que este hombre sea el padre de Connor, de mi Connor. No podrían parecerse menos.

—Entiendo que no me recuerdes. Solo hablamos un poco por teléfono. Pero me causaste una gran impresión.

—Suelo causar ese efecto —dice con suficiencia mientras se palpa los bolsillos—. ¿Querías un autógrafo o algo así?

—No —responde mi padre con voz seca.

Luego ladea la boca y entrecierra los ojos mientras lo mira.

—¿Qué fue exactamente lo que me dijiste que no he podido olvidar? —Su expresión se relaja en una despreocupada sonrisa—. Ah, sí. Ya me acuerdo. Me preguntaste quién coño me creía que era para enviar a mi hijo, ese mocoso de Alaska, a tu campamento de *hockey* juvenil.

—No lo recuerdo. —Connor padre mira al mío como si se estuviera aburriendo.

Me hierva la sangre, pero mi padre conserva la calma.

Da un paso al frente y aprovecha su mayor envergadura para imponerle su presencia.

—Qué curioso —dice—. Yo sí recuerdo haberte dicho que te fueras a la mierda cuando amenazaste con enviarlo de vuelta a casa y

arruinar sus posibilidades de jugar al *hockey* juvenil. Y eso es exactamente lo que voy a decirte ahora mismo, pedazo de mierda elitista.

Mi Connor me mira con pánico. Tiene los ojos muy abiertos y vuelve a morderse el labio inferior. Si esto solo me afectara a mí, dejaría que siguiera su curso. Incluso intervendría para ayudar a mi padre a darle a este hombre la paliza que tanto se merece. Pero eso solo empeoraría las cosas. Aunque Connor padre ya quisiera hacerme daño cuando yo era un crío en el campamento de Ann Arbor y arruinar mis posibilidades de llegar a la liga juvenil, su objetivo aquí y ahora es controlar a Connor. Hacerme la vida imposible es solo un beneficio añadido. Llamar a seguridad y conseguir que arresten a mi padre sería la guinda del pastel.

Le pongo una mano en el hombro a mi padre.

—No pierdas el tiempo con él —le digo—. Vamos a ver el partido. Mi compañero de los Blizzards, Tavish, juega con Canadá.

—¡Sí! —exclama Bouchard, interponiéndose entre los dos hombres que están librando una batalla de voluntades.

Connor padre aprovecha la ocasión para lanzarle una última mirada envenenada a mi padre antes de apartarse y volver junto a su hijo, reanudando con él la conversación. Bouchard nos empuja suavemente a los dos hacia un lado.

—Vamos a ver si Tavish ha aprendido algún truco nuevo.

Miro a Connor mientras caminamos hacia la puerta que lleva a nuestros asientos en el palco. Tiene la mirada fija en el suelo mientras escucha lo que sea que su padre le está diciendo en voz baja. Parece abatido.

Ojalá pudiera agarrarlo y sacarlo de allí.

En lugar de eso, articulo en silencio:

—Ven con nosotros.

Pero no creo que vaya a hacerlo.

DIECIOCHO

Connor

Como todo el mundo había pronosticado, la final será contra Canadá. Los canadienses ganaron esta noche su semifinal y nosotros hemos superado con claridad nuestros dos últimos partidos. Si mañana vencemos a Suecia (y no hay motivos para pensar lo contrario), dentro de dos días nos enfrentaremos a Canadá para cerrar estos Juegos.

Y entonces todo habrá terminado y volveremos a casa.

Y eso me aterra.

—Noto que estás inquieto —murmura Gavin, adormilado, contra mi nuca.

Está desnudo, agotado, acurrucado a mi lado y abrazándome con fuerza. No quiero levantarme jamás de esta cama horrible, llena de bultos y demasiado estrecha.

—¿Te preocupa el partido?

—No —respondo.

Me preocupa lo que vendrá después. Me preocupa qué pasará cuando nos marchemos de aquí. Me preocupa lo que ocurrirá cuando Gavin y yo tengamos que volver a ser rivales en lugar del dúo imparable en el que nos hemos convertido durante estas últimas semanas, tanto sobre el hielo como en la cama. Me preocupa si podré acostumbrarme a no tenerlo a mi lado, abrazándome mientras dormimos. Por primera vez en mi vida, duermo profundamente, arrullado por su presencia en mitad de la noche.

Me gira hasta dejarme boca arriba y me toma el rostro entre las manos para obligarme a mirarlo. Sus ojos están relajados, pesados por el sueño, pero en ellos reconozco la misma melancolía que siento yo en esta bruma después del sexo. Desliza la mano por mi pecho y mi estómago hasta apoyarla en mi cadera, rodeándola con sus dedos grandes.

—Te pasa algo —dice.

Me duele demasiado mirarlo ahora mismo, así que fijo la mirada en el techo y estiro un brazo por encima de mi cabeza. Cierro los ojos y me concentro en la sensación de su mano sobre mi cadera: posesiva, sí, pero también increíblemente tierna.

—¿Crees que sería mucho pedirles a los encargados del equipo que empaquetaran esta cama para llevárnosla? —pregunta.

Puedo oír la sonrisa en su voz, y eso consigue arrancarme una a mí.

—¿Y dónde la pondríamos?

Me besa el hombro.

—En mi casa, obviamente. Mejoraría bastante el colchón que tengo tirado en el suelo.

Abro un ojo y lo miro.

—Por favor, dime que estás bromeando.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Con qué parte? ¿Con lo de llevarme esta cama o con lo del colchón en el suelo?

—Con ambas, la verdad.

Me río.

Su sonrisa se atenúa.

—Con ninguna —dice—. Sería una mejora estética.

—Un dormitorio universitario chic. Me gusta.

—No, no te gusta —responde entre risas—. Seguro que tu casa está perfectamente decorada.

Ahora soy yo quien pierde la sonrisa.

—Sí —admito—. Pero no me encanta ni la siento como mía. Yo no elegí nada. Mi madre se lo encargó todo a un decorador y yo simplemente dije que sí. Estaba demasiado ocupado con el *hockey* y con mantener contento a mi padre como para preocuparme por los muebles.

Hago una pausa y suelto el aire.

—Joder, ni siquiera escogí el apartamento. Mi padre me presionó para comprar uno en su mismo edificio como inversión.

Gavin levanta la cabeza para mirarme. Una pequeña sonrisa le curva los labios.

—Por favor, dime que no vives en el mismo edificio que él.

Siento cómo me arden las mejillas.

—Lo sabía —dice, presionando un dedo contra mi cara.

Vuelve a apoyar la cabeza en la almohada y desliza la mano por mi cuerpo hasta rodearme otra vez la cadera.

—Tenemos que mudarnos. Aunque solo sea para tener algo de privacidad cuando los Blizzards jueguen contra los Broad Wings.

Suspiro.

—Siempre puedo colarme en tu hotel.

—¿Eso es lo que quieres que haga cuando juegues en Búfalo?

—¿Y perderme la oportunidad de dormir en tu suelo?

—Capullo —dice, riéndose mientras me roza el cuello con la nariz.

Cuando levanta la cabeza, le guiño un ojo.

—Pero hablando en serio —dice, haciéndome girar hacia él por la cadera—, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé. Pero me prometiste que íbamos a intentarlo.

Asiente, resignado, y después me besa despacio, a fondo. Su mano se desliza por mi espalda hasta la nuca y sus dedos se enredan en mi pelo mientras profundiza el beso.

—Supongo que una ventaja es que cada vez que nos veamos será como una primera vez —murmuro cuando nos separamos.

Frunce un poco el ceño.

—¿Y qué tiene eso de bueno?

Me río por lo bajo.

—Pensé que te haría ilusión.

Sus dedos recorren mi cadera con una caricia lenta, y luego me atrae más hacia él.

—Lo que me gusta de ti no tiene nada que ver con eso —dice en voz baja—. Lo que me gusta es no tener que contenerme contigo. Saber que confías en mí. Que puedo darte todo sin miedo.

Le sostengo la mirada.

—Entonces no te contengas.

Doblo la rodilla y la deslizo por el exterior de su pierna, enganchándola sobre su cadera para acercarlo todavía más. El roce de nuestras piernas, el calor de su cuerpo, la manera en que me mira... Todo en él me desarma.

—No me gustaría hacerte daño —repite.

Le beso despacio.

—No lo haces. Y si alguna vez fuera demasiado, te lo diría.

Le acaricio la espalda, dejándolo sentir que hablo en serio.

—Además, soy jugador de *hockey*. Sabes que no soy frágil.

Una sonrisa torcida aparece en su boca.

—No, desde luego que no.

Lo beso otra vez, más hondo.

—Puedo manejarlo —le susurro—. Quiero hacerlo.

Él exhala contra mi boca, me tumba con cuidado boca arriba y se queda sobre mí, sosteniéndose con los brazos a cada lado de mi cuerpo. Enredo las piernas en torno a su cintura y empezamos a movernos despacio, como si intentáramos aplazar el tiempo.

—Te deseo —le digo al oído—. No te contengas. Dámelo todo.

Su respuesta es un gruñido bajo contra mi cuello, seguido de un beso húmedo en la piel.

Y cuando por fin se entrega a mí por completo, lo hace como me besa: despacio al principio, profundamente, alargando cada instante como si también él tuviera miedo de que esto se acabe.

Me aferro a sus hombros, a su espalda, a todo lo que puedo tocar de él.

Es en momentos así cuando me siento completo. No sabía que me faltaba algo hasta que apareció Gavin y llenó ese hueco sin esfuerzo, como si siempre hubiese estado hecho para encajar ahí. Eso es lo que me asusta. Alejarme de esto. Descubrir qué queda de mí cuando ya no lo tenga a mi lado cada noche.

—Dámelo —repito, casi sin aliento—. Todo.

Entonces deja de contenerse.

Y yo dejo de pensar.

Gavin

Suecia nos ha plantado cara esta noche, pero al final les hemos ganado por tres a dos. Con esta victoria, y con el último partido de los Juegos a solo veinticuatro horas, la prensa por fin ha empezado

a centrarse menos en mi vida sexual y más en el enfrentamiento entre las dos grandes potencias del *hockey*. Como debería haber hecho desde el principio.

La única persona que parece seguir prestándome atención es el padre de Connor. Bueno, él y mi propio padre, que parece convencido de que está aquí como mi guardaespaldas personal, aunque no lo necesito. Pero supongo que hay cosas que nunca cambian. Desde el momento en que me encontré solo en aquel apartamento con mi madre muerta, ha hecho todo lo posible por compensarlo. Esa deuda imaginaria que cree tener conmigo quedó saldada hace muchísimo tiempo, pero él nunca lo verá así. Siempre seguirá sintiéndose culpable, por mucho que le diga que no tiene por qué.

No me quejo. Me encanta tenerlo aquí y disfruto de la comodidad familiar de sentirlo cerca. También me encanta que pueda verme jugar en un escenario como este. Ojalá pudiera convencerlo de mudarse a Búfalo para verme más a menudo, pero sé que nunca dejará Alaska. Es su hogar. Lo lleva en la sangre.

Y, si soy sincero, a mí me pasa algo parecido.

Por eso Alaska me atrae tanto en verano. O, al menos, así era hasta ahora. Este año no lo tengo tan claro. Por primera vez voy a tener que elegir entre a quién amo y el lugar que amo. A menos que consiga las dos cosas.

—¿Qué planes tienes para este verano? —le pregunto a Connor.

Estamos sentados en una pequeña tienda de sándwiches al otro lado de Milán, lejos de la Villa Olímpica y del foco mediático, junto con mi padre. Mañana será un día agotador y los tres queremos aprovechar este rato juntos antes de que la vida vuelva a acelerarse y el final de las Olimpiadas nos arrastre de nuevo al mundo real.

—Espero pasarlo contigo —dice Connor.

Y acto seguido se muerde el labio, como si eso no fuera exactamente lo que yo también quiero.

—Así que te vas con Gavin a Alaska —dice mi padre, dándole un sorbo a su café.

Lo dice como si fuera un hecho. Levanto una ceja en dirección a Connor, esperando que esté de acuerdo sin necesidad de insistir

demasiado.

—Podríamos escondernos allí —digo—. Desaparecer en mi cabaña. Connor me mira.

—¿Tienes una cabaña?

—Sí —respondo antes de darle otro mordisco a mi sándwich, cargado de embutidos y queso italiano entre dos rebanadas de pan crujiente—. En teoría es de él. —Señalo a mi padre con la comida todavía en la mano—. Pero se niega a mudarse.

—Ya te lo dije —resopla mi padre—. No malgastes tu dinero en mí.

—Comprarte una casa pequeña no es malgastar dinero —replico—. Tenerla vacía sí que lo es.

—Tonterías —murmura antes de darle un mordisco a su bocadillo de albóndigas.

—Cuéntame más sobre esa casa —dice Connor.

Está apartando los pepinillos de su sándwich. Los recojo y me los como, sabiendo perfectamente que, si los deja en el plato, ahí se quedarán.

—¿Tiene un colchón en el suelo?

Le lanzo una rodaja de pepinillo y él la esquivo.

—No —respondo entre risas antes de darle otro mordisco a mi bocadillo—. Tiene muebles de verdad. Es bonita. Pequeña. Dos dormitorios y un baño. Pero desde la ventana de la cocina se ve el puerto y los dormitorios dan a las montañas.

—Suená bien —dice Connor antes de morder su sándwich—. Me gustaría verla.

—No es fácil llegar —digo.

Y de pronto noto una emoción creciente en el pecho. La idea de que Connor pase el verano en Alaska conmigo, disfrutando de la calma, la privacidad y esas vistas, casi me marea. Además, está a unos cinco mil kilómetros de su padre. No sé si esa distancia bastará, pero es un principio.

—Tendrías que venir al menos un mes para que el viaje mereciera la pena.

—Según tengo entendido —dice Connor antes de dar un sorbo a su agua con gas—, tenemos dos meses y medio de vacaciones. Podríamos pasar allí casi todo el tiempo.

—Podríamos —coincido, sonriéndole.

—Por el amor de Dios —masculla mi padre, sacudiendo la cabeza—. Si no dejáis de miraros así, vais a delataros antes de que os cuelguen las medallas de oro al cuello después de derrotar a Canadá... y de ganar mañana por la noche, claro.

DIECINUEVE

Connor

Así es como imagino que debe de sentirse un séptimo partido de las finales de la Stanley Cup. La mezcla de energía, emoción y nerviosismo en este estadio hace que el hielo parezca vibrar bajo mis cuchillas. Con cada disparo a puerta, cada choque entre jugadores, cada robo de disco, la intensidad se hincha un poco más, como un globo a punto de estallar.

Como era de esperar, este es el partido más duro que hemos jugado en todos los Juegos Olímpicos. Canadá nos está plantando cara con todo lo que tiene. Y, de algún modo, también ha conseguido que esto parezca un partido en casa. El público, numeroso e internacional, está desproporcionadamente lleno de aficionados canadienses que rugen por su selección a pleno pulmón y ahogan casi cualquier muestra de apoyo hacia nosotros. Están desesperados por llevarse esas medallas.

Qué pena que esté a punto de arrebatárselas.

Gavin está enfrascado en una batalla feroz por el disco con Alexander Tavish contra las vallas, en la zona ofensiva de Canadá. Gracias a su tamaño y a su tenacidad, Tavish pierde el control. Aprovechando mi velocidad, me adelanto y lo robo antes de que pueda recuperarlo, y se lo paso a Max Franklin. Él toma posesión y avanza por el carril hacia la portería. Uno de los defensas intenta cerrarle el paso, pero Franklin consigue enviar el disco a Nichols, que guarda la línea azul cerca de la banda.

Ya los he alcanzado cuando veo a Tavish acercarse por mi lado. Por desgracia para él, no ve a Gavin en su punto ciego hasta que es demasiado tarde. Gavin lo carga justo cuando intenta interceptar el pase que Nichols me envía. Tavish apenas logra rozar el disco con el palo, pero basta para que el golpe de Gavin sea legal y el juego siga.

Cuando el disco aterriza limpio sobre la cinta de mi palo, ni

siquiera me molesto en amagar a izquierda o derecha para engañar al portero. Llevo toda la velocidad del avance en el cuerpo y disparo un auténtico misil al centro. El disco se cuelga entre sus rodillas antes de que pueda cerrarlas.

Suena la bocina.

Tres a dos.

Y queda menos de dos minutos.

Nichols es el primero en lanzarse sobre mí para celebrarlo. Le doy las gracias por la asistencia y él me golpea el casco con el guante antes de que Gavin nos atrape a los dos en un abrazo.

—¡Eh, Marshal! —grita Tavish al pasar patinando junto a nosotros—. A mí nunca me abrazas así cuando marco.

—Eso es porque normalmente estás en el banquillo de castigo —dice Franklin, sumándose a la celebración.

Tavish nos guiña un ojo.

—No lo celebréis demasiado. —Patina hacia atrás, alejándose—. Aún me queda tiempo para empatar.

—¡Le diré a Bouchard que vienes! —le grita Gavin.

Tavish sonríe y le dedica una peineta antes de darse la vuelta y dirigirse al centro de la pista para el saque.

De camino al círculo, paso junto a nuestro banquillo y mis compañeros me golpean el antebrazo con los puños mientras aporrean las vallas con los palos. Al final de la fila está el entrenador Chris, esperándome con unas palabras de aliento.

—Así se hace, Kennedy. ¿Te queda combustible para cerrar esto?

—Sí, entrenador —respondo.

Pero no es combustible. Es adrenalina pura. Este partido, este ambiente, patinar con Gavin en mi línea... Siento que podría seguir para siempre.

El entrenador se gira hacia Gavin.

—Marshal, no pierdas de vista a Connor para que Connor no pierda de vista el disco.

—No hay problema, entrenador —responde Gavin.

Patina justo detrás de mí mientras nos colocamos para el saque y esperamos a que el árbitro deje caer el disco. En cuanto toca el hielo, Tavish gana la posesión. Sale disparado del círculo a una

velocidad endiablada y yo salgo tras él. Es rápido. Por algo ha sido delantero de primera línea tanto con Canadá como con los Blizzards de Búfalo. Se abre hueco para el disparo, pero Bouchard está listo.

Veo el arco de su palo al soltar el tiro con toda su fuerza. Bouchard desvía el disco con el bloqueador antes de que alcance la portería. Tavish ya está encima del rebote y vuelve a disparar. Esta vez Bouchard lo frena con la pierna y después barre el disco fuera del área con el palo hacia Franklin. Franklin toma posesión, pero un defensa canadiense lo golpea al instante.

Tavish recupera el disco y lo lleva detrás de la portería, buscando una línea de pase. Patino hacia él para arrebatárselo, pero Gavin llega antes y lo aplasta de nuevo contra la valla en otra pelea por la posesión.

Con ayuda de uno de sus defensas, Tavish consigue zafarse y envía el disco a su alero derecho, arriba del círculo.

Acelero entre ambos. Tavish va a intentar devolvérselo a la boca de gol; si me coloco bien, puedo cortarlo.

Y lo hago.

Intercepción limpia.

Tavish, que no piensa dejarme salir de ahí, me derriba de inmediato y recupera el disco. Apenas lo controla un segundo antes de que Gavin le entre con el hombro y haga que el disco rebote violentamente delante de Bouchard. Este lo atrapa con el guante y detiene el juego.

Incluso con la máscara puesta, se le nota la satisfacción. Ver a sus compañeros pelear por el oro es exactamente el tipo de locura que le encanta.

Cuando el árbitro pita, todos estamos jadeando. Pero ni se me pasa por la cabeza volver al banquillo. No ahora. No cuando estamos a menos de un minuto de ganar el oro.

El árbitro nos ordena colocarnos para otro saque. Los cinco jugadores de cada equipo se preparan. Una vez más, soy yo contra Tavish.

Esta vez no me gana.

El disco cae y lo mando hacia Max Franklin. Pero la defensa canadiense estaba lista. Uno se lanza sobre Franklin y el otro

intercepta el pase, impidiéndonos sacar el disco de la zona.

Se lo devuelven a Tavish, que espera en la ranura frente a la portería.

Bouchard está preparado.

Tavish dispara.

Bouchard lo detiene.

Lo atrapa con el guante.

Y se acabó.

El tiempo se ha agotado.

Hemos ganado.

Gavin

—¡Joder! ¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!

No es que dudara de que pudiéramos hacerlo, pero Canadá (y Tavish, sobre todo) nos lo ha puesto difícilísimo.

Somos campeones olímpicos.

—No quiero volver a estar nunca más en el lado contrario al tuyo —dice Tavish mientras se lanza sobre mí para abrazarme. Luego hace una seña a Bouchard para que se acerque—. Ni en el tuyo tampoco. Joder..., ahora sé cómo se siente el resto de la liga cuando juega contra los Blizzards. Es una mierda.

Sonríe de oreja a oreja. De hecho, todos lo hacemos. Ha sido el partido más divertido que he jugado en muchísimo tiempo, y me alegra ver que Tavish no se lo está tomando mal. O, al menos, no demasiado. Nos mira a los dos como si él también hubiera ganado el oro.

—Ese último disparo casi me supera —dice Bouchard, revolviéndole el casco a Tavish con su enorme guante.

Le doy una palmada en el hombro.

—Has peleado como un campeón. Esta noche podría haber ganado cualquiera.

—No —dice, dándome un codazo.

Con el palo señala al otro lado del hielo, donde Connor está siendo

aplastado por el resto del equipo, que ha salido del banquillo y se ha lanzado sobre él.

—Hay una razón por la que Connor es el mejor de la liga.

Siento un orgullo feroz por Connor. Es extraordinario, dentro y fuera del hielo. Y resulta agradable ver que todo el mundo lo reconoce después de todo el resentimiento que tuvo que soportar durante el campamento y en los primeros partidos.

—Mira la cara de idiota que tienes —dice Tavish.

Al principio creo que habla de Connor, pero enseguida veo que me está señalando a mí. Le da un codazo a Bouchard.

—¿Qué coño le ha pasado al gruñón de nuestro equipo? ¿Por qué pone esa cara de bobo?

Bouchard apoya una mano en el hombro de Tavish.

—Ni siquiera quieres saberlo.

Tavish me mira entrecerrando los ojos... y, de pronto, los abre de par en par. Empieza a reírse a carcajadas.

—¡No me lo esperaba!

—Sí, bueno, hazme un favor —le digo—. Mantén la boca cerrada. Ya sabes lo rápido que corren los rumores en el hielo.

—Yo no me preocuparía tanto —dice Bouchard, inclinándose hacia él—. Han hecho un trabajo pésimo ocultándolo.

Los dos se ríen a mi costa mientras Tavish me empuja.

—Lárgate. Ve a celebrarlo con tu chico antes de que se dé cuenta y te deje plantado.

Me alejo patinando hacia atrás y les dedico una peineta. Bouchard abraza otra vez a Tavish antes de seguirme, mientras Tavish regresa con su equipo para consolarlos por la plata.

Cuando llego junto a los nuestros, Connor sigue perdido en medio del caos. Para rematarlo, la prensa ya ha invadido la pista en busca de primeros planos de la celebración y declaraciones rápidas.

Casi al instante me plantan un micrófono delante.

—Gavin Marshal, ¿qué se siente al ser el primer jugador de *hockey* gay en ganar una medalla de oro olímpica?

En vez de mirar a la periodista, sigo buscando entre la multitud. Busco el destello del pelo rubio de Connor.

—Dudo mucho que sea el primero —respondo sin mirarla—. Te

garantizo que ha habido otros antes que yo.

El micrófono se acerca todavía más.

—¿El primer jugador abiertamente gay, entonces?

Ahora sí me irrito.

No quería que este momento fuera así. Lo único que quiero es encontrar a Connor y celebrarlo con él y con mi equipo. Hemos trabajado toda nuestra vida para llegar aquí, y esta mujer quiere reducirlo a una sola cosa: que soy gay. Y, siendo sincero, eso es lo menos interesante de mí o de este momento.

Por fin me giro hacia ella. Me sonríe, esperando una frase inspiradora. No tiene ni idea de lo que le viene encima. La pobre parece convencida de que yo quiero ocupar ese papel. No sé por qué. Nunca lo he reclamado y, desde que mi homosexualidad salió a la luz, he dejado bastante claro que no tengo el menor interés en convertirme en el chico gay de la liga.

Está a punto de descubrirlo.

—No siento nada especial —digo—. Llevo toda la vida jugando al *hockey* y ni una sola vez mi homosexualidad ha tenido algo que ver con ello.

Parpadea, descolocada.

—¿Hay algo que quieras decirles a los jóvenes gays que te están viendo ahora mismo?

—Sí —respondo con una risa amarga—. Ignora a cualquiera que intente convertir tu homosexualidad en lo único interesante de ti.

Me alejo antes de que pueda añadir nada más.

—¡Marshal! —grita Bradley, empujándome hacia el grupo—. ¡Ven aquí, grandullón terrorífico!

—¿Dónde está Connor? —le pregunto.

—La última vez que lo vi, Franklin y Nichols lo estaban levantando por los aires.

Sigo buscándolo hasta que por fin lo encuentro. Está de espaldas, pero no hay manera de confundirlo. Tiene un brazo sobre los hombros de Nichols y el otro alrededor de Calhoun, que a su vez cuelga de Franklin. Los cuatro posan para las cámaras.

Yo me quedo atrás.

Después de esa entrevista desastrosa, no quiero ese tipo de

atención. En realidad, no quiero ninguna. Mientras lo miro, lo único que deseo es volver a nuestra pequeña habitación de la residencia, apretados en nuestra cama ridícula, intentando no caernos por la costura.

Será nuestra última noche allí.

Mañana volveremos todos a casa y a nuestras vidas, con apenas unos días de descanso antes de presentarnos ante nuestros equipos y arrancar la temporada regular el martes.

Debería importarme esta victoria. Debería importarme la ceremonia, el momento en que me cuelguen la medalla de oro al cuello. Pero no es así. Quiero que las celebraciones terminen cuanto antes. Quiero que se acabe toda esta pompa para poder refugiarme otra vez en ese pequeño mundo que Connor y yo hemos construido en la intimidad de nuestra habitación, y abrazarlo todo lo que pueda antes de que nos separen y lo nuestro vuelva a quedar reducido a instantes robados cada vez que nuestros equipos se enfrenten.

Pero lo soportaré por él.

Sonreiré, saludaré y me quedaré quieto en el podio por él, porque sé que esta victoria significa más para Connor que para mí.

Vinimos aquí a por el oro.

La diferencia es que yo encontré el mío en él.

No necesito una medalla.

Solo lo necesito a él en mis brazos y en mi vida.

Por fin se gira y me ve.

Su sonrisa es inmensa. Brilla más que los *flashes* de las cámaras.

Patina hacia mí y me preparo para recibir su abrazo. Salta a mis brazos y me rodea el cuello. Huele a sudor, a hielo y a la felicidad que le desborda mientras se ríe contra mi cuerpo.

Cuando vuelvo a dejarlo sobre los patines, espero que me suelte. Que tal vez se aleje patinando.

Pero no lo hace.

En lugar de eso, me atrae hacia él y me besa allí mismo.

Delante de todo el mundo.

Tercer período

VEINTE

27 DE FEBRERO — MOMENTOS DESPUÉS DE GANAR
EL ORO. MILÁN, ITALIA

Connor

Los *flashes* a nuestro alrededor son lo que me obliga a interrumpir el beso. Aunque he sido yo quien lo ha iniciado, quien se ha dejado llevar y ha inclinado la cabeza hasta rozar sus labios. Son mis ojos los que se abren de golpe por la sorpresa. Se me forma un nudo en el estómago.

Gavin, en cambio, parece divertirse.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —pregunta con una sonrisa.

—Quizá ya sea demasiado tarde para arrepentirse.

Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos cuando él vuelve a inclinarse hacia mí.

Pero sus labios nunca llegan a encontrar los míos. Abro los ojos de golpe al sentir que me arrancan de su lado. Miro, horrorizado, cómo cuatro hombres corpulentos, vestidos con jerséis negros con la palabra «SEGURIDAD» en el pecho, se llevan a Gavin por la pista.

Intento patinar tras él, pero alguien me agarra del codo y me obliga a girarme. Mi padre.

—Si quieres que tu novio conserve su trabajo, a partir de ahora tu respuesta a cualquier pregunta que no tenga que ver con el *hockey* será «Sin comentarios» —me susurra al oído.

Miro por encima del hombro, hacia el lugar donde lo vi por última vez, pero Gavin ya no está. Vuelvo a girarme a toda prisa y alcanzo a verlo mientras lo escoltan fuera del hielo y lo empujan hacia el túnel.

Bouchard sale tras él patinando, pero otro grupo de guardias de seguridad le corta el paso. ¿De dónde ha salido toda esta gente? Es

la mayor presencia de seguridad que he visto en todos estos Juegos Olímpicos.

Mi padre tira de mí para recuperar mi atención y yo me zafo de su mano.

—No va a volver —dice con un gruñido.

Lo miro fijamente.

—¿Lo tenías planeado?

—Si de verdad creías que iba a permitir que ese pedazo de basura subiera al podio olímpico, entonces no solo te has vuelto débil. También eres idiota.

Me agarra otra vez del brazo y me coloca delante de un periodista. Luego se inclina hacia mí y me gruñe al oído.

—Este es tu momento. Aprovéchalo.

En cuanto me suelta, adopta su expresión más afable. La de siempre. La que pone cuando habla con la prensa. La que ha engañado a todo el mundo haciéndoles creer que es un hombre decente.

Pero no lo es. Y si hay alguien, aparte de Gavin, que lo sabe mejor que nadie, soy yo.

Ya ha dejado su amenaza muy clara. Si quiero proteger la carrera de Gavin, tengo que seguir sus reglas. Así que, cuando el periodista me pregunta por el beso que acabo de darle a Gavin, hago exactamente lo que mi padre me ha ordenado.

—Sin comentarios —respondo.

Gavin

Sigo forcejeando para soltarme, pero me frenan a cada paso. Los guardias de seguridad no dejan de empujarme hacia delante y, aunque en el intento ya les he dejado a dos de ellos el ojo morado, siguen arrastrándome como si nada.

Cuando por fin me meten en el vestuario, me ordenan que me cambie. Intento abalanzarme otra vez sobre ellos, pero están alineados hombro con hombro delante de la puerta.

Entonces alguien me tiende una toalla desde un lado y oigo la voz de mi padre.

—Podemos intentar pelear juntos contra ellos, si te apetece.

Me vuelvo hacia él. Está sonriendo, pero tiene el labio partido. La rabia me golpea de lleno.

Me giro otra vez hacia los guardias y lanzo un puñetazo al primero que tengo delante. En el instante en que mi mano impacta contra su cara, vuelven a tirarme al suelo desde atrás. A mi derecha oigo a mi padre caer también, maldiciendo mientras nos inmovilizan entre varios.

La puerta del vestuario se abre. Entre la maraña de cuerpos aparece Connor Kennedy padre, con el porte satisfecho de alguien que acaba de colgarse una medalla de oro.

Les ordena que nos suelten. Lo hacen, aunque ninguno se aleja demasiado. Se quedan cerca, tensos, preparados para agarrarnos otra vez si damos un solo paso en falso.

—Esto es lo que va a pasar —dice mientras se acerca.

Intento lanzarme sobre él, pero al instante uno de los guardias me inmoviliza los brazos. A mi derecha veo que hacen lo mismo con mi padre.

Connor padre sonríe con suficiencia.

—Como iba diciendo, te vas a cambiar de ropa y luego tú y tu padre cogeréis el próximo vuelo de vuelta a Estados Unidos. Y una vez allí descubrirás que quedas suspendido hasta que te olvides de mi hijo.

Me retuerzo contra el agarre de los guardias, pero solo consiguen sujetarme con más fuerza.

—¿Y si no lo hago?

Entrecierra los ojos.

—Entonces yo mismo, junto con otros directivos y entrenadores de la liga, que ya están hartos de que te comportes como un salvaje y desprestigies a la NHL, pondremos en marcha nuestro plan para que te expulsen.

Lo miro con desprecio.

—Buena suerte.

Él arquea una ceja.

—No necesito suerte. Tengo la regla Marshal.

Un gruñido bajo me sube por el pecho.

—¿Qué cojones es eso?

—Una norma que prohíbe que dos jugadores mantengan una relación entre ellos.

—Está fanfarroneando —gruñe mi padre.

Por primera vez, Connor padre aparta la mirada de mí y la fija en él. Tiene las fosas nasales dilatadas y una sonrisa torcida, venenosa.

—Hace años ya te dije que ese chico no tenía nada que hacer jugando con mi hijo.

—Así que sí te acuerdas —responde mi padre, sosteniéndole la mirada, entrando con él en un pulso de voluntades.

—Deberías haberlo dejado en Alaska, donde pertenece la basura como vosotros. —Se incorpora un poco más. Y le propina a mi padre una fuerte patada en las costillas—. Disfrutad del vuelo.

VEINTIUNO

Connor

Visto en retrospectiva, besar a Gavin en mitad de la pista fue una pésima idea. Él no volvió. Se perdió la ceremonia de entrega de medallas. Y mientras voy sentado en el jet que mi padre ha fletado para llevarnos de vuelta a Chicago, sé que todo ha sido culpa suya.

—¿Dónde está? —pregunto.

Tengo la mandíbula tan apretada que me duele. Llevo así ocho horas. Mi teléfono desapareció cuando regresé al vestuario y no tengo manera de ponerme en contacto con Gavin. Sobre todo porque mi padre no me ha quitado los ojos de encima ni me ha dejado acercarme lo suficiente a nadie como para pedir ayuda. Ni siquiera he podido escabullirme a buscar una cabina.

—Ya te lo he dicho —responde mi padre—. Ha vuelto a Búfalo. Y mientras los dos finjáis que esto no ha pasado, se quedará allí y podrá conservar su carrera.

Levanto las manos, frustrado.

—¿Cómo esperas que eso funcione? Todo el mundo me vio besarlo. No hay forma de negarlo. Acéptalo. Soy gay y estoy enamorado de Gavin Marshal.

Me ruborizo en cuanto las palabras salen de mi boca. Nunca lo había dicho en voz alta, pero eso no las hace menos verdad. Estoy enamorado de Gavin. Perdida y completamente enamorado. Y lo estoy desde hace mucho más tiempo del que me atrevo a admitir.

—No. No lo estás. —Me mira con una frialdad dura, inamovible—. Lo que estás es confundido.

Pongo los ojos en blanco.

—He sido gay toda mi vida, papá. No estoy confundido.

Sus fosas nasales se dilatan.

—No eres gay. Quizá bisexual. Pero para cuando empiece la próxima temporada, eso ya no importará, porque habré limpiado tu

imagen. Este verano anunciarás tu compromiso. Te enviaré una lista de candidatas para que elijas.

Lo miro con abierto desprecio.

—No voy a hacer eso.

—Lo harás si quieres que Gavin Marshal conserve su carrera.

—Haz lo que te dice —interviene mi madre con voz cansada desde su asiento, mientras pasa una página de la revista que lleva horas fingiendo leer. No ha dicho una sola palabra desde que subimos al avión. Sigue con las gafas de sol puestas, a pesar de que es medianoche, y no tengo ni idea de cómo puede ver nada así.

La rabia me sube de golpe.

—¿Ese es tu gran plan? ¿Amenazar la carrera de Gavin? Estás desesperado. Y se nota.

Cruza las piernas de otra manera y me observa entrecerrando los ojos. Tiene esa expresión de suficiencia que se le pone cuando sabe algo que yo no sé. Lo cual, tratándose de él, seguramente significa que lleva varios movimientos de ventaja.

—Ese es solo mi plan B para manteneros a raya —dice—. Mi plan principal está en marcha desde que descubrí lo vuestro. Para cuando este avión aterrice, la regla Marshal ya habrá sido presentada ante la NHL para su revisión y, en cuanto la aprueben por unanimidad, entrará en vigor de inmediato. Si no hubieras besado a ese chico en televisión nacional como un auténtico idiota, ni siquiera tendrías que preocuparte por cómo te afectará.

Se me va el color del rostro. El corazón me empieza a golpear con fuerza contra las costillas.

—¿Qué es exactamente la regla Marshal?

—La norma que provocará la expulsión inmediata de cualquier jugador de la NHL que mantenga una relación sentimental con otro.

—¡Pero eso significaría que a mí también me expulsarían de la NHL!

—Solo si Gavin y tú intentáis seguir juntos. Si os mantenéis separados una vez entre en vigor, los dos podréis seguir jugando.

La forma en que pronuncia «los dos» me deja claro que, en realidad, solo le importa uno.

Gavin

Lo odio. Lo odio con toda mi alma. Connor Kennedy padre es el mayor cabrón que he conocido en mi vida.

Sigo recorriendo mi apartamento de un lado a otro, todavía ardiendo de rabia por la mierda que está intentando hacer. Mi padre me observa con cautela, pero no dice nada. Voló conmigo a Búfalo en vez de coger un vuelo a Anchorage. Está sentado en mi sofá (el único mueble que tengo en este apartamento de un dormitorio) con una bolsa de hielo apoyada en el labio hinchado, viendo ESPN y esperando escuchar las últimas especulaciones sobre mi desaparición repentina de los Juegos Olímpicos antes de la ceremonia de entrega de medallas.

Llaman a la puerta y corro a abrir tan rápido que el pomo golpea la pared de al lado y deja un agujero en el yeso.

—Bonito apartamento —dice Bouchard al entrar—. Me encanta lo que has hecho con el sitio.

Se dirige a la cocina, mete en mi nevera un paquete de seis botellas de zarzaparrilla y otro de cervezas, saca una y la abre golpeándola contra el borde de la encimera.

—Tengo una sorpresa para ti.

—Si no es la cabeza del padre de Connor clavada en una pica, no me interesa —gruño.

Cojo dos botellas de zarzaparrilla, una para mí y otra para mi padre.

—Tranquilo, Juego de Tronos —dice Bouchard—. Eso desentonaría con la decoración.

—A mí me parece que le daría un poco de vida al lugar —dice mi padre cuando le tiendo la botella.

Bouchard se sienta en un extremo del sofá. Lo cual me viene bien, porque yo sigo demasiado alterado para sentarme. Necesito moverme. Me mira como esperando que empiece a hablar.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta.

—Que Connor Kennedy padre es un pedazo de gilipollas. Eso es lo que está pasando.

—Sí. —Bouchard da un trago a la cerveza—. Esa parte ya la sabíamos. ¿Tienes alguna novedad? ¿Tal vez una explicación de por qué saliste corriendo de Milán como si te persiguiera la policía?

—No salí corriendo de Milán. Nos echaron a la fuerza.

Vuelven a llamar a la puerta, y eso me pilla desprevenido. El corazón se me acelera. Durante una fracción de segundo, absurda y completamente irracional, pienso que quizá sea Connor, que ha venido a traerme personalmente la cabeza de su padre.

—Déjame abrir. —Bouchard se pone en pie y se encamina hacia la puerta como si supiera perfectamente quién está al otro lado—. No hace falta que sigas haciendo agujeros en las paredes.

Abre la puerta y Alexander Tavish entra en el apartamento.

—Bonito barrio —dice al pasar—. ¿Te regalaron una pistola cuando firmaste el contrato de alquiler? —Se detiene, mira alrededor y alza las cejas—. No, espera. Retiro lo dicho. Este sitio es espectacular. Tienes que darme el número de tu agente inmobiliario.

Lo fulmino con la mirada.

—¿Qué haces aquí?

—Él me invitó cuando lo llamé, porque tú no contestabas y yo me estaba volviendo loco después de que desaparecieras —dice, señalando a Bouchard.

—Es verdad —confirma Bouchard.

Luego le dice que hay cerveza en la nevera. Tavish coge una, busca un abrebotellas, decide que no vale la pena y la abre igual que Bouchard, usando el borde de mi encimera de formica. Desde luego, no voy a recuperar la fianza de este apartamento de mierda.

Tampoco es que me importe mucho. Firmé el contrato hace años precisamente porque era una mierda. El casero es discreto y acepta alquileres mensuales. En aquel momento no tenía ni idea de cuánto iba a durar en la liga ni de si me traspasarían o me enviarían a otro sitio para convertirme en el problema de otra gente. Los equipos de *hockey*, igual que las tripulaciones pesqueras de Alaska, pueden ser temporales. Además, era barato. Lo bastante barato como para permitirme ahorrar por si llegaba un día como este.

Porque ahora mismo existe la posibilidad muy real de que pierda mi sueldo de la NHL.

Tavish le da un trago a la cerveza y se sienta en el sofá. Bouchard le hace un gesto para que se aparte un poco y se deja caer en medio. Mi sofá cruje bajo el peso de los tres hombres enormes que ahora me miran, esperando a que hable. Si no sintiera que mi vida acaba de irse a la mierda, la escena sería incluso graciosa.

Dejo la bebida sobre la barra y me paso las manos por la cabeza mientras intento ordenar todo lo que ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Respiro hondo, bajo las manos y vuelvo a mirarlos. Los tres beben al mismo tiempo. Mi padre me observa en silencio, aunque nada de esto le sorprende. Ha estado a mi lado desde que empezó esta pesadilla.

—Connor me besó...

—Sí, eso ya lo sabemos —dice Bouchard.

—Todo el mundo lo sabe —añade Tavish. Levanta el antebrazo y Bouchard se lo choca—. Todavía no me creo que el niño bonito del *hockey* me haya quitado el puesto.

—Intenta besar tú a Gavin —dice Bouchard—. Igual así subes en la clasificación.

—No, gracias —decimos Tavish y yo al mismo tiempo.

—Pero hablando en serio —continúa Tavish—, ¿qué coño está pasando? Todo el mundo está perdiendo la cabeza y nadie dice nada. El entrenador Matthews ni siquiera responde al teléfono.

—Sí —digo—. Supongo que está un poco ocupado ahora mismo. Teniendo en cuenta que Connor Kennedy padre ha convencido al comisionado de la liga para que me suspenda hasta que niegue que Connor y yo hemos tenido algo. Y, si eso no funciona, piensa usar esa relación para librarse de mí de una vez por todas con su nueva regla Marshal.

—¿Cómo puede pedirte que lo niegues?! —salta Bouchard.

—Es una estupidez —refunfuña mi padre.

—Es una estupidez monumental —digo yo.

—¿Y por qué no suspenden también a Connor? —pregunta Tavish—. Para bailar el tango hacen falta dos, ¿no?

Bouchard gira la cabeza para mirarlo.

—Hay una razón por la que la llaman la regla Marshal.

—Sí, vale —admite Tavish—. Pero sigo sin entenderlo. ¿Os está

obligando a romper? ¿O le basta con que neguéis que habéis estado juntos?

Lo miro.

—¿Tú qué crees?

Tavish cruza los brazos y se deja caer hacia atrás.

—Qué pedazo de cabrón.

—El cabrón supremo —añade Bouchard.

Después vuelve a clavar los ojos en mí.

—No vas a hacerlo, ¿verdad?

—¿Crees que tengo otra opción?

—Siempre tienes una opción, hijo —dice mi padre.

—Claro —respondo—. Pero partirle la cara no va a conseguir que me readmitan para el partido del martes por la noche.

—Aunque te haría sentir de maravilla —dice Bouchard con una sonrisa torcida.

Y, la verdad, no le falta razón.

—¿Y ahora qué? —pregunta Tavish.

—Ahora mismo estoy suspendido hasta que Connor padre consiga lo que quiere.

—¿Y qué es lo que quiere? —pregunta Tavish.

—Que me olvide de mi relación con Connor. Que finjamos que nunca pasó. —Bajo la cabeza y dejo escapar el aire.

—Más estupideces —refunfuña mi padre.

Le señalo con la botella, dándole la razón.

—Pero, por desgracia, ha dejado muy claro que es la única opción que me queda si quiero seguir jugando en la liga.

—Pero espera —dice Bouchard—. ¿Cómo espera que eso funcione? Todo el mundo vio a Connor besarte. Está en todas partes. Ya hay *fanfics* sobre vosotros.

Levanto las cejas.

—Perdona, ¿qué?

—No importa. —Bouchard sujeta la cerveza entre las rodillas y levanta las manos—. Olvida que he dicho eso. No te conviene meterte en ese terreno. Yo me arrepiento profundamente de haberlo hecho.

Tavish lo mira de lado.

—¿Quiero saber de qué está hablando?

Bouchard niega con una solemnidad casi religiosa.

—No. He visto y leído cosas que no voy a poder borrar de mi cabeza en la vida. Es traumático.

Vuelvo a caminar delante de ellos.

—¿Podemos centrarnos, por favor?

—Lo siento. Sigue —dice Bouchard.

—La regla Marshal —explico, mirando a Tavish— es una norma que la liga está a punto de aprobar y que convertiría en una infracción que dos jugadores mantuvieran una relación sentimental entre ellos.

—¡Pero eso es ridículo! —exclama Bouchard.

—¿Ridículo? —repito—. Llevo siete años metido en el armario precisamente por miedo a que pasara algo así. No es ningún secreto que a la mayoría de los equipos les encantaría deshacerse de mí. Y ahora les he dado la excusa perfecta.

Me llevo las manos a la cabeza y me paso los dedos por el pelo, tirando de los mechones.

—Me encanta el *hockey*. No sé hacer otra cosa. No tengo otra salida profesional. Sin el *hockey*, volveré a los barcos pesqueros.

—Eso no va a pasar —dice mi padre.

Choco mi botella de zarzaparrilla contra la suya.

—Pero tienes apoyo —dice Tavish—. El entrenador Matthews y toda la organización de los Blizzards no van a dejar que te echen sin pelear.

—Ese es un equipo de treinta y dos —respondo—. Sigo estando en clara minoría.

—Vale, pero si esa norma entra en vigor, no solo te echarían a ti. También a Connor —dice Bouchard.

—¡Ya lo sé! —grito—. Por eso tengo que hacer lo que él dice. Tengo que olvidarme de Connor si quiero protegerlo.

—Claro —dice Bouchard—. Pero eso no va a funcionar. Tú y Connor estáis enamorados, y eso lo ve cualquiera...

Abre las manos, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—No es tan evidente —digo, notando cómo vuelve a acelerárseme el pulso.

Odio quedar tan expuesto en un momento como este. Odio que otros digan en voz alta lo que yo todavía no soy capaz de pronunciar sin sentir que algo se me rompe por dentro.

—Sí lo es —dice Tavish.

Me alejo unos pasos y respiro hondo antes de volverme hacia ellos.

—Escuchad —digo con firmeza—. El daño ya está hecho. Nunca podría vivir conmigo mismo si yo fuera la razón por la que Connor pierde su sitio en la liga. Le encanta el *hockey*. Es lo que mejor sabe hacer. Se merece seguir jugando.

—Tú también —dice mi padre.

Bouchard levanta un puño en señal de apoyo y mi padre se lo choca.

—Sí —añade Tavish—. Puedes hacerte el duro todo lo que quieras, grandullón, pero tú también te mereces estar en la liga. Te has ganado tu sitio. Y sé que todos los Blizzards estarían de acuerdo conmigo. No van a echarte sin pelear.

Esta vez Bouchard levanta el otro puño y Tavish lo golpea.

—Oye —dice Bouchard, llamando mi atención—. ¿Qué dice tu Connor?

Levanto las manos, y el pánico que llevaba intentando contener todo este tiempo termina de desbordarse dentro de mí.

—¡No lo sé! ¡No consigo localizarlo, joder!

VEINTIDÓS

Connor

No soporto más esta mierda. Mi padre ha ido demasiado lejos, y todo es culpa mía. Debería haber frenado su necesidad de control hace años.

Y eso es exactamente lo que pienso intentar ahora.

—Exijo un traspaso —le digo al entrenador Chris en cuanto me abre la puerta de su casa junto al lago.

No parece sorprendido de verme, a pesar de la hora. Es casi medianoche. He tenido que llegar a escondidas, entrando por detrás, con una sudadera con capucha demasiado grande y una gorra, manteniendo la cabeza baja.

—Ojalá fuera tan fácil —dice mientras me hace un gesto para que entre—. Sabes que no va a dejarte marchar.

—¿Te apetece un café? —pregunta Michelle, la mujer del entrenador Chris, cuando entramos en la cocina.

Niego con la cabeza. Estoy demasiado alterado y, aunque me muero de sueño, el café solo conseguiría empeorarlo todo.

Me mira con sus amables ojos azules.

—¿Y una infusión?

—Eso sí me vendría bien —respondo con una pequeña sonrisa.

El entrenador aparta unos papeles de la mesa de la cocina y me indica que me siente. Obedezco y me quito la gorra. Luego me paso una mano por el pelo, revuelto y aplastado, intentando ponerlo un poco en orden.

Se sienta frente a mí y se queda mirando una página en blanco del bloc amarillo que tiene delante. Da tres golpecitos con el bolígrafo.

—No va a dejar que te marches. No sin pelear. Y eso acabará mal para Gavin.

Me froto las palmas contra los pantalones, intentando secármelas.

—Supongo que has hablado con el entrenador Matthews. En

Búfalo.

Michelle deja una taza de infusión de menta frente a mí. El aroma ya resulta reconfortante, y la menta tiene justo el punto de frescor necesario para mantenerme despierto. Me aprieta el hombro con suavidad y luego se sienta a mi lado, abriendo el portátil como si estuviera lista para entrar en guerra con nosotros.

Le dedico una sonrisa incómoda.

—Lo siento —digo—. Seguramente esperabas pasar un día libre con tu marido después de tanto tiempo sin verlo.

Ella niega con la cabeza.

—Soy la mujer de un entrenador de *hockey*. Y antes lo fui de un jugador. Él y yo no hemos tenido un solo día libre de este deporte desde el día de nuestra boda.

—Y eso ni siquiera cuenta —añade el entrenador Chris—. Todos mis padrinos de boda eran compañeros de equipo.

No puedo evitar reírme. Sé exactamente a qué se refieren. Lo he visto toda mi vida. Cuando te relacionas con un jugador de *hockey*, te relacionas también con el deporte entero.

—Pero, respondiendo a tu pregunta —continúa el entrenador—, sí. He estado en contacto con Matthews, en Búfalo. Está furioso.

—¿Hasta qué punto?

—Bueno, uno de sus mejores jugadores acaba de quedarse fuera de juego en plena defensa de la Stanley Cup. Así que puedes imaginártelo.

—Sí, me lo imagino. —Frunzo el ceño y doy un sorbo a la infusión—. Entonces, ¿qué podemos hacer para que todo el mundo consiga lo que quiere?

—Lo primero que tenemos que hacer es aceptar que eso no va a pasar.

Niego con la cabeza.

—Quiero decir que todo el mundo, salvo mi padre, consiga lo que quiere.

—Una vez más, eso tampoco va a pasar.

El entrenador sigue escribiendo en el bloc mientras Michelle teclea en el portátil. Luego deja el bolígrafo, levanta los ojos y me mira.

—Si dependiera de mí, haría un traspaso para que Gavin jugara en

los Broad Wings. Está claro que es el mejor ejecutor de la liga y, además, es un delantero muy por encima de la media que puede jugar tanto de alero izquierdo como de centro. Y vosotros dos tenéis muchísima química sobre el hielo.

—Lo sé —digo, mirando la taza entre mis manos mientras una sonrisa involuntaria me curva los labios—. Pero es imposible que mi padre fiche a Gavin para los Broad Wings. Ya lo odiaba antes incluso de todo esto.

—Eso es decirlo suavemente —coincide el entrenador—. Por otro lado, a Matthews le encantaría ficharte. Él y la organización de los Blizzards han puesto sobre la mesa algunas opciones de traspaso muy interesantes. De esas que harían babear a cualquier otro director general de la liga, excepto a tu padre.

—¿Como cuáles? —pregunto. El pulso se me acelera, aunque la idea de irme a los Blizzards me tienta más de lo que debería—. No estará proponiendo un intercambio directo. Yo por Tavish, ¿verdad?

El entrenador niega con la cabeza.

—No. Pero aunque lo fuera, no cambiaría nada. Estamos hablando de selecciones de primera ronda y jugadores de élite, que es justo lo que necesitamos. Porque sin ti, chico, los Broad Wings se hundirían en una remontada que podría alargarse años. Tu padre nos ha fastidiado al no fichar a ningún otro jugador prometedor desde que te seleccionó. Como sabes, nuestro equipo afiliado de la AHL es un desastre.

Da un sorbo a su café, que tiene pinta de haberse quedado frío hace rato, y me pregunto cuánto tiempo llevarán él y Michelle dándole vueltas a esto.

—Además, necesitaríamos encontrar un tercer equipo que nos ayudara a mover el acuerdo y retuviera parte de tu salario durante lo que queda de contrato, a cambio de algo que también le interese. Tu contrato, aunque lo valgas, es demasiado alto para el límite salarial de los Blizzards.

Me desanimo de golpe. No soy idiota. Nadie en esta liga moverá un solo dedo para ayudar a Gavin Marshal y, de paso, hacer más peligrosos a los Blizzards.

—¿Qué equipo haría algo así?

—Puede que ninguno —responde el entrenador con delicadeza.

—Entonces, ¿me estás diciendo que estoy jodido hasta que llegue la agencia libre el verano que viene y pueda renegociar mi contrato?

—No necesariamente —interviene Michelle.

Abre mucho los ojos y sostiene la mirada del entrenador Chris durante unos segundos.

Él asiente apenas.

—Aún no damos nada por perdido. Pero, si quieres acabar en los Blizzards, tendrás que aceptar una rebaja salarial importante.

—No me importa —respondo sin pensarlo—. El dinero me da igual. Solo necesito alejarme de mi padre.

El entrenador me señala con el bolígrafo.

—Y apostar por Gavin. Los dos tendríais que hacerlo. De eso no tengo ninguna duda.

Vuelvo a fruncir el ceño.

—¿Y qué pasa con esa regla Marshal que intenta imponer?

Esta vez es el entrenador quien señala a su mujer con el bolígrafo.

Michelle deja de teclear.

—Ahí es donde entro yo —dice. Recuerdo entonces que es abogada y que trabaja para una de las agencias de talentos deportivos más potentes del mundo—. Ya me he puesto en contacto con la liga y les he dejado claro que aplicar una norma así sería discriminatorio.

—¿Por qué? ¿Porque somos gays?

—Sí y no —responde.

La miro, confuso. Ella sonríe y continúa:

—No es exactamente que seas gay lo que te está salvando el pellejo ahora mismo. Es que no hay manera de aplicar esa norma de forma justa, porque solo podría aplicarse a jugadores gays.

—No te sigo.

—Es bastante simple. Este no es un deporte mixto. Así que no existe ningún escenario en el que dos jugadores heterosexuales puedan iniciar una relación entre ellos. Eso convierte la norma, por definición, en algo discriminatorio contra los jugadores homosexuales.

Se recuesta en la silla y da un sorbo a su té con expresión

satisfecha. Y con razón. Lo que acaba de exponer es impecable.

Sonrío.

—Entonces esa regla no tiene futuro.

—Exacto —dice ella—. Pero eso no significa que todo lo demás deje de ser complicado.

Me mira otra vez con simpatía.

—Gavin y tú no podéis jugar uno contra el otro. Quizá otra pareja sí podría. Vosotros no. Sobre todo él.

—Así que la única forma de que esto funcione es que Gavin y yo acabemos en el mismo equipo.

—Por eso —el entrenador vuelve a señalarme con el bolígrafo— la mejor opción es un traspaso a Búfalo. Pero los márgenes son estrechísimos y no tenemos mucho tiempo para que salga bien. Suponiendo que podamos conseguirlo. El plazo de traspasos termina el miércoles.

—Pero no es imposible —digo, notando cómo el corazón me golpea en el pecho—. Todos los años se cierran traspasos imposibles en el último momento.

—Sí —admite el entrenador—. Pero nunca uno de este calibre, con tantas variables. Y seguimos sin contar con el mayor problema de todos: tu padre no va a dejar que te marches.

—¿Hay alguna forma de obligarlo?

—Bueno... —Michelle arquea una ceja—. ¿Y si te dijera que voy a proponerle otra norma a la liga?

—¿Qué tipo de norma? —pregunto, escéptico. No porque desconfíe de ella, sino porque no tengo la menor idea de qué puede estar tramando esa cabeza prodigiosa.

—La regla Kennedy —responde—. La que establece que los miembros de una misma familia no pueden formar parte de la dirección o la plantilla del mismo equipo, para evitar conflictos de intereses y tratos de favor.

Me muerdo el labio inferior mientras proceso la idea.

—Entonces sería ilegal que yo siguiera jugando en el equipo que dirige mi padre.

—Exacto —dice ella—. Y eso lo obligaría a elegir. O acepta traspasarte o dimites.

El alivio me recorre entero. Me hundo en el respaldo de la silla y dejo escapar el aire.

—No va a dimitir —digo—. De eso estoy seguro.

—Lo sabemos —responde ella.

—Y os va a convertir a ti y a Gavin en su objetivo —añade el entrenador.

—Ya lo ha hecho —murmuro, frotándome la cara con las manos.

—No te preocupes. —Michelle me da una palmada en el hombro.

—Vamos a sacarte de esta —dice el entrenador.

Asiento, agradecido de tenerlo de mi lado.

—Sabes que podrías perder tu trabajo por ayudarme, ¿verdad?

Él sonríe, con un brillo casi travieso en los ojos.

—He oído que en St. Louis quizá busquen entrenador nuevo.

Luego se pone en pie y me indica que lo siga. Lo acompaño al salón y lo veo coger una caja de la repisa de la chimenea. La reconozco al instante. A mí también me dieron una. Pero que me entregue la de Gavin me parece mucho más importante que haber recibido la mía. Como Gavin no estuvo a mi lado en Milán durante la ceremonia de entrega de medallas, no pude vivir aquel momento como debía. Todo sigue pareciéndome irreal. Pero, en cuanto le entregue esto a Gavin (a mi capitán alternativo y compañero), quizá por fin se convierta en lo que tendría que haber sido desde el principio.

El entrenador me pone la caja en las manos. Dentro hay una medalla de oro igual que la mía.

—Dásela a Gavin, ¿quieres? —dice—. Seguro que la está buscando.

VEINTITRÉS

Gavin

Mis compañeros de equipo, mi padre y yo estamos en el salón, comiéndonos los restos ya fríos de las pizzas que pedimos hace horas, cuando llaman otra vez a la puerta. Son casi las cuatro de la madrugada. Miro a Bouchard, que sigue repantigado en mi sofá, aunque ya no tan apretado porque Tavish se ha tirado al suelo para estirar las piernas.

—¿A quién más has invitado?

—A nadie —dice Bouchard con la boca llena. Termina de masticar y traga—. Lo juro.

Me levanto y voy hacia la puerta, esperando encontrarme a algún otro compañero de equipo. O quizá a mi entrenador. La verdad es que no me vendría mal sentarme con él y asegurarme de que sigo teniendo trabajo. Pero cuando abro, me encuentro con algo mucho mejor.

Connor.

Lo meto dentro del apartamento, lo rodeo con los brazos e inspiro hondo contra su cuello.

—Hola —me susurra al oído, dejando caer la bolsa de viaje al suelo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto, apretándolo todavía más contra mí.

Se ríe.

—El entrenador Chris me dio tu dirección del registro de jugadores. Espero que no te importe.

—¿Que si me importa? Estoy furioso por no haber pensado en hacerlo yo primero.

—Casi mejor que no lo hicieras —dice él.

—Intenté llamarte.

—Lo sé. —Hace una pausa—. Bueno, no lo sé porque no tengo el

teléfono. Mi padre todavía lo tiene. Pero lo supuse. Siento no haberte llamado. No pude.

Aflojo el abrazo lo justo para mirarlo a los ojos.

—Así mejor.

Connor sonrío y me da un beso suave en los labios. Tiene los ojos abiertos y mira por encima de mi hombro.

—Haría algo más, pero veo que ya tienes compañía.

Lo suelto, aunque dejo una mano bien apoyada en su espalda mientras miro a mis compañeros.

—¡Fuera!

Bouchard y Tavish empiezan a levantarse.

—Es broma —les digo. Luego le sonrío a Connor—. Más o menos.

Bouchard no vuelve a sentarse.

—Pero deberíamos irnos —dice, mirando a mi padre—. ¿Quieres venirte conmigo? Tengo una habitación libre. Con una cama de verdad. Y sábanas, incluso.

—No necesito una cama —responde mi padre—. Pero tampoco quiero estar en este sofá cuando estos dos se vayan a dormir.

—Qué listo —dice Bouchard—. Yo compartí pared con su habitación. No son precisamente silenciosos.

—Vete a la mierda. —Le hago una peineta.

—La verdad es que deberíais quedaros todos —dice Connor—. Al menos hasta que ponga a Gavin al corriente de lo que está pasando. Vamos a necesitar toda la ayuda posible. —Señala a Bouchard—. Sobre todo la tuya. Supongo que sigues en contacto con el resto del equipo olímpico.

—Claro. —Bouchard sonrío y vuelve a dejarse caer en el sofá mientras saca el teléfono—. Voy a crear un chat grupal.

Connor se aparta de mí y se sienta en el suelo. Coge un trozo de pizza y le da un mordisco enorme.

—Lo siento —dice, mirándome—. Me muero de hambre.

—Come —le digo mientras voy hacia la cocina—. Te traigo algo de beber.

Abro la nevera y saco una cerveza y una zarzaparrilla.

—¿Puedo tomar agua? —pregunta, mirando el reloj—. Es demasiado tarde o demasiado temprano para empezar a beber.

—Ah, claro —digo—. Aquí hemos perdido por completo la noción del tiempo.

—Sí —dice Bouchard—. Un reloj de pared habría estropeado la decoración del sitio.

Le dedico otra peineta y saco un vaso del armario, procurando que no sea uno de los que tienen una mella. Lo lleno, vuelvo al salón y se lo doy a Connor. Cuando lo coge, me siento detrás de él en el suelo, con las piernas dobladas a ambos lados y la espalda apoyada en la pared. Él se recuesta sobre mí y yo le rodeo la cintura con un brazo. Todavía no puedo creer que esté aquí. Me desborda el alivio de tenerlo apoyado contra mí, calmándome los nervios y devolviéndome algo parecido a la paz.

Tavish nos mira y luego hace un gesto con la barbilla hacia Bouchard.

—¿Han estado así todo el tiempo?

Bouchard coge otro trozo de pizza y se encoge de hombros.

—No. Pero tampoco eran tan discretos como se pensaban.

—Ese es el eufemismo del año —dice mi padre.

—Lo entiendo —digo—. Todos os habíais dado cuenta.

Connor se vuelve lo justo para mirarme.

—No te enfades demasiado con ellos. Lo que digan puede ayudarnos.

—¿Y eso cómo?

—Bueno, si mi padre está intentando convencer a todo el mundo de que nunca estuvimos juntos, tener a un equipo entero dispuesto a salir en nuestra defensa y decir que eso es mentira debería reforzar bastante nuestra posición.

—Pero, aun así, si hacemos pública nuestra relación, básicamente le estaremos dando a tu padre toda la munición que necesita para imponer su llamada «ley marcial» —digo.

Connor esboza una sonrisa ladina.

—Todavía no has oído todo lo que he venido a contarte.

Connor

Sabía que Gavin iba a estar nervioso. ¿Cómo no iba a estarlo después de cómo nos separaron al final del partido olímpico? Todavía no conozco todos los detalles de lo que pasó de su lado, pero, a medida que le voy contando cada nueva pieza de lo ocurrido hoy, noto cómo se relaja un poco más. Y cuando termino de explicarle todo lo que Michelle, la mujer del entrenador Chris, está poniendo en marcha, una calma visible se apodera de él. Sobre todo cuando comprende que, a partir de ahora, lo único que tiene que hacer es apoyarme. Estar a mi lado. Proteger lo que es suyo.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —me pregunta.

Tiene la barbilla apoyada en mi hombro y ahora me rodea el torso con los dos brazos. Bouchard y Tavish siguen sentados en el suelo con nosotros, mientras Garrett está tumbado boca arriba en ese pobre sofá que parece suplicar que alguien lo libre de su miserable existencia. Gavin no exageraba cuando dijo que traernos la cama de la residencia olímpica sería una mejora sustancial. Aun así, no pienso decir nada. Soy feliz aquí. No me importa cómo sean los muebles. Aunque, dicho esto, si el traspaso se concreta y termino en Búfalo, nos mudaremos. La vida de Gavin necesita mejorar con urgencia. Una vez más, de tal palo, tal astilla.

—Estoy seguro —respondo—. Llevo mucho tiempo preparado.

No nos referimos a salir públicamente como pareja. Aunque eso también importa, y sí, estoy preparado. Se trata de alejarme de mi padre todo lo posible. Lo necesito. Quizá incluso más de lo que necesito a Gavin. Mi padre ha llevado el pie en el acelerador y las manos en el volante de mi vida desde que tengo memoria. Ya va siendo hora de que quite el pie y sea yo quien decida adónde voy.

—El equipo está listo —dice Bouchard, dejando el teléfono a un lado—. Cualquier cosa que diga tu padre sobre vuestra relación, nosotros la desmentiremos. No puede suspendernos a todos. —Se inclina hacia Gavin y chocan los puños.

—Pero no esperes que no lo intente —dice Garrett con una risa grave.

—Hablas como un hombre con experiencia —dice Gavin, volviendo un poco la cabeza hacia su padre.

—Odio decirlo, Connor —dice Garrett, girándose para mirarme—.

Siempre he odiado a tu padre. Pero tú no te pareces en nada a él. Pase lo que pase después de esto, tienes un hogar conmigo y con Gavin.

—Gracias —digo. Y lo digo de verdad.

Me ha llegado.

Garrett se incorpora.

—Ahora deberíamos intentar dormir algo. Mañana va a ser un día largo.

Detrás de mí, Gavin niega con la cabeza.

—Papá, quédate. No hace falta que te vayas.

—Tonterías —tose Bouchard, y a mí se me escapa la risa.

—No somos unos salvajes —digo.

—¿Ah, no? —replica Tavish, señalando a su alrededor—. Mira el apartamento de tu novio.

—A mí me parece acogedor —respondo, encogiéndome de hombros. Estoy perfectamente cómodo entre los brazos de Gavin.

—He pasado semanas enteras en viejos barcos pesqueros llenos de moho que eran más lujosos que este apartamento —dice Garrett, aunque vuelve a sentarse en el sofá.

Tengo la sensación de que en realidad no quería irse.

Tavish se levanta del suelo y le tiende una mano a Bouchard para ayudarlo a ponerse de pie.

—Pero nosotros sí deberíamos irnos. ¿Vas a ir al entrenamiento el lunes? —pregunta una vez que lo ha incorporado.

—Eso espero —dice Gavin.

Noto su reticencia a moverse y apartarse de mí para dejar pasar a sus compañeros.

—Suponiendo que me dejen volver a entrar al edificio.

—Te dejarán —digo mientras me pongo de pie con él.

Michelle está trabajando a contrarreloj, y confío en que consiga dejar la regla Marshal en nada. En cuanto a mi traspaso, bueno, eso sí va a requerir algo más parecido a un milagro.

Bouchard me da una palmada en el hombro.

—Y quizá a finales de semana ya lleves la camiseta de los Blizzards.

—Eso espero.

—Nosotros también —dice Tavish—. Tengo ganas de ver lo que tú y yo podemos hacer juntos sobre el hielo.

Gavin

En cuanto cierro la puerta detrás de mis compañeros, vuelvo a agarrar a Connor. Una parte de mí sigue sin poder creer que esté aquí. Y una parte todavía mayor no puede creer que haya aparecido con un plan para arreglar todo esto.

—No hagas que me arrepienta de no haberme ido con Bouchard —dice mi padre desde el sofá, con una sonrisa burlona.

Connor se zafa de mi abrazo y va hacia la bolsa de viaje que ha dejado junto a la puerta.

—Me alegro de que sigas aquí —dice—. Tengo algo que creo que vas a querer ver. —Me señala con un dedo—. Ve a sentarte con tu padre.

Intrigado, hago lo que me dice mientras él abre la bolsa y mete la mano dentro. Saca una caja de caoba pulida, con los cinco anillos entrelazados del emblema olímpico incrustados en ambos lados, y me la entrega. La tapa es de cristal. Dentro está mi medalla, reluciente y dorada. Del mismo color que el pelo de Connor.

Abro la caja y paso los dedos por encima, notando la textura y leyendo lo que pone: JUEGOS OLÍMPICOS DE INVIERNO, MILÁN.

Levanto la mirada hacia él.

—¿Cómo la has conseguido?

Connor me sonrío. Tiene los ojos brillantes.

—La tenía el entrenador Chris. Me pidió que te la trajera.

Trago para disimular el nudo que se me forma en la garganta. Cuando me sacaron del hielo y del pabellón, di por perdido este momento. Entonces me daba igual, porque lo único que quería era volver con Connor. Y la verdad es que desde entonces apenas he tenido tiempo para pensar en ello. Ir a los Juegos Olímpicos había sido mi sueño desde niño, desde aquellas veces en que veía ganar al equipo estadounidense sentado al lado del padre de Connor. Luego

la liga decidió que los jugadores de la NHL no podían ir a los Juegos, antes siquiera de que mi carrera empezara, y tuve que hacerme a la idea de que ese sueño quizá nunca llegaría a cumplirse. Después, cuando por fin nos permitieron volver a competir por nuestros países, me atreví a soñarlo otra vez. Y ahora, con esta medalla en las manos, comprendo de golpe cuánto significa. No solo para mí, sino para todo el mundo del *hockey*. Las últimas tres semanas, peleando por ella, han sido un torbellino. Hemos pasado por encima de todo el que se interponía en nuestro camino hacia el oro.

Y ahora está aquí. Por fin. En mis manos.

Miro a mi padre y le entrego la caja.

—Apuesto a que nunca pensaste que llegaríamos a tener una de estas entre las manos.

—Te equivocas —dice.

Hace lo mismo que yo. Pasa los dedos por la superficie fría de la medalla. Luego cierra la caja, me la devuelve y me da una palmada en el hombro. Deja la mano ahí un segundo más. Lo oigo tragar saliva.

—Lo has hecho muy bien, hijo.

—Gracias —digo, apoyando la cabeza en su hombro—. Tú también.

VEINTICUATRO

Connor

Salgo del baño después de lavarme los dientes y encuentro a Gavin cambiando las sábanas. No bromeaba con lo del colchón en el suelo. Empiezo a ayudarlo, pero me hace un gesto para que me aparte y termina él solo, con un aire vagamente avergonzado.

—Te prometo que es cómodo —dice, frotándose la nuca—. Quiero decir, no tiene una costura en medio por la que uno de los dos pueda caerse, pero se duerme bien.

—Cualquier cama contigo será perfecta —digo, y me meto en ella.

Madre mía. No bromeaba. Este colchón parece una nube.

Se mete por el otro lado y se acerca a mí. Se queda tumbado de lado, con la cabeza apoyada en una mano, y luego deja la otra sobre mi estómago, deslizándola con suavidad por mis abdominales, arriba y abajo, en movimientos lentos. Se siente tan bien que suspiro y cierro los ojos.

—No tendrías que vivir aquí si acabas jugando con los Blizzards —dice—. Sé que este sitio es un cuchitril.

Suspiro y me abandono aún más a sus caricias.

—Deberíamos quedarnos con el colchón. Es mejor que el que tengo en casa —digo, abriendo un ojo para mirarlo.

—Mi único capricho. —Suelta una risa tímida. Una que no habría creído capaz de soltar. Caigo en la cuenta de que probablemente esta sea la vez que he visto a Gavin más vulnerable, y ha sido aquí, en su casa. Eso me entristece.

Me giro para mirarlo. Su mano se desliza hasta mi cintura y se posa en la parte baja de mi espalda. Sigue trazando allí pequeños círculos con la palma.

—Me hablaste de tu casa en Alaska. ¿Por qué no has hecho aquí algo parecido?

—Ya te lo he dicho. Esa casa es para mi padre, aunque nunca vaya

a vivir allí. No cuenta.

—De acuerdo —digo, y le pongo una mano en el pecho—. Entonces, con más razón deberías convertir este apartamento en tu hogar.

Él se encoge de hombros y desliza la mano por mi espalda para empezar a dibujar los mismos círculos sobre mis omóplatos.

—Durante la temporada casi nunca estamos aquí, y luego yo paso todo el verano en Alaska...

—Yo me quedo en casa de tu padre. —Me arriesgo a bromear con él. Vale la pena, porque me regala otra sonrisa. Sigue siendo tímida, pero mentiría si dijera que no me gusta. Es raro ver así a Gavin, pero hace que lo quiera todavía más. Es una faceta que mantiene muy escondida.

—Sí, la casa de mi padre. —Detiene la mano y me atrae hacia él hasta dejarnos pecho contra pecho. Ya no puedo verle bien la cara, y creo que es intencionado. Me roza con la nariz el pelo de la nuca—. Nunca he tenido motivos para poner mi casa en orden. No es que fuera a invitar aquí a nadie los pocos días a la semana que estaba en la ciudad.

—¿Nunca has deseado tener un lugar bonito al que volver?

Se aparta de mi cuello y me sujeta la cara con la mano, inclinándomela para poder mirarme otra vez.

—Crecí en la pobreza. No necesito gran cosa. Para mí es más importante tener a alguien bueno esperándome en casa.

Me da un beso largo y lento antes de que pueda responder. Cuando se aparta, aprovecho el momento.

—¿Y alguien con quien volver a casa?

—Mejor todavía —dice, sonriendo contra mis labios.

Me besa de nuevo y siento cómo su erección crece entre nosotros, contenida por la tela de sus calzoncillos. Sus caderas se aprietan contra mí mientras deja escapar un gemido ahogado en medio del beso.

—Tu padre —susurro mientras su miembro se acomoda junto al mío, que ha decidido sumarse también a la fiesta.

—Puedo estar callado si tú también lo estás —me susurra al oído antes de mordisquearlo.

—Sabes que no puedo.

—Apuesto a que sí, si te lo ordeno —dice.

Su sonrisa es maliciosa y sus ojos brillan de deseo. La mano se desliza por mi espalda y se cuela bajo la cintura de mis calzoncillos. Me agarra una nalga y la aprieta.

Gimo, y todo mi cuerpo arde con la necesidad de estar tan cerca de él como sea posible. La necesidad de ser suyo. La necesidad de llegar hasta el final.

—Así se hace. Buen chico —dice en voz baja, serena.

Me muerdo el labio inferior y me agacho para quitarme los calzoncillos. Él hace lo mismo con los suyos, luego me da la vuelta y se coloca entre mis muslos. Es un alivio volver a sentir el peso de su cuerpo sobre el mío, y aún mejor sentir nuestras erecciones desnudas frotándose despacio una contra la otra.

Se sostiene con una mano y desliza la otra entre nuestros cuerpos. Pasa el pulgar por la punta de nuestros sexos y recoge el líquido preseminal para extenderlo por la palma y facilitar el movimiento. Sin apartar los ojos de los míos, acelera el ritmo. Esta noche no va a demorarlo, y me parece bien. Después de todo lo que hemos pasado en las últimas treinta y seis horas, necesitamos este alivio, y lo necesitamos ahora.

—Joder, qué maravilla —susurra.

Siento que la piel me arde al oírlo. La sonrisa de su boca ya no es tímida, sino victoriosa. Como si ese rubor que me sube por el pecho, el cuello y las mejillas fuera su recompensa.

—Me encanta ese rubor —dice, inclinándose para besarme.

Levanta la cabeza y me mira a los ojos con intensidad. Está cada vez más cerca del orgasmo, igual que yo. Empiezo a moverme al ritmo de su mano. Se inclina de nuevo y empieza a besarme y lamerme el cuello.

—Eres mío.

—Soy tuyo —digo, mientras noto cómo se me tensan los testículos. Estoy a punto de correrme.

—Y siempre lo serás —dice, apretando nuestras pollas con más fuerza.

—Joder, Connor. Voy a correrme.

—Córrete encima de mí, Gavin —susurro.

Él aplasta la boca contra la mía. El beso ahoga el gemido ronco que se le escapa cuando se corre entre los dos. Yo lo sigo justo después, gimiendo mientras intento no hacer ruido al correrme.

Nuestras caderas dejan de moverse al unísono, pero seguimos así, con él aplastándome contra el blando colchón bajo su peso. Me siento sin fuerzas y completamente consumido por él.

Me acaricia la cara con la mano y deposita un beso suave en mis labios. Se aparta un poco y me mira, saciado y somnoliento.

—Te quiero —dice.

Alargo la mano y le sujeto la mejilla, sintiendo la barba suave bajo la palma. Aún no se ha afeitado, y me encanta. Mi hombre de las montañas de Alaska.

—Yo también te quiero.

VEINTICINCO

Gavin

Mantengo los dedos entrelazados con los suyos mientras conduzco hacia el aeropuerto. Es temprano. Demasiado temprano. El sol aún no ha terminado de salir y no hemos tenido suficiente tiempo juntos. Sobre todo si al final todo esto se vuelve en nuestra contra. Veinticuatro horas de felicidad por habernos reencontrado no compensan toda una vida de posibilidades arrebatadas.

—Tienes un coche bonito —dice Connor.

—No mientas. Es solo un Jeep. Seguro que tú conduces un BMW de lujo o algo así.

Él niega con la cabeza.

—No conduzco nada.

—¿Qué? —pregunto al mismo tiempo que mi padre, desde el asiento trasero, dice: «¿Cómo?».

Connor se gira en su asiento para poder mirarnos a los dos. Se está riendo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunto.

—Vosotros dos —dice, intentando recuperar el aliento. Mueve la mano libre de un lado a otro entre nosotros—. Esa misma indignación en la cara y en la voz. Si no os conociera, pensaría que sois clones.

Cruzo una mirada con mi padre a través del retrovisor. Ambos nos encogemos de hombros, lo que hace que Connor se ría todavía más.

—No cambies de tema —dice mi padre—. ¿Cómo es posible que no sepas conducir?

—Nunca me ha hecho falta —dice Connor, volviéndose otra vez hacia delante.

—Pero sabes conducir, ¿no? —le pregunto.

Por el rabillo del ojo veo cómo se encoge un poco en el asiento de al lado.

—¿Cómo? —pregunto al mismo tiempo que mi padre vuelve a decir «¿Qué?».

Connor se echa a reír otra vez y me suelta la mano para frotarse la cara. No sé si lo hace para secarse las lágrimas de risa o para esconderse de nuestras inquisitivas miradas. Quizá por ambas cosas.

Me inclino hacia él y le acaricio el pelo con los dedos, luego apoyo la mano en la base de su cuello. Le doy unos suaves apretones y él suspira.

—¿Siempre ha sido tan sobón? —le pregunta a mi padre.

—Sí —responde él.

Su tono se ha vuelto grave, y sé lo que está pensando. Después de lo que pasó con mi madre, mis manitas siempre iban a buscarle la cara al despertar, solo para asegurarme de que seguía allí.

Sintiéndome de pronto expuesto, retiro la mano y la apoyo sobre la tapa del café, en el portavasos entre nuestros asientos. No se queda ahí mucho tiempo. Connor la atrapa y vuelve a entrelazar los dedos con los míos.

—Créeme —dice—. No me estoy quejando.

Y entonces lo entiendo. Toda esta conversación está conectada. Connor no sabe conducir porque aprender nunca fue importante para su padre. Igual que demostrarle cariño tampoco lo fue. Puede que nosotros viviéramos en la pobreza, pero entre mi padre y yo nunca faltó el afecto. Incluso cuando echo la vista atrás, cuando mi madre aún vivía, recuerdo que él siempre fue el más cariñoso de los dos.

Entonces yo era demasiado pequeño para entender por qué, pero siempre lo preferí a él antes que a mi madre. Él me enseñó no solo a ser un hombre, sino a ser un buen hombre. A levantarme y seguir adelante por muy feas que se pusieran las cosas. A expresar el amor tanto en silencio como a gritos. Enseñarme a conducir fue solo una de las muchas maneras en que me mostró cariño, más allá del dinero.

Mi padre también parece haber llegado a la misma conclusión.

—Así que tu padre nunca te enseñó a conducir —dice.

—No. —Connor niega con la cabeza—. La verdad es que él tampoco conduce mucho, salvo cuando saca uno de sus deportivos

para darse una vuelta. Y nunca me habría dejado tocarlos, claro.

—¿Y tu madre?

Connor me mira por encima del hombro.

—¿Tú te subirías a un coche que condujera ella?

—Tienes razón —digo, asintiendo—. Pero entonces, ¿cómo te mueves? Para hacer recados y esas cosas.

—Normalmente con chófer. Así me crie, y la verdad es que tampoco hago muchos recados. Es un poco complicado ir al supermercado cuando todo el mundo sabe quién eres. —Me mira—. Pero tú ya sabes cómo es eso.

—Más o menos —respondo—. A nosotros los aficionados no suelen acosarnos cuando nos cruzan por ahí. A veces nos piden un autógrafo, pero por lo general nos dejan vivir tranquilos.

—Suenan bien —dice Connor—. No me malinterpretes, aprecio a los aficionados. Sin ellos no tendría carrera, pero aun así...

Su voz se apaga, así que le aprieto la mano y termino la frase por él.

—Un poco de privacidad no estaría mal.

Él asiente.

—Sí —dice mi padre—. No creo que vayáis a tener mucha dentro de poco.

—No. —Me río cuando llegamos al aeropuerto. Aparco el coche, pero dejo el motor en marcha—. Lo más probable es que no.

Connor inspira hondo. Me suelta la mano y se frota las palmas en los pantalones.

—¿Estás listo? —le pregunto.

Él asiente.

—Sí, lo estoy.

Los tres salimos del coche y rodeo la parte trasera para sacar su bolsa del maletero y ayudarle a colgársela al hombro. A pesar de lo que acabo de decir en el coche, ya hemos llamado la atención. Pero, fieles al estilo de los aficionados de los Buffalo Blizzards, ninguno se lanza a molestarnos directamente. Aun así, algunos ya nos están enfocando con las cámaras de sus teléfonos. Y está bien. Parte de nuestro plan depende precisamente de que nos reconozcan en el aeropuerto.

Mi padre le estrecha la mano a Connor, luego tira de él para acercarlo y darle un fuerte abrazo acompañado de unas palmadas en la espalda.

—Ven a Alaska este verano y te enseñaré a conducir.

—Me encantaría. —Las mejillas de Connor se tiñen de rojo.

Mi padre lo suelta y se sube al asiento delantero de mi Jeep. Mañana tendré que traerlo otra vez para que tome el vuelo de regreso a Alaska.

Connor se lanza a mis brazos y yo lo aprieto con fuerza contra mí.

—Vendré a recogerte aquí dentro de un par de días.

—Si lo conseguimos —dice, abrazándome con la misma fuerza.

—Lo conseguiremos —le digo, acercando una mano para acariciarle la cara y pasar el pulgar por su mejilla sonrosada—. Pero, si no, puedo esperar hasta el verano. Te quiero.

—Yo también te quiero —responde.

Y entonces soy yo quien lo besa delante de todo el mundo, allí mismo, sobre la sucia acera del aeropuerto.

Connor

Cuando mi avión aterriza en Chicago dos horas más tarde, el mundo del deporte bulle de especulaciones sobre Gavin y sobre mí. El teléfono desechable que compré en el aeropuerto tiene seis mensajes perdidos suyos, todos con enlaces que así lo demuestran. El primero es una lista de entrenadores y directores generales que han firmado para respaldar la llamada «regla Marshal». Más de la mitad de los equipos de la liga han expresado su apoyo. Sin duda, porque están hartos de perder contra los Blizzards. Aun así, hay una ausencia llamativa en la lista: St. Louis. Y eso me da cierta esperanza de que todavía podamos sacar esto adelante.

El siguiente enlace lleva a la historia que mi padre quiere que el mundo se crea. Que lo que vieron no fue más que a dos deportistas dejándose arrastrar por el momento y la emoción de ganar el oro olímpico. Sostiene que son los demás quienes lo están convirtiendo

en algo distinto solo porque Gavin es gay. Que todo es un gran malentendido. Que la regla Marshal no tiene nada que ver conmigo. Y que yo soy cien por cien heterosexual. Lo cual es ridículo. Soy cien por cien gay. Estrictamente gay desde que empecé a interesarme por el sexo. Pero sé perfectamente lo que está haciendo. Está plantando la semilla en la cabeza de todo el mundo para poder montar luego ese falso «romance para preservar la imagen» con alguna mujer. Su intento de hacer desaparecer, de un modo eficaz, este «incidente gay». Lo que no sabe es que Gavin y yo llevamos bastante ventaja en la construcción de mi nueva imagen.

El tercer enlace es otro vídeo publicado en redes sociales. Se ha hecho viral y muestra a Gavin despidiéndose de mí con un beso a la salida de la terminal del aeropuerto. Se le ve acariciándome la cara, susurrándome al oído y besándome con una intensidad que deja claro que preferiría estar haciendo cualquier otra cosa antes que subir a un avión y marcharse lejos de mí, de vuelta junto a mi padre. Hago lo más sensato e ignoro la sección de comentarios, porque estoy seguro de que debe de ser un auténtico vertedero.

El cuarto enlace que me ha enviado lleva a un hilo en redes sociales en el que un periodista deportivo lanza el rumor de que he exigido un traspaso para salir de Chicago.

El quinto enlace es un vídeo en el que mi padre asegura que no hay nada de cierto en el rumor de que yo haya pedido un traspaso. Puedo ver la furia en su rostro mientras afirma que soy un Broad Wing y que siempre lo seré. Aunque su mundo se esté desmoronando a su alrededor, pronuncia esa última parte mirando directamente a cámara, como si intentara recordarme cuál es mi lugar.

El sexto enlace que me ha enviado, y este es mi favorito, es de Bouchard. Está en su casa, hablando con un periodista deportivo por Zoom desde su portátil. Sobre uno de sus hombros se ve su medalla de oro olímpica, y sobre el otro, su camiseta olímpica del equipo de Estados Unidos, enmarcada. Debió de pasarse la noche limpiando y planchando esa camiseta para poder lucirla detrás de él en una ocasión como esta.

—¿Te parece que Gavin y Connor no están enamorados en ese

vídeo? —pregunta Bouchard.

—Los vídeos pueden resultar engañosos —responde el periodista.

—No es eso. —Bouchard se ríe y añade—: Mira, llevo casi un mes jugando con esos dos. El equipo ha pasado todos los días juntos. No hay uno solo de nosotros que no pueda asegurar que lo que hay entre ellos es de verdad.

—Entonces, ¿el equipo sabía que estaban juntos?

—Están juntos —corrige Bouchard—. Y claro que lo sabíamos. No se puede esconder lo que hay entre ellos.

—Si todos lo sabían, ¿por qué nadie dijo nada? Sobre todo después de que Gavin saliera del armario.

—No dijimos nada porque todos estuvimos de acuerdo en que no era asunto de nadie. A nadie le ha importado nunca con quién me acuesto yo. ¿Por qué nos importa tanto lo de estos dos?

—¿Fue algún miembro del equipo quien delató a Gavin? ¿Quizás alguien que quería que se fuera y quedarse con su puesto de capitán alterno?

La sonrisa de Bouchard en la pantalla es maliciosa, lista para asestar el golpe de gracia.

—Alguien quería que se fuera del equipo, sí. Pero no fue un jugador. Al menos, no uno en activo.

—Parece que estás insinuando que Connor Kennedy padre es quien delató a Gavin.

Bouchard mira directamente a la cámara.

—No lo estoy insinuando. Lo estoy afirmando. Puedes citarme. Connor Kennedy padre no solo delató a Gavin, sino que además está inventándose esta ridícula negación de su relación.

—Has dicho que estaban enamorados. Me cuesta creerlo. Sobre todo en el caso de Gavin Marshal. No es precisamente lo que uno llamaría un «hombre romántico».

—¿Y quién eres tú para juzgar cómo muestra Gavin su afecto? —lo desafía Bouchard.

—Bueno, teniendo en cuenta que lo que vemos de él es sobre todo una actitud violenta... —replica el periodista, dejando la frase en el aire.

Bouchard no se lo permite.

—¡Es *hockey*! —dice, riéndose—. Es un deporte de contacto. Todos tenemos un historial de violencia ahí fuera. Excepto los porteros. —Guiña un ojo—. Nosotros somos unos ángeles.

Ahí termina el vídeo. Me planteo volver a verlo desde el principio. Ya lo he visto cuatro veces. Como he dicho, es mi favorito. Pero el conductor del todoterreno negro en el que viajo está girando hacia el aparcamiento del estadio de los Broad Wings. El entrenador Chris y su mujer me esperan en la entrada de los jugadores.

Gavin

Puede que hasta ahora el día esté saliendo más o menos como estaba previsto, pero sigue siendo una pesadilla. Soy un manojo de nervios, escondido en la pista de entrenamiento vacía de los Blizzards mientras veo cómo se desarrolla todo. El entrenador Matthews ha tenido la amabilidad de dejarnos entrar, aunque, como jugador suspendido, técnicamente no debería estar aquí.

Pero lo necesitaba. Si no puedo estar con Connor mientras libra esta nueva batalla con su padre, entonces necesito hacer algo para no perder los nervios. Patinar, por mucho que mi reputación sobre el hielo sea la de un matón, me mantiene sereno. Esta sesión de una hora con palo y disco que estoy compartiendo con mi padre es lo único que me despeja la cabeza. Después de enfrentarnos a la prensa, a mi padre y a mí nos hacía falta desahogarnos tirando unos discos.

Además, el entrenador Matthews está aquí, en su oficina, trabajando en el acuerdo con nuestro director general y esperando a que todo se cierre. De vez en cuando asoma la cabeza por la puerta para ponerme al día. Al parecer, los St. Louis Mules, que están tirando la temporada por la borda, están dispuestos a hacerse cargo de la parte restante del contrato de Connor si el entrenador Chris acepta mandar al Chicago a la mierda e irse a entrenarlos a ellos. Pero quién sabe si eso acabará funcionando. Por su parte, es una jugada arriesgada.

Patino hasta la valla donde mi padre se está secando la frente con una toalla.

Me mira y niega con la cabeza.

—No sé cómo puedes hacer esto todo el día. Me duelen las piernas una barbaridad.

—Yo me pregunto lo mismo de ti en ese barco —le respondo, mientras le paso mi botella de agua.

—Puede que, cuando vuelva a casa, ya no tenga un barco al que regresar —dice tras darle un sorbo.

—Joder —digo, recordando qué día es, aunque me alegro de que no vaya a volver a salir en una de esas trampas mortales—. Tu barco volvía hoy al mar, ¿verdad? —Si nada de esto hubiera pasado y él hubiera podido regresar a Alaska desde Milán, como tenía previsto, habría llegado a tiempo.

Él se encoge de hombros.

—No pasa nada. Al final tendrán que volver al puerto. O puedo conseguir plaza en otro barco si lo necesito.

—O podrías aceptar mi oferta y comprarte tu propio barco para quedarte en tierra firme, llevar el negocio y enviar a otras personas al mar.

—Sabes que no se me dan bien las tareas administrativas.

—Entonces contrataremos a alguien que sí sepa. —Me vuelvo para apoyar una mano en la valla y mirarlo—. Dime que al menos te lo pensarás.

Él asiente, pero me temo que esta es una batalla perdida. Durante los primeros años tras la muerte de mi madre, cuando estábamos solos, intentó buscar trabajo fuera de los barcos. Le fue bien, pero el sueldo era mucho más bajo y se dio cuenta de que la tecnología lo había dejado atrás. Los ordenadores cambian sin parar, pero el mar sigue siendo el mismo.

—¡Marshal! —grita el entrenador Matthews desde su oficina.

¿Es un grito bueno o malo? Voy hacia él patinando, con el corazón en un puño.

—Buenas noticias. Ya no estás suspendido.

—Gracias a Dios —digo, soltando el aire con alivio.

—Y espero veros a los dos mañana por la mañana en la pista para

entrenar.

—Sí, señor —respondo, y casi me caigo de lo rápido que giro la cabeza para mirarlo a los ojos—. ¿Los dos?

—Sí. —Sonríe—. Tu chico ahora es un Blizzard. Puedes recogerlo en el aeropuerto esta noche a las diez.

VEINTISÉIS

Connor

La expresión de mi padre cuando cuelga el teléfono, después de hablar con el entrenador y director general de los Blizzards, es de pura furia. Da miedo, pero ya no soy un niño y, a partir de ahora, ya no estoy bajo su control. Ha perdido, y lo sabe.

—Lo siento —le digo, porque es verdad—. Ojalá no hubiera tenido que llegar a esto. —Y es verdad. Me habría gustado que pudiéramos separarnos sin hacernos daño. Me habría gustado que nunca me hubiera puesto en una situación en la que tuviera que hacer algo así.

Se le dilatan las fosas nasales y señala la puerta.

—Fuera de mi oficina, pequeño ingrato de mierda.

Aprieto los dientes y asiento. Luego me pongo en pie y salgo del despacho. Michelle viene detrás de mí. Me acompaña hasta el vestuario para que recoja mis cosas. Cuando llegamos a la puerta cerrada, me pone una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

Trago saliva y luego exhalo un suspiro largo mientras contemplo el logotipo de los Broad Wings, pintado en colores llamativos sobre la puerta. He mirado ese emblema toda mi vida. Lo he llevado conmigo desde que nací, en cada etapa y en cada hito. Un Broad Wing de nacimiento que alza el vuelo para convertirse en un Blizzard.

—Estoy bien. Solo necesito un minuto.

Me da una palmada en el hombro.

—Te dejaré un poco de privacidad —dice, y se aleja mientras teclea en su teléfono.

Puede que mi trabajo aquí haya terminado por hoy, pero el suyo no ha hecho más que empezar. Sé con certeza que mi padre ha convocado al entrenador Chris a una reunión en la que ella estará presente, contrato en mano, igual que ha hecho conmigo, para negociar su salida de la organización de los Broad Wings. Después,

todavía tendrá que rematar con la liga los últimos detalles de la regla Kennedy.

Vuelvo a respirar hondo y abro la puerta del vestuario. El utilero ya ha guardado mi equipamiento en la bolsa, pero aún quedan algunas cosas personales en mi taquilla que quiero llevarme. Como la placa con mi nombre, que mi padre sin duda tirará a la basura. También la pila de discos que he ido reuniendo a lo largo de los años, firmados por mis ahora excompañeros. Y una sudadera del equipo que solía ponerme durante el calentamiento, antes de enfundarme el uniforme completo para un partido. Evidentemente, ya no voy a necesitarla. Me compraré otra, junto con el resto del uniforme de los Blizzards. Pero que las cosas hayan terminado mal aquí, con mi padre, no significa que no quiera conservar esto como recuerdo de mis años como Broad Wing.

Estoy metiéndolo todo en mi bolso y asegurándome de que mis patines estén bien sujetos cuando suena el teléfono. Lo saco del bolsillo. Es Gavin. Una sonrisa se dibuja en mis labios y noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas.

—Hola.

—Hola —dice con suavidad—. ¿Estás bien?

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta. Ha sido un día larguísimo y apenas son las dos de la tarde. Pero me alegra mucho oír su voz, aunque solo hayan pasado unas horas desde que me dejó en el aeropuerto.

—Estoy bien. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Pero te veré esta noche. Busca mi Jeep justo fuera del aeropuerto. Estaré esperándote.

—Vale —digo con la voz quebrada, y me dejo caer pesadamente en el banco. Me seco los ojos con el dorso de la mano, agradecido de estar solo. No quiero que nadie me vea así.

—Connor. —Puedo oír la preocupación en su voz cuando pronuncia mi nombre—. Todo va a salir bien.

—Lo sé —respondo—. Es solo que... es demasiado.

—Ojalá pudiera estar ahí contigo.

—Lo estás —le digo, tirando de los cordones de su sudadera del equipo estadounidense, la que me puse esta mañana antes de salir

de su casa. Cuando me subo la capucha, me envuelve su olor.

—Supongo que sigues llevando mi sudadera. —Puedo oír la sonrisa en su voz.

Sonríó también y dejo escapar una risita.

—Sí.

—Apuesto a que a tu viejo le ha encantado.

—Para ser sincero —suspiro—, creo que estaba tan disgustado conmigo que ni siquiera se ha dado cuenta.

Pero esa no era la razón por la que llevaba la sudadera. No me la puse para provocar a mi padre. Me la puse porque necesitaba sentir a Gavin conmigo. Porque necesitaba su refugio.

—En fin, ¿los canales deportivos están hablando de todo esto? —pregunto, porque necesito cambiar de tema.

—La verdad es que no lo he mirado —dice con una risa—. Se lo preguntaré a Bouchard.

—Buena idea. Ya sabes que hoy está viviendo para esto.

Mis ojos por fin dejan de humedecerse y una sonrisa auténtica me curva la boca.

—A veces pienso que él deseaba esto más que nosotros.

—Tampoco exageremos —dice Gavin.

Oigo ruido de cajas al otro lado de la línea, y el sonido de algo de cristal golpeando.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto con curiosidad.

—Mi padre y yo estamos recogiendo mis cosas.

—¿Por qué? Y no te ofendas, pero ¿de verdad hacen falta dos personas para eso?

—No, no hacen falta. —Se ríe, respondiendo antes a la segunda pregunta que a la primera—. He firmado un nuevo contrato de alquiler para nosotros, en el edificio de Bouchard. Ni se te ocurra venir a vivir a este agujero.

—¿Cómo? Si me acaban de traspasar.

—Bouchard lleva años insistiendo en que me mude a ese edificio. Me puse en contacto con el agente inmobiliario después de que te fueras esta mañana, para firmar el contrato en cuanto me confirmaron que venías. Es un sitio agradable. Espero que te guste.

—¿Vas a estar tú allí? —pregunto, y mis malditos ojos vuelven a

llenarse de lágrimas.

—Sí.

—Entonces me encantará.

Gavin

Mudarse es bastante fácil. Lo único que tuvimos que hacer mi padre y yo fue atar mi colchón a la baca del Jeep y meter mi ropa en el maletero. Dejé todo lo demás, incluido el sofá, que ahora tiene una hendidura por haber tenido ayer a tres hombres corpulentos sentados en él todo el día, para el próximo inquilino. Que lo considere un premio de consolación por las abolladuras en la pared y los trozos que faltan en la encimera de la cocina.

Bouchard está encantado, claro. Ya ha instalado a mi padre en su apartamento, tres plantas por debajo del mío y del de Connor, en una cama de verdad para que pueda pasar la noche. Me sentí mal por no haber tenido tiempo suficiente para preparar la habitación de invitados para que se quedara con nosotros, pero él dijo que no pasaba nada y que, de todos modos, Connor y yo necesitábamos intimidad esa noche. Y no le falta razón. Y no es solo porque necesitemos tener sexo ruidoso más tarde. Bueno, eso forma parte del asunto, sí, pero también necesitamos un poco de tiempo a solas. Sinceramente, nunca lo hemos tenido, y después de las cuarenta y ocho horas que acabamos de vivir, que nos han dejado a ambos vulnerables y a flor de piel, necesitamos relajarnos antes de volver a convertirnos en el centro de atención.

El entrenamiento de mañana va a ser un desastre. El responsable de relaciones públicas del equipo ya me ha advertido que me comporte lo mejor posible. Nada de contestar mal a la prensa ni mandarlos a la mierda, y nada de lanzar tiros al cristal en su dirección por mucho que me apetezca. De hecho, me han dado instrucciones de comportarme como Connor cuando trato con la prensa. Encender el encanto, sonreír, reír, ser accesible. En otras palabras, ser todo lo contrario a mi habitual yo gruñón.

Sonrío mientras piso el acelerador para incorporarme a la autopista rumbo al aeropuerto. Supongo que no será tan difícil hacer lo que me pide nuestro responsable de relaciones públicas. Al fin y al cabo, Connor saca lo mejor de mí. Joder, me duelen las mejillas de tanto sonreír desde que él forma parte de mi vida. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que tenía abandonados esos músculos. Lo cual es curioso, teniendo en cuenta el tiempo y el esfuerzo que dedico al resto.

Me entra un mensaje de Connor en el móvil. Le echo un vistazo rápido. Su avión ha aterrizado. Voy a llegar justo a tiempo para recogerlo. Estoy impaciente. Estoy deseando besarlo. Estoy deseando que se suba al coche. Estoy deseando empezar mi nueva vida con él. Una vida en la que tengo una razón para querer formar un hogar. Una razón para no sentirme tan solo cuando estoy lejos de Alaska. Para tener a alguien a quien quiero lo suficiente como para abrazarlo por la noche y relajarme con la tranquilidad de saber que seguirá ahí por la mañana.

Es fácil reconocerlo con mi sudadera con capucha del equipo de Estados Unidos y su enorme bolsa con el equipamiento de *hockey*, cruzando las puertas corredizas de cristal del aeropuerto cuando llego. Aparco el Jeep y salgo corriendo a su encuentro para librarlo de la pesada bolsa.

—Gracias —dice, y lo beso antes de que pueda decir nada más.

Por suerte, él venía en uno de los últimos vuelos que aterrizaban esa noche en Búfalo, así que el aeropuerto está tranquilo. Aunque esta mañana necesitábamos que nos vieran compartiendo un momento íntimo, ahora vuelvo a agradecer nuestra privacidad.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunto cuando volvemos a estar en mi Jeep y nos dirigimos a nuestra nueva casa.

—Bien —se ríe—. Sin duda, ha sido el mejor de los cuatro en los que he estado en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Dios mío. Eso es mucho incluso para un jugador de *hockey*. —Le cojo la mano y la sostengo entre las mías.

—Y que lo digas. ¿Cuándo es nuestro primer partido fuera de casa?

—El jueves —digo—. Así que tendrás dos días de descanso de

aviones.

—Al menos mi próximo vuelo será contigo.

—El próximo y todos los demás —digo.

—Y todas las habitaciones de hotel —añade. Puedo oír la sonrisa en su voz—. Y las comidas hipercalóricas de los restaurantes.

—Esas son mis favoritas —dice tras bostezar.

Llevo su mano a mis labios y la beso.

—Las mías también.

—Lo siento —dice mientras vuelve a bostezar.

—¿Cansado? —Piso un poco más el acelerador para llegar antes a casa. Es tarde. De todos modos, las carreteras están vacías.

—Agotado —responde—. He estado como un cable de alta tensión todo el día. Pero ahora me está dando una pequeña bajada de adrenalina.

—Ha sido mucho para ti —digo. Lo ha sido, y soy consciente del peso que todo esto debe de suponer para él—. No te arrepientes de nada, ¿verdad?

—¡Por Dios, no! —responde.

Le echo un vistazo. Me mira con ojos cansados, enrojecidos, pero también satisfechos.

—Haré que valga la pena.

—Ya lo has hecho.

Horas extras

VEINTISIETE

1 DE JULIO — NINGÚN LUGAR BUENO. ALASKA

Connor

No puedo creer que yo esté aquí. Alaska es aún más hermosa de lo que había imaginado. Los árboles del jardín trasero son viejos y enormes. Las montañas, inmensas e imponentes. El mar, vasto e infinito. Sentado en la terraza, con el puerto extendiéndose a nuestros pies, me invade una paz absoluta mientras contemplo la luz de la tarde reflejada en el agua.

Gavin se inclina hacia mí desde su silla y me besa en la mejilla.

—El sol de Alaska te sienta muy bien.

No puedo evitar dejar escapar un pequeño gemido de satisfacción mientras sigo a su lado, esperando a que la cena esté lista.

Ha pasado el día entero ahumando lentamente el salmón que pescamos ayer, y yo he preparado una ensalada con algunas de las verduras que compramos esta mañana en el mercado de agricultores. Ir a ese mercado se ha convertido en una de mis experiencias favoritas. La vida en Alaska tiene algo fascinante, porque gran parte de ella todavía funciona a base de trueque. Habíamos pescado un montón de salmones en un río cercano, que Gavin y Garrett limpiaron y prepararon. Luego los dividieron en tres partes. Una para nosotros, otra para Garrett y otra para intercambiarla con los vendedores del pueblo por fruta y verdura. Son algunos de los mejores productos que he probado en mi vida. No me extraña que Gavin creciera tan grande, si así es como ha comido siempre.

Cuando oigo el rumor grave de un motor subiendo por el camino, levanto la mirada. El padre de Gavin dijo que vendría a cenar con nosotros esta noche. Garrett ha pasado casi todas las noches cenando aquí. Seguimos insistiéndole en que se quede, pero él

prefiere volver a su casa. Aun así, nosotros también hemos pasado mucho tiempo allí. Ahora que tiene su propio barco, al que ha llamado «La Regla Marshal» porque a él y a Gavin les parece desternillante, dispone de más tiempo para dedicarse a la casa y nosotros le hemos estado ayudando a ponerla en condiciones. Ni siquiera protestó demasiado cuando Gavin insistió en comprarle un sofá nuevo. Por alguna razón, el suyo estaba aún peor que el de Gavin. Yo no creía que eso fuera posible.

Es verdad que arreglar aquella casa va a llevar tiempo. Puede que años. Pero a mí no me importa, porque adoro este lugar. Ahora entiendo por qué Gavin, a pesar de haberse marchado de aquí a los dieciséis años, siempre ha tenido la necesidad de volver siendo adulto.

Y ahora que estoy aquí, también entiendo por qué se fue. Y por qué su padre se empeñó tanto en darle una oportunidad con el *hockey*, enviándolo a aquel campamento juvenil hace tantos años. Viéndolos juntos, sé que debió de ser durísimo para los dos vivir separados, pero fue lo mejor. Claro que en Alaska hay más salidas que la pesca, pero no suelen estar al alcance de hombres como Gavin y Garrett. El mundo mira a hombres como ellos y los ve como carne de cañón. Como hombres prescindibles. A veces me abruma la gratitud que siento al pensar que Garrett haya sobrevivido tanto tiempo. No muchos pescadores comerciales llegan a cumplir los cincuenta.

También he aprendido, simplemente observando, que llevar tu propio barco pesquero implica una barbaridad de trabajo. Gavin tendrá que seguir pendiente por teléfono y correo electrónico cuando regresemos a Búfalo. Pero para él, saber que su padre ya no pasa semanas enteras en el mar compensa con creces el esfuerzo. Yo también lo creo.

Y para ponérselo más fácil a Garrett, ha contratado a una mujer encantadora llamada María para que lo ayude con el papeleo. Garrett protestó, claro, pero tengo la sensación de que ella ya lo ha conquistado en más de un sentido. Y sospecho que por eso mismo está dejando por fin que Gavin haga algunas mejoras en la casa. De tal palo, tal astilla. Son exactamente iguales.

—Hola, papá —dice Gavin mientras se acerca a la nevera y saca una zarzaparrilla para él.

—Vuélvela a meter en hielo —dice Garrett—. Hay algo que tengo que hacer antes de ponerme cómodo. —Entonces se acerca a mí y me enseña un juego de llaves—. Creo que le prometí a alguien una clase de conducir.

Lo miro a él y luego echo un vistazo por encima de su hombro. No ha venido en su camioneta, sino en su Chevrolet «El Camino» de 1970.

—No puedes hablar en serio —digo, señalando el coche—. Incluso yo, que no sé nada de coches, sé que se trata de una joya.

—Esto es Alaska. —Garrett hace un gesto amplio a su alrededor—. Aquí hay montones de coches así. —Entrecierra los ojos al mirarme—. Pero no se lo vayas contando a los de los cuarenta y ocho estados de abajo. No queremos que nos desvalijen las reservas de coches fiables.

—¿Fiables? —repito.

Sí, he oído el motor ronronear al subir por el camino, pero el coche es más viejo que Garrett.

Gavin sonrío a su padre.

—Si funcionaba en los setenta, funciona hoy.

—Eso es. —Garrett lo señala con un dedo y asiente.

—Tendré que creérmelo —digo.

Puede que yo no tenga coche, pero sé perfectamente que los de mi padre acababan sin falta en el taller por alguna avería imprevista o por una lucecita del motor cuya reparación costaba una fortuna.

Garrett vuelve a hacer tintinear las llaves delante de mí.

—¿Seguro que quieres enseñarme con eso? —pregunto, dudando un instante antes de cogerlas.

—Claro que sí —responde. Luego le da una palmada en el hombro a Gavin—. A Gavin le enseñé con este mismo coche. Así que contigo también servirá.

Miro a Gavin.

—¿En serio?

Él asiente, sonrío y luego se encoge de hombros.

—También fue el coche donde me hicieron mi primera mamada.

—A mí también —dice su padre.

Los dos se chocan la mano sin mirarse siquiera. Luego Garrett clava los ojos en mí y nos señala alternativamente a Gavin y a mí.

—Y a vosotros no se os ocurra hacer ninguna tontería.

—No hay peligro —digo, levantándome de la silla. Luego miro a Gavin—. ¿Vienes con nosotros?

—No —responde—. No hay sitio. En realidad solo caben dos personas. No hace falta que vayamos apretados en ese asiento.

—Sí —dice Garrett—. No necesito revivir la experiencia de sentarme en tu antiguo sofá.

Gavin le lanza una mirada elocuente.

—Como si el tuyo hubiera sido mejor.

—Eh —protesta Garrett—. No metas a mi sofá barato en esto.

Gavin me aprieta la mano.

—Pásalo bien —me dice. Luego inclina la cabeza hacia su padre—. Es un profesor excelente. Con él estarás bien.

Claro que sí. Es el padre de Gavin. Nunca lo habría dudado.

Gavin

Ver a Connor bajar al volante por el camino hace que el corazón se me llene de orgullo todavía más. No es solo porque esté conduciendo. Es porque está viviendo algo que debería haber tenido hace muchísimo tiempo. Y ahora, además, lo está aprendiendo con mi padre y no con el suyo.

Sobre el papel, la mayoría pensaría lo contrario. Que Connor fue el que siempre tuvo suerte. El chico que nació con una cuchara de oro, ni siquiera de plata, en la boca. Mientras que la mía era de plástico y de segunda mano. Pero ¿a quién le importa con qué cuchara me dieron de comer? A mí me quisieron. Y mi padre hizo todo lo que pudo en circunstancias que a veces fueron una auténtica mierda. Ahora podemos compartir eso con Connor. Y se lo merece. Se merece el mundo entero. Cuando vuelva, voy a darle un pedacito de él.

Ya lo he dejado sobre la mesa, delante del sitio donde va a sentarse. Es la escritura de esta casa y de la propiedad, modificada para que aparezcan nuestros dos nombres. No me importa que solo llevemos unos meses juntos. Él es el hombre de mi vida y quiero que lo sepa.

Creo que mi padre también lo ve así. Ha aceptado a Connor en nuestras vidas sin vacilar. Le ha enseñado los alrededores. Le ha contado la historia de Alaska.

Cuando le mencioné que quería añadir a Connor a la escritura de la casa, sonrió. No es que mi padre no quisiera esta casa. Es que quería que yo la conservara para compartirla con alguien. Antes de Connor, jamás pensé que eso pudiera pasar. Durante tanto tiempo fuimos mi padre y yo contra el mundo, que no parecía posible que alguien quisiera unirse a nuestro equipo. Pero Connor se lanzó de cabeza y encajó como si siempre hubiera pertenecido aquí. Ahora somos una familia de tres; cuatro, si mi padre consigue no ponerse demasiado gruñón con María. Creo que harían buena pareja. Es una mujer de Alaska, dura como una piedra. Sinceramente, por eso la contraté. Bueno, por eso y porque tiene un nieto que juega al *hockey* base, así que mi padre tendrá una excusa para volver a ir a los partidos. Lo necesita. Sobre todo ahora que pasa todo el tiempo en tierra firme.

El *hockey* siempre ha sido una distracción magnífica. Y esta zona la necesita con desesperación. Por eso Connor y yo hemos estado hablando de financiar y organizar aquí un campamento juvenil el próximo verano. Con un poco de trabajo, podemos llamar la atención hacia chicos que saben perfectamente lo que significa jugar con garra. Los chicos que juegan al *hockey* aquí tienen algo especial. Saben caerse y levantarse una y otra vez, sin más motor que el puro impulso de seguir adelante. Merecen una oportunidad de verdad.

Cuando oigo regresar el Chevrolet por el camino de entrada, ya tengo la cena servida. He apartado un poco de salmón para Bouchard, que vendrá a visitarnos la semana que viene. Le encanta mi salmón ahumado, y se ha ganado de sobra unos cuantos kilos como recompensa por toda su ayuda y apoyo.

—Bueno, ¿qué tal ha ido? —le pregunto a Connor en cuanto entra

por la puerta.

—Le ha ido bien —responde mi padre por él—. Tiene un talento innato.

Connor me besa en los labios y luego se aparta con una sonrisa traviesa.

—Tenemos que conseguir uno de esos para Búfalo.

Asiento, sonriendo. Si quiere uno, le compraría dos.

—Hay espacio de sobra detrás para meter todo el equipamiento.

—Estaré atento por si aparece alguno —dice mi padre, mientras abre una lata de zarzaparrilla.

Le doy otro beso a Connor y luego les hago un gesto para que se sienten a la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunta él, cogiendo el sobre con su nombre.

Tiene las mejillas enrojecidas por el sol, que le ha llenado la nariz de unas cuantas pecas. Todas las noches, cuando nos acostamos, me entran ganas de besárselas una por una.

—Un pequeño regalo —le digo, antes de dar un sorbo a mi zarzaparrilla.

Aunque ya sé cuál va a ser su reacción cuando vea lo que hay dentro, el corazón se me acelera igualmente. Solo quiero hacerlo feliz. Quiero que sepa que voy a estar a su lado hasta el último día. Quiero que sepa que alejarse de su padre fue la decisión correcta, y que hizo falta una fuerza inmensa para hacerlo. Quiero que sepa que siempre lo apoyaré, dentro y fuera del hielo. Quiero que sepa, y que nunca lo olvide, que lo quiero ahora y siempre. Y que, pase lo que pase, siempre voy a elegirlo a él.

Abre el sobre y sus ojos se abren como platos. Suelta el aire muy despacio.

—Es un regalo muy grande —dice.

Luego se vuelve hacia mí. Tiene los ojos llenos de lágrimas y, sinceramente, yo debo de tenerlos igual. Si mirara a mi padre, apostararía a que los suyos también están brillantes.

Me inclino sobre la mesa para apartarle el pelo de la frente, dejando que esos mechones dorados y suaves se deslicen entre mis dedos.

—Es el primero de muchos —le digo, sonriéndole—. Ahora vamos

a cenar.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Emily Gowers y al equipo de Storm Publishing por creer en este libro. Nunca olvidaré que apostasteis por mí durante todo el proceso, y por eso os estaré eternamente agradecida. Estoy deseando descubrir hasta dónde podemos llegar.

Gracias a Sarah y Jess por vuestro apoyo y por vuestras constantes lecturas beta. Fuisteis esenciales para que pudiera escribir y pulir esta historia. No lo habría conseguido sin vosotras. Y, Sarah, perdóname de verdad por bombardearte con tantos enlaces de publicaciones sobre *hockey* en redes sociales. Jess y yo, sin duda, nos dejamos llevar, sobre todo durante las eliminatorias. La culpa la tienen los jugadores, por ser tan encantadores en vídeos de entre quince y sesenta segundos.

Y, ya que hablamos de eso, gracias a todos los jugadores y jugadoras de *hockey*. Mientras escribía este libro, intenté ser lo más fiel posible a este deporte y a la admirable camaradería que demuestran quienes lo practican, sean hombres, mujeres, niños o niñas. Hay una razón por la que el *hockey* funciona tan bien como corazón de las historias románticas deportivas. La autenticidad y la pasión que despierta son difíciles de igualar.

También me gustaría dedicar unas palabras a la ciudad de Búfalo, con la que no tengo ninguna relación personal. Simplemente quería regalarle a esta ciudad un equipo ganador. Y espero que el éxito de los ficticios Blizzards sirva, al menos en la imaginación, para romper la maldición de los Buffalo Sabres. Lo siento, aficionados de los Leafs. Quizá en una próxima novela intente acabar también con la vuestra.

Y, por último, a mi pareja, el amor de mi vida. Este es mi tercer libro publicado y has cumplido tu promesa de no leer ninguno. La verdad es que casi es mejor así. Ahora solo te pido que hagas tu magia y convencas a mis padres de que dejen de leerlos también. Aunque, sinceramente, puede que este sea el libro que consiga que se rindan y regresen a sus *thrillers* políticos y a sus novelas de

misterio.



#SiSoyRomántica
